

LOS TRES MOSQUETEROS

Alejandro Dumas

Autor:

Alejandro Dumas (1802-1870), francés

Ilustrador:

Maurice Leloir (1851-1940), francés

Índice

I. Prefacio

I. Los tres presentes del señor D'Artagnan padre

II. La antecámara del señor de Tréville

III. La audiencia

IV. El hombro de Athos, el tahalíde Porthos y el pañuelo de Aramis

V. Los mosqueteros del rey y los guardias del señor cardenal

VI. Su majestad el rey Luis XIII

VII. Los mosqueteros por dentro

VIII. Una intriga de corte

IX. D'Artagnan se perfila

X. Una ratonera en el siglo XVII

XI. La intriga se anuda

XII. Georges Villiers, Duque de Buckingham

XIII. El señor Bonacieux

XIV. El hombre de Meung

XV. Gentes de toga y gentes de espada

XVI. Donde el señor guardasellos Séguier buscó más de una vez la campana para tocarla como lo hacía antaño

XVII. El matrimonio Bonacieux

XVIII. El amante y el marido

XIX. Plan de campaña

XX. El viaje

XXI. La condesa de Winter

XXII. El ballet de la Merlaison

XXIII. La cita

XXIV. El pabellón

XXV. Porthos

XXVI. La tesis de Aramis

XXVII. La mujer de Athos
XXVIII. El regreso
XXIX. La caza del equipo
XXX. Milady
XXXI. Ingleses y franceses
XXXII. Una cena de procurador
XXXIII. Doncella y señora
XXXIV. Donde se trata del equipo de Aramis y de Porthos.
XXXV. De noche todos los gatos son pardos
XXXVI. Sueño de venganza
XXXVII. El secreto de Milady
XXXVIII. Cómo, sin molestarse, Athos encontró su equipo
XXXIX. Una visión
XL. El cardenal
XLI. El sitio de la Rochelle .
XLII . El vino de Anjou.
XLIII. El albergue del Colombier-Rouge .
XLIV. De la utilidad de los tubos de estufa
XLV. Escena conyugal
XLVI. El bastión Saint-Gervais
XLVII. El consejo de los mosqueteros
XLVIII. Asunto de familia
XLIX. Fatalidad
L. Charla de un hermano con su hermana
LI. Oficial
LII. Primera jornada de cautividad
LIII. Segunda jornada de cautividad
LIV. Tercera jornada de cautividad
LV. Cuarta jornada de cautividad
LVI. Un recurso de tragedia clásica

LVII. Evasión

LVIII. Lo que pasó en Portsmouth el 23de agosto de 1628

LIX. En Francis

LX. El convento de las Carmelitas de Béthune

LXI. Dos variedades de demonios

LXII. Gota de agua

LXIII. El hombre de la capa roja

LXIV. El juicio

LXV. La ejecución

LXVI. Conclusión

LXVII. Epílogo

Capítulo 1

Los tres presentes del señor D'Artagnan padre

El primer lunes del mes de abril de 1625, el burgo de Meung, donde nació el autor del Roman de la Rose, parecía estar en una revolución tan completa como si los hugonotes hubieran venido a hacer de ella una segunda Rochelle. Muchos burgueses, al ver huir a las mujeres por la calle Mayor, al oír gritar a los niños en el umbral de las puertas, se apresuraban a endosarse la coraza y, respaldando su aplomo algo incierto con un mosquete o una partesana, se dirigían hacia la hostería del *Franc Meunier*, ante la cual bullía, creciendo de minuto en minuto, un grupo compacto, ruidoso y lleno de curiosidad.

En ese tiempo los pánicos eran frecuentes, y pocos días pasaban sin que una aldea a otra registrara en sus archivos algún acontecimiento de ese género. Estaban los señores que guerreaban entre sí; estaba el rey que hacía la guerra al cardenal; estaba el español que hacía la guerra al rey. Luego, además de estas guerras sordas o públicas, secretas o patentes, estaban los ladrones, los mendigos, los hugonotes, los lobos y los lacayos que hacían la guerra a todo el mundo. Los burgueses se armaban siempre contra los ladrones, contra los lobos, contra los lacayos, con frecuencia contra los señores y los hugonotes, algunas veces contra el rey, pero nunca contra el cardenal ni contra el Español. De este hábito adquirido

resulta, pues, que el susodicho primer lunes del mes de abril de 1625, los burgueses, al oír el barullo y no ver ni el banderín amarillo y rojo ni la librea del duque de Richelieu, se precipitaron hacia la hostería del *Franc Meunier*.

Llegados allí, todos pudieron ver y reconocer la causa de aquel jaleo.

Un joven..., pero hagamos su retrato de un



solo trazo: figuraos a don Quijote a los dieciocho años, un don Quijote descortezado, sin cota ni quijotes, un don Quijote revestido de un jubón de lana cuyo color azul se había transformado en un matiz impreciso de heces y de azul celeste. Cara larga y atezada; el pómulo de las mejillas saliente, signo de astucia; los músculos maxilares enormemente desarrollados, índice infalible por el que se reconocía al gascón, incluso sin boina, y nuestro joven llevaba una boina adornada con una especie de pluma; los ojos abiertos a inteligentes; la nariz ganchuda, pero finamente diseñada; demasiado grande para ser un adolescente, demasiado pequeña para ser un hombre hecho, un ojo poco acostumbrado le habría tomado por un hijo de aparcerero de viaje, de no ser por su larga espada que, prendida de un tahalí de piel, golpeaba las pantorrillas de su propietario cuando estaba de pie, y el pelo erizado de su montura cuando estaba a caballo.

Porque nuestro joven tenía montura, y esa montura era tan notable que fue notada: era una jaca del Béam, de doce á catorce años, de pelaje amarillo, sin crines en la cola, mas no sin gabarros en las patas, y que, caminando con la cabeza más abajo de las rodillas, lo cual volvía inútil la aplicación de la martingala, hacía pese a todo sus ocho leguas diarias. Por desgracia, las cualidades de este caballo estaban tan bien ocultas bajo su pelaje extraño y su porte incongruente que, en una época en que todo el mundo entendía de caballos, la aparición de la susodicha jaca en Meung, donde había entrado hacía un cuarto de hora más o menos por la puerta de Beaugency, produjo una sensación cuyo disfavor repercutió sobre su caballero.

Y esa sensación había sido tanto más penosa para el joven D'Artagnan (así se llamaba el don Quijote de este nuevo Rocinante) cuanto que no se le ocultaba el lado ridículo que le prestaba, por buen caballero que fuese, semejante montura; también él había lanzado un fuerte suspiro al aceptar el regalo que le había hecho el señor D'Artagnan padre. No ignoraba que una bestia semejante valía por lo menos veinte libras; cierto que las palabras con que el presente vino acompañado no tenían precio.

-Hijo mío -había dicho el gentilhomme gascón en ese puro *patois* de Béam del que jamás había podido desembarazarse Enrique IV-, hijo mío, este caballo ha nacido en la casa de vuestro padre, tendrá pronto trece años, y ha permanecido aquí todo ese tiempo, lo que debe llevaros a amarlo. No lo vendáis jamás, dejadle morir tranquila y honorablemente de viejo; y si hacéis campaña con él, cuidadlo como cuidaríais a un viejo servidor. En la corte -continuó el señor D'Artagnan padre-, si es que tenéis el honor de ir a ella, honor al que por lo demás os da derecho vuestra antigua nobleza, mantened dignamente vuestro nombre de gentilhomme, que ha sido dignamente llevado por vuestros antepasados desde hace más de quinientos años. Por vos y por los vuestros (por los vuestros entiendo vuestros parientes y amigos) no soportéis nunca nada salvo del señor cardenal y del rey. Por el valor, entendedlo bien, sólo por el valor se labra hoy día un gentilhomme su camino. Quien tiembla un segundo deja escapar quizá el cebo que precisamente durante ese segundo la fortuna le tendía. Sois joven, debéis ser valiente por dos razones: la primera, porque sois gascón, y la segunda porque sois hijo mío. No temáis las ocasiones y buscad las aventuras. Os he hecho aprender a manejar la espada; tenéis un jarrete de hierro, un puño de acero; batíos por cualquier motivo; batíos, tanto más cuanto que están prohibidos los duelos, y por consiguiente hay dos veces valor al batirse. No tengo, hijo mío, más que quince escudos que daros, mi caballo y los consejos que acabáis de oír. Vuestra madre añadirá la receta de cierto bálsamo que supo de una gitana y que tiene una virtud milagrosa para curar cualquier herida que no alcance el corazón. Sacad provecho de todo, y vivid felizmente y por mucho tiempo. Sólo tengo una cosa que añadir, y es un ejemplo que os propongo, no el mío porque yo nunca he aparecido por la corte y sólo hice las guerras de religión como voluntario; me refiero al señor de Tréville, que fue antaño vecino mío, y que tuvo el honor siendo niño de jugar con nuestro rey Luis XIII, a quien Dios conserve. A veces sus juegos degeneraban en batalla, y en esas batallas no siempre era el rey el más fuerte. Los golpes que en ellas recibió le proporcionaron mucha estima y amistad hacia el señor de Tréville. Más tarde, el señor de Tréville se batió contra otros en su primer viaje a Paris, cinco veces; tras la

muerte del difunto rey hasta la mayoría del joven, sin contar las guerras y los asedios, siete veces; y desde esa mayoría hasta hoy, quizá cien. Y pese a los edictos, las ordenanzas y los arrestos, vedle capitán de los mosqueteros, es decir, jefe de una legión de Césares a quien el rey hace mucho caso y a quien el señor cardenal teme, precisamente él que, como todos saben, no teme a nada. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos al año; es por tanto un gran señor. Comenzó como vos: idle a ver con esta carta, y amoldad vuestra conducta a la suya, para ser como él.

Con esto, el señor D'Artagnan padre ciñó a su hijo su propia espada, lo besó tiernamente en ambas mejillas y le dio su bendición.

Al salir de la habitación paterna, el joven encontró a su madre, que lo esperaba con la famosa receta cuyo empleo los consejos que acabamos de referir debían hacer bastante frecuente. Los adioses fueron por este lado más largos y tiernos de lo que habían sido por el otro, no porque el señor D'Artagnan no amara a su hijo, que era su único vástago, sino porque el señor D'Artagnan era hombre, y hubiera considerado indigno de un hombre dejarse llevar por la emoción, mientras que la señora D'Artagnan era mujer y, además, madre. Lloró en abundancia y, digámoslo en alabanza del señor D'Artagnan hijo, por más esfuerzo que él hizo por aguantar sereno como debía estarlo un futuro mosquetero, la naturaleza pudo más, y derramó muchas lágrimas de las que a duras penas consiguió ocultar la mitad.

El mismo día el joven se puso en camino, provisto de los tres presentes paternos y que estaban compuestos, como hemos dicho, por trece escudos, el caballo y la carta para el señor de Tréville; como es lógico, los consejos le habían sido dados por añadidura.

Con semejante vademécum, D'Artagnan se encontró, moral y físicamente, copia exacta del héroe de Cervantes, con quien tan felizmente le hemos comparado cuando nuestros deberes de historiador nos han obligado a trazar su retrato. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes y los carneros por ejércitos: D'Artagnan tomó cada sonrisa por un insulto y cada mirada por una provocación. De ello resultó que tuvo siempre el puño apretado desde Tarbes hasta Meung y

que, un día con otro, llevó la mano a la empuñadura de su espada diez veces diarias; sin embargo, el puño no descendió sobre ninguna mandíbula, ni la espada salió de su vaina. Y no es que la vista de la malhadada jaca amarilla no hiciera florecer sonrisas en los rostros de los que pasaban; pero como encima de la jaca tintineaba una espada de tamaño respetable y encima de esa espada brillaba un ojo más feroz que noble, los que pasaban reprimían su hilaridad, o, si la hilaridad dominaba a la prudencia, trataban por lo menos de reírse por un solo lado, como las máscaras antiguas. D'Artagnan permaneció, pues, majestuoso e intacto en su susceptibilidad hasta esa desafortunada villa de Meung.

Pero aquí, cuando descendía de su caballo a la puerta del *Franc Meunier* sin que nadie, hostelero, mozo o palafrenero, hubiera venido a coger el estribo de montar, D'Artagnan divisó en una ventana entreabierta de la planta baja a un gentilhomme de buena estatura y altivo gesto aunque de rostro ligeramente ceñudo, hablando con dos personas que parecían escucharle con deferencia. D'Artagnan, según su costumbre, creyó muy naturalmente ser objeto de la conversación y escuchó. Esta vez D'Artagnan sólo se había equivocado a medias: no se trataba de él, sino de su caballo. El gentilhomme parecía enumerar a sus oyentes todas sus cualidades y como, según he dicho, los oyentes parecían tener gran deferencia hacia el narrador, se echaban a reír a cada instante. Como media sonrisa bastaba para despertar la irascibilidad del joven, fácilmente se comprenderá el efecto que en él produjo tan ruidosa hilaridad.

Sin embargo, D'Artagnan quiso primero hacerse idea de la fisonomía del impertinente que se burlaba de él. Clavó su mirada altiva sobre el extraño y reconoció un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de ojos negros y penetrantes, de tez pálida, nariz fuertemente pronunciada, mostacho negro y perfectamente recortado; iba vestido con un jubón y calzas violetas con agujetas de igual color, sin más adorno que las cuchilladas habituales por las que pasaba la camisa. Aquellas calzas y aquel jubón, aunque nuevos, parecían arrugados como vestidos de viaje largo tiempo encerrados en un baúl. D'Artagnan hizo todas estas observaciones con la rapidez del observador más minucioso, y, sin duda, por un

sentimiento instintivo que le decía que aquel desconocido debía tener gran influencia sobre su vida futura.

Y como en el momento en que D'Artagnan fijaba su mirada en el gentilhomme de jubón violeta, el gentilhomme hacía respecto a la jaca bearnesa una de sus más sabias y más profundas demostraciones, sus dos oyentes estallaron en carcajadas, y él mismo dejó, contra su costumbre, vagar visiblemente, si es que se puede hablar así, una pálida sonrisa sobre su rostro. Aquella vez no había duda, D'Artagnan era realmente insultado. Por eso, lleno de tal convicción, hundió su boina hasta los ojos y, tratando de copiar algunos aires de corte que había sorprendido en Gascuña entre los señores de viaje, se adelantó, con una mano en la guarnición de su espada y la otra apoyada en la cadera. Desgraciadamente, a medida que avanzaba, la cólera le enceguecía más y más, y en vez del discurso digno y altivo que había preparado para formular su provocación, sólo halló en la punta de su lengua una personalidad grosera que acompañó con un gesto furioso.

-¡Eh, señor! -exclamó-. ¡Señor, que os ocultáis tras ese postigo! Sí, vos, decidme un poco de qué os reís, y nos reiremos juntos.

El gentilhomme volvió lentamente los ojos de la montura al caballero, como si hubiera necesitado cierto tiempo para comprender que era a él a quien se dirigían tan extraños reproches; luego, cuando no pudo albergar ya ninguna duda, su ceño se frunció ligeramente y tras una larga pausa, con un acento de ironía y de insolencia imposible de describir, respondió a D'Artagnan:

-Yo no os hablo, señor.

-¡Pero yo sí os hablo! -exclamó el joven exasperado por aquella mezcla de insolencia y de buenas maneras, de conveniencias y de desdenes.

El desconocido lo miró un instante todavía con su leve sonrisa y, apartándose de la ventana, salió lentamente de la hostería para venir a plantarse a dos pasos de D'Artagnan frente al caballo. Su actitud tranquila y su fisonomía burlona habían redoblado la hilaridad de aquellos con quienes hablaba y que se habían quedado en la ventana.

D'Artagnan, al verle llegar, sacó su espada un pie fuera de la vaina.

-Decididamente este caballo es, o mejor, fue en su juventud botón de oro -dijo el desconocido continuando las investigaciones comenzadas y dirigiéndose a sus oyentes de la ventana, sin aparentar en modo alguno notar la exasperación de D'Artagnan, que sin embargo estaba de pie entre él y ellos-; es un color muy conocido en botánica, pero hasta el presente muy raro entre los caballos.

-¡Así se ríe del caballo quien no osaría reírse del amo! -exclamó el émulo de Tréville, furioso.

-Señor -prosiguió el desconocido-, no río muy a menudo, como vos mismo podéis ver por el aspecto de mi rostro; pero procuro conservar el privilegio de reír cuando me place.

-¡Y yo -exclamó D'Artagnan- no quiero que nadie ría cuando no me place!

-¿De verdad, señor? -continuó el desconocido más tranquilo que nunca-. Pues bien, es muy justo -y girando sobre sus talones se dispuso a entrar de nuevo en la hostería por la puerta principal, bajo la que D'Artagnan, al llegar, había observado un caballo completamente ensillado.

Pero D'Artagnan no tenía carácter para soltar así a un hombre que había tenido la insolencia de burlarse de él. Sacó su espada por entero de la funda y comenzó a perseguirle gritando:

-¡Volveos, volveos, señor burlón, para que no os hiera por la espalda!

-¡Herirme a mí! -dijo el otro girando sobre sus talones y mirando al joven con tanto asombro como desprecio-. ¡Vamos, vamos, querido, estáis loco!

Luego, en voz baja y como si estuviera hablando consigo mismo:

-Es enojoso -prosiguió-. ¡Qué hallazgo para su majestad, que busca valientes de cualquier sitio para reclutar mosqueteros!

Acababa de terminar cuando D'Artagnan le alargó una furiosa estocada que, de no haber dado con presteza un salto hacia atrás, es probable que hubiera bromeado por última vez. El desconocido vio entonces que la cosa pasaba de broma, sacó su espada, saludó a su adversario y se puso gravemente en guardia. Pero en el mismo momento, sus dos oyentes, acompañados del hostelero, cayeron sobre D'Artagnan a bastonazos, patadas y empellones. Lo cual fue una diversión

tan rápida y tan completa en el ataque, que el adversario de D'Artagnan, mientras éste se volvía para hacer frente a aquella lluvia de golpes, envainaba con la misma precisión, y, de actor que había dejado de ser, se volvía de nuevo espectador del combate, papel que cumplió con su impasibilidad de siempre, mascullando sin embargo:

-¡Vaya peste de gascones! ¡Ponedlo en su caballo naranja, y que se vaya!

-¡No antes de haberte matado, cobarde! -gritaba D'Artagnan mientras hacía frente lo mejor que podía y sin retroceder un paso a sus tres enemigos, que lo molían a golpes.

-¡Una gasconada más! -murmuró el gentilhombre-. ¡A fe mía que estos gascones son incorregibles! ¡Continuad la danza, pues que lo quiere! Cuando esté cansado ya dirá que tiene bastante.

Pero el desconocido no sabía con qué clase de testarudo tenía que habérselas; D'Artagnan no era hombre que pidiera merced nunca. El combate continuó, pues, algunos segundos todavía; por fin, D'Artagnan, agotado dejó escapar su espada que un golpe rompió en dos trozos. Otro golpe que le hirió ligeramente en la frente, lo derribó casi al mismo tiempo todo ensangrentado y casi desvanecido.

En este momento fue cuando de todas partes acudieron al lugar de la escena. El hostelero, temiendo el escándalo, llevó con la ayuda de sus mozos al herido a la cocina, donde le fueron otorgados algunos cuidados.

En cuanto al gentilhombre, había vuelto a ocupar su sitio en la ventana y miraba con cierta impaciencia a todo aquel gentío cuya permanencia allí parecía causarle viva contrariedad.

-Y bien, ¿qué tal va ese rabioso? -dijo volviéndose al ruido de la puerta que se abrió y dirigiéndose al hostelero que venía a informarse sobre su salud.

-¿Vuestra excelencia está sano y salvo? -preguntó el hostelero.

-Sí, completamente sano y salvo, mi querido hostelero, y soy yo quien os pregunta qué ha pasado con nuestro joven.

-Ya está mejor -dijo el hostelero-: se ha desvanecido totalmente.

-¿De verdad? -dijo el gentilhomme.

-Pero antes de desvanecerse ha reunido todas sus fuerzas para llamaros y desafiaros al llamaros.

-¡Ese buen mozo es el diablo en persona! -exclamó el desconocido.

-¡Oh, no, excelencia, no es el diablo! -prosiguió el hostelero con una mueca de desprecio-. Durante su desvanecimiento lo hemos registrado, y en su paquete no hay más que una camisa y en su bolsa nada más que doce escudos, lo cual no le ha impedido decir al desmayarse que, si tal cosa le hubiera ocurrido en Paris, os arrepentiríais en el acto, mientras que aquí sólo os arrepentiréis más tarde.

-Entonces -dijo fríamente el desconocido-, es algún príncipe de sangre disfrazado.

-Os digo esto, mi señor -prosiguió el hostelero-, para que toméis precauciones.

-¿Y ha nombrado a alguien en medio de su cólera?

-Lo ha hecho, golpeaba sobre su bolso y decía: «Ya veremos lo que el señor de Tréville piensa de este insulto a su protegido.»

-¿El señor de Tréville? -dijo el desconocido prestando atención-. ¿Golpeaba sobre su bolso pronunciando el nombre del señor de Tréville?... Veamos, querido hostelero: mientras vuestro joven estaba desvanecido estoy seguro de que no habréis dejado de mirar también ese bolso. ¿Qué había?

-Una carta dirigida al señor de Tréville, capitán de los mosqueteros.

-¿De verdad?

-Como tengo el honor de decíroslo, excelencia.

El hostelero, que no estaba dotado de gran perspicacia, no observó la expresión que sus palabras habían dado a la fisonomía del desconocido. Este se apartó del reborde de la ventana sobre el que había permanecido apoyado con la punta del codo, y frunció el ceño como hombre inquieto.

-¡Diablos! -murmuró entre dientes-. ¿Me habrá enviado Tréville a ese gascón? ¡Es muy joven! Pero una estocada es siempre una estocada, cualquiera que sea la

edad de quien la da, y no hay por qué desconfiar menos de un niño que de cualquier otro; basta a veces un débil obstáculo para contrariar un gran designio.

Y el desconocido se sumió en una reflexión que duró algunos minutos.

-Veamos, huésped -dijo-, ¿es que no me vais a librar de ese frenético? En conciencia, no puedo matarlo, y sin embargo -añadió con una expresión fríamente amenazadora-, sin embargo, me molesta. ¿Dónde está?

-En la habitación de mi mujer, donde se le cura, en el primer piso.

-¿Sus harapos y su bolsa están con él? ¿No se ha quitado el jubón?

-Al contrario, todo está abajo, en la cocina. Pero dado que ese joven loco os molesta...

-Por supuesto. Provoca en vuestra hostería un escándalo que las gentes honradas no podrían aguantar. Subid a vuestro cuarto, haced mi cuenta y avisad a mi lacayo.

-¿Cómo? ¿El señor nos deja ya?

-Lo sabéis de sobra, puesto que os he dado orden de ensillar mi caballo. ¿No se me ha obedecido?

-Claro que sí, y como vuestra excelencia ha podido ver, su caballo está en la entrada principal, completamente aparejado para partir.

-Está bien, haced entonces lo que os he pedido.

-¡Vaya! -se dijo el hostelero-. ¿Tendrá miedo del muchacho?

Pero una mirada imperativa del desconocido vino a detenerle en seco. Saludó humildemente y salió.

-No es preciso advertir a milady sobre este bribón -continuó el extraño-. No debe tardar en pasar; viene incluso con retraso. Decididamente es mejor que monte a caballo y que vaya a su encuentro... ¡Sólo que si pudiera saber lo que contiene esa carta dirigida a Tréville!...

Y el desconocido, siempre mascullando, se dirigió hacia la cocina.

Durante este tiempo, el huésped, que no dudaba de que era la presencia del muchacho lo que echaba al desconocido de su hostería, había subido a la habitación de su mujer y había encontrado a D'Artagnan dueño por fin de sus

sentidos. Entonces, tratando de hacerle comprender que la policía podría jugarle una mala pasada por haber ido a buscar querrela a un gran señor -porque, en opinión del huésped, el desconocido no podía ser más que un gran señor-, le convenció para que, pese a su debilidad, se levantase y prosiguiese su camino. D'Artagnan, medio aturdido, sin jubón y con la cabeza toda envuelta en vendas, se levantó y, empujado por el hostelero, comenzó a bajar; pero al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador que hablaba tranquilamente al estribo de una pesada carroza tirada por dos gruesos caballos normandos.

Su interlocutora, cuya cabeza aparecía enmarcada en la portezuela, era una mujer de veinte a veintidós años. Ya hemos dicho con qué rapidez percibía D'Artagnan una fisonomía; al primer vistazo comprobó que la mujer era joven y bella. Pero esta belleza le sorprendió tanto más cuanto que era completamente extraña a las comarcas meridionales que D'Artagnan había habitado hasta entonces. Era una persona pálida y rubia, de largos cabellos que caían en bucles sobre sus hombros, de grandes ojos azules lánguidos, de labios rosados y manos de alabastro. Hablaba muy vivamente con el desconocido.

-Entonces, su eminencia me ordena... -decía la dama.

-Volver inmediatamente a Inglaterra, y avisarle directamente si el duque abandona Londres.

-Y ¿en cuanto a mis restantes instrucciones? -preguntó la bella viajera.

-Están guardadas en esa caja, que sólo abriréis al otro lado del canal de la Mancha.

-Muy bien, ¿qué haréis vos?

-Yo regreso a París.

-¿Sin castigar a ese insolente muchachito? -preguntó la dama.

El desconocido iba a responder; pero en el momento en que abría la boca, D'Artagnan, que lo había oído todo, se abalanzó hacia el umbral de la puerta.

-Es ese insolente muchachito el que castiga a los otros -exclamó-, y espero que esta vez aquel a quien debe castigar no escapará como la primera.

-¿No escapará? -dijo el desconocido frunciendo el ceño.

-No, delante de una mujer no osaríais huir, eso presumo.

-Pensad -dijo milady al ver al gentilhomme llevar la mano a su espada-, pensad que el menor retraso puede perderlo todo.

-Tenéis razón -exclamó el gentilhomme-; partid, pues, por vuestro lado; yo parto por el mío.

Y saludando a la dama con un gesto de cabeza, se abalanzó sobre su caballo, mientras el cochero de la carroza azotaba vigorosamente a su tiro. Los dos interlocutores partieron pues al galope, alejándose cada cual por un lado opuesto de la calle.

-¡Eh, vuestro gasto! -vociferó el hostelero, cuyo afecto a su viajero se trocaba en profundo desdén al ver que se alejaba sin saldar sus cuentas.

-Paga, bribón -gritó el viajero, siempre galopando, a su lacayo, el cual arrojó a los pies del hostelero dos o tres monedas de plata, y se puso a galopar tras su señor.

-¡Ah, cobarde! ¡Ah, miserable! ¡Ah, falso gentilhomme! -exclamó D'Artagnan lanzándose a su vez tras el lacayo.

Pero el herido estaba demasiado débil aún para soportar semejante sacudida. Apenas hubo dado diez pasos, cuando sus oídos le zumbaron, le dominó un vahído, una nube de sangre pasó por sus ojos, y cayó en medio de la calle gritando todavía:

-¡Cobarde, cobarde, cobarde!

-En efecto, es muy cobarde -murmuró el hostelero aproximándose a D'Artagnan, y tratando mediante esta adulación de reconciliarse con el obre muchacho, como la garza de la fábula con su limaco nocturno.

-Sí, muy cobarde -murmuró D'Artagnan-; pero ella, ¡qué hermosa!

-¿Quién ella? -preguntó el hostelero.

-Milady -balbuceó D'Artagnan.

Y se desvaneció por segunda vez.

-Es igual -dijo el hostelero-, pierdo dos, pero me queda éste, al que estoy seguro de conservar por lo menos algunos días. Siempre son once escudos de ganancia.

Ya se sabe que once escudos constituían precisamente la suma que quedaba en la bolsa de D'Artagnan.

El hostelero había contado con once días de enfermedad, a escudo por día; pero había contado con ello sin su viajero. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, D'Artagnan se levantó, bajó él mismo a la cocina, pidió, además de otros ingredientes cuya lista no ha llegado hasta nosotros, vino, aceite, romero, y, con la receta de su madre en la mano, se preparó un bálsamo con el que ungió sus numerosas heridas, renovando él mismo sus vendas y no queriendo admitir la ayuda de ningún médico. Gracias sin duda a la eficacia del bálsamo de Bohemia, y quizá también gracias a la ausencia de todo doctor, D'Artagnan se encontró de pie aquella misma noche, y casi curado al día siguiente.

Pero en el momento de pagar aquel romero, aquel aceite y aquel vino, único gasto del amo que había guardado dieta absoluta mientras que, por el contrario, el caballo amarillo, al decir del hostelero al menos, había comido tres veces más de lo que razonablemente se hubiera podido suponer por su talla, D'Artagnan no encontró en su bolso más que su pequeña bolsa de terciopelo raído así como los once escudos que contenía; en cuanto a la carta dirigida al señor de Tréville, había desaparecido.

El joven comenzó por buscar aquella carta con gran impaciencia, volviendo y revolviendo veinte veces sus bolsos y bolsillos, buscando y rebuscando en su talego, abriendo y cerrando su bolso; pero cuando se hubo convencido de que la carta era incontrable, entró en un tercer acceso de rabia que a punto estuvo de provocarle un nuevo consumo de vino y de aceite aromatizados; porque, al ver a aquel joven de mala cabeza acalorarse y amenazar con romper todo en el establecimiento si no encontraban su carta, el hostelero había cogido ya un chuzo, su mujer un mango de escoba, y sus criados los mismos bastones que habían servido la víspera.

-¡Mi carta de recomendación! -gritaba D'Artagnan-. ¡Mi carta de recomendación, por todos los diablos, a os ensarto a todos como a hortelanos!

Desgraciadamente, una circunstancia se oponía a que el joven cumpliera su amenaza; y es que, como ya lo hemos dicho, su espada se había roto en dos trozos durante la primera refriega, cosa que él había olvidado por completo. Y de ello resultó que cuando D'Artagnan quiso desenvainar, se encontró armado pura y simplemente con un trozo de espada de ocho o diez pulgadas más o menos, que el hostelero había encasquetado cuidadosamente en la vaina. En cuanto al resto de la hoja, el chef la había ocultado hábilmente para hacerse una aguja mechera.

Sin embargo, esta decepción no hubiera detenido probablemente a nuestro fogoso joven, si el huésped no hubiera pensado que la reclamación que le dirigía su viajero era perfectamente justa.

-Pero, en realidad -dijo bajando su chuzo-, ¿dónde está esa carta?

-Sí, ¿dónde está esa carta? -gritó D'Artagnan-. Os prevengo ante todo que esa carta es para el señor de Tréville, y que es preciso que aparezca; porque si no aparece él sabrá de sobra hacerla aparecer.

Esta amenaza acabó por intimidar al hostelero. Después del rey y del señor cardenal, el señor de Tréville era el hombre cuyo nombre era quizá el repetido con más frecuencia por los militares a incluso por los burgueses. También estaba el padre Joseph cierto; pero su nombre a él nunca le era pronunciado sino en voz baja, ¡tan grande era el terror que inspiraba la eminencia gris, como se llamaba al familiar del cardenal!

Por eso, arrojando su chuzo lejos de sí, y ordenando a su mujer hacer otro tanto con su mango de escoba y a sus servidores con sus bastones, fue el primero que dio ejemplo en buscar la carta perdida.

-¿Es que esa carta encerraba algo precioso? -preguntó el hostelero al cabo de un instante de investigaciones inútiles.

-¡Diablos! ¡Ya lo creo! -exclamó el gascón, que contaba con aquella carta para hacer su carrera en la corte-. Contení mi fortuna.

-¿Bonos contra el Tesoro? -preguntó el hostelero inquieto.

-Bonos contra la tesorería particular de Su Majestad -respondió D'Artagnan que, contando con entrar en el servicio del rey gracias a esta recomendación, creía poder dar aquella respuesta algo aventurada sin mentir.

-¡Diablos! -dijo el hostelero completamente desesperado.

-Pero no importa -continuó D'Artagnan con el aplomo nacional-, no importa; el dinero no es nada, pero esa carta sí lo era todo. Hubiera preferido perder antes mil pistolas que perderla.

Nada arriesgaba diciendo veinte mil, pero cierto pudor juvenil lo contuvo.

Un rayo de luz alcanzó de pronto la mente del hostelero, que se daba a todos los diablos al no encontrar nada.

-Esa carta no se ha perdido -exclamó.

-¡Ah! -dijo D'Artagnan.

-No; os la han robado.

-¿Robado? ¿Y quién?

-El gentilhombre de ayer. Bajó a la cocina, donde estaba vuestro jubón. Se quedó allí solo. Apostaría que ha sido él quien la ha robado.

-¿Lo creéis? -respondió D'Artagnan poco convencido, porque sabía mejor que nadie la importancia completamente personal de aquella carta, y no veía en ella nada que pudiera provocar la codicia.

El hecho es que ninguno de los criados, ninguno de los viajeros presentes hubiera ganado nada poseyendo aquel papel.

-Decís, pues -respondió D'Artagnan-, que sospecháis de ese impertinente gentilhombre.

-Os digo que estoy seguro -continuó el hostelero-; cuando yo le anuncié que Vuestra Señoría era el protegido del señor de Tréville, y que teníais incluso una carta para ese ilustre gentilhombre, pareció muy inquieto, me preguntó dónde estaba aquella carta, y bajó inmediatamente a la cocina donde sabía que estaba vuestro jubón.

-Entonces es mi ladrón -respondió D'Artagnan-; me quejaré al señor de Tréville, y el señor de Tréville se quejará al rey.

Luego sacó majestuosamente dos escudos de su bolsillo, se los dio al hostelero, que lo acompañó, sombrero en mano, hasta la puerta, y subió a su caballo amarillo, que le condujo sin otro accidente hasta la puerta Saint-Antoine, en París, donde su propietario lo vendió por tres escudos, lo cual era pagarlo muy bien, dado que D'Artagnan lo había agotado hasta el exceso durante la última etapa. Además, el chalán a quien D'Artagnan lo cedió por las nueve libras susodichas no ocultó al joven que sólo le daba aquella exorbitante suma debido a la originalidad de su color.

D'Artagnan entró, pues, en París a pie, llevando su pequeño paquete bajo el brazo, y caminó hasta encontrar una habitación de alquiler que convino a la exigüidad de sus recursos. Aquella habitación era una especie de buhardilla, sita en la calle des Fossoyeurs, cerca del Luxemburgo.

Tan pronto como hubo gastado su último denario, D'Artagnan tomó posesión de su alojamiento, pasó el resto de la jornada cosiendo su jubón y sus calzas de pasamanería, que su madre había descosido de un jubón casi nuevo del señor D'Artagnan padre, y que le había dado a escondidas; luego fue al paseo de la Ferraille, para mandar poner una hoja a su espada; luego volvió al Louvre para informarse del primer mosquetero que encontró de la ubicación del palacio del señor de Tréville que estaba situado en la calle del Vieux-Colombier, es decir, precisamente en las cercanías del cuarto apalabrado por D'Artagnan, circunstancia que le pareció de feliz augurio para el éxito de su viaje.

Tras ello, contento por la forma en que se había conducido en Meung sin remordimientos por el pasado, confiando en el presente y lleno de esperanza en el porvenir, se acostó y se durmió con el sueño del valiente.

Aquel sueño, todavía totalmente provinciano, le llevó hasta las nueve de la mañana, hora en que se levantó para dirigirse al palacio de aquel famoso señor de Tréville, el tercer personaje del reino según la estimación paterna.



Capítulo II

La antecámara del señor de Tréville

El señor de Troisville, como todavía se llamaba su familia en Gascuña, o el señor de Tréville, como había terminado por llamarse él mismo en Paris, había empezado en realidad como D'Artagnan, es decir, sin un cuarto, pero con ese caudal de audacia, de ingenio y de entendimiento que hace que el más pobre hidalgucho gascón reciba con frecuencia de sus esperanzas de la herencia paterna más de lo que el más rico gentilhomme de Périgord o de Berry recibe en realidad. Su bravura insolente, su suerte más insolente todavía en un tiempo en que los golpes llovían como chuzos, le habían izado a la cima de esa difícil escala que se llama el favor de la corte, y cuyos escalones había escalado de cuatro en cuatro.

Era el amigo del rey, que honraba mucho, como todos saben, la memoria de su padre Enrique IV. El padre del señor de Tréville le había servido tan fielmente en sus guerras contra la Liga que, a falta de dinero contante y sonante -cosa que toda la vida le faltó al bearnés, el cual pagó siempre sus deudas con la única cosa que nunca necesitó pedir prestada, es decir, con el ingenio-, que a falta de dinero contante y sonante, decimos, le había autorizado, tras la rendición de Paris, a tomar por armas un león de oro pasante sobre gules con esta divisa: *Fidelis et fortis*. Era mucho para el honor, pero mediano para el bienestar. Por eso, cuando el ilustre compañero del gran Enrique murió, dejó por única herencia al señor su hijo, su espada y su divisa. Gracias a este doble don y al nombre sin tacha que lo acompañaba, el señor de Tréville fue admitido en la casa del joven príncipe, donde se sirvió también de su espada y fue tan fiel a su divisa



que Luis XIII, uno de los buenos aceros del reino, solía decir que si tuviera un amigo en ocasión de batirse, le daría por consejo tomar por segundo primero a él, y a Tréville después, y quizá incluso antes que a él.

Por eso Luis XIII tenía un afecto real por Tréville, un afecto de rey, afecto egoísta, es cierto, pero que no por ello dejaba de ser afecto. Y es que, en aquellos tiempos desgraciados, se buscaba sobre todo rodearse de hombres del temple de Tréville. Muchos podían tomar por divisa el epíteto de fuerte, que formaba la segunda parte de su exergo; pero pocos gentileshombres podían reclamar el epíteto de fiel, que formaba la primera. Tréville era uno de estos últimos; era una de esas raras organizaciones, de inteligencia obediente como la del dogo, de valor ciego, de vista rápida, de mano pronta, a quien el ojo le había sido dado sólo para ver si el rey estaba descontento de alguien, y la mano para golpear a ese alguien enfadoso: un Besme, un Maurevers, un Poltrot de Méré, un Vitry. En fin, en el caso de Tréville, había faltado hasta aquel entonces la ocasión; pero la acechaba y se prometía cogerla por los pelos si alguna vez pasaba al alcance de su mano. Por eso hizo Luis XIII a Tréville capitán de sus mosqueteros, que eran a Luis XIII, por la devoción o mejor por el fanatismo, lo que sus ordinarios eran a Enrique III y lo que su guarda escocesa a Luis XI.

Por su parte, y desde ese punto de vista, el cardenal no le iba a la zaga al rey. Cuando hubo visto la formidable elite de que Luis XIII se rodeaba, ese segundo, o mejor, ese primer rey de Francia también había querido tener su guardia. Tuvo por tanto sus mosqueteros como Luis XIII tenía los suyos, y se veía a estas dos potencias rivales seleccionar para su servicio, en todas las provincias de Francia a incluso en todos los Estados extranjeros, a los hombres célebres por sus estocadas. Por eso Richelieu y Luis XIII disputaban a menudo, mientras jugaban su partida de ajedrez, por la noche, sobre el mérito de sus servidores. Cada cual ponderaba los modales y el valor de los suyos; y al tiempo que se pronunciaban en voz alta contra los duelos y contra las riñas, los excitaban por lo bajo a llegar a las manos, y concebían un auténtico pesar o una alegría inmoderada por la derrota o la

victoria de los suyos. Así al menos lo dicen las Memorias de un hombre que estuvo en algunas de esas derrotas y en muchas de esas victorias.

Tréville había captado el lado débil de su amo, y gracias a esta habilidad debía el largo y constante favor de un rey que no ha dejado reputación de haber sido muy fiel a sus amistades. Hacía desfilar a sus mosqueteros entre el cardenal Armand Duplessis con un aire burlón que erizaba de cólera el mostacho gris de Su Eminencia. Tréville entendía admirablemente bien la guerra de aquella época, en la que, cuando no se vivía a expensas del enemigo, se vivía a expensas de sus compatriotas: sus soldados formaban una legión de jaraneros, indisciplinada para cualquier otro que no fuera él.

Desaliñados, borrachos, despellejados, los mosqueteros del rey, o mejor los del señor de Tréville, se desparramaban por las tabernas, por los paseos, por los juegos públicos, gritando fuerte y retorciéndose los mostachos, haciendo sonar sus espuelas, enfrentándose con placer a los guardias del señor cardenal cuando los encontraban; luego, desenvainando en plena calle entre mil bromas; muertos a veces, pero seguros en tal caso de ser llorados y vengados; matando con frecuencia, y seguros entonces de no enmohecer en prisión, porque allí estaba el señor de Tréville para reclamarlos. Por eso el señor de Tréville era alabado en todos los tonos, cantado en todas las gamas por aquellos hombres que le adoraban y que, bandidos todos como eran, temblaban ante él como escolares ante su maestro, obedeciendo a la menor palabra y prestos a hacerse matar para lavar el menor reproche.

El señor de Tréville había usado esta palanca poderosa en favor del rey en primer lugar y de los amigos del rey, y luego en favor de él mismo y sus amigos. Por lo demás, en ninguna de las Memorias de esa época que tantas Memorias ha dejado se ve que ese digno gentilhomme haya sido acusado, ni siquiera por sus enemigos -y los tenía tanto entre las gentes de pluma como entre las gentes de espada- en ninguna parte se ve, decimos, que ese digno gentilhomme haya sido acusado de hacerse pagar la cooperación de sus secuaces. Con un raro ingenio para la intriga, que lo hacía émulo de los mayores intrigantes había permanecido

honesto. Es más, a pesar de las grandes estocadas que dejan a uno derrengado y de los ejercicios penosos que fatigan, se había convertido en uno de los más galantes trotacalles, en uno de los más finos lechuguinos, en uno de los más alambicados habladores ampulosos de su época; se hablaba de las aventuras galantes de Tréville como veinte años antes se había hablado de las de Bassompierre, lo que no era poco decir. El capitán de los mosqueteros era, pues, admirado, temido y amado, lo cual constituye el apogeo de las fortunas humanas.

Luis XIV absorbió a todos los pequeños astros de su corte en su vasta irradiación; pero su padre, sol pluribus impar, dejó su esplendor personal a cada uno de sus favoritos, su valor individual a cada uno de sus cortesanos. Además de los resplandores del rey y del cardenal, se contaban entonces en París más de doscientos pequeños resplandores algo solicitados. Entre los doscientos pequeños resplandores, el de Tréville era uno de los más buscados.

El patio de su palacio, situado en la calle del Vieux-Colombier, se parecía a un campamento, y esto desde las seis de la mañana en verano y desde las ocho en invierno. De cincuenta a sesenta mosqueteros, que parecían turnarse para presentar un número siempre imponente, se paseaban sin cesar armados en plan de guerra y dispuestos a todo. A lo largo de aquellas grandes escalinatas, sobre cuyo emplazamiento nuestra civilización construiría una casa entera, subían y bajaban solicitantes de París que corrían tras un favor cualquiera, gentilhombres de provincia ávidos para ser enrolados, y lacayos engalanados con todos los colores que venían a traer al señor de Tréville los mensajes de sus amos. En la antecámara, sobre altas banquetas circulares, descansaban los elegidos, es decir, aquellos que estaban convocados. Allí había murmullo desde la mañana a la noche, mientras el señor de Tréville, en su gabinete contiguo a esta antecámara, recibía las visitas, escuchaba las quejas, daba sus órdenes y, como el rey en su balcón del Louvre, no tenía más que asomarse a la ventana para pasar revista de hombres y de armas.

El día en que D'Artagnan se presentó, la asamblea era imponente, sobre todo para un provinciano que llegaba de su provincia: es cierto que el provinciano era

gascón, y que sobre todo en esa época los compatriotas de D'Artagnan tenían fama de no dejarse intimidar fácilmente. En efecto, una vez que se había franqueado la puerta maciza, enclavijada por largos clavos de cabeza cuadrangular, se caía en medio de una tropa de gentes de espada que se cruzaban en el patio interpe-lándose, peleándose y jugando entre sí. Para abrirse paso en medio de todas aquellas olas impetuosas habría sido preciso ser oficial, gran señor o bella mujer.

Fue, pues, por entre ese tropel y ese desorden por donde nuestro joven avanzó con el corazón palpitante, ajustando su largo estoque a lo largo de sus magras piernas, y poniendo una mano en el borde de su sombrero de fieltro con esa media sonrisa del provinciano apurado que quiere mostrar aplomo. Cuando había pasado un grupo, entonces respiraba con más libertad; pero comprendía que se volvían para mirarlo y, por primera vez en su vida, D'Artagnan, que hasta aquel día había tenido una buena opinión de sí mismo, se sintió ridículo.

Llegado a la escalinata, fue peor aún; en los primeros escalones había cuatro mosqueteros que se divertían en el ejercicio siguiente, mientras diez o doce camaradas suyos esperaban en el rellano a que les tocara la vez para ocupar plaza en la partida.

Uno de ellos, situado en el escalón superior, con la espada desnuda en la mano, impedía o al menos se esforzaba por impedir que los otros tres subieran.

Estos tres esgrimían contra él sus espadas agilísimas. D'Artagnan tomó al principio aquellos aceros por floretes de esgrima, los creyó botonados; pero pronto advirtió por ciertos rasguños que todas las armas estaban, por el contrario, afiladas y aguzadas a placer, y con cada uno de aquellos rasguños no sólo los espectadores sino incluso los actores reían como locos.

El que ocupaba el escalón en aquel momento mantenía a raya maravillosamente a sus adversarios. Se hacía círculo en torno a ellos; la condición consistía en que a cada golpe el tocado abandonara la partida, perdiendo su turno de audiencia en beneficio del tocador. En cinco minutos, tres fueron rozados, uno en el puño, otro en el mentón, otro en la oreja, por el defensor del escalón, que no

fue tocado -destreza que le valió, según las condiciones pactadas, tres turnos de favor.

Aunque no fuera difícil, dado que quería ser asombrado, este pasatiempo asombró a nuestro joven viajero; en su provincia, esa tierra donde sin embargo se calientan tan rápidamente los cascos, había visto algunos preliminares de duelos, y la gasconada de aquellos cuatro jugadores le pareció la más rara de todas las que hasta entonces había oído, incluso en Gascuña. Se creyó transportado a ese país de gigantes al que Gulliver fue más tarde y donde pasó tanto miedo, y sin embargo no había llegado al final: quedaban el rellano y la antecámara.

En el rellano no se batían, contaban aventuras con mujeres, y en la antecámara historias de la corte. En el rellano, D'Artagnan se ruborizó; en la antecámara, tembló. Su imaginación despierta y vagabunda, que en Gascuña le hacía temible a las criadas a incluso alguna vez a las dueñas, no había soñado nunca, ni siquiera en esos momentos de delirio, la mitad de aquellas maravillas amorosas ni la cuarta parte de aquellas proezas galantes, realizadas por los nombres más conocidos y los detalles menos velados. Pero si su amor por las buenas costumbres fue sorprendido en el rellano, su respeto por el cardenal fue escandalizado en la antecámara. Allí, para gran sorpresa suya, D'Artagnan oía criticar en voz alta la política que hacía temblar a Europa, y la vida privada del cardenal, que a tantos altos y poderosos personajes había llevado al castigo por haber tratado de profundizar en ella: aquel gran hombre, reverenciado por el señor D'Artagnan padre, servía de hazmerreír a los mosqueteros del señor de Tréville, que se metían con sus piernas zambas y con su espalda encorvada; unos cantaban villancicos sobre la señora D'Aiguillon, su amante, y sobre la señora de Combalet, su nieta, mientras otros preparaban partidas contra los pajes y los guardias del cardenal-duque, cosas todas que parecían a D'Artagnan monstruosas imposibilidades.

Sin embargo, cuando el nombre del rey intervenía a veces de improviso en medio de todas aquellas rechiflas cardenalescas, una especie de mordaza calafateaba por un momento todas aquellas bocas burlonas; miraban con vacilación

en torno, y parecían temer la indiscreción del tabique del gabinete del señor de Tréville; pero pronto una alusión volvía a llevar la conversación a Su Eminencia, y entonces las risotadas iban en aumento, y no se escatimaba luz sobre todas sus acciones.

-Desde luego, éstas son gentes que van a ser encarceladas y colgadas -pensó D'Artagnan con terror-, y yo, sin ninguna duda, con ellos porque desde el momento en que los he escuchado y oído seré tenido por cómplice suyo. ¿Qué diría mi señor padre, que tanto me ha recomendado respetar al cardenal, si me supiera en compañía de semejantes paganos?

Por eso, como puede suponerse sin que yo lo diga, D'Artagnan no osaba entregarse a la conversación; sólo miraba con todos sus ojos, escuchando con todos sus oídos, tendiendo ávidamente sus cinco sentidos para no perderse nada, y, pese a su confianza en las recomendaciones paternas, se sentía llevado por sus gustos y arrastrado por sus instintos a celebrar más que a censurar las cosas inauditas que allí pasaban.

Sin embargo, como era absolutamente extraño el montón de cortesanos del señor de Tréville, y era la primera vez que se le veía en aquel lugar, vinieron a preguntarle lo que deseaba. A esta pregunta, D'Artagnan se presentó con mucha humildad, se apoyó en el título de compatriota, y rogó al ayuda de cámara que había venido a hacerle aquella pregunta pedir por él al señor de Tréville un momento de audiencia, petición que éste prometió en tono protector transmitir en tiempo y lugar.

D'Artagnan, algo recuperado de su primera sorpresa, tuvo entonces la oportunidad de estudiar un poco las costumbres y las fisonomías.

En el centro del grupo más animado había un mosquetero de gran estatura, de rostro altanero y una extravagancia de vestimenta que atraía sobre él la atención general. No llevaba, por de pronto, la casaca de uniforme, que, por lo demás, no era totalmente obligatoria en aquella época de libertad menor pero de mayor independencia, sino una casaca azul celeste, un tanto ajada y raída, y sobre ese vestido un tahalí magnífico, con bordados de oro, que relucía como las escamas de

que el agua se cubre a plena luz del día. Una capa larga de terciopelo carmesí caía con gracia sobre sus hombros, descubriendo solamente por delante el espléndido tahalí, del que colgaba un gigantesco estoque.

Este mosquetero acababa de dejar la guardia en aquel mismo instante, se quejaba de estar constipado y tosía de vez en cuando con afectación. Por eso se había puesto la capa, según decía a los que le rodeaban, y mientras hablaba desde lo alto de su estatura retorciéndose desdeñosamente su mostacho, admiraban con entusiasmo el tahalí bordado, y D'Artagnan más que ningún otro.

-¿Qué queréis? -decía el mosquetero-. La moda lo pide; es una locura, lo sé de sobra, pero es la moda. Por otro lado, en algo tiene que emplear uno el dinero de su legítima.

-¡Ah, Porthos! -exclamó uno de los asistentes-. No trates de hacernos creer que ese tahalí te viene de la generosidad paterna; te lo habrá dado la dama velada con la que te encontré el otro domingo en la puerta Saint-Honoré.

-No, por mi honor y fe de gentilhombre: lo he comprado yo mismo, y con mis propios dineros -respondió aquel al que acababan de designar con el nombre de Porthos.

-Sí, como yo he comprado -dijo otro mosquetero- esta bolsa nueva con lo que mi amante puso en la vieja.

-Es cierto -dijo Porthos-, y la prueba es que he pagado por él doce pistolas. La admiración acreció, aunque la duda continuaba existiendo.

-¿No es así, Aramis? -dijo Porthos volviéndose hacia otro mosquetero.

Este otro mosquetero hacía contraste perfecto con el que le interrogaba y que acababa de designarle con el nombre de Aramis: era éste un joven de veintidós o veintitrés años apenas, de rostro ingenuo y dulzarrón, de ojos negros y dulces y mejillas rosas y aterciopeladas como un melocotón en otoño; su mostacho fino dibujaba sobre su labio superior una línea perfectamente recta; sus manos parecían temer bajarse, por miedo a que sus venas se hinchasen, y de vez en cuando se pellizcaba el lóbulo de las orejas para mantenerlas de un encarnado tierno y transparente. Por hábito, hablaba poco y lentamente, saludaba mucho, reía sin

estrépito mostrando sus dientes, que tenía hermosos y de los que, como del resto de su persona, parecía tener el mayor cuidado. Respondió con un gesto de cabeza afirmativo a la interpelación de su amigo.

Esta afirmación pareció haberle disipado todas las dudas respecto al tahalí; continuaron, pues, admirándolo, pero ya no volvieron a hablar de él; y por uno de esos virajes rápidos del pensamiento, la conversación pasó de golpe a otro tema.

-¿Qué pensáis de lo que cuenta el escudero de Chalais? -preguntó otro mosquetero sin interpelar directamente a nadie y dirigiéndose por el contrario a todo el mundo.

-¿Y qué es lo que cuenta? -preguntó Porthos en tono de suficiencia.

-Cuenta que ha encontrado en Bruselas a Rochefort, el instrumento ciego del cardenal, disfrazado de capuchino; ese maldito Rochefort, gracias a ese disfraz, engañó al señor de Laigues como a necio que es.

-Como a un verdadero necio -dijo Porthos-; pero ¿es seguro?

-Lo sé por Aramis -respondió el mosquetero.

-¿De veras?

-Lo sabéis bien, Porthos -dijo Aramis-; os lo conté a vos mismo ayer, no hablemos pues más.

-No hablemos más, esa es vuestra opinión -prosiguió Porthos-. ¡No hablemos más! ¡Maldita sea! ¡Qué rápido concluís! ¡Cómo! El cardenal hace espionar a un gentilhombre, hace robar su correspondencia por un traidor, un bergante, un granuja; con la ayuda de ese espía y gracias a esta correspondencia, hace cortar el cuello de Chalais, con el estúpido pretexto de que ha querido matar al rey y casar a Monsieur con la reina. Nadie sabía una palabra de este enigma, vos nos lo comunicasteis ayer, con gran satisfacción de todos, y cuando estamos aún todos pasmados por la noticia, venís hoy a decirnos: ¡No hablemos más!

-Hablemos entonces, pues que lo deseáis -prosiguió Aramis con paciencia.

-Ese Rochefort -dijo Porthos-, si yo fuera el escudero del pobre Chalais, pasaría conmigo un mal rato.

-Y vos pasaríais un triste cuarto de hora con el duque Rojo -prosiguió Aramis.

-¡Ah! ¡El duque Rojo! ¡Bravo bravo el duque Rojo! -respondió Porthos aplaudiendo y aprobando con la cabeza-. El «duque Rojo» tiene gracia. Haré correr el mote, querido, estad tranquilo. ¡Tiene ingenio este Aramis! ¡Qué pena que no hayáis podido seguir vuestra vocación, querido, qué delicioso abad habríais hecho!

-¡Bah!, no es más que un retraso momentáneo -prosiguió Aramis-: un día lo seré. Sabéis bien, Porthos, que sigo estudiando teología para ello.

-Hará lo que dice -prosiguió Porthos-, lo hará tarde o temprano.

-Temprano -dijo Aramis.

-Sólo espera una cosa para decidirse del todo y volver a ponerse su sotana, que está colgada debajo del uniforme, prosiguió un mosquetero.

-¿Y a qué espera? -preguntó otro.

-Espera a que la reina haya dado un heredero a la corona de Francia.

-No bromeemos sobre esto, señores -dijo Porthos-; gracias a Dios, la reina está todavía en edad de darlo.

-Dicen que el señor de Buckingham está en Francia -prosiguió Aramis con una risa burlona que daba a aquella frase, tan simple en apariencia, una significación bastante escandalosa.

-Aramis, amigo mío, por esta vez os equivocáis -interrumpió Porthos-, y vuestra manía de ser ingenioso os lleva siempre más allá de los límites; si el señor de Tréville os oyese, os arrepentiríais de hablar así.

-¿Vais a soltarme la lección, Porthos? -exclamó Aramis, con ojos dulces en los que se vio pasar como un relámpago.

-Querido, sed mosquetero o abad. Sed lo uno o lo otro, pero no lo uno y lo otro -prosiguió Porthos-. Mirad, Athos os lo acaba de decir el otro día: coméis en todos los pesebres. ¡Ah!, no nos enfademos, os lo suplico, sería inútil, sabéis de sobra lo que hemos convenido entre vos, Athos y yo. Vais a la casa de la señora D'Aiguillon, y le hacéis la corte; vais a la casa de la señora de Bois-Tracy, la prima de la señora de Chevreuse, y se dice que vais muy adelantado en los favores de la dama. ¡Dios mío!, no confeséis vuestra felicidad, no se os pide vuestro secreto, es conocida vuestra discreción. Pero dado que poseéis esa virtud, ¡qué diablos!,

usadla para con Su Majestad. Que se ocupe quien quiera y como se quiera del rey y del cardenal; pero la reina es sagrada, y si se habla de ella, que sea para bien.

Porthos, sois pretencioso como Narciso, os lo aviso -respondió Aramis-, sabéis que odio la moral, salvo cuando la hace Athos. En cuanto a vos, querido, tenéis un tahalí demasiado magnífico para estar fuerte en la materia. Seré abad si me conviene; mientras tanto, soy mosquetero: y en calidad de tal digo lo que me place, y en este momento me place deciros que me irritáis.

-¡Aramis!

-¡Porthos!

-¡Eh, señores, señores! -gritaron a su alrededor.

-El señor de Tréville espera al señor D'Artagnan -interrumpió el lacayo abriendo la puerta del gabinete.

Ante este anuncio, durante el cual la puerta permanecía abierta, todos se callaron, y en medio del silencio general el joven gascón cruzó la antecámara en una parte de su longitud y entró donde el capitán de los mosqueteros, felicitándose con toda su alma por escapar tan a punto al fin de aquella extravagante querella.



Capítulo III

La audiencia

El señor de Tréville estaba en aquel momento de muy mal humor; sin embargo, saludó cortésmente al joven, que se inclinó hasta el suelo, y sonrió al recibir su cumplido, cuyo acento bearnés le recordó a la vez su juventud y su región, doble recuerdo que hace sonreír al hombre en todas las edades. Pero acordándose casi al punto de la antecámara y haciendo a D'Artagnan un gesto con la mano, como para pedirle permiso para terminar con los otros antes de comenzar con él, llamó tres veces, aumentando la voz cada vez, de suerte que recorrió todos los tonos intermedios entre el acento imperativo y el acento irritado:

-¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!

Los dos mosqueteros con los que ya hemos trabado conocimiento, y que respondían a los dos últimos de estos tres nombres, dejaron en seguida los grupos de que formaban parte y avanzaron hacia el gabinete cuya puerta se cerró detrás de ellos una vez que hubieron franqueado el umbral. Su continente, aunque no estuviera completamente tranquilo, excitó sin embargo, por su abandono lleno a la vez de dignidad y de sumisión, la admiración de D'Artagnan, que veía en aquellos hombres semidioses, y en su jefe un Júpiter olímpico armado de todos sus rayos.

Cuando los dos mosqueteros hubieron entrado, cuando la puerta fue cerrada tras ellos, cuando el murmullo zumbante de la antecámara, al que la llamada que acababa de hacerles había dado sin duda nuevo alimento, hubo empezado de nuevo, cuando, al fin, el señor de Tréville hubo recorrido tres o cuatro veces, silencioso y fruncido el ceño, toda la longitud de su gabinete pasando cada vez entre Porthos y Aramis, rígidos y mudos como en desfile se detuvo de pronto frente a ellos, y abarcándolos de los pies a la cabeza con una mirada irritada.

Capítulo IV

El hombro de Athos, el tahalí de Porthos y el pañuelo de Aramis

D'Artagnan, furioso, había atravesado la antecámara de tres saltos y se abalanzaba a la escalera cuyos escalones contaba con descender de cuatro en cuatro cuando, arrastrado por su camera, fue a dar de cabeza en un mosquetero que salía del gabinete del señor de Tréville por una puerta de excusado; y al golpearle con la frente en el hombro, le hizo lanzar un grito o mejor un aullido.

-Perdonadme -dijo D'Artagnan tratando de reemprender su carrera-, perdonadme, pero tengo prisa.

Apenas había descendido el primer escalón cuando un puño de hierro le cogió por su bandolera y lo detuvo.

-¡Tenéis prisa! -exclamó el mosquetero, pálido como un lienzo-. Con ese pretexto golpeáis, decís: «Perdonadme», y creéis que eso basta. De ningún modo, amiguito. ¿Creéis que porque habéis oído al señor de Tréville hablarnos un poco bruscamente hoy, se nos puede tratar como él nos habla? Desengañaos, compañero; vos no sois el señor de Tréville.



-A fe mía -replicó D'Artagnan al reconocer a Athos, el cual, tras el vendaje realizado por el doctor, volvía a su alojamiento-, a fe mía que no lo he hecho a propósito, ya he dicho «Perdonadme». Me parece, pues, que es bastante. Sin embargo, os lo repito, y esta vez es quizá demasiado, palabra de honor, tengo

prisa, mucha prisa. Soltadme, pues, esto suplico y dejadme ir a donde tengo que hacer.

-Señor -dijo Áthos soltándole-, no sois cortés. Se ve que venís de lejos.

D'Artagnan había ya salvado tres o cuatro escalones, pero a la observación de Athos se detuvo en seco.

-¡Por todos los diablos, señor! -dijo-. Por lejos que venga no sois vos quien me dará una lección de Buenos modales, os lo advierto.

-Puede ser -dijo Athos.

-Ah, si no tuviera tanta prisa -exclamó D'Artagnan-, y si no corriese detrás de uno...

-Señor apresurado, a mí me encontraréis sin comer, ¿me oís?

-¿Y dónde, si os place?

-Junto a los Carmelitas Descalzos.

-¿A qué hora?

-A las doce.

-A las doce, de acuerdo, allí estaré.

-Tratad de no hacerme esperar, porque a las doce y cuarto os prevengo que seré yo quien coma tras vos y quien os corte las orejas a la camera.

-¡Bueno! -le gritó D'Artagnan-. Que sea a las doce menos diez.

Y se puso a comer como si lo llevara el diablo, esperando encontrar todavía a su desconocido, a quien su paso tranquilo no debía haber llevado muy lejos.

Pero a la puerta de la calle hablaba Porthos con un soldado de guardia. Entre los dos que hablaban, había el espacio justo de un hombre. D'Artagnan creyó que aquel espacio le bastaría, y se lanzó para pasar como una flecha entre ellos dos. Pero D'Artagnan no había contado con el viento. Cuando iba a pasar, el viento sacudió en la amplia capa de Porthos, y D'Artagnan vino a dar precisamente en la capa. Sin duda, Porthos tenía razones para no abandonar aquella parte esencial de su vestimenta, porque en lugar de dejar ir el faldón que sostenía, tiró de él, de tal suerte que D'Artagnan se enrolló en el terciopelo con un movimiento de rotación que explica la resistencia del obstinado Porthos.

D'Artagnan, al oír jurar al mosquetero, quiso salir de debajo de la capa que lo cegaba, y buscó su camino por el dobléz. Temía sobre todo haber perjudicado el lustre del magnífico tahalí que conocemos; pero, al abrir tímidamente los ojos, se encontró con la nariz pegada entre los dos hombros de Porthos, es decir, encima precisamente del tahalí.

¡Ay!, como la mayoría de las cosas de este mundo que sólo tienen apariencia el tahalí era de oro por delante y de simple búfalo por detrás. Porthos, como verdadero fanfarrón que era, al no poder tener un tahalí de oro, completamente de oro, tenía por lo menos la mitad; se comprende así la necesidad del resfriado y la urgencia de la capa.

-¡Por mil diablos! -gritó Porthos haciendo todo lo posible por desembarazarse de D'Artagnan que le hormigueaba en la espalda-. ¿Tenéis acaso la rabia para lanzaros de ese modo sobre las personas?

-Perdonadme -dijo D'Artagnan reapareciendo bajo el hombro del gigante-, pero tengo mucha prisa, como detrás de uno, y...

-¿Es que acaso olvidáis vuestros ojos cuando corréis? -preguntó Porthos.

-No -respondió D'Artagnan picado-, no, y gracias a mis ojos veo incluso lo que no ven los demás.

Porthos comprendió o no comprendió; lo cierto es que dejándose llevar por su cólera dijo:

-Señor, os desollaréis, os lo aviso, si os restregáis así en los mosqueteros.

-¿Desollar, señor? -dijo D'Artagnan-. La palabra es dura.

-Es la que conviene a un hombre acostumbrado a mirar de frente a sus enemigos.

-¡Pardiez! De sobra sé que no enseñáis la espalda a los vuestros.

Y el joven, encantado de su travesura, se alejó riendo a mandíbula batiente.

Porthos echó espuma de rabia a hizo un movimiento para precipitarse sobre D'Artagnan.

-Más tarde, más tarde -le gritó éste-, cuando no tengáis vuestra capa.

-A la una, pues, detrás del Luxemburgo.

-Muy bien, a la una -respondió D'Artagnan volviendo la esquina de la calle.

Pero ni en la calle que acababa de recorrer, ni en la que abarcaba ahora con la vista vio a nadie. Por despacio que hubiera andado el desconocido, había hecho camino; quizá también había entrado en alguna casa. D'Artagnan preguntó por él a todos los que encontró, bajó luego hasta la barcaza, subió por la calle de Seine y la Croix Rouge; pero nada, absolutamente nada. Sin embargo, aquella carrera le resultó beneficiosa en el sentido de que a medida que el sudor inundaba su frente su corazón se enfriaba.

Se puso entonces a reflexionar sobre los acontecimientos que acababan de ocurrir; eran abundantes y nefastos: eran las once de la mañana apenas, y la mañana le había traído ya el disfavor del señor de Tréville, que no podría dejar de encontrar algo brusca la forma en que D'Artagnan lo había abandonado.

Además, había pescado dos buenos duelos con dos hombres capaces de matar, cada uno, tres D'Artagnan; en fin, con dos mosqueteros, es decir, con dos de esos seres que él estimaba tanto que los ponía, en su pensamiento y en su corazón, por encima de todos los demás hombres.

La coyuntura era triste. Seguro de ser matado por Athos, se comprende que el joven no se inquietara mucho de Porthos. Sin embargo, como la esperanza es lo último que se apaga en el corazón del hombre, llegó a esperar que podría sobrevivir, con heridas terribles, por supuesto, a aquellos dos duelos, y, en caso de supervivencia, se hizo para el futuro las reprimendas siguientes:

-¡Qué atolondrado y ganso soy! Ese valiente y desgraciado Athos estaba herido justamente en el hombro contra el que yo voy a dar con la cabeza como si fuera un morueco. Lo único que me extraña es que no me haya matado en el sitio; estaba en su derecho y el dolor que le he causado ha debido de ser atroz. En cuanto a Porthos..., ¡oh, en cuanto a Porthos, a fe que es más divertido!

Y a pesar suyo, el joven se echó a reír, mirando no obstante si aquella risa aislada, y sin motivo a ojos de quienes le viesan reír, iba a herir a algún viandante.

-En cuanto a Porthos, es más divertido; pero no por ello dejo de ser un miserable atolondrado. No se lanza uno así sobre las personas sin decir cuidado,

no, y no se va a mirarlos debajo de la capa para ver lo que no hay. Me habría perdonado de buena gana, seguro; me habría perdonado si no le hubiera hablado de ese maldito tahalí, con palabras encubiertas, cierto; sí, bellamente encubiertas. ¡Ah, soy un maldito gascón, sería ingenioso hasta en la sartén de freír! ¡Vamos, D'Artagnan, amigo mío -continuó, hablándole a sí mismo con toda la confianza que creía deberse- si escapas a ésta, cosa que no es probable, se trata de ser en el futuro de una cortesía perfecta. En adelante es preciso que te admiren, que te citen como modelo. Ser atento y cortés no es ser cobarde. Mira mejor a Aramis: Aramis es la dulzura, es la gracia en persona. ¡Y bien!, ¿a quién se le ha ocurrido alguna vez decir que Aramis era un cobarde? No desde luego que a nadie y de ahora en adelante quiero tomarle en todo por modelo. ¡Ah, precisamente ahí está!

D'Artagnan, mientras caminaba monologando, había llegado a unos pocos pasos del palacio D'Aiguillon y ante este palacio había visto a Aramis hablando alegremente con tres gentileshombres de la guardia del rey. Por su parte, Aramis vio a D'Artagnan; pero como no olvidaba que había sido delante de aquel joven ante el que el señor de Tréville se había irritado tanto por la mañana, y como un testigo de los reproches que los mosqueteros habían recibido no le resultaba en modo alguno agradable, fingía no verlo. D'Artagnan, entregado por entero a sus planes de conciliación y de cortesía, se acercó a los cuatro jóvenes haciéndoles un gran saludo acompañado de la más graciosa sonrisa. Aramis inclinó ligeramente la cabeza, pero no sonrió. Por lo demás, los cuatro interrumpieron en aquel mismo instante su conversación.

D'Artagnan no era tan necio como para no darse cuenta de que estaba de más; pero no era todavía lo suficiente ducho en las formas de la alta sociedad para salir gentilmente de una situación falsa como lo es, por regla general, la de un hombre que ha venido a mezclarse con personas que apenas conoce y en una conversación que no le afecta. Buscaba por tanto en su interior un medio de retirarse lo menos torpemente posible, cuando notó que Aramis había dejado caer su pañuelo y, por descuido sin duda, había puesto el pie encima; le pareció llegado el momento de reparar su inconveniencia: se agachó, y con el gesto más gracioso

que pudo encontrar, sacó el pañuelo de debajo del pie del mosquetero, por más esfuerzos que hizo éste por retenerlo, y le dijo devolviéndoselo:

-Señor, aquí tenéis un pañuelo que en mi opinión os molestaría mucho perder.

En efecto, el pañuelo estaba ricamente bordado y llevaba una corona y armas en una de sus esquinas. Aramis se ruborizó excesivamente y arrancó más que cogió el pañuelo de manos del gascón.

-¡Ah, ah! -exclamó uno de los guardias-. Encima dirás, discreto Aramis, que estás a mal con la señora de Bois-Tracy, cuando esa graciosa dama tiene la cortesía de prestarte sus pañuelos.

Aramis lanzó a D'Artagnan una de esas miradas que hacen comprender a un hombre que acaba de ganarse un enemigo mortal; luego, volviendo a tomar su tono dulzarrón, dijo:

-Os equivocáis, señores, este pañuelo no es mío, y no sé por qué el señor ha tenido la fantasía de devolvérmelo a mí en vez de a uno de vosotros, y prueba de lo que digo es que aquí está el mío, en mi bolsillo.

A estas palabras, sacó su propio pañuelo, pañuelo muy elegante también, y de fina batista, aunque la batista fuera cara en aquella época, pero pañuelo bordado, sin armas, y adornado con una sola inicial, la de su propietario.

Esta vez, D'Artagnan no dijo ni pío, había reconocido su error, pero los amigos de Aramis no se dejaron convencer por sus negativas, y uno de ellos, dirigiéndose al joven mosquetero con seriedad afectada, dijo:

-Si fuera como pretendes, me vería obligado, mi querido Aramis, a pedirte; porque, como sabes, Bois-Tracy es uno de mis íntimos, y no quiero que se haga trofeo de las prendas de su mujer.

-Lo pides mal -respondió Aramis-; y aun reconociendo la justeza de tu reclamación en cuanto al fondo, me negaré debido a la forma.

-El hecho es -aventuró tímidamente D'Artagnan-, que yo no he visto salir el pañuelo del bolsillo del señor Aramis. Tenía el pie encima, eso es todo, y he pensado que, dado que tenía el pie, el pañuelo era suyo.

-Y os habéis equivocado, querido señor -respondió fríamente Aramis, poco sensible a la reparación.

Luego, volviéndose hacia aquel de los guardias que se había declarado amigo de Bois-Tracy, continuó:

-Además, pienso, mi querido íntimo de Bois-Tracy, que yo soy amigo suyo no menos cariñoso que puedas serlo tú; de suerte que, en rigor, este pañuelo puede haber salido tanto de tu bolsillo como del mío.

-¡No, por mi honor! -exclamó el guardia de Su Majestad.

-Tú vas a jurar por tu honor y yo por mi palabra, y entonces evidentemente uno de nosotros dos mentirá. Mira, hagámoslo mejor, Montaran, cojamos cada uno la mitad.

-¿Del pañuelo?

-Sí.

-De acuerdo -exclamaron los otros dos guardias- el juicio del rey Salomón. Decididamente, Aramis, estás lleno de sabiduría.

Los jóvenes estallaron en risas, y como es lógico, el asunto no tuvo más continuación. Al cabo de un instante la conversación cesó, y los tres guardias y el mosquetero, después de haberse estrechado cordialmente las manos, tiraron los tres guardias por su lado y Aramis por el suyo.

-Este es el momento de hacer las paces con ese hombre galante -se dijo para sí D'Artagnan, que se había mantenido algo al margen durante toda la última parte de aquella conversación. Y con estas buenas intenciones, acercándose a Aramis, que se alejaba sin prestarle más atención, le dijo:

-Señor, espero que me perdonéis.

-¡Ah, señor! -le interrumpió Aramis-. Permitidme haceros observar que no habéis obrado en esta circunstancia como un hombre galante debe hacerlo.

-¡Cómo, señor! -exclamó D'Artagnan-. Suponéis...

-Supongo, señor, que no sois un imbécil, y que sabéis bien, aunque lleguéis de Gascuña, que no se pisan sin motivo los pañuelos de bolsillo. ¡Qué diablos! Paris no está empedrado de batista.

-Señor, os equivocáis tratando de humillarme -dijo D'Artagnan, en quien el carácter peleón comenzaba a hablar más alto que las resoluciones pacíficas-. Soy de Gascuña, cierto, y puesto que lo sabéis, no tendré necesidad de deciros que los gascones son poco sufridos; de suerte que cuando se han excusado una vez, aunque sea por una tontería, están convencidos de que ya han hecho más de la mitad de lo que debían hacer.

-Señor, lo que os digo -respondió Aramis-, no es para buscar pelea. A Dios gracias no soy un espadachín, y siendo sólo mosquetero por ínterin, sólo me bato cuando me veo obligado, y siempre con gran repugnancia; pero esta vez el asunto es grave, porque tenemos a una dama comprometida por vos.

-Por nosotros querréis decir -exclamó D'Artagnan.

-¿Por qué habéis tenido la torpeza de devolverme el pañuelo?

-¿Por qué habéis tenido vos la de dejarlo caer?

-He dicho y repito, señor, que ese pañuelo no ha salido de mi bolsillo.

-¡Pues bien, mentís dos veces, señor, porque yo lo he visto salir de él!

-¡Ah, con que lo tomáis en ese tono, señor gascón! ¡Pues bien, yo os enseñaré a vivir!

-Y yo os enviaré a vuestra misa, señor abate. Desenvainad, si os place, y ahora mismo.

-No, por favor, querido amigo; no aquí, al menos. ¿No veis que estamos frente al palacio D'Aiguillon, que está lleno de criaturas del cardenal? ¿Quién me dice que no es Su Eminencia quien os ha encargado procurarle mi cabeza? Pero yo aprecio mucho mi cabeza, dado que creo que va bastante correctamente sobre mis hombros. Quiero mataros, estad tranquilo, pero mataros dulcemente, en un lugar cerrado y cubierto, allí donde no podáis jactaros de vuestra muerte ante nadie.

-Me parece bien, pero no os fiéis, y llevad vuestro pañuelo, os pertenezca o no; quizá tengáis ocasión de servirlo de él.

-¿El señor es gascón? -preguntó Aramis.

-Sí. El señor no pospone una cita por prudencia.

-La prudencia, señor, es una virtud bastante inútil para los mosqueteros, lo sé, pero indispensable a las gentes de Iglesia; y como sólo soy mosquetero provisionalmente, tengo que ser prudente. A las dos tendré el honor de esperaros en el palacio del señor de Tréville. Allí os indicaré los buenos lugares.

Los dos jóvenes se saludaron, luego Aramis se alejó remontando la calle que subía al Luxemburgo, mientras D'Artagnan, viendo que la hora avanzaba, tomaba el camino de los Carmelitas Descalzos, diciendo para sí:

-Decididamente, no puedo librarme; pero por lo menos, si soy muerto, seré muerto por un mosquetero.



Capítulo V

Los mosqueteros del rey y los guardias del señor cardenal

D'Artagnan no conocía a nadie en París. Fue por tanto a la cita de Athos sin llevar segundo, resuelto a contentarse con los que hubiera escogido su adversario. Por otra parte tenía la intención formal de dar al valiente mosquetero todas las excusas pertinentes, pero sin debilidad, por temor a que resultara de aquel duelo algo que siempre resulta molesto en un asunto de este género, cuando un hombre joven y vigoroso se bate contra un adversario herido y debilitado: vencido, duplica el triunfo de su antagonista; vencedor, es acusado de felonía y de fácil audacia.

Por lo demás, o hemos expuesto mal el carácter de nuestro buscador de aventuras, o nuestro lector ha debido observar ya que D'Artagnan no era un hombre ordinario. Por eso, aun repitiéndose a sí mismo que su muerte era inevitable, no se resignó a morir suavemente, como cualquier otro menos valiente y menos moderado que él hubiera hecho en su lugar. Reflexionó sobre los distintos caracteres de aquellos con quienes iba a batirse, y empezó a ver más claro en su situación. Gracias a las leales excusas que le preparaba, esperaba hacer un amigo de Athos, cuyos aires de gran señor y cuya actitud austera le agradaron mucho. Se prometía meter miedo a Porthos con la aventura del tahalí, que, si no quedaba muerto en el acto, podía contar a todo el mundo, relato que, hábilmente manejado para ese efecto, debía cubrir a Porthos de ridículo; por último, en cuanto al socarrón de Aramis, no le tenía demasiado miedo, y suponiendo que llegase hasta él, se encargaba de despacharlo aunque parezca imposible, o al menos señalarle el rostro, como César había recomendado hacer a los soldados de Pompeyo, dañar para siempre aquella belleza de la que estaba tan orgulloso.

Además había en D'Artagnan ese fondo inquebrantable de resolución que habían depositado en su corazón los consejos de su padre, consejos cuya sustancia era: «No aguantar nada de nadie salvo del rey, del cardenal y del señor

de Tréville.» Voló, pues, más que caminó, hacia el convento de los Carmelitas Descalzados, o mejor Descalzos, como se decía en aquella época, especie de construcción sin ventanas, rodeada de prados áridos, sucursal del Pré-aux-Clers, y que de ordinario servía para encuentros de personas que no tenían tiempo que perder.

Cuando D'Artagnan llegó a la vista del pequeño terreno baldío que se extendía al pie de aquel monasterio, Athos hacía sólo cinco minutos que esperaba, y daban las doce. Era por tanto puntual como la Samaritana y el más riguroso casuista en duelos no podría decir nada.

Athos, que seguía sufriendo cruelmente por su herida, aunque hubiera sido vendada a las nueve por el cirujano del señor de Tréville, estaba sentado sobre un mojón y esperaba a su adversario con aquella compostura apacible y aquel aire digno que no le abandonaban nunca. Al ver a D'Artagnan, se levantó y dio cortésmente algunos pasos a su encuentro. Este, por su parte, no abordó a su adversario más que con sombrero en mano y su pluma colgando hasta el suelo.

-Señor -dijo Athos-, he hecho avisar a dos amigos míos que me servirán de padrinos, pero esos dos amigos aún no han llegado. Me extraña que tarden: no es lo habitual en ellos.

-Yo no tengo padrinos, señor -dijo D'Artagnan-, porque, llegado ayer mismo a París, no conozco aún a nadie, salvo al señor de Tréville, al que he sido recomendado por mi padre, que tiene el honor de ser uno de sus pocos amigos.

Athos reflexionó un instante.

-¿No conocéis más que al señor de Tréville? -preguntó.

-No, señor, no conozco a nadie más que a él...

-¡Vaya..., pero... -prosiguió Athos hablando a medias para sí mismo, a medias para D'Artagnan-, vaya, pero si os mato daré la impresión de un traganiños!

-No demasiado, señor -respondió D'Artagnan con un saludo que no carecía de dignidad-; no demasiado, pues que me hacéis el honor de sacar la espada contra mí con una herida que debe molestaros mucho.

-Mucho me molesta, palabra, y me habéis hecho un daño de todos los diablos, debo decirlo; pero lucharé con la izquierda, es mi costumbre en semejantes circunstancias. No creáis por ello que os hago gracia, manejo limpiamente la espada con las dos manos; será incluso desventaja para vos: un zurdo es muy molesto para las personas que no están prevenidas. Lamento no haberos participado antes esta circunstancia.

-Señor -dijo D'Artagnan inclinándose de nuevo-, sois realmente de una cortesía por la que no os puedo quedar más reconocido.

-Me dejáis confuso -respondió Athos con su aire de gentilhombre-; hablemos pues de otra cosa, os lo suplico, a menos que esto os resulte desagradable. ¡Por todos los diablos! ¡Qué daño me habéis hecho! El hombro me arde...

-Si permitierais... -dijo D'Artagnan con timidez.

-¿Qué, señor?

-Tengo un bálsamo milagroso para las heridas, un bálsamo que me viene de mi madre, y que yo mismo he probado.

-¿Y?

-Pues que estoy seguro de que en menos de tres días este bálsamo os curará y al cabo de los tres días, cuando estéis curado, señor, será para mí siempre un gran honor ser vuestro hombre.

D'Artagnan dijo estas palabras con una simplicidad que hacía honor a su cortesía, sin atentar en modo alguno contra su valor.

-¡Pardiez, señor! -dijo Athos-. Es esa una propuesta que me place, no que la acepte, pero huele a gentilhombre a una legua. Así es como hablaban y obraban aquellos valientes del tiempo de Carlomagno, en quienes todo caballero debe buscar su modelo. Desgraciadamente, no estamos ya en los tiempos del gran emperador. Estamos en la época del señor cardenal, y de aquí a tres días se sabría, por muy guardado que esté el secreto se sabría, digo, que debemos batirnos, y se opondrían a nuestro combate... Vaya, esos trotacalles ¿no acabarán de venir?

-Si tenéis prisa, señor -dijo D'Artagnan a Athos con la misma simplicidad con que un instante antes le había propuesto posponer el duelo tres días-, si tenéis prisa y os place despacharme en seguida, no os preocupéis, os lo ruego.

-Es esa una frase que me agrada -dijo Athos haciendo un gracioso gesto de cabeza a D'Artagnan-, no es propia de un hombre sin cabeza, y a todas luces lo es de un hombre valiente. Señor, me gustan los hombres de vuestro temple y veo que si no nos matamos el uno al otro, tendré más tarde verdadero placer en vuestra conversación. Esperemos a esos señores, os lo ruego, tengo tiempo, y será más correcto. ¡Ah, ahí está uno según creo!

En efecto, por la esquina de la calle de Vaugirard comenzaba a aparecer el gigantesco Porthos.

-¡Cómo! -exclamó D'Artagnan-. ¿Vuestro primer testigo es el señor Porthos?

-Sí. ¿Os contraría?

-No, de ningún modo.

-Y ahí está el segundo.

D'Artagnan se volvió hacia el lado indicado por Athos y reconoció a Aramis.

-¡Qué! -exclamó con un acento más asombrado que la primera vez-. ¿Vuestro segundo testigo es el señor Aramis?

-Claro, ¿no sabéis que no se nos ve jamás a uno sin los otros, y que entre los mosqueteros y entre los guardias, en la corte y en la ciudad, se nos llama Athos, Porthos y Aramis o los tres inseparables? Bueno como vos llegáis de Dax o de Pau...

-De Tarbes -dijo D'Artagnan.

-...os está permitido ignorar este detalle -dijo Athos.

-A fe mía -dijo D'Artagnan-, que estáis bien llamados, señores, y mi aventura, si tiene alguna resonancia, probará al menos que vuestra unión no está fundada en el contraste.

Entre tanto Porthos se había acercado, había saludado a Athos con la mano; luego, al volverse hacia D'Artagnan, había quedado estupefacto.

Digamos de pasada que había cambiado de tahalí, y dejado su capa.

-¡Ah, ah! -exclamó-. ¿Qué es esto?

-Este es el señor con quien me bato -dijo Athos señalando con la mano a D'Artagnan, y saludándole con el mismo gesto.

-Con él me bato también yo -dijo Porthos.

-Pero a la una -respondió D'Artagnan.

-Y también yo me bato con este señor -dijo Aramis llegando a su vez al lugar.

-Pero a las dos -dijo D'Artagnan con la misma calma.

-Pero ¿por qué te bates tú, Athos? -preguntó Aramis.

-A fe que no lo sé demasiado; me ha hecho daño en el hombro. ¿Y tú, Porthos?

-A fe que me bato porque me bato -respondió Porthos enrojeciendo.

Athos, que no se perdía una, vio pasar una fina sonrisa por los labios del gascón.

-Hemos tenido una discusión sobre indumentaria -dijo el joven.

-¿Y tú, Aramis? -preguntó Athos.

-Yo me bato por causa de teología -respondió Aramis haciendo al mismo tiempo una señal a D'Artagnan con la que le rogaba tener en secreto la causa del duelo.

Athos vio pasar una segunda sonrisa por los labios de D'Artagnan.

-¿De verdad? -dijo Athos.

-Sí, un punto de San Agustín sobre el que no estamos de acuerdo -dijo el gascón.

-Decididamente es un hombre de ingenio -murmuró Athos.

-Y ahora que estáis juntos, señores -dijo D'Artagnan-, permitidme que os presente mis excusas.

A la palabra «excusas», una nube pasó por la frente de Athos, una sonrisa altanera se deslizó por los labios de Porthos, y una señal negativa fue la respuesta de Aramis.

-No me comprendéis, señores -dijo D'Artagnan alzando la cabeza, en la que en aquel momento jugaba un rayo de sol que doraba las facciones finas y osadas:-

os pido excusas en caso de que no pueda pagaros mi deuda a los tres, porque el señor Athos tiene derecho a matarme primero, lo cual quita mucho valor a vuestra deuda, señor Porthos, y hace casi nula la vuestra, señor Aramis. Y ahora, señores, os lo repito, excusadme, pero sólo de eso, ¡y en guardia!

A estas palabras, con el gesto más desenvuelto que verse pueda, D'Artagnan sacó su espada.

La sangre había subido a la cabeza de D'Artagnan, y en aquel momento habría sacado su espada contra todos los mosqueteros del reino, como acababa de hacerlo contra Athos, Porthos y Aramis.

Eran las doce y cuarto. El sol estaba en su cenit y el emplazamiento escogido para ser teatro del duelo estaba expuesto a todos sus ardores.

-Hace mucho calor -dijo Athos sacando a su vez la espada-, y sin embargo no podría quitarme mi jubón, porque todavía hace un momento he sentido que mi herida sangraba, y temo molestar al señor mostrándole sangre que no me haya sacado él mismo.

-Cierto, señor -dijo D'Artagnan-, y sacada por otro o por mí, os aseguro que siempre veré con pesar la sangre de un caballero tan valiente; por eso me batiré yo también con jubón como vos.

-Vamos, vamos -dijo Porthos-, basta de cumplidos, y pensad que nosotros esperamos nuestro turno.

-Hablad por vos solo, Porthos, cuando digáis semejantes incongruencias -interrumpió Aramis-. Por lo que a mí se refiere, encuentro las cosas que esos señores se dicen muy bien dichas y a todas luces dignas de dos gentileshombres.

-Cuando queráis, señor -dijo Athos poniéndose en guardia.

-Esperaba vuestras órdenes -dijo D'Artagnan cruzando el hierro.

Pero apenas habían resonado los dos aceros al tocarse cuando una cuadrilla de guardias de Su Eminencia, mandada por el señor de Jussac, apareció por la esquina del convento.

-¡Los guardias del cardenal! -gritaron a la vez Porthos y Aramis-. ¡Envainad las espadas, señores, envainad las espadas!

Pero era demasiado tarde. Los dos combatientes habían sido vistos en una postura que no permitía dudar de sus intenciones.

-¡Hola! -gritó Jussac avanzando hacia ellos y haciendo una señal a sus hombres de hacer otro tanto-. ¡Hola, mosqueteros! ¿Nos estamos batiendo? ¿Para qué queremos entonces los edictos?

-Sois muy generosos, señores guardias -dijo Athos lleno de rencor, porque Jussac era uno de los agresores de la antevíspera-. Si os viésemos batiros, os respondo de que nos guardaríamos mucho de impedirlo. Dejadnos pues hacerlo, y podréis tener un rato de placer sin ningún gasto.

-Señores -dijo Jussac-, con gran pesar os declaro que es imposible. Nuestro deber ante todo. Envainad, pues, por favor, y seguidnos.

-Señor -dijo Aramis parodiando a Jussac-, con gran placer obedeceríamos vuestra graciosa invitación, si ello dependiese de nosotros; pero desgraciadamente es imposible: el señor de Tréville nos lo ha prohibido. Pasad, pues, de largo, es lo mejor que podéis hacer.

Aquella broma exasperó a Jussac.

-Cargaremos contra vosotros si desobedecéis.

-Son cinco -dijo Athos a media voz-, y nosotros sólo somos tres; seremos batidos y tendremos que morir aquí, porque juro que no volveré a aparecer vencido ante el capitán.

Entonces Porthos y Aramis se acercaron inmediatamente uno a otro, mientras Jussac alineaba a sus hombres.

Este solo momento bastó a D'Artagnan para tomar una decisión: era uno de esos momentos que deciden la vida de un hombre, había que elegir entre el rey y el cardenal; hecha la elección, había que perseverar en ella. Batirse, es decir, desobedecer la ley, es decir, arriesgar la cabeza, es decir, hacerse de un solo golpe enemigo de un ministro más poderoso que el rey mismo, eso es lo que vislumbró el joven y, digámoslo en alabanza suya, no dudó un segundo. Volviéndose, pues, hacia Athos y sus amigos dijo:

-Señores, añadiré, si os place, algo a vuestras palabras. Habéis dicho que no sois más que tres, pero a mí me parece que somos cuatro.

-Pero vos no sois de los nuestros -dijo Porthos.

-Es cierto -respondió D'Artagnan-; no tengo el hábito, pero sí el alma. Mi corazón es mosquetero, lo siento de sobra, señor, y eso me entusiasma.

-Apartaos, joven -gritó Jussac, que sin duda por sus gestos y la expresión de su rostro había adivinado el designio de D'Artagnan-. Podéis retiraros, os lo permitimos. Salvad vuestra piel, de prisa.

D'Artagnan no se movió.

-Decididamente sois un valiente -dijo Athos apretando la mano del joven.

-¡Vamos, vamos, tomemos una decisión! -prosiguió Jussac.

-Veamos -dijeron Porthos y Aramis-, hagamos algo.

-El señor está lleno de generosidad -dijo Athos.

Pero los tres pensaban en la juventud de D'Artagnan y temían su inexperiencia.

-No seremos más que tres, uno de ellos herido, además de un niño -prosiguió Athos-, y no por eso dejarán de decir que éramos cuatro hombres.

-¡Sí, pero retroceder...! -dijo Porthos.

-Es difícil -añadió Athos.

D'Artagnan comprendió su falta de resolución.

-Señores, ponedme a prueba -dijo-, y os juro por mi honor que no quiero marcharme de aquí si somos vencidos.

-¿Cómo os llamáis, valiente? -dijo Athos.

-D'Artagnan, señor.

-¡Pues bien, Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, adelante! -gritó Athos.

-¿Y bien? Veamos, señores, ¿os decidís a decidirlos? -gritó por tercera vez Jussac.

-Está resuelto, señores -dijo Athos.

-¿Y qué decisión habéis tomado? -preguntó Jussac.

-Vamos a tener el honor de cargar contra vos -respondió Aramis, alzando con una mano su sombrero y sacando su espada con la otra.

-¡Ah! ¿Os resistís? -exclamó Jussac.

-¡Por todos los diablos! ¿Os sorprende?

Y los nueve combatientes se precipitaron unos contra otros con una furia que no excluía cierto método.

Athos cogió a un tal Cahusac, favorito del cardenal; Porthos tuvo a Biscarat y Aramis se vio frente a dos adversarios.

En cuanto a D'Artagnan, se encontró lanzado contra el mismo Jussac.

El corazón del joven gascón batía hasta romperle el pecho, no de miedo, a Dios gracias, del que no conocía siquiera la sombra, sino de emulación; se batía como un tigre furioso, dando vueltas diez veces en torno a su adversario, cambiando veinte veces sus guardias y su terreno. Jussac era, como se decía entonces, un enamorado de la espada, y la había practicado mucho; sin embargo, pasaba todos los apuros del mundo defendiéndose contra un adversario que, ágil y saltarín, se alejaba a cada momento de las reglas recibidas, atacando por todos los lados a la vez, y precaviéndose además como hombre que tiene el mayor respeto por su epidermis.



Por fin la lucha terminó por hacer perder la paciencia a Jussac. Furioso de ser tenido en jaque por aquel al que había mirado como a un niño, se calentó y comenzó a cometer errores. D'Artagnan que, a pesar de la práctica, poseía una profunda teoría, redobló la agilidad. Jussac, queriendo terminar, lanzó una terrible estocada a su adversario tirándose a

fondo; pero éste paró primero, y mientras Jussac se ponía en pie, deslizándose como una serpiente bajo su acero, le pasó su espada a través del cuerpo. Jussac cayó como una mole.

D'Artagnan lanzó entonces una mirada inquieta y rápida sobre el campo de batalla.

Aramis había matado ya a uno de sus adversarios; pero el otro le acosaba vivamente. Sin embargo, Aramis estaba en buena situación y aún podía defenderse.

Biscarat y Porthos acababan de hacer un golpe doble: Porthos había recibido una estocada atravesándole el brazo, y Biscarat atravesándole el muslo. Pero como ninguna de las dos heridas era grave, no se batían sino con más encarnizamiento.

Athos, herido de nuevo por Cahusac, palidecía a ojos vistas, pero no retrocedía un ápice: se había limitado a cambiar de mano su espada, y se batía con la izquierda.

Según las leyes del duelo de esa época, D'Artagnan podía socorrer a uno; mientras buscaba con los ojos qué compañero tenía necesidad de su ayuda sorprendió una mirada de Athos. Aquella mirada era de una elocuencia sublime. Athos moriría antes que pedir socorro; pero podía mirar, y con la mirada pedir apoyo. D'Artagnan lo adivinó, dio un salto terrible y cayó sobre el flanco de Cahusac gritando:

-¡A mí, señor guardia, que yo os mato!

Cahusac se volvió, justo a tiempo. Athos, a quien sólo su extremado valor sostenía, cayó sobre una rodilla.

-¡Maldita sea! -gritó a D'Artagnan-. ¡No lo matéis, joven, os lo suplico; tengo un viejo asunto que terminar con él cuando esté curado y con buena salud! Desarmadle solamente, quitadle la espada. ¡Eso es, bien, muy bien!

Esta exclamación le había sido arrancada a Athos por la espada de Cahusac, que saltaba a veinte pasos de él. D'Artagnan y Cahusac se lanzaron a la vez, uno para recuperarla, el otro para apoderarse de ella; pero D'Artagnan, más rápido llegó el primero y puso el pie encima.

Cahusac corrió hacia aquel de los guardias que había matado Aramis, se apoderó de su acero y quiso volver a D'Artagnan; pero en su camino se encontró con Athos, que durante aquella pausa de un instante que le había procurado D'Artagnan había recuperado el aliento y que, por temor a que D'Artagnan le matase a su enemigo, quería volver a empezar el combate.

D'Artagnan comprendió que sería contrariar a Athos no dejarle actuar. En efecto, algunos segundos después, Cahusac cayó con la garganta atravesada por una estocada.

En ese mismo instante, Aramis apoyaba su espada contra el pecho de su adversario derribado, y le forzaba a pedir merced.

Quedaban Porthos y Biscarat: Porthos hacía mil fanfarronadas preguntando a Biscarat qué hora podía ser, y le felicitaba por la compañía que acababa de obtener su hermano en el regimiento de Navarra; pero, mientras bromeaba, nada ganaba. Biscarat era uno de esos hombres de hierro que no caen más que muertos.

Sin embargo, había que terminar. La ronda podía llegar y prender a todos los combatientes, heridos o no, realistas o cardenalistas. Athos, Aramis y D'Artagnan rodearon a Biscarat y le conminaron a rendirse. Aunque solo contra todos y con una estocada que le atravesaba el muslo, Biscarat quería seguir; pero Jussac, que se había levantado sobre el codo, le gritó que se rindiera. Biscarat era gascón como D'Artagnan; hizo oídos sordos y se contentó con reír, y entre dos quites, encontrando tiempo para dibujar con la punta de su espada un lugar en el suelo, dijo parodiando un versículo de la Biblia:

-Aquí morirá Biscarat, el único de los que están con él!

-Pero están cuatro contra ti; acaba, te lo ordeno.

-¡Ah! Si lo ordenas, es distinto -dijo Biscarat-; como eres mi brigadier, debo obedecer.

Y dando un salto hacia atrás, rompió la espada sobre su rodilla para no entregarla, arrojó los trozos por encima de la tapia del convento y se cruzó de brazos silbando un motivo cardenalista.

La bravura siempre es respetada, incluso en un enemigo. Los mosqueteros saludaron a Biscarat con sus espadas y las devolvieron a la vaina. D'Artagnan hizo otro tanto, y luego, ayudado por Biscarat, el único que había quedado en pie, llevó bajo el soportal del convento a Jussac, Cahusac y a aquel de los adversarios de Aramis que sólo había sido herido. El cuarto, como ya hemos dicho, estaba muerto. Luego hicieron sonar la campana y llevando cuatro de las cinco espadas se encaminaron ebrios de alegría hacia el palacio del señor de Tréville.

Se les veía con los brazos entrelazados, ocupando todo lo ancho de la calle, y agrupando tras sí a todos los mosqueteros que encontraban, por lo que, al fin, aquello fue una marcha triunfal. El corazón de D'Artagnan nadaba en la ebriedad, caminaba entre Athos y Porthos apretándolos con ternura.

-Si todavía no soy mosquetero -dijo a sus nuevos amigos al franquear la puerta del palacio del señor de Tréville-, al menos ya soy aprendiz, ¿no es verdad?



Capítulo VI

Su majestad el rey Luis XIII

El suceso hizo mucho ruido. El señor de Tréville bramó en voz alta contra sus mosqueteros, y los felicitó en voz baja; pero como no había tiempo que perder para prevenir al rey el señor de Tréville se apresuró a dirigirse al Louvre. Era demasiado tarde, el rey se hallaba encerrado con el cardenal, y dijeron al señor de Tréville que el rey trabajaba y que no podía recibir en aquel momento. Por la noche, el señor de Tréville acudió al juego del rey. El rey ganaba, y como su majestad era muy avaro, estaba de excelente humor; por ello, cuando el rey vio de lejos a Tréville, dijo:

-Venid aquí, señor capitán, venid que os riña; ¿sabéis que Su Eminencia ha venido a quejarseme de vuestros mosqueteros, y ello con tal emoción que esta noche Su Eminencia está enfermo? ¡Pero, bueno, vuestros mosqueteros son incorregibles, son gentes de horca!

-No, Sire-respondió Tréville, que vio a la primera ojeada cómo iban a desarrollarse las cosas-; no, todo lo contrario, son buenas criaturas, dulces como corderos, y que no tienen más que un deseo, de eso me hago responsable: y es que su espada no salga de la vaina más que para el servicio de Vuestra Majestad. Pero, qué queréis, los guardias del señor cardenal están buscándoles pelea sin cesar, y por el honor mismo del cuerpo los pobres jóvenes se ven obligados a defenderse.

-¡Escuchad al señor de Tréville! -dijo el rey-. ¡Escuchadle! ¡Se diría que habla de una comunidad religiosa! En verdad, mi querido capitán, me dan ganas de quitaros vuestro despacho y dárselo a la señorita de Chemerault, a quien he prometido una abadía. Pero no penséis que os creeré sólo por vuestra palabra. Me llaman Luis el Justo, señor de Tréville, y ahora mismo lo veremos.

-Porque me fío de esa justicia, Sire, esperaré paciente y tranquilo el capricho de Vuestra Majestad.

-Esperad pues, señor, esperad -dijo el rey-, no os haré esperar mucho.

En efecto, la suerte cambiaba, y como el rey empezaba a perder lo que había ganado, no era difícil encontrar un pretexto para hacer -perdónesenos esta expresión de jugador, cuyo origen, lo confesamos, lo desconocemos- para hacer el carlomagno. El rey se levantó, pues, al cabo de un instante y, metiendo en su bolsillo el dinero que tenía ante sí y cuya mayor parte procedía de su ganancia, dijo:

-La Vieuville, tomad mi puesto, tengo que hablar con el señor de Tréville por un asunto de importancia... ¡Ah!..., yo tenía ochenta lises ante mí; poned la misma suma, para que quienes han perdido no tengan motivos de queja. La justicia ante todo.

Luego, volviéndose hacia el señor de Tréville y caminando con él hacia el vano de una ventana, continuó:

-Y bien, señor, vos decís que son los guardias de la Eminentísima los que han buscado pelea a vuestros mosqueteros.

-Sí, Sire, como siempre.

-Y ¿cómo ha ocurrido la cosa? Porque como sabéis, mi querido capitán, es preciso que un juez escuche a las dos partes.

-Dios mío, de la forma más simple y más natural. Tres de mis mejores soldados, a quienes Vuestra Majestad conoce de nombre y cuya devoción ha apreciado más de una vez, y que tienen, puedo afirmarlo al rey, su servicio muy en el corazón; tres de mis mejores soldados, digo, los señores Athos, Porthos y Aramis, habían hecho una excursión con un joven cadete de Gascuña que yo les había recomendado aquella misma mañana. La excursión iba a tener lugar en SaintGermain, según creo, y se habían citado en los Carmelitas Descalzos, cuando fue perturbada por el señor de Jussac y los señores Cahusac, Biscarat y otros dos guardias que ciertamente no venían allí en tan numerosa compañía sin mala intención contra los edictos.

-¡Ah, ah!, me dais que pensar -dijo el rey-; sin duda iban para batirse ellos mismos.

-No los acuso, Sire, pero deo a Vuestra Majestad apreciar qué pueden ir a hacer cuatro hombres armados a un lugar tan desierto como lo están los alrededores del convento de los Carmelitas.

-Sí, tenéis razón, Tréville, tenéis razón.

-Entonces, cuando vieron a mis mosqueteros, cambiaron de idea y olvidaron su odio particular por el odio de cuerpo; porque Vuestra Majestad no ignora que los mosqueteros, que son del rey y nada más que para el rey, son los enemigos de los guardias, que son del señor cardenal.

-Sí, Tréville, sí -dijo el rey melancólicamente-, y es muy triste, creedme, ver de este modo dos partidos en Francia, dos cabezas en la realeza; pero todo esto acabará, Tréville, todo esto acabará. Decís, pues, que los guardias han buscado pelea a los mosqueteros

-Digo que es probable que las cosas hayan ocurrido de este modo, pero no lo juro, Sire. Ya sabéis cuán difícil de conocer es la verdad, y a menos de estar dotado de ese instinto admirable que ha hecho llamar a Luis XIII el Justo...

-Y tenéis razón, Tréville, pero no estaban solos vuestros mosqueteros, ¿no había con ellos un niño?

-Sí, Sire, y un hombre herido, de suerte que tres mosqueteros del rey, uno de ellos herido, y un niño no solamente se han enfrentado a cinco de los más terribles guardias del cardenal, sino que aun han derribado a cuatro por tierra.

-Pero ¡eso es una victoria! -exclamó el rey radiante-. ¡Una victoria completa!

-Sí, Sire, tan completa como la del puente de Cé.

-¿Cuatro hombres, uno de ellos herido y otro un niño decís?

-Un joven apenas hombre, que se ha portado tan perfectamente en esta ocasión que me tomaré la libertad de recomendarlo a Vuestra Majestad.

-¿Cómo se llama?

-D'Artagnan, Sire. Es hijo de uno de mis más viejos amigos; el hijo de un hombre que hizo con el rey vuestro padre, de gloriosa memoria, la guerra partidaria.

-¿Y decís que se ha portado bien ese joven? Contadme eso, Tréville; ya sabéis que me gustan los relatos de guerra y combate.

Y el rey Luis XIII se atusó orgullosamente su mostacho poniéndose en jarras.

-Sire -prosiguió Tréville-, como os he dicho, el señor D'Artagnan es casi un niño, y como no tiene el honor de ser mosquetero, estaba vestido de paisano; los guardias del señor cardenal, reconociendo su gran juventud, y que además era extraño al cuerpo, le invitaron a retirarse antes de atacar.

-¡Ah! Ya veis, Tréville -interrumpió el rey-, que son ellos los que han atacado.

-Exactamente, Sire; sin ninguna duda; le conminaron, pues, a retirarse, pero él respondió que era mosquetero de corazón y todo él de Su Majestad, y que por eso se quedaría con los señores mosqueteros

-¡Bravo joven! -murmuró el rey.

-Y en efecto, permaneció a su lado; y Vuestra Majestad tiene a un campeón tan firme que fue él quien dio a Jussac esa terrible estocada que encoleriza tanto al señor cardenal.

-¿Fue él quien hirió a Jussac? -exclamó el rey- ¡El, un niño! Eso es imposible, Tréville.

-Ocurrió como tengo el honor de decir a Vuestra Majestad.

-¡Jussac, uno de los primeros aceros del reino!

-¡Pues bien, Sire, ha encontrado su maestro!

-Quiero ver a ese joven, Tréville, quiero verlo, y si se puede hacer algo, pues bien, nosotros nos ocuparemos.

-¿Cuándo se dignará recibirlo Vuestra Majestad?

-Mañana a las doce, Tréville.

-¿Lo traigo solo?

-No, traedme a los cuatro juntos. Quiero darles las gracias a todos a la vez; los hombres adictos son raros, Tréville, y hay que recompensar la adhesión.

-A las doce, Sire, estaremos en el Louvre.

-¡Ah! Por la escalera pequeña, Tréville, por la escalera pequeña. Es inútil que el cardenal sepa...

-Sí, Sire.

-¿Comprendéis, Tréville? Un edicto es siempre un edicto; está prohibido batirse a fin de cuentas.

-Pero ese encuentro, Sire, se sale a todas luces de las condiciones ordinarias de un duelo: es una riña, y la prueba es que eran cinco guardias del cardenal contra mis tres mosqueteros y el señor D'Artagnan

-Exacto -dijo el rey-; pero no importa, Tréville; de todas formas, venid por la escalera pequeña.

Tréville sonrió. Pero como era ya mucho para él haber obtenido que aquel niño se revolviere contra su maestro, saludó respetuosamente al rey, y con su licencia se despidió de él.

Aquella misma tarde los tres mosqueteros fueron advertidos del honor que se les había concedido. Como conocían desde hacia tiempo al rey, no se enardecieron demasiado; pero D'Artagnan, con su imaginación gascona, vio venir su fortuna y pasó la noche haciendo sueños dorados. Por eso, a las ocho de la mañana estaba en casa de Athos.

D'Artagnan encontró al mosquetero completamente vestido y dispuesto a salir. Como la cita con el rey no era hasta las doce, había proyectado con Porthos y Aramis ir a jugar a la pelota a un garito situado al lado de las caballerizas del Luxemburgo. Athos invitó a D'Artagnan a seguirlos, y pese a su ignorancia de aquel juego, al que nunca ha jugado, éste aceptó, sin saber qué hacer de su tiempo desde las nueve de la mañana que apenas eran hasta las doce.

Los dos mosqueteros habían llegado ya y peloteaban juntos. Athos, que era muy aficionado a todos los ejercicios corporales, pasó con D'Artagnan al lado opuesto, y los desafió. Pero al primer movimiento que intentó, aunque jugaba con la mano derecha, comprendió que su herida era demasiado reciente aún para permitirle semejante ejercicio. D'Artagnan se quedó, pues, solo, y como declaró que era demasiado torpe para sostener un partido en regla, continuaron enviando solamente pelotas sin contar los tantos. Pero una de aquellas pelotas, lanzada por el puño hercúleo de Porthos, pasó tan cerca del rostro de D'Artagnan que pensó que, si en lugar de pasarle de lado, le hubiera dado, su audiencia se habría

probablemente perdido, dado que le hubiera sido del todo imposible presentarse ante el rey. Y como, según su imaginación gascona, de aquella audiencia dependía todo su porvenir, saludó cortésmente a Porthos y Aramis, declarando que no proseguiría la partida sino cuando estuviera en situación de hacerles frente, y se volvió para situarse junto a la soga y en la galería.

Por desgracia para D'Artagnan, entre los espectadores se encontraba un guardia de Su Eminencia, el cual, todo enardecido aun por la derrota de sus compañeros, y llegado la víspera solamente, se había prometido aprovechar la primera ocasión de vengarla. Creyó, pues, que la ocasión había llegado y, dirigiéndose a su vecino, dijo:

-No es sorprendente que ese joven tenga miedo de una pelota, es sin duda un aprendiz de mosquetero.

D'Artagnan se volvió como si una serpiente lo hubiera mordido y miró fijamente al guardia que acababa de decir aquella insolente frase.

-¡Pardiez! -prosiguió aquél rizándose insolentemente el mostacho-. Miradme cuanto queráis, mi querido señor, he dicho lo que he dicho.

-Y como lo que habéis dicho está demasiado claro para que vuestras palabras necesiten una explicación -respondió D'Artagnan en voz baja-, os ruego que me sigáis.

-Y eso, ¿cuándo? -preguntó el guardia con el mismo aire burlón.

-Ahora mismo, si os place.

-Y ¿sabéis por casualidad quién soy?

-Lo ignoro completamente, y no me inquieta.

-Pues os equivocáis, porque si supieseis mi nombre, quizá no tuvierais tanta prisa.

-¿Cómo os llamáis?

-Bernajoux, para serviros.

-Pues bien, señor Bernajoux -dijo tranquilamente D'Artagnan-, voy a esperaros a la puerta.

-Id, señor, os sigo.

-No os apresuréis, señor, que no se den cuenta de que salimos juntos; comprended que, para lo que vamos a hacer, demasiada gente nos molestaría.

-Está bien -respondió el guardia asombrado de que su nombre no hubiera producido más efecto sobre el joven.

En efecto, el nombre de Bernajoux era conocido de todo el mundo, a excepción quizá de D'Artagnan solamente; porque era uno de esos que figuraba la mayoría de las veces en las riñas cotidianas que todos los edictos del rey y del cardenal no habían podido reprimir.

Porthos y Aramis estaban tan ocupados con su partido y Athos los miraba con tanta atención que no vieron siquiera salir a su joven compañero, que, como había dicho al guardia de Su Eminencia, se detuvo en la puerta; un momento después, éste bajaba a su vez. Como D'Artagnan no tenía tiempo que perder, dado que la audiencia del rey estaba fijada para las doce, echó una ojeada en torno suyo y, viendo que la calle estaba desierta, dijo a su adversario:

-A fe mía que, aunque os llaméis Bernajoux, es una suerte para vos tener que habéroslo sólo con un aprendiz de mosquetero; pero tranquilizaos, lo haré lo mejor que pueda. ¡En guardia!

-Pero -dijo aquel a quien D'Artagnan provocaba de ese modo- me parece que el lugar está bastante mal escogido, y que estarían mejor detrás de la abadía de Saint-Germain o en el Pré-aux-Clercs.

-Lo que decís está muy puesto en razón -respondió D'Artagnan-; desgraciadamente, no me sobra el tiempo, tengo una cita a las doce en punto. ¡En guardia, pues, señor, en guardia!

Bernajoux no era hombre para hacerse repetir dos veces semejante cumplido. En el mismo instante su espada brilló en su mano y lanzó sobre su adversario al que, gracias a su gran juventud, espera intimidar.

Pero D'Artagnan había hecho la víspera su aprendizaje, y recién salido de su victoria, todo henchido de su futuro favor, había resuelto no retroceder un paso; por eso los dos aceros se encontraron metidos hasta las guardas, y como D'Artagnan se mantenía firme en su puesto fue su adversario el que dio un paso en retirada.

Pero D'Artagnan aprovechó el momento en que, en ese movimiento, el acero de Bernajoux se desviaba de la línea, libró, se lanzó a fondo y tocó a su adversa en el hombro. En seguida D'Artagnan dio un paso hacia atrás a su vez y levantó su espada; pero Bernajoux le gritó que no era nada, y tirándose ciegamente sobre él, se ensartó él mismo. Sin embargo, como no caía, como no se declaraba vencido, sino que sólo se iba acercando hacia el palacio del señor de la Trémouille a cuyo servicio tenía un pariente, D'Artagnan, ignorando él mismo la gravedad de la última herida que su adversario había recibido, le acosaba vivamente, y sin duda lo iba a rematar de una tercera estocada cuando, habiéndose extendido el rumor que se alzaba en la calle hasta el juego de pelota, dos de los amigos del guardia, que le habían oído intercambiar algunas palabras con D'Artagnan y que le habían visto salir a raíz de aquellas palabras, se precipitaron espada en mano fuera del garito y cayeron sobre el vencedor. Pero al momento Athos, Porthos y Aramis aparecieron a su vez, y en el momento en que los guardias atacaban a su joven camarada, los forzaron a volverse. En aquel momento Bernajoux cayó; y como los guardias eran sólo dos contra cuatro, se pusieron a gritar: «¡A nosotros, palacio de la Trémouille!» A estos gritos, todos los que había en el palacio salieron, abalazándose sobre los cuatro compañeros que por su parte se pusieron a gritar: «¡A nosotros, mosqueteros!»

Este grito era atendido con frecuencia; porque se sabía a los mosqueteros enemigos de su Eminencia, y se los amaba por el odio que sentían hacia el cardenal. Por eso los guardias de otras compañías distintas a las que pertenecían al duque Rojo, como lo había llamado Aramis, por lo general tomaban partido en esta clase de querellas por los mosqueteros del rey. De tres guardias de la compañía del señor Des Essarts que pasaban, dos vinieron, pues, en ayuda de los cuatro compañeros, mientras el otro corría al palacio del señor de Tréville, gritando: «¡A nosotros, mosqueteros, a nosotros!». Como de costumbre, el palacio del señor de Tréville estaba lleno de soldados de esa arma, que acudieron en socorro de sus camaradas. La refriega se hizo general, pero la fuerza estaba del lado de los mosqueteros: los guardias del cardenal y las gentes del señor de La Trémouille se

retiraron al palacio, cuyas puertas cerraron justo a tiempo para impedir que sus enemigos hicieran irrupción a la vez que ellos. En cuanto al herido, había sido transportado dentro al principio y, como hemos dicho, en muy mal estado.

La agitación llegaba a su colmo entre los mosqueteros y sus aliados, y se deliberaba ya si, para castigar la insolencia que habían tenido los criados del señor de La Trémouille de hacer una salida contra los mosqueteros del rey, no se prendería fuego a su palacio. La proposición había sido hecha y acogida con entusiasmo cuando afortunadamente sonaron las once; D'Artagnan y sus compañeros se acordaron de su audiencia y, como habrían sentido que se diera un golpe tan hermoso sin ellos, consiguieron calmar los ánimos. Se contentaron, pues, con arrojar algunos adoquines contra las puertas, pero las puertas resistieron; entonces se cansaron; por otro lado, aquellos que debían ser mirados como cabecillas de la empresa habían abandonado hacía un instante el grupo y se encaminaban hacia el palacio del señor de Tréville, que los esperaba, al corriente ya de esta algarada.

-Deprisa, al Louvre -dijo-, al Louvre sin perder un instante, y tratemos de ver al rey antes de que sea prevenido por el cardenal; nosotros le contaremos las cosas como una continuación del asunto de ayer, y los dos pasarán juntos.

El señor de Tréville, acompañado de los cuatro jóvenes, se encaminó pues hacia el Louvre; pero, para gran asombro del capitán de los mosqueteros, le anunciaron que el rey había ido a montería del ciervo en el bosque de Saint-Germain. El señor de Tréville se hizo repetir dos veces aquella nueva, y a cada vez sus compañeros vieron su rostro ensombrecerse.

-¿Acaso Su Majestad -preguntó- tenía desde ayer el proyecto de esta cacería?

-No, Excelencia -respondió el ayuda de cámara-. Ha sido el montero mayor el que ha venido a anunciarle esta mañana que la pasada noche habían apartado un ciervo para él. Al principio respondió que no iría, luego no ha sabido resistir al placer que le proponía esa caza, y después de comer ha partido.

-¿Ha visto el rey al cardenal? -preguntó el señor de Tréville.

-Lo más probable -respondió el ayuda de cámara-, porque esta mañana he visto los caballos de carroza de Su Eminencia, he preguntado dónde iba, y me han contestado: «A Saint-Germain».

-Estamos prevenidos -dijo el señor de Tréville-. Señores, veré al rey esta noche; en cuanto a vos, os aconsejo no arriesgaros.

El aviso era demasiado razonable y sobre todo venía de un hombre que conocía demasiado bien al rey para que los cuatro jóvenes trataran de discutirlo. El señor de Tréville les invitó pues a volver cada uno a su alojamiento y a esperar sus noticias.

Al entrar en su palacio, el señor de Tréville pensó que había que tomar la delantera quejándose el primero. Envió a uno de sus criados a casa del señor de La Trémouille con una carta en la que rogaba echar fuera de su casa al guardia del señor cardenal, y reprender a su gentes por la audacia que habían tenido de hacer una salida contra los mosqueteros. Pero el señor de La Trémouille, ya prevenido por su escudero, del que, como se sabe, Bernajoux era pariente, le hizo responder que no correspondía ni al señor de Tréville ni a sus mosqueteros quejarse, sino más bien al contrario, a él, contra cuyas gentes habían cargado los mosqueteros y cuyo palacio habían querido quemar. Como el debate entre estos dos señores habría podido durar largo tiempo, porque cada uno debía, naturalmente, mantenerse en sus trece, al señor de Tréville se le ocurrió un expediente que tenía por meta acabar con todo, y era ir a buscar él mismo al señor de La Trémouille.

Se dirigió; pues, en seguida a su palacio, y se hizo anunciar.

Los dos señores se saludaron cortésmente, ya que, si no había amistad entre ellos, había al menos estima. Los dos eran personas de ánimo y de honor, y como el señor de La Trémouille, protestante y que sólo veía rara vez al rey, no era de ningún partido, no llevaba por lo general a sus relaciones sociales prevención alguna. Aquella vez, sin embargo, su acogida, aunque cortés, fue más fría que de costumbre.

-Señor -dijo el señor de Tréville-, ambos creemos tener motivo de queja uno del otro, y yo mismo he venido para que juntos saquemos este asunto a la luz.

-De buen grado -respondió el señor de La Trémouille-, pero os prevengo que estoy bien informado, y toda la culpa es de vuestros mosqueteros.

-Sois un hombre demasiado justo y demasiado razonable, señor -dijo el señor de Tréville-, para no aceptar la propuesta que voy a haceros.

-Hacedla, señor, os escucho.

-¿Cómo se encuentra el señor Bernajoux, el pariente de vuestro escudero?

-Pues muy mal, señor. Además de la estocada que ha recibido en el brazo y que no es nada peligrosa, ha pescado otra que le ha atravesado el pulmón, al punto de que el médico dice tristes cosas.

-Pero ¿ha conservado el herido su conocimiento?

-Perfectamente.

-¿Habla?

-Con dificultad, pero habla.

-Pues bien, señor, vayamos a su lado; conjurémosle, en nombre del Dios ante el que quizá va a ser llamado, a decir la verdad. Le tomo por juez de su propia causa, señor, y lo que diga lo creeré.

El señor de La Trémouille reflexionó un instante; luego, como era difícil hacer una proposición más razonable, aceptó.

Ambos bajaron a la habitación donde estaba el enfermo. Este, al ver entrar a estos dos nobles señores que venían a visitarlo, trató de levantarse en el lecho, pero estaba demasiado débil y, agotado por el esfuerzo que había hecho, volvió a caer casi sin conocimiento.

El señor de La Trémouille se acercó a él y le hizo respirar sales que le devolvieron a la vida. Entonces el señor de Tréville, no queriendo que se le pudiese acusar de haber influenciado al enfermo, invitó al señor de La Trémouille a interrogarle él mismo.

Lo que había previsto el señor de Tréville ocurrió. Colocado entre la vida y la muerte como Bernajoux estaba, no tuvo siquiera la idea de callar un instante la verdad; contó a los dos señores las cosas exactamente tal como habían ocurrido.

Era todo lo que quería el señor de Tréville; deseó a Bernajoux una pronta convalecencia, se despidió del señor de La Trémouille, volvió a su palacio e hizo avisar a los cuatro amigos que les esperaba a cenar.

El señor de Tréville recibía a muy buena compañía, por supuesto anticardenalista. Se comprende, pues, que la conversación girase durante toda la cena sobre los dos fracasos que acababan de sufrir los guardias de Su Eminencia. Y como D'Artagnan había sido el héroe de aquellas dos jornadas, fue sobre él sobre el que cayeron todas las felicitaciones, que Athos, Porthos y Aramis le dejaron no sólo como buenos amigos sino como hombres que habían tenido con bastante frecuencia su vez para dejarle a él la suya.

Hacia las seis, el señor de Tréville anunció que se veía obligado a ir al Louvre; pero como la hora de la audiencia concedida por Su Majestad había pasado, en lugar de solicitar la entrada por la escalera pequeña, se plantó con los cuatro hombres en la antecámara. El rey no había vuelto aún de caza. Nuestros jóvenes hacía apenas media hora que esperaban, mezclados con el gentío de los cortesanos, cuando todas las puertas se abrieron y se anunció a Su Majestad.

A este anuncio, D'Artagnan se sintió temblar hasta la médula de los huesos. El instante que iba a seguir debía, con toda probabilidad, decidir el resto de su vida. Por eso sus ojos se fijaron con angustia en la puerta por la que debía entrar el rey.

Luis XIII apareció marchando el primero; iba vestido con el traje de caza, lleno de polvo aún, con botas altas y con la fusta en la mano. A la primera ojeada, D'Artagnan juzgó que el ánimo del rey se hallaba en plena tormenta.

Esta disposición, por visible que fuera en Su Majestad, no impidió a los cortesanos alinearse a su paso: en las antecámaras reales más vale ser visto con mirada irritada que no ser visto en absoluto. Los tres mosqueteros no titubearon pues y dieron un paso hacia adelante, mientras que D'Artagnan por el contrario permaneció oculto tras ellos; pero aunque el rey conocía personalmente a Athos, Porthos y Aramis, pasó ante ellos sin mirarlos, sin hablarles y como si jamás los hubiera visto. En cuanto al señor de Tréville, cuando los ojos del rey se detuvieron un instante sobre él, sostuvo aquella mirada con tanta firmeza que fue el rey quien

apartó la vista; tras ello, siempre mascullando, Su Majestad volvió a sus habitaciones.

-Las cosas van mal -dijo Athos sonriendo-, y todavía no nos harán caballeros de la orden esta vez.

-Esperad aquí diez minutos -dijo el señor de Tréville-, y si al cabo de diez minutos no me veis salir, regresad a mi palacio, porque será inútil que me esperéis más tiempo.

Los cuatro jóvenes esperaron diez minutos, un cuarto de hora, veinte minutos; y viendo que el señor de Tréville no aparecía, se fueron muy inquietos por lo que fuera a suceder.

El señor de Tréville había entrado osadamente en el gabinete del rey, y había encontrado a Su Majestad de muy mal humor, sentado en un sillón y golpeando sus botas con el mango de su fusta, cosa que no le había impedido pedirle con la mayor flema noticias de su salud.

-Mala, señor, mala -respondió el rey-, me aburro.

En efecto, era la peor enfermedad de Luis XIII, quien a menudo tomaba a uno de sus cortesanos, lo atraía a una ventana y le decía: Señor tal, aburrámonos juntos.

-¡Cómo! ¡Vuestra Majestad se aburre! -dijo el señor de Tréville-. ¿Acaso no ha recibido placer hoy de la caza?

-¡Vaya placer, señor! Todo degenera, a fe mía, y no sé si es la caza la que no tiene ya rastro o son los perros los que no tienen nariz. Lanzamos un ciervo de diez años, lo corremos durante seis horas, y cuando está a punto de ser cogido, cuando Saint-Simon pone ya la trompa en su boca para hacer sonar el alalí, icrac!, toda la jauría se deja engañar y se lanza sobre un cervato. Como veis me veré obligado a renunciar a la montería como he renunciado a la caza de vuelo. ¡Ay, soy un rey muy desgraciado, señor de Tréville! No tenía más que un gerifalte y se murió anteayer.

-En efecto, Sire, comprendo vuestra desesperación, y la desgracia es grande; pero según creo os queda todavía un buen número de halcones, gavilanes y terzuelos.

-Y ningún hombre para instruirlos; los halconeros se van, sólo yo conozco ya el arte de la montería. Después de mí todo estará dicho, y se cazarán con armadijos, cepos y trampas. ¡Si tuviera tiempo todavía de formar alumnos! Pero sí, el señor cardenal está que no me deja un momento de reposo, que me habla de España, que me habla de Austria, que me habla de Inglaterra. ¡Ah!, a propósito del señor cardenal, señor de Tréville, estoy descontento de vos.

El señor de Tréville esperaba al rey en este esguince. Conocía al rey de mucho tiempo atrás; había comprendido que todas sus lamentaciones no eran más que un prefacio, una especie de excitación para alentarse a sí mismo, y que era a donde había llegado por fin a donde quería venir.

-¿Y en qué he sido yo tan desafortunado para desagradar a Vuestra Majestad? -preguntó el señor de Tréville fingiendo el más profundo asombro.

-¿Así es como hacéis vuestra tarea señor? -prosiguió el rey sin responder directamente a la pregunta del señor de Tréville-. ¿Para eso es para lo que os he nombrado capitán de mis mosqueteros, para que asesinen a un hombre, amotinen todo un barrio y quieran incendiar París sin que vos digáis una palabra? Pero por lo demás -continuó el rey-, sin duda me apresuro a acusaros, sin duda los perturbadores están en prisión y vos venís a anunciarme que se ha hecho justicia.

-Sire -respondió tranquilamente el señor de Tréville-, vengo por el contrario a pedirla.

-¿Y contra quién? -exclamó el rey.

-Contra los calumniadores -dijo el señor de Tréville.

-¡Vaya, eso sí que es nuevo! -prosiguió el rey-. ¿No iréis a decirme que esos tres malditos mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis y vuestro cadete de Béarn no se han arrojado como furias sobre el pobre Bernajoux y no lo han maltratado de tal forma que es probable que esté a punto de fallecer? ¿No iréis a decir luego que no han asediado el palacio del duque de La Trémouille, ni que no han querido quemarlo? Cosa que no habría sido gran desgracia en tiempo de guerra, dado que es un nido de hugonotes, pero que en tiempo de paz es un ejemplo molesto. Decid, ¿vais a negar todo esto?

-¿Y quién os ha hecho ese hermoso relato, Sire? -preguntó tranquilamente el señor de Tréville.

-¿Quién me ha hecho ese hermoso relato, señor? ¿Y quién queréis que sea, si no aquel que vela cuando yo duermo, que trabaja cuando yo me divierto, que lleva todo dentro y fuera del reino, tanto en Francia como en Europa?

-Su majestad quiere hablar de Dios, sin duda -dijo el señor de Tréville-, porque no conozco más que a Dios que esté por encima de Su Majestad.

-No, señor; me refiero al sostén del Estado, a mi único servidor, a mi único amigo, al señor cardenal.

-Su eminencia no es Su Santidad, Sire.

-¿Qué queréis decir con eso, señor?

-Que no hay nadie más que el papa que sea infalible, y que esa infalibilidad no se extiende a los cardenales.

-¿Queréis decir que me engaña, queréis decir que me traiciona? Entonces le acusáis. Veamos, decid, confesad francamente de qué le acusáis.

-No, Sire, pero digo que se equivoca; digo que ha sido mal informado; digo que se ha apresurado a acusar a los mosqueteros de Vuestra Majestad, para con los que es injusto, y que no ha ido a sacar sus informes de buena fuente.

-La acusación viene del señor de La Trémouille, del duque mismo. ¿Qué respondéis a eso?

-Podría responder, Sire, que está demasiado interesado en la cuestión para ser un testigo imparcial; pero lejos de eso, Sire, tengo al duque por un gentilhombre, y me remito a él, pero con una condición, Sire.

-¿Cuál?

-Que Vuestra Majestad le haga venir, le interrogue pero por sí misma, frente a frente, sin testigos, y que yo vea a Vuestra Majestad tan pronto como haya recibido al duque.

-¡Claro que sí! -dijo el rey-. ¿Y vos os remitís a lo que diga el señor de La Trémouille?

-Sí, Sire.

-¿Aceptáis su juicio?

-Indudablemente.

-¿Y os someteréis a las reparaciones que exija?

-Totalmente.

-¡La Chesnaye! -gritó el rey-. ¡La Chesnaye!

El ayuda de cámara de confianza de Luis XIII, que permanecía siempre a la puerta, entró.

-La Chesnaya -dijo el rey-, que vayan inmediatamente a buscarme al señor de La Trémouille; quiero hablar con él esta noche.

-¿Vuestra Majestad me da su palabra de que no verá a nadie entre el señor de Trémouille y yo?

-A nadie, palabra de gentilhombre.

-Hasta mañana entonces, Sire.

-Hasta mañana, señor.

-¿A qué hora, si le place a Vuestra Majestad?

-A la hora que queráis.

-Pero si vengo demasiado de madrugada temo despertar a Vuestra Majestad.

-¿Despertarme? ¿Acaso duermo? Yo no duermo ya, señor; sueño algunas cosas, eso es todo. Venid, pues, tan pronto como queráis, a las siete; pero ¡ay de vos si vuestros mosqueteros son culpables!

-Si mis mosqueteros son culpables, Sire, los culpables serán puestos en manos de Vuestra Majestad, que ordenará de ellos lo que le plazca. ¿Vuestra Majestad exige alguna cosa más? Que hable, estoy dispuesto a obedecerla.

-No, señor, no, y no sin motivo se me ha llamado Luis el Justo. Hasta mañana pues, señor, hasta mañana.

-Dios guarde hasta entonces a Vuestra Majestad.

Aunque poco durmió el rey, menos durmió aún el señor de Tréville; había hecho avisar aquella misma noche a sus tres mosqueteros y a su compañero para que se encontrasen en su casa a las seis y media de la mañana. Los llevó con él

sin afirmarles nada, sin prometerles nada, y sin ocultarles que el favor de ellos y el suyo propio estaba en manos del azar.

Llegado al pie de la pequeña escalera, les hizo esperar. Si el rey seguía irritado contra ellos, se alejarían sin ser vistos; si el rey consentía en recibirlos, no habría más que hacerlos llamar.

Al llegar a la antecámara particular del rey, el señor de Tréville encontró a La Chesnaye, quien le informó de que no habían encontrado al duque de La Trémouille la noche de la víspera en su palacio, que había regresado demasiado tarde para presentarse en el Louvre, que acababa de llegar y que estaba en aquel momento con el rey.

Esta circunstancia plugo mucho al señor de Tréville, que así estuvo seguro de que ninguna sugerencia extraña se deslizaría entre la deposición de La Trémouille y él.

En efecto, apenas habían transcurrido diez minutos cuando la puerta del gabinete se abrió y el señor de Tréville vio salir al duque de La Trémouille, el cual vino a él y le dijo:

-Señor de Tréville, Su Majestad acaba de enviarme a buscar para saber cómo sucedieron las cosas ayer por la mañana en mi palacio. Le he dicho la verdad, es decir, que la culpa era de mis gentes, y que yo estaba dispuesto a presentaros mis excusas. Puesto que os encuentro, dignaos recibirlas y tenerme siempre por uno de vuestros amigos.

-Señor duque -dijo el señor de Tréville-, estaba tan lleno de confianza en vuestra lealtad que no quise junto a Su Majestad otro defensor que vos mismo. Veo que no me había equivocado, y os agradezco que haya todavía en Francia un hombre de quien se puede decir sin engañarse lo que yo he dicho de vos.

-¡Está bien, está bien! -dijo el rey, que había escuchado todos estos cumplidos entre las dos puertas-. Sólo que decidle, Tréville, puesto que se quiere uno de vuestros amigos, que yo también quisiera ser uno de los suyos, pero que me descuida; que hace ya tres años que no le he visto, y que sólo lo veo cuando le

mando buscar. Decidle todo eso de mi parte, porque son cosas que un rey no puede decir por sí mismo.

-Gracias, Sire, gracias -dijo el duque-; pero que Vuestra Majestad esté seguro de que no suelen ser los más adictos, y no lo digo por el señor de Tréville, aquellos que ve a todas horas del día.

-¡Ah! Habéis oído lo que he dicho; tanto mejor, duque, tanto mejor -dijo el rey adelantándose hasta la puerta-. ¡Ay sois vos, Tréville! ¿Dónde están vuestros mosqueteros? Anteayer os había dicho que me los trajeseis. ¿Por qué no lo habéis hecho?

-Están abajo, Sire, y con vuestra licencia La Chesnaye va a decirles que suban.

-Sí, sí, que vengan en seguida; van a ser las ocho y a las nueve espero una visita. Id, señor duque, y volved sobre todo. Entrad Tréville.

El duque saludó y salió. En el momento en que abría la puerta, los tres mosqueteros y D'Artagnan, conducidos por La Chesnaye, aparecían en lo alto de la escalera.

-Venid, mis valientes -dijo el rey-, venid; tengo que reñiros.

Los mosqueteros se aproximaron inclinándose; D'Artagnan les siguió detrás.

-¡Diablos! -continuó el rey-. Entre vosotros cuatro, ¡siete guardias de Su Eminencia puestos fuera de combate en dos días! Es demasiado, señores, es demasiado. A esta marcha, Su Eminencia se verá obligado a renovar su compañía dentro de tres semanas, y yo a hacer aplicar los edictos en todo rigor. Uno por casualidad, no digo que no; pero siete en dos días, lo repito, es demasiado, es muchísimo.

-Por eso, Sire, Vuestra Majestad ve que vienen todo contritos y todo arrepentidos a presentaros excusas.

-¡Todo contrito y todo arrepentido! ¡Hum! -dijo el rey-. No me fío una pizca de sus caras hipócritas; hay ahí detrás, sobre todo, una cara de gascón. Venid aquí, señor.

D'Artagnan, que comprendió que era a él a quien se dirigía el cumplido, se acercó adoptando su aspecto más desesperado.

-Bueno, pero ¿no me decíais que era un joven? ¡Si es un niño, señor de Tréville, un verdadero niño! ¿Y ha sido él quien ha dado esa ruda estocada a Jussac?

-Y las dos bellas estocadas a Bernajoux.

-¿De verdad?

-Sin contar -dijo Athos-, que si no me hubiera sacado de las manos de Biscarat, a buen seguro no habría tenido yo el honor de hacer en este momento mi más humilde reverencia a Vuestra Majestad.

-¡Pero entonces este bearnés es un verdadero demonio! Voto a los clavos, señor de Tréville, como habría dicho el rey mi padre. En este oficio, se deben agujerear muchos jubones y romper muchas espadas. Pero los gascones suelen ser pobres, ¿no es así?

-Sire, debo decir que aún no se han encontrado minas de oro en sus montañas, aunque el Señor les deba de sobra ese milagro en recompensa por la forma en que apoyaron las pretensiones del rey vuestro padre.

-Lo cual quiere decir que son los gascones los que me han hecho rey a mí mismo, dado que yo soy el hijo de mi padre, ¿no es así, Tréville? Pues bien, sea en buena hora, no digo que no. La Chesnaye, id a ver si, hurgando en todos mis bolsillos, encontráis cuarenta pistolas; y si las encontráis, traédmelas. Y ahora, veamos, joven, con la mano en el corazón, ¿cómo ocurrió?

D'Artagnan contó la aventura de la víspera en todos sus detalles: cómo no habiendo podido dormir de la alegría que experimentaba por ver a Su Majestad, había llegado al alojamiento de sus amigos tres horas antes de la audiencia; cómo habían ido juntos al garito, y cómo por el temor que había manifestado de recibir un pelotazo en la cara, había sido objeto de la burla de Bernajoux, que había estado a punto de pagar aquella burla con la pérdida de la vida, y el señor de La Trémouille, que en nada se había mezclado, con la pérdida de su palacio.

-Está bien eso -murmuró el rey-; sí, así es como el duque me lo ha contado. ¡Pobre cardenal! Siete hombres en dos días, y de los más queridos; pero basta ya, señores, ¿me entendéis? Es bastante; os habéis tomado vuestra revancha por lo de la calle Férou, y más; debéis estar satisfechos.

-Si Vuestra Majestad lo está -dijo Tréville-, nosotros lo estamos.

-Sí, lo estoy -añadió el rey tomando un puñado de oro de la mano de La Chesnaye y poniéndolo en la de D'Artagnan-. He aquí, dijo, una prueba de mi satisfacción.

En esa época, las ideas de orgullo que son de recibo en nuestros días apenas estaban aún de moda. Un gentilhombre recibía de mano a mano dinero del rey, y no por ello se sentía humillado en nada. D'Artagnan puso, pues, las cuarenta pistolas en su bolso sin andarse con melindres y agradeciéndoselo mucho por el contrario a Su Majestad.

-¡Bueno! -dijo el rey, mirando su péndola-. Bueno, y ahora que son ya las ocho y media, retiraos; porque, ya os lo he dicho, espero a alguien a las nueve. Gracias por vuestra adhesión, señores. Puedo contar con ella, ¿no es cierto?

-¡Oh, Sire! -exclamaron a una los cuatro compañeros-. Nos haríamos cortar en trozos por Vuestra Majestad.

-Bien, bien, pero permaneced enteros; es mejor, y me seréis más útiles. Tréville -añadió el rey a media voz mientras los otros se retiraban-, como no tenéis plaza en los mosqueteros y como, además, para entrar en ese cuerpo hemos decidido que había que hacer un noviciado, colocad a ese joven en la compañía de los guardias del señor Des Essarts, vuestro cuñado. ¡Ah, Pardiez, Tréville! Me regocijo con la mueca que va a hacer el cardenal; estará furioso, pero me da lo mismo; estoy en mi derecho.

Y el rey saludó con la mano a Tréville, que salió y vino a reunirse con sus mosqueteros, a los que encontró repartiendo con D'Artagnan las cuarenta pistolas.

Y el cardenal, como había dicho Su Majestad, se puso efectivamente furioso, tan furioso que durante ocho días abandonó el juego del rey, lo cual no impedía al

rey ponerle la cara más encantadora del mundo, y todas las veces que lo encontraba preguntarle con su voz más acariciadora:

-Y bien, señor cardenal, ¿cómo van ese pobre Bernajoux y ese pobre Jussac, que son vuestros?



Capítulo VII

Los mosqueteros por dentro

Cuando D'Artagnan estuvo fuera del Louvre y hubo consultado a sus amigos sobre el empleo que debía hacer de su parte de las cuarenta pistolas, Athos le aconsejó que encargase una buena comida en la Pomme de Pin, Porthos que tomase un lacayo, y Aramis que se echase una amante conveniente.

La comida se celebró aquel mismo día, y el lacayo sirvió la mesa. La comida había sido encargada por Athos y el lacayo proporcionado por Porthos. Era un picardo al que el glorioso mosquetero había contratado aquel mismo día y para esta ocasión en el puente de la Tournelle, mientras hacía círculos al escupir en el agua.

Porthos había pretendido que tal ocupación era prueba de una organización reflexiva y contemplativa, y lo había llevado sin más recomendación. La gran cara de aquel gentilhomme, a cuya cuenta se creyó contratado, había seducido a Planchet -tal era el nombre del picardo-; hubo en él una ligera decepción cuando vio que el puesto estaba ya ocupado por un cofrade llamado Mosquetón y cuando Porthos le hubo manifestado que la situación de su casa, aunque grande, no soportaba dos criados, y que tenía que entrar al servicio de D'Artagnan. Sin embargo, cuando asistió a la comida que daba su amo y le vio sacar para pagar un puñado de oro de su bolsillo, creyó labrada su fortuna y agradeció al cielo haber caído en posesión de semejante Creso; perseveró en esa opinión hasta después del festín, con cuyas sobras reparó largas abstinencias. Pero al hacer aquella noche la cama de su amo, las quimeras de Planchet se desvanecieron. La cama era lo único del alojamiento, que se componía de una antecámara y de un dormitorio. Planchet se acostó en la antecámara sobre una colcha sacada del lecho de D'Artagnan, de la que D'Artagnan prescindió en adelante.

Athos, por su parte, tenía un criado que había hecho ingresar a su servicio de una forma muy particular, y que se llamaba Grimaud. Era muy silencioso aquel

digno señor. Hablamos de Athos, por supuesto. Desde hacía cinco o seis años vivía en la más profunda intimidad con sus compañeros Athos y Aramis, los cuales recordaban haberle visto sonreír a menudo, pero jamás le habían oído reír. Sus palabras eran breves y expresivas, diciendo siempre lo que querían decir, nada más: nada de adornos, nada de florituras, nada de arabescos. Su conversación era un hecho sin ningún episodio.

Aunque Athos apenas tuviera treinta años y fuese de gran belleza de cuerpo y espíritu, nadie le conocía amantes. Jamás hablaba de mujeres. Sólo que no impedía que se hablase de ellas delante de él, aunque fuera fácil ver que tal género de conversación, al que no se mezclaba más que con palabras amargas y observaciones misantrópicas, le era completamente desagradable. Su reserva, su hurañía y su mutismo hacían de él casi un viejo; para no ir contra sus costumbres había habituado a Grimaud a obedecerle a un simple gesto o a un simple movimiento de labios. No le hablaba más que en las circunstancias supremas.

A veces, Grimaud, que temía a su amo como al fuego, teniendo a la vez por su persona un gran apego y por su genio una gran veneración, creía haber entendido perfectamente lo que deseaba, se apresuraba para ejecutar la orden recibida y hacía precisamente lo contrario. Entonces Athos se encogía de hombros y sin encolerizarse vapuleaba a Grimaud. Esos días hablaba un poco.

Porthos, como se habrá podido ver, tenía un carácter completamente opuesto al de Athos: no sólo hablaba mucho, sino que hablaba a voz en grito; poco le importaba por otro lado, hay que hacerle justicia, que se le escuchase o no; hablaba por el placer de hablar y por el placer de oírse; hablaba de todo salvo de ciencias, alegando a este respecto el odio inveterado que desde su infancia tenía, según decía, a los sabios. Tenía menos estilo que Athos, y el sentimiento de su inferioridad a este respecto a menudo le había hecho, desde el comienzo de su relación, injusto con ese gentilhomme, al que se había esforzado por superar con sus espléndidos trajes. Pero con una simple casaca de mosquetero y sólo por su forma de echar atrás la cabeza y dar un paso, Athos ocupaba en el mismo instante el sitio que le era debido y relegaba al fastuoso Porthos a segunda fila. Porthos se

consolaba llenando la antecámara del señor de Tréville y los cuerpos de guardia del Louvre con el estruendo de sus aventuras galantes, de las que Athos no hablaba nunca; y por el momento, tras haber pasado de la nobleza de ropa a la nobleza de espada, de la fontanera a la baronesa, no había para Porthos otra cosa que una princesa extranjera que le quería una_ enormidad.

Un viejo proverbio dice: «A tal amo, tal criado.» Pasemos, pues, del criado de Athos al criado de Porthos, de Grimaud a Mosquetón.

Mosquetón era un normando a quien su amo había cambiado el pacífico nombre de Boniface por el infinitamente más sonoro y belicoso de Mosquetón. Había entrado al servicio de Porthos a condición de ser vestido y alojado solamente, pero de modo magnífico; no exigía más que dos horas diarias para consagrarlas a una industria que debía bastarle a satisfacer sus demás necesidades. Porthos había aceptado el trato: la cosa iba de maravilla. Hacía cortar para Mosquetón jubones de sus vestidos viejos y de sus capas de repuesto, y gracias a un sastre muy inteligente que le ponía sus pingajos como nuevos dándoles la vuelta, y de cuya mujer se sospechaba que quería hacer descender a Porthos de sus costumbres aristocráticas, Mosquetón hacía muy buena figura detrás de su amo.

En cuanto a Aramis, cuyo carácter creemos haber expuesto suficientemente -carácter que, por lo demás, como el de sus compañeros, podremos seguir en su desarrollo-, su lacayo se llamaba Bazin. Debido a la esperanza que su amo tenía de recibir un día las órdenes, iba vestido siempre de negro, como debe estarlo el servidor de un eclesiástico. Era un hombre del Berry, de treinta y cinco a cuarenta años, dulce, apacible, regordete, que ocupaba los ocios que su amo le dejaba leyendo obras pías, haciendo si acaso para dos una cena de pocos platos pero excelente. Por lo demás, era mudo, ciego, sordo y de una fidelidad a toda prueba.

Ahora que conocemos, aunque no sea más que superficialmente, a amos y criados, pasemos a las viviendas ocupadas por cada uno de ellos.

Athos vivía en la calle Férou, a dos pasos del Luxemburgo; su alojamiento se componía de dos pequeñas habitaciones, muy decentemente amuebladas, en una

casa adornada, cuya hospedera aún joven y realmente todavía bella le ponía inútilmente ojos de cordera. Algunos retazos de un gran esplendor pasado se manifestaba aquí y allá en las paredes de este modesto alojamiento: era, por ejemplo, una espada, ricamente damasquinada, que remontaba por la forma a los tiempos de Francisco I y cuya empuñadura solamente, incrustada de piedras preciosas, podía valer doscientas pistolas y que sin embargo, en sus momentos de mayor penuria, Athos no había consentido nunca en empeñar ni en vender. Aquella espada había sido durante mucho tiempo la ambición de Porthos. Porthos habría dado diez años de su vida por poseer aquella espada.

Cierto día que tenía una cita con una duquesa, trató incluso de pedirla en préstamo a Athos. Athos, sin decir nada, vació sus bolsillos, amontonó todas sus joyas: bolsas, cordones y cadenas de oro, y ofreció todo a Porthos; pero en cuanto a la espada, le dijo, estaba empotrada en su sitio y sólo debía dejarlo cuando su amo abandonara su alojamiento. Además de su espada, había también un retrato que representaba a un señor de los tiempos de Enrique III, vestido con la mayor elegancia, y que llevaba la encomienda del Santo Espíritu, y este retrato tenía con Athos ciertos parecidos de líneas, ciertas similitudes de familia que indicaban que aquel gran señor, caballero de órdenes del rey, era su antepasado.

Finalmente, un cofre de magnífica orfebrería, con las mismas armas que la espada y el retrato, hacía un juego de chimenea que se daba de patadas espantosamente con el resto de los adornos. Athos llevaba siempre consigo la llave de aquel cofre. Pero cierto día lo había abierto delante de Porthos, y Porthos había podido asegurarse de que el cofre no contenía más que cartas y papeles: cartas de amor y papeles de familia sin duda.

Porthos vivía en un piso muy amplio y de apariencia suntuosa, en la calle del Vieux-Colombier. Cada vez que pasaba con un amigo por delante de sus ventanas, en una de las cuales Mosquetón estaba siempre vestido con gran librea, Porthos alzaba la cabeza y la mano y decía: ¡He ahí mi mansión! Pero jamás se le encontraba en casa, jamás invitaba a nadie a subir, y nadie podía hacerse una idea de lo que aquella suntuosa apariencia encerraba de riquezas reales.

En cuanto a Aramis, habitaba un pequeño piso compuesto por un gabinete un comedor y un dormitorio, dormitorio que, situado como el resto del alojamiento en la planta baja, daba a un pequeño jardín lozano, verde, umbroso e impenetrable a los ojos del vecindario.

En cuanto a D'Artagnan, ya sabemos cómo se había alojado y ya hemos trabado conocimientos con su lacayo, maese Planchet.

D'Artagnan, que era muy curioso por naturaleza, como lo son por lo demás las personas que tienen el genio de la intriga, hizo cuantos esfuerzos pudo por saber lo que eran realmente Athos, Porthos y Aramis; porque bajo esos nombres de guerra, cada uno de los jóvenes ocultaba sus nombres de gentilhomme, Athos sobre todo, que olía a gran señor a la legua. Se dirigió, pues, a Porthos para informarse sobre Athos y Aramis, y a Aramis para conocer a Porthos.

Por desgracia, el propio Porthos no sabía de la vida de su silencioso camarada más de lo que había dejado traslucir. Se decía que había tenido grandes fracasos en sus aventuras amorosas, y que una horrible traición había envenenado para siempre la vida de aquel hombre galante. ¿Cuál era esa traición? Todos lo ignoraban.

En cuanto a Porthos, a excepción de su verdadero nombre, que sólo el señor de Tréville sabía, así como el de sus dos camaradas, su vida era fácil de conocer. Vanidoso e indiscreto, se veía a su través como a través de un cristal. Lo único que hubiera podido despistar al investigador habría sido creerse todo lo bueno que él mismo decía de sí.

En cuanto a Aramis, pese a su aire de no tener ningún secreto, era -muchacho todo adobado en misterios, que respondía poco a las preguntas que se le hacían sobre los otros, y eludía aquellas que se le hacían sobre él. Un día, D'Artagnan, después de haberle interrogado largo tiempo sobre Porthos y haberse enterado del rumor que corría sobre las aventuras galantes del mosquetero con una princesa, quiso saber a qué atenerse sobre las aventuras de su interlocutor.

-Y vos, querido compañero -le dijo-, ¿vos qué habláis de las baronesas, de las condesas y de las princesas de los demás?

-Perdón -interrumpió Aramis-, he hablado porque el propio Porthos habla de ellas, porque ha gritado todas esas hermosas cosas delante de mí. Pero, mi querido señor D'Artagnan, creed que, si las hubiera recibido de otra fuente, o si me hubieran sido confiadas, no habría habido confesor más discreto que yo.

-No lo dudo -prosiguió D'Artagnan-; pero, en fin, me parece que vos mismo tenéis bastante familiaridad con los escudos de armas: testigo, cierto pañuelo bordado al que debo el honor de vuestro conocimiento.

Aramis aquella vez no se enfadó, sino que adoptó su aire más modesto y respondió afectuosamente:

-Querido, no olvidéis que quiero ser de iglesia y que huyo de todas las ocasiones mundanas. Aquel pañuelo que visteis en modo alguno me había sido confiado; había sido olvidado en mi casa por uno de mis amigos. Tuve que recogerlo para no comprometerlos, a él y a la dama a la que ama. En cuanto a mí, no tengo ni quiero tener amantes, siguiendo en esto el ejemplo muy juicioso de Athos, que no las tiene más que yo.

-Pero, ¡qué diablos!, no sois abad, dado que sois mosquetero.

-Mosquetero por ínterin, querido, como dice el cardenal, mosquetero contra mi gusto, pero hombre de iglesia en el corazón, creedme. Athos y Porthos me metieron ahí para entretenerme: tuve, en el momento de ser ordenado, una pequeña dificultad con... Pero esto apenas os interesa, y os robo un tiempo precioso.

-Nada de eso, me interesa mucho -exclamó D'Artagnan-, y por ahora no tengo absolutamente nada que hacer.

-Sí, pero yo tengo que rezar mi breviario -respondió Aramis-, después de componer algunos versos que me ha pedido la señora D'Aiguillon; luego debo pasar por la calle Saint-Honoré, para comprar carmín para la señora de Chevreuse. Como veis, querido amigo, si nada os apremia, yo estoy muy apremiado.

Y Aramis tendió afectuosamente la mano a su joven compañero, y se despidió de él.

Por más esfuerzos que hizo, D'Artagnan no pudo saber más sobre sus tres nuevos amigos. Tomó, pues, la decisión de creer para el presente todo cuanto se

decía de su pasado, esperando revelaciones más serias y más amplias del porvenir. Mientras tanto, consideró a Athos como a un Aquiles, a Porthos como a un Ajax, y a Aramis como a un José.

Por lo demás, la vida de los cuatro jóvenes era alegre. Athos jugaba, y siempre con mala fortuna. Sin embargo, jamás pedía prestado un céntimo a sus amigos, aunque su bolsa estuviera sin cesar a su servicio; y cuando había apostado sobre su palabra, siempre hacía despertar a su acreedor a la seis de la mañana para pagarle su deuda de la víspera.

Porthos tenía rachas: esos días, si ganaba, se le veía insolente y espléndido; si perdía, desaparecía por completo durante algunos días, al cabo de los cuales reaparecía con el rostro descolorido y mal gesto, pero con dinero en sus bolsillos.

En cuanto a Aramis, no jugaba jamás. Pero era el peor mosquetero y el invitado más desagradable que se pudiese ver. Tenía siempre que trabajar. A veces, en medio de una comida, cuando todos con la incitación del vino y el calor de la conversación, creían que había aún para dos o tres horas de permanencia en la mesa, Aramis miraba a su reloj, se levantaba con una graciosa sonrisa y se despedía de la compañía para ir, decía él, a consultar a un casuista con el que tenía cita. Otras veces regresaba a su alojamiento para escribir una tesis y rogaba a sus amigos no distraerle.

Entonces Athos sonreía con aquella encantadora sonrisa melancólica que tan bien sentaba a su noble figura, y Porthos bebía jurando que Aramis no sería nunca más que un cura de aldea.

Planchet, el criado de D'Artagnan, soportó noblemente la buena fortuna; recibía treinta sous diarios, y durante un mes venía al alojamiento alegre como un pinzón y afable con su amo. Cuando el viento de la adversidad comenzó a soplar sobre la pareja de la calle des Fossayeurs, es decir, cuándo las cuarenta pistolas del rey Luis XIII fueron comidas o casi, comenzó con quejas que Athos encontró nauseabundas Porthos indecentes y Aramis ridículas. Athos aconsejó, pues, a D'Ártágnan despedir al bribón; Porthos quería que antes lo apaleara, y Aramis pretendió que un amo no debía oír más que los cumplidos que se hacen de él.

-Es muy fácil para vos decir eso -dijo D'Artagnan-; a vos, Athos, que vivís mudo con Grimaud, que le prohibís hablar y que, por tanto, no tenéis nunca malas palabras con él; a vos, Porthos, que lleváis un tren magnífico y que sois un dios para vuestro criado Mosquetón, y a vos finalmente, Aramis, que siempre distraído por vuestros estudios teológicos, inspiráis un profundo respeto a vuestro servidor Bazin, hombre dulce y religioso; pero yo, que no tengo ni consistencia ni recursos, yo, que no soy mosquetero ni siquiera guardia, yo, ¿qué haré yo para inspirar cariño, temor o respeto a Planchet?

-La cosa es grave -respondieron los tres amigos-; es un asunto interno; con los criados ocurre como con las mujeres, hay que ponerlos en seguida en el sitio que uno desea que permanezcan. Reflexionad, pues.

D'Artagnan reflexionó y se decidió por vapulear a Planchet provisionalmente, cosa que fue ejecutada con la conciencia que D'Artagnan ponía en todo; luego, después de haberlo vapuleado bien, le prohibió abandonar su servicio sin su permiso. Porque, añadió, el porvenir no me puede fallar; espero inevitablemente tiempos mejores. Tu fortuna está, pues, hecha si te quedas a mi lado, y yo soy demasiado buen amo para privarte de tu fortuna concediéndote el despido que me pides.

Esta manera de actuar infundió en los mosqueteros mucho respeto hacia la política de D'Artagnan, Planchet quedó igualmente admirado y no habló más de irse.

La vida de los cuatro jóvenes se había hecho común; D'Artagnan, que no tenía ningún hábito, puesto que llegaba de su provincia y caía en medio de un mundo totalmente nuevo para él, tomó por eso los hábitos de sus amigos.

Se levantaban hacia las ocho en invierno, hacia las seis en verano, y se iban a recibir órdenes y a ver cómo iban los asuntos del señor de Tréville. D'Artagnan, aunque no fuese mosquetero, hacía el servicio con una puntualidad conmovedora: estaba siempre de guardia, porque siempre hacía compañía a aquel de sus tres amigos que montaba la suya. Se le conocía en el palacio de los mosqueteros y todos le tenían por un buen camarada; el señor de Tréville, que le había apreciado

a la primera ojeada y que le tenía verdadero afecto, no cesaba de recomendarlo al rey.

Por su parte, los tres mosqueteros querían mucho a su joven camarada. La amistad que unía a aquellos cuatro hombres, y la necesidad de verse tres o cuatro veces por día, bien para un duelo, bien para asuntos, bien por placer, les hacían correr sin cesar a unos tras otros como sombras; y se encontraba siempre a los inseparables buscándose del Luxemburgo a la plaza Saint-Sulpice, o de la calle del Vieux-Colombier al Luxemburgo.

Mientras tanto, las promesas del señor de Tréville seguían su curso. Un buen día, el rey ordenó al señor caballero Des Essarts tomar a D'Artagnan como cadete en su compañía de guardias. D'Artagnan endosó suspirando aquel uniforme que hubiera querido trocar, al precio de diez años de su existencia, por la casaca de mosquetero. Pero el señor de Tréville prometió aquel favor tras un noviciado de dos años, noviciado que podía ser abreviado por otra parte si se le presentaba a D'Artagnan ocasión de hacer algún servicio al rey o de acometer alguna acción brillante. D'Artagnan se retiró con esta promesa y desde el día siguiente comenzó su servicio.

Entonces fue cuando les llegó a Athos, Porthos y Aramis el turno de montar guardia con D'Artagnan cuando estaba de guardia. La compañía del señor caballero Des Essarts tomó así cuatro hombres en lugar de uno el día en que tomó a D'Artagnan.



Capítulo VIII

Una intriga de corte

Sin embargo, las cuarenta pistolas del rey Luis XIII, como todas las cosas de este mundo, después de haber tenido un comienzo habían tenido un fin, y a partir de ese fin nuestros cuatro compañeros habían caído en apuros. Al principio Athos sostuvo durante algún tiempo a la asociación con sus propios dineros. Le había sucedido Porthos, y gracias a una de esas desapariciones a las que estaban habituados. Durante casi quince días había subvenido aún a las necesidades de todos; por fin había llegado la vez de Aramis, que había cumplido de buena gana, y que, según decía, vendiendo sus libros de teología había logrado procurarse algunas pistolas.

Entonces, como de costumbre, recurrieron al señor de Tréville, que dio algunos adelantos sobre el sueldo; pero aquellos adelantos no podían llevar muy lejos a tres mosqueteros que tenían muchas cuentas atrasadas, y a un guardia que no las tenía siquiera.

Finalmente, cuando se vio que iba a faltar de todo, se reunieron en un último esfuerzo ocho o diez pistolas que Porthos jugó. Desgraciadamente, estaba en mala vena: perdió todo, además de veinticinco pistolas sobre palabra.

Entonces los apuros se convirtieron en penuria: se vio a los hambrientos seguidos de sus lacayos correr las calles y los cuerpos de guardia, trincando de sus amigos de fuera todas las cenas que pudieron encontrar; porque, siguiendo la opinión de Aramis, en la prosperidad había que sembrar comidas a diestro y siniestro para recoger algunas en la desgracia.

Athos fue invitado cuatro veces y llevó cada vez a sus amigos con sus criados. Porthos tuvo seis ocasiones a hizo lo propio con sus camaradas; Aramis

tuvo ocho. Era un hombre que, como se habrá podido comprender, hacía poco ruido y mucha tarea.

En cuanto a D'Artagnan, que no conocía aún a nadie en la capital, no halló más que un desayuno de chocolate en casa de un cura de su región, y una cena en casa de un corneta de los guardias. Llevó su ejército a casa del cura, a quien devoraron sus provisiones de dos meses, y a casa del corneta, que hizo maravillas; pero, como decía Planchet, sólo se come una vez, aunque se coma mucho.

D'Artagnan se encontró, pues, bastante humillado por no tener más que una comida y media -porque el desayuno en casa del cura no podía contar más que por media comida- que ofrecer a sus compañeros a cambio de los festines que se habían procurado Athos, Porthos y Aramis. Se creía en deuda con la sociedad, olvidando, en su buena fe completamente juvenil, que él había alimentado a aquella compañía durante un mes, y su espíritu inquieto se puso a trabajar activamente. Reflexionó que aquella coalición de cuatro hombres jóvenes, valientes, emprendedores y activos debía tener otra meta que paseos contoneándose, lecciones de esgrima y bromas más o menos ingeniosas.

En efecto, cuatro hombres como ellos, cuatro hombres consagrados unos a otros desde la bolsa hasta la vida, cuatro hombres apoyándose siempre, sin retroceder nunca, ejecutando aisladamente o juntos las resoluciones adoptadas en común: cuatro brazos amenazando los cuatro puntos cardinales o volviéndose hacia un solo punto debían inevitablemente, bien de modo subterráneo, bien a la luz, bien a cara descubierta, bien mediante labor de zapa, bien por la astucia, bien por la fuerza, abrirse camino hacia la meta que quisieran alcanzar, por más prohibida o alejada que estuviese. Lo único que asombraba a D'Artagnan es que sus compañeros no hubieran pensado esto.

El sí, él lo pensaba, y seriamente incluso, estrujándose el cerebro para encontrar dirección a aquella fuerza única multiplicada por cuatro, con la que no dudaba que, como con la palanca que buscaba Arquímedes, se podía levantar el mundo, cuando llamaron suavemente a la puerta. D'Artagnan despertó a Planchet y le ordenó ir a abrir.

Que de la frase, «D'Artagnan despertó a Planchet», el lector no vaya a suponer que era de noche o que aún no había llegado el día. ¡No! Acababan de sonar las cuatro. Planchet, dos horas antes, había venido a pedir de cenar a su amo, que le respondió con el refrán: «Quien duerme come». Y Planchet comía durmiendo.

Fue introducido un hombre de cara bastante simple y que tenía aspecto de burgués.

De buena gana hubiera querido Planchet, para postre, oír la conversación; pero el burgués declaró a D'Artagnan que por ser importante y confidencial lo que tenía que decirle deseaba permanecer a solas con él.

D'Artagnan despidió a Planchet e hizo sentarse a su visitante.

Hubo un momento de silencio durante el cual los dos hombres se miraron para establecer un conocimiento previo, tras lo cual D'Artagnan se inclinó en señal de que escuchaba.

-He oído hablar del señor D'Artagnan como de un joven muy valiente -dijo el burgués-, y esa reputación de que goza con motivo me ha decidido a confiarle un secreto.

-Hablad, señor, hablad -dijo D'Artagnan, que por instinto olfateó algo ventajoso.

El burgués hizo una nueva pausa y continuó:

-Mi mujer es costurera de la reina, señor, y no carece ni de prudencia ni de belleza. Hace casi tres años que me hicieron desposarla, aunque no tenía más que una pequeña dote, porque el señor de La Porte el portamantas de la reina, es su padrino y la protege...

-¿Y bien, señor? -preguntó D'Artagnan.

-¡Pues bien! -prosiguió el burgués-. Pues bien señor, mi mujer ha sido raptada ayer por la mañana cuando salía de su cuarto de trabajo.

-¿Y quién ha raptado a vuestra mujer?

-Con seguridad no sé nada, señor, pero sospecho de alguien.

-¿Y quién es esa persona de la que sospecháis?

-Un hombre que la perseguía desde hace tiempo.

-¡Diablos!

-Pero permitid que os diga, señor -prosiguió el burgués-, que estoy convencido de que en todo esto hay menos amor que política.

-Menos amor que política -dijo D'Artagnan con un gesto pensativo-. ¿Y qué sospecháis?

-No sé si debería deciros lo que sospecho...

-Señor, os haré observar que yo no os pido absolutamente nada. Sois vos quien habéis venido. Sois vos quien me habéis dicho que tenéis un secreto que confiarme. Obrad, pues, a vuestro gusto, aún estáis a tiempo de retiraros.

-No, señor, no; me parecéis un joven honesto, y tendré confianza en vos. Creo, pues, que mi mujer no ha sido detenida por sus amores, sino por los de una dama más importante que ella.

-¡Ah ah! ¿No será por los amores de la señora de Bois-Tracy? -dijo D'Artagnan, que quiso aparentar ante su burgués que estaba al corriente de los asuntos de la corte.

-Más importante, señor más importante.

-¿De la señora D'Aiguillon?

-Más importante todavía.

-¿De la señora de Chevreuse?

-¡Más alto, mucho más alto!

-De la... -D'Artagnan se detuvo.

-Sí, señor -respondió tan bajo que apenas se pudo oír al espantado burgués.

-¿Y con quién?

-¿Con quién puede ser si no es con el duque de...?

-El duque de...

-¡Sí, señor! -respondió el burgués dando a su voz una entonación más sorda todavía.

-Pero ¿cómo sabéis vos todo eso?

-¡Ah! ¿Que cómo lo sé?

-Sí, ¿cómo lo sabéis? Nada de confidencias a medias o... ¿Comprendéis?

-Lo sé por mi mujer, señor por mi propia mujer.

-Que lo sabe..., ¿por quién?

-Por el señor de La Porte. ¿No os he dicho que era la ahijada del señor de La Porte el hombre de confianza de la reina? Pues bien, el señor de La Porte la puso junto a Su Majestad para que nuestra pobre reina tuviera al menos alguien de quien fiarse, abandonada como está por el rey, espiada como está por el cardenal, traicionada como es por todos.

-¡Ah, ah! Ya se van concretando las cosas -dijo D'Artagnan.

-Mi mujer vino hace cuatro días, señor; una de sus condiciones era que vendría a verme dos veces por semana; porque, como tengo el honor de deciros, mi mujer me quiere mucho; mi mujer, pues vino y me confió que la reina, en aquel momento, tenía grandes temores.

-¿De verdad?

-Sí, el señor cardenal, a lo que parece, la persigue y acosa más que nunca. No puede perdonarle la historia de la zarabanda. ¿Sabéis vos la historia de la zarabanda?

-Pardiez, claro que la sé -respondió D'Artagnan, que no sabía nada en absoluto, pero que quería aparentar estar al corriente.

-De suerte que ahora ya no es odio; es venganza.

-¿De veras?

-Y la reina cree...

-Y bien, ¿qué cree la reina?

-Cree que han escrito al señor duque de Buckingham en su nombre.

-¿En nombre de la reina?

-Sí, para hacerle venir a Paris, y una vez venido a Paris, para atraerle a alguna trampa.

-¡Diablo! Pero vuestra mujer, mi querido señor, ¿qué tiene que ver en todo esto?

-Es conocida su adhesión a la reina, y se la quiere alejar de su ama, o intimidarla por estar al tanto de los secretos de Su Majestad, o seducirla para servirse de ella como espía.

-Es probable -dijo D'Artagnan-; pero al hombre que la ha raptado, ¿lo conocéis?

-Os he dicho que creía conocerle.

-¿Su nombre?

-No lo sé; lo que únicamente sé es que es una criatura del cardenal, su instrumento ciego.

-Pero ¿lo habéis visto?

-Sí, mi mujer me lo ha mostrado un día.

-¿Tiene algunas señas por las que se le pueda reconocer?

-Por supuesto, es un señor de gran estatura, pelo negro, tez morena, mirada penetrante, dientes blancos y una cicatriz en la sien.

-¡Una cicatriz en la sien! -exclamó D'Artagnan-. Y además dientes blancos, mirada penetrante, tez morena, pelo negro y gran estatura. ¡Es mi hombre de Meung!

-¿Es vuestro hombre, decís?

-Sí, sí; pero esto no importa. No, me equivoco, esto simplifica mucho las cosas por el contrario; si vuestro hombre es el mío, ejecutaré dos venganzas de un golpe; eso es todo; pero ¿dónde coger a ese hombre?

-No lo sé.

-¿No tenéis ninguna información sobre su domicilio?

-Ninguna; un día que yo llevaba a mi mujer al Louvre, él salía al tiempo que ella iba a entrar, y me lo señaló.

-¡Diablo! ¡Diablo! -murmuró D'Artagnan-. Todo esto es muy vago. ¿Por quién habéis sabido el rapto de vuestra mujer?

-Por el señor de La Porte.

-¿Os ha dado algún detalle?

-El no tenía ninguno.

-¿Y vos no habéis sabido nada por otro lado?

-Sí, he recibido...

-¿Qué?

-Pero no sé si no cometo una gran imprudencia.

-¿Volvéis otra vez a las andadas? Sin embargo, os haré observar que esta vez es algo tarde para retrocedes.

-Yo no retrocedo, voto a bríos -exclamó el burgués jurando para hacerse ilusiones-. Además, palabra de Bonacieux...

-Os llamáis Bonacieux? -le interrumpió D'Artagnan.

-Sí, ése es mi nombre.

-Decíais, pues, ¡palabra de Bonacieux! Perdón si os he interrumpido; pero me parecía que ese nombre no me era desconocido.

-Es posible, señor. Yo soy vuestro casero.

-¡Ah, ah! -dijo D'Artagnan semiincorporándose y saludando-. ¿Sois mi casero?

-Sí, señor, sí. Y como desde hace tres meses estáis en mi casa, y como, distraído sin duda por vuestras importantes ocupaciones, os habéis olvidado de pagar mi alquiler, como, digo yo, no os he atormentado un solo instante, he pensado que tendríais en cuenta mi delicadeza.

-¡Cómo no, mi querido señor Bonacieux! -prosiguió D'Artagnan-. Creed que estoy plenamente agradecido por semejante proceder y que, como os he dicho, si puedo servirlos en algo...

-Os creo, señor, os creo, y como iba diciéndoos, palabra de Bonacieux, tengo confianza en vos.

-Acabad, pues, lo que habéis comenzado a decirme.

El burgués sacó un papel de su bolsillo y lo presentó a D'Artagnan.

-¡Una carta! -dijo el joven.

-Que he recibido esta mañana.

D'Artagnan la abrió, y como el día empezaba a declinar, se acercó a la ventana. El burgués le siguió.

«No busquéis a vuestra mujer -leyó D'Artagnan-; os será devuelta cuando ya no haya necesidad de ella. Si dais un solo paso para encontrarla estáis perdido.»

-Desde luego es positivo -continuó D'Artagnan-; pero, después de todo, no es más que una amenaza.

-Sí, peso esa amenaza me espanta; yo, señor, no soy un hombre de espada en absoluto; y le tengo miedo a la Bastilla.

-¡Hum! -hizo D'Artagnan-. Pero es que yo temo la Bastilla tanto como vos. Si no se tratase más que de una estocada, pase todavía.

-Sin embargo, señor, había contado con vos para esta ocasión.

¿Sí?

-Al veros rodeado sin cesar de mosqueteros de aspecto magnífico y reconocer que esos mosqueteros eran los del señor de Tréville, y por consiguiente enemigos del cardenal, había pensado que vos y vuestros amigos, además de hacer justicia a nuestra pobre reina, estaríais encantados de jugarle una mala pasada a Su Eminencia.

-Sin duda.

-Y además había pensado que, debiéndome tres meses de alquiler de los que nunca os he hablado...

-Sí, sí, ya me habéis dado ese motivo, y lo encuentro excelente.

-Contando además con que, mientras me hagáis el honor de permanecer en mi casa, no os hablaré nunca de vuestro alquiler futuro...

-Muy bien.

-Y añadid a eso, si fuera necesario, que cuento con ofrecer os una cincuentena de pistolas si, contra toda probabilidad, os hallarais en apuros en este momento.

-De maravilla; pero entonces, ¿sois rico, mi querido señor Bonacieux?

-Vivo con desahogo, señor, esa es la palabra; he amontonado algo así como dos o tres mil escudos de renta en el comercio de la mercería, y sobre todo colocado al unos fondos en el último viaje del célebre navegante Jean Mocquet de suerte que, como comprenderéis, señor... ¡Ah! Pero... -exclamó el burgués.

-¿Qué? -preguntó D'Artagnan.

-¿Qué veo ahí?

-¿Dónde?

-En la calle, frente a vuestras ventanas, en el hueco de aquella puerta: un hombre embozado en una capa.

-¡Es él! -gritaron a la vez D'Artagnan y el burgués, reconociendo los dos al mismo tiempo a su hombre.

-¡Ah! Esta vez -exclamó D'Artagnan saltando sobre su espada-, esta vez no se me escapará.

Y sacando su espada de la vaina, se precipitó fuera del alojamiento.

En la escalera encontró a Athos y Porthos que venían a verle. Se apartaron. D'Artagnan pasó entre ellos como una saeta.

-¡Vaya! ¿Adónde comes de ese modo? -le gritaron al mismo tiempo los dos mosqueteros.

-¡El hombre de Meung! -respondió D'Artagnan, y desapareció.

D'Artagnan había contado más de una vez a sus amigos su aventura con el desconocido, así como la aparición de la bella viajera a la que aquel hombre había parecido confiar una misiva tan importante.

La opinión de Athos había sido que D'Artagnan había perdido su carta en la pelea. Un gentilhomme, según él -y, por la descripción que D'Artagnan había hecho del desconocido, no podía ser más que un gentilhomme-, un gentilhomme debía ser incapaz de aquella bajeza, de robar una carta.

Porthos no había visto en todo aquello más que una cita amorosa dada por una dama a un caballero o por un caballero a una dama, y que había venido a turbar la presencia de D'Artagnan y de su caballo amarillo.

Aramis había dicho que esta clase de cosas, por ser misteriosas, más valía no profundizarlas.

Comprendieron, pues por algunas palabras escapadas a D'Artagnan, de qué asunto se trataba, y como pensaron que después de haber cogido a su hombre o

haberlo perdido de vista, D'Artagnan terminaría por volver a subir a su casa, prosiguieron su camino.

Cuando entraron en la habitación de D'Artagnan, la habitación estaba vacía: el casero, temiendo las secuelas del encuentro que sin duda iba a tener lugar entre el joven y el desconocido, había juzgado, debido a la exposición que él mismo había hecho de su carácter, que era prudente poner pies en polvorosa.



Capítulo IX

D'Artagnan se perfila

Como habían previsto Athos y Porthos, al cabo de una media hora D'Artagnan regresó. También esta vez había perdido a su hombre, que había desaparecido como por encanto. D'Artagnan había corrido, espada en mano, por todas las calles de alrededor, pero no había encontrado nada que se pareciese a aquel a quien buscaba; luego, por fin, había vuelto a aquello por lo que habría debido empezar quizá, y que era llamar a la puerta contra la que el desconocido se había apoyado; pero fue inútil que hubiera hecho sonar diez o doce veces seguidas la aldaba, nadie había respondido, y los vecinos que, atraídos por el ruido, habían acudido al umbral de su puerta o habían puesto las narices en sus ventanas, le habían asegurado que aquella casa, cuyos vanos por otra parte estaban cerrados, estaba desde hace seis meses completamente deshabitada.

Mientras D'Artagnan corría por calles y llamaba a las puertas, Aramis se había reunido con sus dos compañeros, de suerte que, al volver a su casa, D'Artagnan encontró la reunión al completo.

-¿Y bien? -dijeron a una los tres mosqueteros al ver entrar a D'Artagnan con el sudor en la frente y el rostro alterado por la cólera

-¡Y bien! -exclamó éste arrojando la espada sobre la cama-. Ese hombre tiene que ser el diablo en persona; ha desaparecido como un fantasma, como una sombra, como un espectro.

-¿Creéis en las apariciones? -le preguntó Athos a Porthos.

-Yo no creo más que en lo que he visto, y como nunca he visto apariciones, no creo en ellas.

-La Biblia -dijo Aramis- hace ley el creer en ellas; la sombra de Samuel se apareció a Saúl y es un artículo de fe que me molestaría ver puesto en duda, Porthos.

-En cualquier caso, hombre o diablo, cuerpo o sombra, ilusión o realidad, ese hombre ha nacido para mi condenación, porque su fuga nos hace fallar un asunto soberbio, señores, un asunto en el que había cien pistolas y quizá más para ganar.

-¿Cómo? -dijeron a la vez Porthos y Aramis.

En cuanto a Athos, fiel a su sistema de mutismo, se contentó con interrogar a D'Artagnan con la mirada.

-Planchet -dijo D'Artagnan a su criado, que pasaba en aquel momento la cabeza por la puerta entreabierta para tratar de sorprender algunas migajas de la conversación-, bajad a casa de mi casero, el señor Bonacieux, y decidle que nos envíe media docena de botellas de vino de Beaugency: es el que prefiero.

-¡Vaya! ¿Es que tenéis crédito con vuestro casero? -preguntó Porthos.

-Sí -respondió D'Artagnan-, desde hoy. Y estad tranquilos, que, si su vino es malo, le enviaremos a buscar otro.

-Hay que usar y no abusar -dijo silenciosamente Aramis.

-Siempre he dicho que D'Artagnan era la cabeza fuerte de nosotros cuatro -dijo Athos, quien, después de haber emitido esta opinión, a la que D'Artagnan respondió con un saludo, cayó al punto en su silencio acostumbrado.

-Pero, en fin, veamos, ¿qué pasa? -preguntó Porthos.

-Sí -dijo Aramis--, confiádnoslo, mi querido amigo, a no ser que el honor de alguna dama se halle interesado por esa confidencia, en cuyo caso haríais mejor guardándola para vos.

-Tranquilizaos -respondió D'Artagnan-, ningún honor tendrá que quejarse de lo que tengo que deciros.

Y entonces contó a sus amigos palabra por palabra lo que acababa de ocurrir entre él y su huésped, y cómo el hombre que había raptado a la mujer del digno casero era el mismo con el que había tenido que disputar en la hostería del Franc Meunier.

-Vuestro asunto no es malo -dijo Athos después de haber degustado el vino como experto a indicado con un signo de cabeza que lo encontraba bueno-, y se

podrá sacar de ese buen hombre de cincuenta a sesenta pistolas. Ahora queda por saber si cincuenta o sesenta pistolas valen la pena de arriesgar cuatro cabezas.

-Pero prestad atención -exclamó D'Artagnan-, hay una mujer en este asunto, una mujer raptada, una mujer a la que sin duda se amenaza, a la que quizá se tortura, y todo ello porque es fiel a su ama.

-Tened cuidado, D'Artagnan, tened cuidado -dijo Aramis-, os acaloráis demasiado, en mi opinión, por la suerte de la señora Bonacieux. La mujer ha sido creada para nuestra perdición, y de ella es de donde nos vienen todas nuestras miserias.

A esta sentencia de Aramis, Athos frunció el ceño y se mordió los labios.

-No me inquieto por la señora Bonacieux -exclamó D'Artagnan-, sino por la reina, a quien el rey abandona, a quien el cardenal persigue y que ve caer, una tras otra, las cabezas de todos sus amigos.

-¿Por qué ella ama lo que más detestamos del mundo, a los españoles y a los ingleses?

-España es su patria -respondió D'Artagnan-, y es muy lógico que ame a los españoles, que son hijos de la misma tierra que ella. En cuanto al segundo reproche que le hacéis, he oído decir que no amaba a los ingleses, sino a un inglés.

-¡Y a fe mía -dijo Athos- hay que confesar que ese inglés es bien digno de ser amado! Jamás he visto mayor estilo que el suyo.

-Sin contar con que se viste como nadie -dijo Porthos-. Estaba yo en el Louvre el día en que esparció sus perlas, y, ¡Pardiez!, yo cogí dos que vendí por diez pistolas la pieza. Y tú, Aramis, ¿le conoces?

-Tan bien como vosotros, señores, porque yo era uno de aquellos a los que se detuvo en el jardín de Amiens, donde me había introducido el señor de Putange, el caballero de la reina. En aquella época yo estaba en el seminario, y la aventura me pareció cruel para el rey.

-Lo cual no me impediría -dijo D'Artagnan-, si supiera dónde está el duque de Buckingham, cogerle por la mano y conducirlo junto a la reina, aunque no fuera más que para hacer rabiar al señor cardenal; porque nuestro verdadero, nuestro único,

nuestro eterno enemigo, señores, es el cardenal, y si pudiéramos encontrar un medio de jugarle alguna pasada cruel, confieso que comprometería de buen grado mi cabeza.

-Y el mercero, D'Artagnan -prosiguió Athos-, ¿os ha dicho que la reina pensaba que se había hecho venir a Buckingham con un falso aviso?

-Eso teme ella.

-Esperad -dijo Aramis.

-¿Qué? -preguntó Porthos.

-Seguid, seguid, trato de acordarme de las circunstancias.

-Y ahora estoy convencido -dijo D'Artagnan-, de que el rapto de esa mujer de la reina está relacionado con los acontecimientos de que hablamos, y quizá con la presencia de Buckingham en Paris.

-El gascón está lleno de ideas -dijo Porthos con admiración.

-Me gusta mucho oírle hablar -dijo Athos-, su patois me divierte.

-Señores -prosiguió Aramis-, escuchad esto.

-Escuchemos a Aramis -dijeron los tres amigos.

-Ayer me encontraba yo en casa de un sabio doctor en teología al que consulto a veces por mis estudios...

Athos sonrió.

-Vive en un barrio desierto -continuó Aramis-, sus gustos, su profesión lo exigen. Y en el momento en que yo salía de su casa...

-¿Y bien? -preguntaron sus oyentes-. ¿En el momento en que salíais de su casa?

Aramis pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo, como un hombre que, en plena corriente de mentira, se ve detener por un obstáculo imprevisto; pero los ojos de sus tres compañeros estaban fijos en él, sus orejas esperaban abiertas, no había medio de retroceder.

-Ese doctor tiene una nieta -continuó Aramis.

-¡Ah! ¡Tiene una nieta! -interrumpió Porthos.

-Dama muy respetable -dijo Aramis.

Los tres amigos se pusieron a reír.

-¡Ah, si os reís o si dudáis -prosiguió Aramis-, no sabréis nada!

-Somos creyentes como mahometanos y mudos como catafalcos . -dijo Athos.

-Entonces continuó -prosiguió Aramis-. Esa nieta viene a veces a ver a su tío; y ayer ella, por casualidad, se encontraba allí al mismo tiempo que yo, y tuve que ofrecerme para conducirla a su carroza.

-¡Ah! ¿Tiene una carroza la nieta del doctor? -interrumpió Porthos, uno de cuyos defectos era una gran incontinencia de lengua-. Buen conocimiento, amigo mío.

-Porthos -prosiguió Aramis-, ya os he hecho notar más de una vez que sois muy indiscreto, y que eso os perjudica con las mujeres.

-Señores, señores -exclamó D'Artagnan, que entreveía el fondo de la aventura-, la cosa es seria; tratemos, pues, de no bromear si podemos. Seguid, Aramis, seguid.

-De pronto, un hombre alto, moreno, con ademanes de gentilhombre..., vaya, de la clase del vuestro, D'Artagnan.

-El mismo quizá -dijo éste.

-Es posible... -continuó Aramis- se acercó a mí, acompañado por cinco o seis hombres que le seguían diez pasos atrás, y con el tono más cortés me dijo: «Señor duque, y vos madame», continuó dirigiéndose a la dama a la que yo llevaba del brazo...

-¿A la nieta del doctor?

-¡Silencio, Porthos! -dijo Athos-. Sois insoportable.

-«Haced el favor de subir en esa carroza, y eso sin tratar de poner la menor resistencia, sin hacer el menor ruido.»

- Os había tomado por Buckingham! -exclamó D'Artagnan.

-Eso creo -respondió Aramis.

-Pero ¿y la dama? -preguntó Porthos.

-¡La había tomado por la reina! -dijo D'Artagnan.

-Exactamente -respondió Aramis.

-¡El gascón es el diablo! -exclamó Athos-. Nada se le escapa.

-El hecho es -dijo Porthos- que Aramis es de la estatura y tiene algo de porte del hermoso duque; pero, sin embargo, me parece que el traje de mosquetero...

-Yo tenía una capa enorme -dijo Aramis.

-En el mes de julio, ¡diablos! -dijo Porthos-. ¿Es que el doctor teme que seas reconocido?

-Me cabe en la cabeza incluso -dijo Athos- que el espía se haya dejado engañar por el porte; pero el rostro...

-Yo llevaba un gran sombrero -dijo Aramis.

-¡Dios mío, cuántas precauciones para estudiar teología!

-Señores, señores -dijo D'Artagnan-, no perdamos nuestro tiempo bromeando; dividámonos y busquemos a la mujer del mercero, es la llave de la intriga.

-¡Una mujer de condición tan inferior! ¿Lo creéis, D'Artagnan? --preguntó Porthos estirando los labios con desprecio.

-Es la ahijada de La Porte, el ayuda de cámara de confianza de la reina. ¿No os lo he dicho, señores. Y además, quizá sea un cálculo de Su Majestad haber ido, en esta ocasión, a buscar sus apoyos tan bajo. Las altas cabezas se ven de lejos, y el cardenal tiene buena vista.

-¡Y bien! -dijo Porthos-. Arreglad primero precio con el mercero, y buen precio.

-Es inútil -dijo D'Artagnan- porque creo que, si no nos paga, quedaremos suficientemente pagados por otro lado.

En aquel momento, un ruido precipitado resonó en la escalera, la puerta se abrió con estrépito y el malhadado mercero se abalanzó en la habitación donde se celebraba el consejo.

-¡Ah, señores! -exclamó- ¡Salvadme, en nombre del cielo, salvadme! Hay cuatro hombres que vienen para detenerme ¡Salvadme, salvadme!

Porthos y Aramis se levantaron.

-Un momento -exclamó D'Artagnan haciéndoles señas de que devolviesen a la vaina sus espadas medio sacadas-; un momento, no es valor lo que aquí se necesita, es prudencia.

-Sin embargo -exclamó Porthos-, no dejaremos...

-Vos dejaréis hacer a D'Artagnan -dijo Athos-; es, lo repito, la cabeza fuerte de todos nosotros, y por lo que a mí se refiere, declaro que yo le obedezco. Haz lo que quieras, D'Artagnan.

En aquel momento, los cuatro guardias aparecieron a la puerta de la antecámara, y al ver a cuatro mosqueteros en pie y con la espada en el costado, dudaron seguir adelante.

-Entrad, señores, entrad -gritó D'Artagnan-, aquí estáis en mi casa, y todos nosotros somos fieles servidores del rey y del señor cardenal.

-¿Entonces, señores, no os opondréis a que ejecutemos las órdenes que hemos recibido? -preguntó aquel que parecía el jefe de la cuadrilla.

-Al contrario, señores, y os echaríamos una mano si fuera necesario.

-Pero ¿qué dice? -masculló Porthos.

-Eres un necio -dijo Athos-. ¡Silencio!

-Pero me habéis prometido... -dijo en voz baja el pobre mercero.

-No podemos salvaros más que estando libres -respondió rápidamente y en voz baja D'Artagnan-, y si hiciéramos ademán de defenderos, se nos detendría con vos.

-Me parece, sin embargo...

-Adelante, señores, adelante -dijo en voz alta D'Artagnan-, no tengo ningún motivo para defender al señor. Le he visto hoy por primera vez, y ¡en qué ocasión! El mismo os la dirá: para venir a reclamarme el precio de mi alquiler. ¿Es cierto, señor Bonacieux? ¡Responded!

-Es la verdad pura -exclamó el mercero-, pero el señor no os dice...

-Silencio sobre mí, silencio sobre mis amigos, silencio sobre la reina sobre todo, o perderéis a todo el mundo sin salvaros. ¡Vamos, vamos, señores, llevaos a este hombre!

Y D'Artagnan empujó al mercero todo aturcido a las manos de los guardias, diciéndole:

-Sois un tunante querido. ¡Venir a pedirme dinero a mí, a un mosquetero! ¡A prisión, señores, una vez más, llevadle a prisión, y guardadle bajo llave el mayor tiempo posible, eso me dará tiempo para pagar!

Los esbirros se confundieron en agradecimientos y se llevaron su presa.

En el momento en que bajaban, D'Artagnan palmoteó sobre el hombro del jefe:

-¿Y no beberé yo a vuestra salud y vos a la mía? -dijo llenando dos vasos de vino de Béaugency que tenía gracias a la liberalidad del señor Bonacieux.

-Será para mí un gran honor -dijo el jefe de los esbirros-, y acepto con gratitud.

-Entonces, a la vuestra, señor... ¿cómo os llamáis?

-Boisrenad.

-¡Señor Boisrenard!

-¡A la vuestra, mi gentil hombre! ¿A vuestra vez, cómo os llamáis, si os place?

-D'Artagnan.

-¡A la vuestra, señor D'Artagnan!

-¡Y por encima de todas éstas -exclamó D'Artagnan como arrebatado por su entusiasmo-, a la del rey y del cardenal!

Quizá el jefe de los esbirros hubiera dudado de la sinceridad de D'Artagnan si el vino hubiera sido malo, pero al ser bueno el vino, se quedó convencido.

-Pero ¿qué diablo de villanía habéis hecho? -dijo Porthos cuando el aguacil en jefe se hubo reunido con sus compañeros y los cuatro amigos se encontraron solos-. ¡Vaya! ¡Cuatro mosqueteros dejan arrestar en medio de ellos a un desgraciado que pide ayuda! ¡Un gentilhomme brindar con un corchete!

-Porthos -dijo Aramis-, ya Athos lo ha prevenido que eras un necio, y yo soy de su opinión. D'Artagnan, eres un gran hombre, y para cuando estés en el puesto del señor de Tréville, pido tu protección para conseguir tener una abadía.

-¡Maldita sea! No lo entiendo -dijo Porthos-. ¿Aprobáis lo que D'Artagnan acaba de hacer?

-Claro que sí -dijo Athos-; y no solamente apruebo lo que acaba de hacer, sino que incluso le felicito por ello.

-Y ahora, señores -dijo D'Artagnan sin tomarse el trabajo de explicar su conducta a Porthos-, todos para uno y uno para todos, esa es nuestra divisa, ¿no es así?

-Pero... -dijo Porthos.

-¡Extiende la mano y jura! -gritaron a la vez Athos y Aramis.

Vencido por el ejemplo, rezongando por lo bajo, Porthos extendió la mano y los cuatro amigos repitieron a un solo grito la fórmula dictada por D'Artagnan:

«Todos para uno, uno para todos.»

-Está bien, que cada cual se retire ahora a su casa -dijo D'Artagnan como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida que ordenar-, y atención, porque a partir de este momento, henos aquí enfrentados al cardenal.



Capítulo X

Una ratonera en el siglo XVII

La invención de la ratonera no data de nuestros días; cuando las sociedades, al formarse, inventaron un tipo de policía cualquiera, esta policía, a su vez, inventó las ratoneras.

Como quizá nuestros lectores no estén familiarizado aún con el argot de la calle de Jerusalén, y como desde que escribimos -y hace ya unos quince años de esto- es ésta la primera vez que empleamos esa palabra aplicada a esa cosa, expliquémosles lo que es una ratonera.

Cuando, en una casa cualquiera, se ha detenido a un individuo sospechoso de un crimen cualquiera, se mantiene en secreto el arresto; se ponen cuatro o cinco hombres emboscados en la primera pieza, se abre la puerta a cuantos llaman, se la cierra tras ellos y se los detiene; de esta forma, al cabo de dos o tres días, se tiene a casi todos los habituales del establecimiento.

He ahí lo que es una ratonera.

Se hizo, pues, una ratonera de la vivienda de maese Bonacieux, y todo aquel que apareció fue detenido a interrogado por las gentes del señor cardenal. Excusamos decir que, como un camino particular conducía al primer piso que habitaba D'Artagnan, los que venían a su casa eran exceptuados entre todas las visitas.

Además allí sólo venían los tres mosqueteros; se habían puesto a buscar cada uno por su lado, y nada habían encontrado ni descubierto. Athos había llegado incluso a preguntar al señor de Tréville, cosa que, dado el mutismo habitual del digno mosquetero, había asombrado a su capitán. Pero el señor de Tréville no sabía nada, salvo que la última vez que había visto al cardenal, al rey y a la reina, el cardenal tenía el gesto preocupado, el rey estaba inquieto y los ojos de la reina indicaban que había pasado la noche en vela o llorando. Pero esta última

circunstancia le había sorprendido poco: la reina, desde su matrimonio, velaba y lloraba mucho.

El señor de Tréville recomendó en cualquier caso a Athos el servicio del rey y sobre todo de la reina, rogándole hacer la misma recomendación a sus compañeros.

En cuanto a D'Artagnan, no se movía de su casa. Había convertido su habitación en observatorio. Desde las ventanas veía llegar a los que venían a hacerse prender; luego, como había quitado las baldosas del suelo como había horadado el esamblaje y sólo un simple techo le separaba de la habitación inferior, en la que se hacían los interrogatorios, oía todo cuanto pasaba entre los inquisidores y los acusados.

-¿La señora Bonacieux os ha entregado alguna cosa para su marido o para alguna otra persona?

-¿El señor Bonacieux os ha entregado alguna cosa para su mujer o para alguna otra persona?

-¿Alguno de los dos os ha hecho alguna confidencia de viva voz?

-Si supieran algo, no preguntarían así -se dijo a sí mismo D'Artagnan-. Ahora bien ¿qué tratan de saber? Si el duque de Buckingham se halla en Paris y si ha tenido o debe tener alguna entrevista con la reina.

D'Artagnan se detuvo ante esta idea que, después de todo lo que había oído, no carecía de verosimilitud.

Mientras tanto la ratonera estaba en servicio permanentemente, y la vigilancia de D'Artagnan también.

La noche del día siguiente al arresto del pobre Bonacieux cuando Athos acababa de dejar a D'Artagnan para ir a casa del señor de Tréville cuando acababan de sonar las nueve, y cuando Planchet, que no había hecho todavía la cama, comenzaba su tarea, se oyó llamar a la puerta de la calle; al punto esa puerta se abrió y se volvió a cerrar: alguien acababa de caer en la ratonera.

D'Artagnan se abalanzó hacia el sitio desenlosado, se acostó boca abajo y escuchó.

No tardaron en oírse gritos, luego gemidos que se trataban de ahogar. En cuanto al interrogatorio, no se trataba de eso.

-¡Diablos! -se dijo D'Artagnan-. Me parece que es una mujer: la registran, ella resiste, la violentan, ¡miserables!

Y D'Artagnan, pese a su prudencia, se contenía para no mezclarse en la escena que ocurría debajo de él.

-Pero si os digo que soy la dueña de la casa, señores; os digo que soy la señora Bonacieux; los digo que pertenezco a la reina! -gritaba la desgraciada mujer.

-¡La señora Bonacieux! -murmuró D'Artagnan-. ¿Seré lo bastante afortunado para haber encontrado lo que todo el mundo busca?

-Precisamente a vos estábamos esperando -dijeron los interrogadores.

La voz se volvió más y más ahogada: un movimiento tumultuoso hizo resonar el artesonado. La víctima se resistía tanto como una mujer puede resistir a cuatro hombres.

-Perdón, señores, per... -murmuró la voz, que no hizo oír más que sonidos inarticulados.

-La amordazan, van a llevársela -exclamó D'Artagnan irguiéndose como movido por un resorte-. Mi espada; bueno, está a mi lado. ¡Planchet!

-¿Señor?

-Corre a buscar a Athos, Porthos y Aramis. Uno de los tres estará probablemente en su casa, quizá ya hayan vuelto los tres. Que cojan las armas, que vengan, que acudan. ¡Ah!, ahora que me acuerdo, Athos está con el señor de Tréville.

-Pero ¿dónde vais, señor, dónde vais?

-Bajo por la ventana -exclamó D'Artagnan- para llegar antes; tú, vuelve a poner las baldosas, barre el suelo, sal por la puerta y corre donde te digo.

-¡Oh, señor, señor, vais a mataros! -exclamó Planchet.

-¡Cállate, imbécil! -dijo D'Artagnan.

Y aferrándose con la mano al reborde de su ventana, se dejó caer desde el primer piso, que afortunadamente no era elevado, sin hacerse ningún rasguño.

Al punto se fue a llamar a la puerta murmurando:

-Voy a dejarme coger yo también en la ratonera, y pobres de los gatos que ataquen a semejante ratón.

Apenas la aldaba hubo resonado bajo la mano del joven cuando el tumulto cesó, unos pasos se acercaron, se abrió la puerta y D'Artagnan, con la espada desnuda, se abalanzó en la vivienda de maese Bonacieux, cuya puerta, movida sin duda por algún resorte, volvió a cerrarse tras él.

Entonces, quienes habitaban aún la desgraciada casa de Bonacieux y los vecinos más próximos oyeron grandes gritos pataleos, entrechocar de espaldas y un ruido prolongado de muebles. Luego, un momento después, aquellos que sorprendidos por aquel ruido habían salido a las ventanas para conocer la causa, pudieron ver cómo la puerta se abría y no salir a cuatro hombres vestidos de negro, sino volar como cuervos espantados, dejando por tierra y en las esquinas de las mesas plumas de sus alas, es decir, jirones de sus vestidos y trozos de sus capas.

D'Artagnan fue vencedor sin mucho trabajo, hay que decirlo, porque sólo uno de los aguaciles estaba armado y aún se defendió por guardar las formas. Es cierto que los otros tres habían tratado de matar al joven con las sillas, los taburetes y las vasijas; pero dos o tres rasguños hechos por la tizona del gascón les habían asustado. Diez minutos habían bastado a su derrota, y D'Artagnan se había hecho dueño del campo de batalla.

Los vecinos, que habían abierto las ventanas con la sangre fría peculiar de los habitantes de París en aquellos tiempos de tumultos y de riñas perpetuas, las volvieron a cerrar cuando hubieron visto huir a los cuatro hombres negros: su instinto les decía que por el momento todo estaba acabado.

Además se hacía tarde, y entonces, como hoy, se acostaban temprano en el barrio de Luxemburgo.

D'Artagnan, solo con la señora Bonacieux, se volvió hacia ella: la pobre mujer estaba derribada sobre un butacón y semidesvestida. D'Artagnan la examinó de una ojeada rápida.

Era una encantadora mujer de veinticinco a veintiséis años, morena con ojos azules, con una nariz ligeramente respingona, dientes admirables, un tinte marmóreo de rosa y de ópalo. Hasta ahí llegaban los signos que podían hacerla confundir con una gran dama. Las manos eran blancas, pero sin finura: los pies no anunciaban a la mujer de calidad. Afortunadamente, D'Artagnan no se hallaba preocupado todavía por estos detalles.

Mientras D'Artagnan examinaba a la señora Bonacieux y estaba a sus pies, como hemos dicho, vio en el suelo un fino pañuelo de batista, que recogió según su costumbre, y en una de cuyas esquinas reconoció la misma inicial que había visto en el pañuelo que le había obligado a batirse con Aramis.

Desde aquel momento, D'Artagnan desconfiaba de los pañuelos blasonados; por eso, sin decir nada, volvió a poner el que había recogido en el bolsillo de la señora Bonacieux.

En aquel instante, la señora Bonacieux recobraba el sentido. Abrió los ojos, miró con terror en torno suyo, vio que la habitación estaba vacía y que estaba sola con su liberador. Le tendió al punto las manos sonriendo. La señora Bonacieux tenía la sonrisa más encantadora del mundo.

-¡Ah, señor! -dijo ella-. Sois vos quien me habéis salvado; permitidme que os dé las gracias.

-Señora -dijo D'Artagnan-, no he hecho más que lo que todo gentilhomme hubiera hecho en mi lugar; no me debéis, pues, ningún agradecimiento.

-Claro que sí, señor, claro que sí, y espero probaros que no habéis prestado un servicio a una ingrata. Pero ¿qué querían de mí esos hombres, a los que al principio he tomado por ladrones, y por qué el señor Bonacieux no está aquí?

-Señora, esos hombres eran mucho más peligrosos de lo que pudiera serlo los ladrones, porque son agentes del señor cardenal, y en cuánto a vuestro marido, el señor Bónacieux no está aquí porque ayer vinieron a prenderlo para conducirlo a la Bastilla.

-¡Mi marido en la Bastilla! -exclamó la señora Bonacieux-. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha hecho? ¡Pobre querido mío, él, la inocencia misma!

Y alguna cosa como una sonrisa apuntaba sobre el rostro aún todo asustado de la joven.

-¿Qué ha hecho, señora? -dijo D'Artagnan-. Creo que su único crimen es tener a la vez la dicha y la desgracia de ser vuestro marido.

-Pero, señor, sabéis entonces...

-Sé que habéis sido raptada, señora.

-¿Y por quién? ¿Lo sabéis? ¡Oh, si lo sabéis, decídmelo!

-Por un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de pelo negro, de tez morena, con una cicatriz en la sien izquierda.

-¡Eso es, eso es! Pero ¿y su nombre?

-¡Ah, su nombre! Es lo que yo ignoro.

- ¿Y- mi marido sabía que había sido raptada?

-Había sido advertido por una carta que le había escrito el raptor mismo.

-¿Y sospecha -preguntó la señora Bonacieux con apuro- la causa de este suceso?

-Lo atribuía, según creo, a una causa política.

-Yo al principio dudé, y ahora pienso como él. ¿Así es que mi querido Bonacieux no ha sospechado ni un solo instante de mí...?

-¡Lejos de ello, señora, estaba muy orgulloso de vuestra sabiduría y sobre todo de vuestro amor!

Una segunda sonrisa casi imperceptible afloró a los labios rosados de la hermosa joven.

-Pero -prosiguió D'Artagnan- ¿cómo habéis huido?

-He aprovechado un momento en que me han dejado sola, y como desde esta mañana sabía a qué atenerme sobre mi rapto, con la ayuda de mis sábanas he bajado por la ventana; entonces, como creía aquí a mi marido, he acudido corriendo.

-¿Para ponerlos bajo su protección?

-¡Oh! No, pobre hombre, yo sabía de sobra que él era incapaz de defenderme; pero como podía servirnos para otra cosa, quería prevenirle.

-¿De qué?

-¡Oh! Ese no es mi secreto, no puedo por tanto decíroslo.

-Y además -dijo D'Artagnan- (perdón, señora, si, como guardia que soy, os llamo a la prudencia), además creo que no estamos aquí en lugar oportuno para hacer confidencias. Los hombres que he puesto en fuga van a volver con ayuda; si nos encuentran aquí, estamos perdidos. Yo he hecho avisar a tres de mis amigos, pero ¡quién sabe si los habrán encontrado en sus casas!

-Sí, sí, tenéis razón -exclamó la señora Bonacieux asustada-; huyamos, corramos.

Tras estas palabras, pasó su brazo bajo el de D'Artagnan y lo apretó vivamente.

-Pero ¿adónde huir? -dijo D'Artagnan-. ¿Adónde correr?

-Lo primero, alejémonos de esta casa, después ya veremos.

Y la joven y el joven, sin molestarse en cerrar la puerta, descendieron rápidamente por la calle des Fossoyeurs, se adentraron por la calle des Fossés-Monsieur-le-Prince y no se detuvieron hasta la plaza Saint-Sulpice.

-¿Y ahora qué vamos a hacer -preguntó D'Artagnan- y adónde queréis que os conduzca?

-Me resulta muy difícil responderos, os lo confieso -dijo la señora Bonacieux-; mi intención era hacer avisar al señor de La Porte por medio de mi marido, a fin de que el señor de La Porte pudiera decirnos precisamente lo que había pasado en el Louvre desde hacía tres días, y si había peligro para mí en presentarme.

-Pero yo -dijo D'Artagnan- puedo avisar al señor de La Porte.

-Sin duda; sólo que hay un obstáculo, y es que al señor Bonacieux lo conocen en el Louvre y le dejarían pasar, mientras que a vos no os conocen y os cerrarán la puerta.

-¡Ah, bah! -dijo D'Artagnan-. Vos tenéis en algún postigo del Louvre un conserje que os es adicto, y que gracias a una contraseña...

La señora Bonacieux miró fijamente al joven.

-¿Y si os diera esa contraseña -dijo ella- la olvidaríais tan pronto como la hubierais utilizado?

-¡Palabra de honor, a fe de gentil hombre! -dijo D'Artagnan con un acento en cuya verdad nadie podía equivocarse.

-Bueno, os creo: tenéis aspecto de joven valiente y por otra parte vuestra fortuna está quizá al cabo de vuestra dedicación.

-Haré sin promesa y por conciencia todo cuanto pueda para servir al rey y ser agradable a la reina -dijo D'Artagnan-; disponed, pues, de mí como de un amigo.

-¿Y a mí dónde me meteréis durante ese tiempo?

-¿No tenéis una persona a cuya casa pueda el señor de La Porte venir a buscaros?

-No, no quiero fiarme de nadie.

-Esperad -dijo D'Artagnan-, estamos a la puerta de Athos. Sí, ésta es.

-¿Quién es Athos?

-Uno de mis amigos.

-¿Y si está en casa y me ve?

-No está, y me llevaré la llave después de haberos hecho entrar en su habitación.

-¿Y si vuelve?

-No volverá; además se le dirá que he traído una mujer, y que esa mujer está en su casa.

-Pero eso me comprometerá mucho, ¿no lo sabéis?

-¡Qué os importa! Nadie os conoce; además, nos hallamos en una situación de pasar por alto algunas conveniencias.

-Entonces vamos a casa de vuestro amigo. ¿Dónde vive?

-En la calle Férou, a dos pasos de aquí.

-Vamos.

Y los dos reemprendieron su camera. Como había previsto D'Artagnan, Athos no estaba en su casa; tomó la llave, que tenían la costumbre de darle como a un

amigo de la casa, subió la escalera a introdujo a la señora Bonacieux en la pequeña habitación cuya descripción ya hemos hecho.

-Estáis en vuestra casa -dijo él-, tened cuidado, cerrad las ventanas por dentro y no abráis a nadie, a menos que oigáis dar tres golpes así, mirad -y golpeó tres veces: dos golpes cercanos uno al otro y bastante fuerte, y un golpe más distante y más ligero.

-Está bien -dijo la señora Bonacieux-; ahora me toca a mí daros mis instrucciones.

-Escucho.

-Presentaros en el portillo del Louvre por el lado de la calle de l'Echelle y preguntad por Germain.

-Está bien. ¿Y después?

-Os preguntará qué queréis, y entonces vos le responderéis con estas dos palabras: Tours y Bruxelles. Al punto se pondrá a vuestras órdenes.

-¿Y qué le ordenaré yo?

-Ir a buscar al señor de La Porte, el ayuda de cámara de la reina.

-¿Y cuando haya ido a buscarle y el señor de La Porte haya venido?

-Me lo enviaréis.

-Está bien, pero ¿cómo os volveré a ver?

-¿Os importa mucho volverme a ver?

-Por supuesto.

-Pues bien, dejadme a mí ese cuidado, y estad tranquilo.

-Cuento con vuestra palabra.

-Contad con ella.

D'Artagnan saludó a la señora Bonacieux lanzándole la mirada más amorosa que le fue posible concentrar sobre su encantadora personita, y, mientras bajaba la escalera, oyó la puerta cerrarse tras él con doble vuelta de llave. En dos saltos estuvo en el Louvre; cuando entraba en el postigo de l'Echelle sonaban las diez. Todos los acontecimientos que acabamos de contar habían sucedido en media hora.

Todo se cumplió como lo había anunciado la señora Bonacieux. A la consigna convenida, Germain se inclinó; diez minutos después, La Porte estaba en la portería; en dos palabras, D'Artagnan le puso al corriente y le indicó dónde estaba la señora Bonacieux. La Porte se aseguró por dos veces la exactitud de las señas, y partió corriendo. Sin embargo, apenas hubo dado diez pasos cuando volvió.

-Joven -le dijo a D'Artagnan-, un consejo.

-¿Cuál?

-Podrías ser molestado por lo que acaba de pasar.

-¿Lo creéis?

-Sí.

-¿Tenéis algún amigo cuya péndola se retrase?

-¿Para...?

-Id a verle para que pueda testimoniar que estabais en su casa a las nueve y media. En justicia, esto se llama una coartada.

D'Artagnan encontró prudente el consejo; puso pies en polvorosa, llegó a casa del señor de Tréville; pero en lugar de pasar al salón con todo el mundo, pidió entrar en el gabinete. Como D'Artagnan era uno de los habituales del palacio, no hubo ninguna dificultad para acceder a su demanda; y fueron a avisar al señor de Tréville que su joven compatriota, teniendo algo importante que decide, solicitaba una audiencia particular. Cinco minutos después, el señor de Tréville preguntaba a D'Artagnan qué podía hacer por él y cuál era el motivo de su visita a una hora tan avanzada.

-¡Perdón, señor! -dijo D'Artagnan, que había aprovechado el momento en que se había quedado solo para retrasar el reloj tres cuartos de hora-. He pensado que como no eran más que las nueve y veinticinco minutos, aún había tiempo para presentarme en vuestra casa.

-¡Las nueve y veinticinco minutos! -exclamó el señor de Tréville mirando su péndola-. ¡Pero es imposible!

-Ya lo veis, señor -dijo D'Artagnan-, eso lo testimonia.

-Es exacto -dijo el señor de Tréville-, habría creído que era más tarde. Pero veamos, ¿qué queréis?

Entonces D'Artagnan le hizo al señor de Tréville una larga historia sobre la reina. Le expuso los temores que había concebido respecto a Su Majestad; le contó que había oído decir los proyectos del cardenal respecto a Buckingham, y todo ello con una tranquilidad y un aplomo del que el señor de Tréville fue tanto mejor la víctima cuanto que, como ya hemos dicho, él mismo había notado algo nuevo entre el cardenal, el rey y la reina.

Al sonar las diez, D'Artagnan abandonó al señor de Tréville, que le agradeció sus informes, le recomendó tener siempre en el corazón el servicio del rey y de la reina, y se volvió al salón. Pero al pie de la escalera, D'Artagnan se acordó de que había olvidado su bastón; por lo tanto subió precipitadamente, volvió a entrar en el gabinete, con una vuelta de dedo puso de nuevo el péndulo en su hora para que no se pudiese percibir al día siguiente que había sido movido, y seguro desde entonces de que tenía un testigo para probar su coartada, bajó la escalera y pronto se encontró en la calle.



Capítulo XI

La intriga se anuda

Una vez hecha la visita al señor de Tréville, D'Artagnan tomó, todo pensativo, el camino más largo para regresar a su casa.

¿En qué pensaba D'Artagnan, que se apartaba así de su ruta, mirando las estrellas del cielo, tan pronto suspirando como sonriendo?

Pensaba en la señora Bonacieux. Para un aprendiz de mosquetero, la joven era casi una idealidad amorosa. Bonita, misteriosa, iniciada en casi todos los secretos de la corte, que reflejaban tanta encantadora gravedad sobre sus trazos graciosos, era sospechosa de no ser insensible, lo cual es un atractivo irresistible para los amantes novicios; además, D'Artagnan la había liberado de manos de aquellos demonios que querían registrarla y maltratarla, y este importante servicio había establecido entre ella y él uno de esos sentimientos de gratitud que fácilmente adoptan un carácter más tierno.

D'Artagnan se veía ya, ¡tan deprisa caminan los sueños en alas de la imaginación!, abordado por un mensajero de la joven que le daba algún billete de cita, una cadena de oro o un diamante. Ya hemos dicho que los jóvenes caballeros recibían sin vergüenza de su rey: añadamos que, en aquel tiempo de moral fácil, no tenían tampoco vergüenza con sus amantes, ni de que éstas les dejaran casi siempre preciosos y duraderos recuerdos, como si ellas hubieran tratado de conquistar la fragilidad de sus sentimientos con la solidez de sus dones.

Se hacía entonces carrera por medio de las mujeres, sin ruborizarse. Las que no eran más que bellas, daban su belleza, y de ahí viene sin duda el proverbio según el cual la joven más bella del mundo no puede dar más que lo que tiene. Las que eran ricas daban además una parte de su dinero, y se podría citar un buen número de héroes de esa galante época que no hubieran ganado ni sus espuelas

primero, ni sus batallas luego, sin la bolsa más o menos provista que su amante ataba al arzón de su silla.

D'Artagnan no poseía nada: la indecisión del provinciano, barniz ligero, flor efímera, vello de melocotón, se había evaporado al viento de los consejos poco ortodoxos que los tres mosqueteros daban a su amigo. D'Artagnan, siguiendo la extraña costumbre de la época, miraba a Paris como en campaña, y esto ni más ni menos que en Flandes: el español allá lejos, la mujer aquí. Por todas partes había un enemigo que combatir contribuciones que alcanzar.

Pero, digámoslo, por ahora D'Artagnan estaba movido por un sentimiento más noble y más desinteresado. El mercero le había dicho que era rico: el joven había podido adivinar que, con un necio como lo era el señor Bonacieux, debía ser la mujer quien tenía la llave de la bolsa. Pero todo esto no había influido para nada en el sentimiento producido por la visita de la señora Bonacieux, y el interés había permanecido casi extraño a este comienzo de amor que había sido la continuación. Decimos casi, porque la idea de que una mujer joven, bella, graciosa, espiritual, es rica al mismo tiempo, nada quita a ese comienzo de amor, todo lo contrario, lo corrobora.

Hay en la holgura una multitud de cuidados y de caprichos aristocráticos que le van bien a la belleza. Unas medias finas y blancas, un vestido de seda, un bordado de encaje, una bonita zapatilla en el pie, una cinta nueva en la cabeza, no hacen bonita a una mujer fea, pero hacen bella a una mujer bonita, sin contar que las manos ganan con todo esto; las manos, sobre todo en las mujeres, necesitan permanecer ociosas para permanecer bellas.

Además D'Artagnan, como sabe muy bien el lector, a quien no hemos ocultado el estado de su fortuna, D'Artagnan no era millonario; esperaba serlo algún día, pero el tiempo que él mismo se fijaba para ese feliz cambio estaba bastante lejos. Mientras tanto, ¡qué desesperación ver a una mujer que se ama desear esas mil naderías con que las mujeres hacen su dicha, y no poder darle esas mil naderías! Al menos, cuando la mujer es rica y el amante no lo es, lo que no puede

ofrecerle, ella misma se lo ofrece; y aunque por regla general ella se consiga tal disfrute con el dinero del marido, raro es que sea él a quien dé las gracias.

Además D'Artagnan, dispuesto a ser el amante más tierno, era mientras tanto un amigo abnegado. En medio de sus proyectos amorosos sobre la mujer del mercero, no olvidaba a los suyos. La bonita señora Bonacieux era mujer para pasear por el llano de Saint-Denis o entre el tumulto de Saint-Germain, en compañía de Athos, de Porthos y Aramis, a los cuales D'Artagnan estaría orgulloso de mostrar una conquista semejante. Luego, cuando se ha caminado mucho tiempo, llega el hambre: D'Artagnan tras algún tiempo había notado esto. Harían breves comidas encantadoras en las que se toca por un lado la mano de un amigo, y por el otro el pie de una amante. En fin, en los momentos de apuros, en las situaciones extremas, D'Artagnan sería el salvador de sus amigos.

¿Y el señor Bonacieux, a quien D'Artagnan había empujado a las manos de los esbirros renegándole en alta voz y a quien había prometido en voz baja salvarle? Debemos confesar a nuestros lectores que D'Artagnan no pensaba en él ni por un momento, o que, si pensaba, era para decirse que estaba bien donde estaba, fuera en la parte que fuera. El amor es la más egoísta de todas las pasiones.

Sin embargo, que nuestros lectores se tranquilicen: si D'Artagnan olvida a su hospedero o hace ademán de olvidarlo so pretexto de que no sabe adónde ha sido conducido, nosotros no lo olvidamos, y nosotros sabemos dónde está. Pero por ahora, hagamos como el gascón enamorado. En cuanto al digno mercero, volveremos a él más tarde.

D'Artagnan, mientras reflexionaba en sus futuros amores, mientras hablaba a la noche, mientras sonreía a las estrellas, remontaba la calle du Cherche-Midi o Chasse-Midi, como se llamaba entonces. Como se encontraba en el barrio de Aramis, le había venido la idea de ir a visitar a su amigo, para darle algunas explicaciones sobre los motivos que le habían hecho enviar a Planchet con la invitación de presentarse inmediatamente en la ratonera. Ahora bien, si Aramis se hubiera encontrado en su casa cuando Planchet había ido a ella, habría corrido

indudablemente a la calle des Fossoyeurs, y al no encontrar quizá a nadie más que a sus dos compañeros, ni unos ni otros habían sabido lo que aquello quería decir. Esa molestia merecía, pues, una explicación; he ahí lo que se decía en voz alta D'Artagnan.

Además, por lo bajo, pensaba que aquella era para él una ocasión de hablar de la bonita señora Bonacieux, de la que su espíritu, si no su corazón, estaba ya totalmente lleno. A propósito de un primer amor no es necesario pedir discreción. Este primer amor va acompañado de una alegría tan grande que es preciso que esa alegría desborde; sin eso, os ahogaría.

Desde hacía dos horas París estaba sombrío y comenzaba a quedarse desierto. Las once sonaban en todos los relojes del barrio de Saint-Germain, hacía una temperatura suave. D'Artagnan seguía una calleja situada sobre el emplazamiento por el que hoy pasa la calle d Assas, respirando las emanaciones embalsamadas que venían con el viento de la calle de Vaugirard y que enviaban los jardines refrescados por el rocío del atardecer y por la brisa de la noche. A lo lejos resonaban, amortiguados no obstante por buenos postigos, los cantos de los bebedores en algunas tabernas perdidas en el llano. Llegado al cabo de la callejuela, D'Artagnan torció a la izquierda. La casa que habitaba Aramis se hallaba situada entre la calle Cassete y la calle Servandoni;

D'Artagnan acababa de dejar atrás la calle Cassete y reconocía ya la puerta de la casa de su amigo, enterrada bajo un macizo de sicomoros y de clemátides que formaban un vasto anillo por encima de ella, cuando percibió algo como una sombra que salía de la calle Servandoni. Ese algo estaba envuelto en una capa, y D'Artagnan creyó al principio que era un hombre; pero por la pequeñez de la talla, por la incertidumbre de los andares, por el embarazo del paso, pronto reconoció a una mujer. Es más, aquella mujer, como si no hubiera estado bien segura de la casa que buscaba, alzaba los ojos para orientarse, se detenía, volvía atrás, luego volvía de nuevo. D'Artagnan quedó intrigado.

«¡Y si fuera a ofrecerle mis servicios! -pensó-. Por su aspecto se ve que es joven; quizá sea hermosa. ¡Oh! Sí. Pero una mujer que corre las calles a esta hora

no sale más que para reunirse con su amante. ¡Maldita sea! Si fuera a perturbar la cita, sería un mal comienzo para entrar en relaciones.»

Sin embargo, la joven seguía avanzando, contando las casas y las ventanas. No era, por lo demás, cosa larga ni difícil. No había más que tres palacetes en aquella parte de la calle, y dos ventanas con vistas sobre aquella calle: la una era de un pabellón paralelo al que ocupaba Aramis, la otra era la del propio Aramis.

-¡Pardiez! -se dijo D'Artagnan, a quien la nieta del teólogo venía a las mientes-. ¡Pardiez! Estaría bueno que esa paloma rezagada buscara la casa de nuestro amigo. Pero, por vida mía, eso sería demasiado. ¡Ah, mi querido Aramis, por esta vez, quiero tener el corazón limpio!

Y D'Artagnan, haciéndose lo más delgado que pudo, se puso a cubierto en el lado más oscuro de la calle, junto a un banco de piedra situado en el fondo de un nicho.

La joven continuó avanzando, porque además de la ligereza de su paso, que le había traicionado, acababa de hacer oír una breve tos que denunciaba una voz de las más frescas. D'Artagnan pensó que aquella tos era una señal.

Sin embargo, bien porque se hubiera respondido a aquella tos mediante un signo equivalente que había fijado las irresoluciones de la nocturna buscadora, bien porque sin ayuda extraña hubiera reconocido que había llegado al fin de su camino, se acercó resueltamente al postigo de Aramis y llamó con tres intervalos iguales con su dedo encorvado.

-¡Vaya con Aramis! -murmuró D'Artagnan-. ¡Ah, señor hipócrita, os he cogido haciendo teología!

Apenas fueron dados los tres golpes cuando la ventana interior se abrió y una luz apareció a través de los vidrios del postigo.

-¡Ah, ah! -hizo el indiscreto no de las puertas, sino de las ventanas-. ¡Vaya!, esperaban la visita. Veamos, el postigo va a abrirse y la dama entrará escalando. ¡Muy bien!

Pero, para gran asombro de D'Artagnan, el postigo permaneció cerrado. Además, la luz que había resplandecido un instante desapareció y todo volvió a la oscuridad.

D'Artagnan pensó que aquello no podía durar así, y continuó mirando con todos sus ojos y escuchando con todas sus orejas.

Tenía razón: al cabo de unos segundos, dos golpes secos resonaron en el interior.

La joven de la calle respondió con un solo golpe seco, y el postigo se entreabrió.

Júzguese si D'Artagnan miraba y escuchaba con avidez.

Desgraciadamente, la luz había sido llevada a otra habitación. Pero los ojos del joven se habían habituado a la noche. Por otra parte, los ojos de los gascones tienen, como los de los gatos, según se asegura, la propiedad de ver durante la noche.

D'Artagnan vio, pues, que la joven sacaba de su bolso un objeto blanco que desplegó con viveza y que tomó la forma de un pañuelo. Desplegado aquel objeto, hizo notar una esquina a su interlocutor.

Esto recordó a D'Artagnan aquel pañuelo que había encontrado a los pies de la señora Bonacieux, que le había recordado el que había encontrado a los pies de Aramis.

¿Qué diablos podía, pues, significar aquel pañuelo?

Situado donde estaba, D'Artagnan no podía ver el rostro de Aramis, y decimos de Aramis porque el joven no tenía ninguna duda de que era su amigo quien dialogaba desde el interior con la dama del exterior; la curiosidad pudo en él más que la prudencia y aprovechando la preocupación en que la vista del pañuelo parecía sumir a los dos personajes que hemos puesto en escena, salió de su escondite, y raudo como una centella, pero ahogando el ruido de sus pasos, fue a pegarse a una esquina del muro, desde el que su mirada podía hundirse perfectamente en el interior de la habitación de Aramis.

Llegado allí, D'Artagnan pensó lanzar un grito de sorpresa: no era Aramis quien hablaba con la visitante nocturna, era una mujer. Sólo que D'Artagnan veía bastante para reconocer la forma de sus vestidos, pero no para distinguir sus rasgos.

En el mismo instante, la mujer de la habitación sacó un segundo pañuelo de su bolsillo y lo cambió por aquel que acababan de mostrarle. Luego entre las dos mujeres fueron pronunciadas algunas palabras. Por fin el postigo se cerró. La mujer que se hallaba en el exterior de la ventana se volvió y vino a pasar a cuatro pasos de D'Artagnan bajando la toca de su manto; pero la precaución había sido tomada demasiado tarde y D'Artagnan había reconocido a la señora Bonacieux.

¡La señora Bonacieux! La sospecha de que era ella le había cruzado por el espíritu cuando había sacado el pañuelo de su bolso; pero ¿por qué motivo la señora Bonacieux, que había enviado a buscar al señor de La Porte para hacerse llevar por él al Louvre, corría las calles de París sola a las once y media de la noche, con riesgo de hacerse raptar por segunda vez?

Era preciso, por tanto, que fuera por un asunto muy importante. ¿Y qué asunto hay importante para una mujer de veinticinco años? El amor.

Pero ¿era por su cuenta o por cuenta de otra persona por lo que se exponía a semejantes azares? Esto era lo que se preguntaba a sí mismo el joven, a quien el demonio de los celos mordía en el corazón ni más ni menos que a un amante titulado.

Había por otra parte un medio muy simple de asegurarse adónde iba la señora Bonacieux: era seguirla. Este medio era tan simple que D'Artagnan lo empleó naturalmente y por instinto.

Pero a la vista del joven que se separaba del muro como una estatua de su nicho, y al ruido de los pasos que oyó resonar tras ella, la señora Bonacieux lanzó un pequeño grito y huyó.

D'Artagnan corrió tras ella. No era una cosa difícil para él alcanzar a una mujer embarazada por su manto. La alcanzó, pues, un tercio más allá de la calle en que se había adentrado. La desgraciada estaba agotada, no de fatiga sino de terror,

y cuando D'Artagnan le puso la mano sobre el hombro, ella cayó sobre una rodilla gritando con voz estrangulada:

-Matadme si queréis, pero no sabréis nada.

D'Artagnan la alzó pasándole el brazo en torno al talle; pero como sintió por su peso que estaba a punto de desvanecerse, se apresuró a tranquilizarla con protestas de afecto. Tales protestas no significaban nada para la señora Bonacieux, porque semejantes protestas pueden hacerse con las peores intenciones del mundo; pero la voz era todo. La joven creyó reconocer el sonido de aquella voz; volvió a abrir los ojos, lanzó una mirada sobre el hombre que le había causado tan gran miedo y, al reconocer a D'Artagnan, lanzó un grito de alegría.

-¡Oh, sois vos! ¡Sois vos! -dijo-. ¡Gracias, Dios mío!

-Sí, soy yo -dijo D'Artagnan-, yo, a quien Dios ha enviado para velar por vos.

-¿Era con esa intención con la que me seguáis? -preguntó con una sonrisa llena de coquetería la joven cuyo carácter algo burlón la dominaba, y en la que todo temor había desaparecido desde el momento mismo en que había reconocido un amigo en aquel a quien había tomado por un enemigo.

-No -dijo D'Artagnan-, no, lo confieso, es el azar el que me ha puesto en vuestra ruta; he visto una mujer llamar a la ventana de uno de mis amigos...

-¿De uno de vuestros amigos? -interrumpió la señora Bonacieux. -Sin duda; Aramis es uno de mis mejores amigos.

-¡Aramis! ¿Quién es ése?

- Vamos! ¿Vais a decirme que no conocéis a Aramis?

- Es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre.

-Entonces, ¿es la primera vez que vais a esa casa?

-Claro.

-¿Y no sabíais que estuviese habitada por un joven?

-No.

-¿Por un mosquetero?

-De ninguna manera.

-¿No es, pues, a él a quien veníais a buscar?

-De ningún modo. Además, ya lo habéis visto, la persona con quien he hablado es una mujer.

-Es cierto; pero esa mujer es de las amigas de Aramis.

-Yo no sé nada de eso.

-Se aloja en su casa.

-Eso no me atañe.

-Pero ¿quién es ella?

-¡Oh! Ese no es secreto mío.

-Querida señora Bonacieux, sois encantadora; pero al mismo tiempo sois la mujer más misteriosa...

-¿Es que pierdo con eso?

-No, al contrario, sois adorable.

-Entonces, dadme el brazo.

-De buena gana. ¿Y ahora?

-Ahora conducidme.

-¿Adónde?

-Adónde voy.

-Pero ¿adónde vais?

-Ya lo veréis, puesto que me dejaréis en la puerta.

-¿Habrá que esperaros.

-Será inútil.

-Entonces, ¿volveréis sola?

-Quizá sí, quizá no.

-Y la persona que os acompañará luego, ¿será un hombre, será una mujer?

-No sé nada todavía.

-Yo sí, yo sí lo sabré.

-¿Y cómo?

-Os esperaré para veros salir.

-En ese caso, ¡adiós!

-¿Cómo?

-No tengo necesidad de vos.

-Pero habíais reclamado...

-La ayuda de un gentilhombre, y no la vigilancia de un espía.

-La palabra es un poco dura.

-¿Cómo se llama a los que siguen a las personas a pesar suyo?

-Indiscretos.

-La palabra es demasiado suave.

-Vamos, señora, me doy cuenta de que hay que hacer todo lo que vos queráis.

-¿Por qué privaros del mérito de hacerlo en seguida?

-¿No hay alguno que se ha arrepentido de ello?

-Y vos, ¿os arrepentís en realidad?

-Yo no sé nada de mí mismo. Pero lo que sé es que os prometo hacer todo lo que queráis si me dejáis acompañaros hasta donde vayáis.

Y me dejaréis después?

-Sí.

-¿Sin espiarme a mi salida?

-No.

-¿Palabra de honor?

-¡A fe de gentilhombre!

-Tomad entonces mi brazo y caminemos.

D'Artagnan ofreció su brazo a la señora Bonacieux, que se cogió de él, mitad riendo, mitad temblando, y los dos juntos ganaron lo alto de la calle La Harpe. Llegada allí la joven pareció dudar, como ya había hecho en la calle Vaugirard. Sin embargo, por ciertos signos, pareció reconocer una puerta; y se acercó a ella.

-Y ahora, señor -dijo-, aquí es donde tengo que venir; mil gracias por vuestra honorable compañía, que me ha salvado de todos los peligros a que habría estado expuesta. Pero ha llegado el momento de cumplir vuestra palabra: yo he llegado a mi destino.

-¿Y no tendréis nada que temer a la vuelta?

-No tendré que temer más que a los ladrones.

-¿Y eso no es nada?

-¿Qué podrían robarme? No tengo un denario encima.

-Olvidáis ese bello pañuelo bordado, blasonado.

-¿Cuál?

-El que encontré a vuestros pies y que metí en vuestro bolsillo.

-¡Callaos, callaos, desgraciado! -exclamó la joven-. ¿Queréis perderme?

-Ya veis que todavía hay peligro para vos, puesto que una sola palabra os hace temblar y confesáis que si oyesen esa palabra estaríais perdida. ¡Ah, señora -exclamó D'Artagnan cogiéndole la mano y cubriéndola con una ardiente mirada-, sed más generosa, confiad en mí! No habéis leído todavía en mis ojos que no hay más que afecto y simpatía en mi corazón.

-Claro que sí -respondió la señora Bonacieux- y si me pedís mis secretos, os los diré; pero los de los demás, es otra cosa.

-Está bien -dijo D'Artagnan-, yo los descubriré; puesto que tales secretos pueden tener influencia sobre vuestra vida, es preciso que esos secretos se conviertan en los míos.

-Guardaos de ello -exclamó la joven con una serenidad que hizo temblar a D'Artagnan a su pesar-. ¡No os mezcléis en nada de lo que me atañe, no tratéis de ayudarme en lo que hago! Y esto os lo pido en nombre del interés que os inspiro, en nombre del servicio que me habéis hecho, y que no olvidaré en mi vida. Creed ante todo en lo que os digo. No os ocupéis más de mí, no existo más para vos, que sea como si no me hubierais visto jamás.

-¿Aramis debe hacer lo mismo que yo, señora? -dijo D'Artagnan picado.

-Es ya la segunda o tercera vez que pronunciáis ese nombre, señor, y sin embargo os he dicho que no lo conocía.

-¿No conocéis al hombre a cuyo postigo vais a llamar? Vamos, señora, ¿no me creéis demasiado crédulo?

-Confesad que habéis inventado esa historia para hacerme hablar, y que vos mismo habéis creado ese personaje.

-Yo no he inventado nada, señora, no creo nada, digo la exacta verdad.

-¿Y decís que uno de vuestros amigos vive en esa casa?

-Lo digo y lo repito por tercera vez, en esa casa es donde vive mi amigo, y ese amigo es Aramis.

-Todo esto se aclarará más tarde -murmuró la joven-; ahora, señor, callaos.

-Si pudierais ver mi corazón completamente al descubierto -dijo D'Artagnan-, leeríais en él tanta curiosidad que tendríais piedad de mí, y tanto amor que al instante satisfaceríais incluso mi curiosidad. No tenéis nada que temer de quienes os aman.

-Habláis muy deprisa de amor, señor -dijo la mujer moviendo la cabeza.

-Es que el amor me ha venido deprisa y por primera vez, y aún no tengo veinte años.

La joven lo miró a hurtadillas

-Escuchad, estoy tras su rastro-dijo D'Artagnan- Hace tres meses estuve a punto de tener un duelo con Aramis por un pañuelo semejante al que habéis mostrado a aquella mujer que estaba en su casa, por un pañuelo marcado de la misma manera, estoy seguro.

-Señor -dijo la joven-, me cansáis, os lo juro, con esas preguntas.

-Pero vos, señora, tan prudente pensad en ello; si fuerais arrestada con ese pañuelo, y si ese pañuelo fuera cogido, ¿no os comprometeríais?

-¿Y por qué? ¿Las iniciales no son las mías: C. B., Costance Bonacieux?

-O Camille de Bois-Tracy.

-Silencio, señor, una vez más, ¡silencio! ¡Ah! Puesto que los peligros que corro no os detienen, pensad en los que podéis correr vos.

-¿Yo?

-Sí, vos. Corréis peligro en la cárcel, corréis peligro de muerte por el hecho de conocerme.

-Entonces no os dejo.

-Señor -dijo la joven suplicando y juntando las manos-, señor, en el nombre del cielo, en el nombre del honor de un militar, en el nombre de la cortesía de un gentilhombre, alejaos; ved, suenan las doce, es la hora en que me esperan.

-Señora -dijo el joven inclinándose-, no sé negar nada a quien me lo pide así; contentaos, ya me alejo.

-Pero ¿no me seguiréis, no me espiaréis?

-Regreso a mi casa ahora mismo.

-¡Ah, ya sabía yo que erais un buen joven! -exclamó la señora Bonacieux tendiéndole una mano y poniendo la otra en la aldaba de una pequeña puerta casi perdida en el muro.

D'Artagnan tomó la mano que se le tendía y la besó ardientemente.

-¡Ay, preferiría no haberos visto jamás! -exclamó D'Artagnan con aquella brutalidad ingenua que las mujeres prefieren con frecuencia a las afectaciones de la cortesía, porque descubre el fondo del pensamiento y prueba que el sentimiento domina sobre la razón.

-¡Pues bien! -prosiguió la señora Bonacieux con una voz casi acariciadora y estrechando la mano de D'Artagnan, que no había abandonado la suya-. ¡Pues bien! Yo no diré tanto como vos: lo que está perdido para hoy no está perdido para el futuro. ¿Quién sabe si cuando yo esté libre un día no satisfaré vuestra curiosidad?

-¿Y hacéis la misma promesa a mi amor? -exclamó D'Artagnan en el colmo de la alegría.

-¡Oh! Por ese lado, no quiero comprometerme, eso dependerá de los sentimientos que vos sepáis inspirarme.

-Así, hoy, señora...

-Hoy, señor, no estoy segura más que del agradecimiento.

-¡Ah! Sois muy encantadora -dijo D'Artagnan con tristeza-, y abusáis de mi amor.

-No, yo use de vuestra generosidad, eso es todo. Pero, creedlo, con ciertas personas todo se recobra.

-¡Oh, me hacéis el más feliz de los hombres! No olvidéis esta noche, no olvidéis esta promesa.

-Estad tranquilo, en tiempo y lugar me acordaré de todo. ¡Y bien, partid pues, partid, en nombre del cielo! Me esperaban a las doce en punto, y voy retrasada.

-Cinco minutos.

-Sí; pero en ciertas circunstancias cinco minutos son cinco siglos.

-Cuando se ama.

-¿Y quién os dice que no tengo un asunto amoroso?

-¿Es un hombre el que os espera? -exclamó D'Artagnan-. ¡Un hombre!

-Vamos, que la discusión vuelve a empezar -dijo la señora Bonacieux con media sonrisa que no estaba exenta de cierto tinte de impaciencia.

-No, no, me voy; creo en vos, quiero tener todo el mérito de mi afecto, aunque ese afecto sea una estupidez. ¡Adiós, señora, adiós!

Y como si no se sintiera con fuerza para separarse de la mano que sostenía más que mediante una sacudida, se alejó corriendo, mientras la señora Bonacieux llamaba, como en el postigo, con tres golpes lentos y regulares; luego, llegado al ángulo de la calle, él se volvió: la puerta se había abierto y vuelto a cerrar, la bonita mercera había desaparecido.

D'Artagnan prosiguió su camino, había dado su palabra de no espiar a la señora Bonacieux, y aunque la vida de ella dependiera del lugar adonde había ido a reunirse, o de la persona que debía acompañarla, D'Artagnan habría vuelto a su casa, puesto que había dicho que volvía. Cinco minutos después estaba en la calle des Fossoyeurs.

-Pobre Athos -decía-, no sabrá lo que esto quiere decir. Se habrá dormido mientras me esperaba, o habrá regresado a su casa, y al volver se habrá enterado de que había ido allí una mujer. ¡Una mujer en casa de Athos! Después de todo -continuó D'Artagnan-, también había una en casa de Aramis. Todo esto es muy extraño y me intriga mucho saber cómo va a terminar.

-Mal, señor, mal -respondió una voz que el joven reconoció como la de Planchet; porque monologando en voz alta, a la manera de las personas muy

preocupadas, se había adentrado por el camino al fondo del cual estaba la escalera que conducía a su habitación.

-¿Cómo mal? ¿Qué quieres decir, imbécil? -preguntó D'Artagnan-. ¿Qué ha pasado?

-Toda clase de desgracias.

-¿Cuáles?

-En primer lugar, el señor Athos está arrestado.

-¡Arrestado! ¡Athos! ¡Arrestado! ¿Por qué?

-Lo encontraron en vuestra casa; lo tomaron por vos.

-¿Y quién lo ha arrestado?

-La guardia que fueron a buscar los hombres negros que vos pusisteis en fuga.

-¡Por qué no ha dicho su nombre! ¿Por qué no ha dicho que no tenía nada que ver con este asunto?

-Se ha guardado mucho de hacerlo, señor; al contrario, se ha acercado a mí y me ha dicho: «Es tu amo el que necesita su libertad en este momento, y no yo, porque él sabe todo y yo no sé nada. Le creerán arrestado, y esto le dará tiempo; dentro de tres días diré quién soy, y entonces tendrán que dejarme salir.»

-¡Bravo, Athos! Noble corazón -murmuró D'Artagnan-, en eso le reconozco. ¿Y qué han hecho los esbirros?

-Cuatro se lo han llevado no sé adónde, a la Bastilla o al Fort-l'Evêque; dos se han quedado con los hombres negros, que han registrado por todas partes y que han cogido todos los papeles. Por fin, los dos últimos, durante esta comisión, montaban guardia en la puerta; luego, cuando todo ha acabado, se han marchado dejando la casa vacía y completamente abierta.

-¿Y Porthos y Aramis?

-Yo no los encontré, no han venido.

-Pero pueden venir de un momento a otro, porque tú les dejaste el recado de que los esperaba.

-Sí, señor.

-Bueno, no te muevas de aquí; si vienen, avísales de lo que me ha pasado, que me esperen en la taberna de la Pomme du Pin; aquí habría peligro, la casa puede ser espiada. Corro a casa del señor de Tréville para anunciarle todo esto, y me reúno con ellos.

-Está bien, señor -dijo Planchet.

-Pero tú te quedas, tú no tengas miedo -dijo D'Artagnan volviendo sobre sus pasos para recomendar valor a su lacayo.

-Estad tranquilo, señor -dijo Planchet-; no me conocéis todavía: soy valiente cuando me pongo a ello; la cosa consiste en ponerme; además, soy picardo.

-Entonces, de acuerdo -dijo D'Artagnan-; te haces matar antes que abandonar tu puesto.

-Sí, señor, y no hay nada que no haga para probar al señor que le soy adicto.

-Bueno -se dijo a sí mismo D'Artagnan-, parece que el método que empleé con este muchacho es decididamente bueno; lo usaré en su momento.

Y con toda la rapidez de sus piernas, algo fatigadas ya sin embargo por las carreras de la jornada, D'Artagnan se dirigió hacia la calle du Vieux-Colombier.

El señor de Tréville no estaba en su palacio; su compañía se hallaba de guardia en el Louvre; él estaba en el Louvre con su compañía.

Había que llegar hasta el señor de Tréville; era importante que fuera prevenido de lo que pasaba. D'Artagnan decidió entrar en el Louvre. Su traje de guardia de la compañía del señor Des Essarts debía servirle de pasaporte.

Descendió, pues, la calle des Petits-Augustins y subió el muelle para tomar el Pont-Neuf. Por un instante tuvo la idea de pasar en la barca, pero al llegar a la orilla del agua había introducido maquinalmente su mano en el bolsillo y se había dado cuenta de que no tenía con qué pagar al barquero.

Cuando llegaba a la altura de la calle Guénégaud, vio desembocar de la calle Dauphine un grupo compuesto por dos personas cuyo aspecto le sorprendió.

Las dos personas que componían el grupo eran: la una, un hombre; la otra, una mujer.

La mujer tenía el aspecto de la señora Bonacieux, y el hombre se parecía a Aramis hasta el punto de ser tomado por él.

Además, la mujer tenía aquella capa negra que D'Artagnan veía aún recortarse sobre el postigo de la calle de Vaugirard y sobre la puerta de la calle de La Harpe.

Además, el hombre llevaba el uniforme de los mosqueteros.

El capuchón de la mujer estaba vuelto, el hombre tenía su pañuelo sobre su rostro; los dos, esa doble precaución lo indicaba, los dos tenían, pues, interés en no ser reconocidos.

Ellos tomaron el puente; era el camino de D'Artagnan, puesto que D'Artagnan se dirigía al Louvre; D'Artagnan los siguió.

D'Artagnan no había dado veinte pasos cuando quedó convencido de que aquella mujer era la señora Bonacieux y de que aquel hombre era Aramis.

En el mismo instante sintió que todas las sospechas de los celos se agitaban en su corazón.

Era doblemente traicionado por su amigo y por aquella a la que amaba ya como a una amante. La señora Bonacieux le había jurado por todos los dioses que no conocía a Aramis, y un cuarto de hora después de que ella le hubiera hecho este juramento la volvía a encontrar del brazo de Aramis.

D'Artagnan no reflexionó que conocía a la bonita mercera desde hacía tres horas, que no le debía a él nada más que un poco de gratitud por haberla liberado de los hombres perversos que querían raptarla, y que ella no le había prometido nada. Se miró como un amante ultrajado, traicionado, escarnecido; la sangre y la cólera le subieron al rostro, resolvió aclararlo todo.

La joven mujer y el joven hombre se habían dado cuenta de que los seguían, y habían doblado el paso. D'Artagnan tomó carrera, los sobrepasó, luego volvió sobre ellos en el momento en que se encontraban ante la Samaritaine, alumbrada por un reverbero que proyectaba su claridad sobre toda aquella parte del puente.

D'Artagnan se detuvo ante ellos, y ellos se detuvieron ante él.

-¿Qué queréis, señor? -preguntó el mosquetero retrocediendo un paso y con un acento extranjero que probaba a D'Artagnan que se había equivocado en una parte de sus conjeturas.

-¡No es Aramis! -exclamó.

-No, señor, no soy Aramis, y por vuestra exclamación veo que me habéis tomado por otro, y os perdono.

-¡Vos me perdonáis! -exclamó D'Artagnan.

-Sí -respondió el desconocido -. Dejadme, pues, pasar, porque nada tenéis conmigo.

-Tenéis razón, señor -dijo D'Artagnan-, nada tengo con vos, sí con la señora.

-¡Con la señora! Vos no la conocéis -dijo el extranjero.

-Os equivocáis, señor, la conozco.

-¡Ah! -dijo la señora Bonacieux con un tono de reproche-. ¡Ah, señor! Tenía yo vuestra palabra de militar y vuestra fe de gentilhombre; esperaba contar con ellas.

-Y yo, señora -dijo D'Artagnan embarazado-. Me habíais prometido. . .

-Tomad mi brazo, señora -dijo el extranjero-, y continuemos nuestro camino.

Sin embargo, D'Artagnan, aturdido, aterrado, anonadado por todo lo que le pasaba, permanecía en pie y con los brazos cruzados ante el mosquetero y la señora Bonacieux.

El mosquetero dio dos pasos hacia adelante y apartó a D'Artagnan con la mano.

D'Artagnan dio un salto hacia atrás y sacó su espada.

Al mismo tiempo y con la rapidez de la centella, el desconocido sacó la suya.

-¡En nombre del cielo, milord! -exclamó la señora Bonacieux arrojándose entre los combatientes y tomando las espadas con sus manos.

-¡Milord! -exclamó D'Artagnan iluminado por una idea súbita-. ¡Milord! Perdón señor, es que vous sois...

-Milord el duque de Buckingham -dijo la señora Bonacieux a media voz-; y ahora podéis perdernos a todos.

-Milord, madame, perdón, cien veces perdón; pero yo la amaba, milord, y estaba celoso; vos sabéis lo que es amar, milord; perdonadme y decidme cómo puedo hacerme matar por vuestra gracia.

-Sois un joven valiente -dijo Buckingham tendiendo a D'Artagnan una mano que éste apretó respetuosamente-; me ofrecéis vuestros servicios, los acepto; seguidnos a veinte pasos hasta el Louvre. ¡Y si alguien nos espía, matadlo!

D'Artagnan puso su espada desnuda bajo su brazo, dejó adelantarse a la señora Bonacieux y al duque veinte pasos y los siguió, dispuesto a ejecutar a la letra las instrucciones del noble y elegante ministro de Carlos I.

Pero afortunadamente el joven secuaz no tuvo ninguna ocasión de dar al duque aquella prueba de su devoción; y la joven y el hermoso mosquetero entraron en el Louvre por el postigo de L'Echelle sin haber sido inquietados.

En cuanto a D'Artagnan, se volvió al punto a la taberna de la Pomme du Pin, donde encontró a Porthos y a Aramis que lo esperaban.

Pero sin darles otra explicación sobre la molestia que les había causado, les dijo que había terminado solo el asunto para el que por un instante había creído necesitar su intervención.

Y ahora, arrastrados como estamos por nuestro relato, dejemos a nuestros tres amigos volver cada uno a su casa, y sigamos por el laberinto del Louvre al duque de Buckingham y a su guía.



Capítulo XII

Georges Villiers, duque de Buckingham

La señora Bonacieux y el duque entraron en el Louvre sin dificultad; la señora Bonacieux era conocida por pertenecer a la reina; el duque llevaba el uniforme de los mosqueteros del señor de Tréville que, como hemos dicho, estaba de guardia aquella noche. Además, Germain era adicto a los intereses de la reina, y si algo pasaba, la señora Bonacieux sería acusada de haber introducido a su amante en el Louvre, eso es todo; cargaba con el crimen: su reputación estaba perdida, cierto, pero ¿qué valor tiene en el mundo la reputación de una simple mercera?

Un vez entrados en el interior del patio, el duque y la joven siguieron el pie de los muros durante un espacio de unos veinticinco pasos; recorrido ese espacio la señora Bonacieux empujó una pequeña puerta de servicio, abierta durante el día, pero cerrada generalmente por la noche; la puerta cedió; los dos entraron y se encontraron en la oscuridad, pero la señora Bonacieux conocía todas las vueltas y revueltas de aquella parte del Louvre, destinada a las personas de la servidumbre. Cerró las puertas tras ella, tomó al duque por la mano, dio algunos pasos a tientas, asió una barandilla, tocó con el pie un escalón y comenzó a subir la escalera; el duque contó dos pisos. Entonces ella torció a la derecha, siguió un largo corredor, volvió a bajar un piso, dio algunos pasos más todavía, introdujo una llave en una cerradura, abrió una puerta y empujó al duque en una habitación iluminada solamente por una lámpara de noche diciendo: «Quedad aquí, milord duque, vendrán». Luego salió por la misma puerta, que cerró con llave, de suerte que el duque se encontró literalmente prisionero.

Sin embargo, por más solo que se encontraba, hay que decirlo, el duque de Buckingham no experimentó por un instante siquiera temor; uno de los rasgos salientes de su carácter era la búsqueda de la aventura y el amor por lo novelesco. Valiente, osado, emprendedor, no era la primera vez que arriesgaba su vida en

semejantes tentativas; había sabido que aquel presunto mensaje de Ana de Austria, fiado en el cual había venido a París, era una trampa, y en lugar de regresar a Inglaterra, abusando de la posición en que se le había puesto, había declarado a la reina que no partiría sin haberla visto. La reina se había negado rotundamente al principio, luego había temido que el duque, exasperado, cometiese alguna locura. Ya estaba decidida a recibirlo y a suplicarle que partiese al punto cuando, la tarde misma de aquella decisión, la señora Bonacieux, que estaba encargada de ir a buscar al duque y conducirlo al Louvre, fue raptada. Durante dos días se ignoró completamente lo que había sido de ella, y todo quedó en suspenso. Pero una vez libre, una vez puesta de nuevo en contacto con La Porte, las cosas habían recuperado su curso, y ella acababa de realizar la peligrosa empresa que, sin su arresto, habría ejecutado tres días antes.

Buckingham, que se había quedado solo, se acercó a un espejo. Aquel vestido de mosquetero le iba de maravilla.

A los treinta y cinco años que entonces tenía, pasaba, y con razón, por el gentilhomme más hermoso y por el caballero más elegante de Francia y de Inglaterra.

Favorito de dos reyes, rico en millones, todopoderoso en el reino que agitaba según su fantasía y calmaba a su capricho, Georges Villiers, duque de Buckingham, había emprendido una de esas existencias fabulosas que quedan en el curso de los siglos como asombro para la posteridad.

Por eso, seguro de sí mismo, convencido de su poder, cierto de que las leyes que rigen a los demás hombres no podían alcanzarlo, iba derecho al fin que se había fijado, por más que ese fin fuera tan elevado y tan deslumbrante que para cualquier otro sólo mirarlo habría sido locura. Así es como había conseguido acercarse varias veces a la bella y orgullosa Ana de Austria y hacerse amar a fuerza de deslumbramiento.

Georges Villiers se situó, pues, ante un espejo, como hemos dicho, devolvió a su bella cabellera rubia las ondulaciones que el peso del sombrero le había hecho perder, se atusó su mostacho, y con el corazón todo henchido de alegría, feliz y

orgulloso de alcanzar el momento que durante tanto tiempo había deseado, se sonrió a sí mismo de orgullo y de esperanza.

En aquel momento, una puerta oculta en la tapicería se abrió y apareció una mujer. Buckingham vio aquella aparición en el cristal; lanzó un grito, ¡era la reina!

Ana de Austria tenía entonces veintiséis o veintisiete años, es decir, se encontraba en todo el esplendor de su belleza.

Su caminar era el de una reina o de una diosa; sus ojos, que despedían reflejos de esmeralda, eran perfectamente bellos, y al mismo tiempo llenos de dulzura y de majestad.

Su boca era pequeña y bermeja y aunque su labio inferior, como el de los príncipes de la Casa de Austria, sobresalía ligeramente del otro, era eminentemente graciosa en la sonrisa, pero también profundamente desdeñosa en el desprecio.

Su piel era citada por su suavidad y su aterciopelado, su mano y sus brazos eran de una belleza sorprendente y todos los poetas de la época los cantaban como incomparables.

Finalmente, sus cabellos, que de rubios que eran en su juventud se habían vuelto castaños, y que llevaba rizados, muy claros y con mucho polvo, enmarcaban admirablemente su rostro, en el que el censor más rígido no hubiera podido desear más que un poco menos de rouge, y el escultor más exigente sólo un poco más de finura en la nariz.

Buckingham permaneció un instante deslumbrado; jamás Ana de Austria le había parecido tan bella en medio de los bailes, de las fiestas, de los carruseles como le pareció en aquel momento, vestida con un simple vestido de satén blanco y acompañada de doña Estefanía, la única de sus mujeres españolas que no había sido expulsada por los celos del rey y por las persecuciones de Richelieu.

Ana de Austria dio dos pasos hacia adelante; Buckingham se precipitó a sus rodillas y, antes de que la reina hubiera podido impedirselo, besó los bajos de su vestido.

-Duque, ya sabéis que no he sido yo quien os ha hecho escribir.

-¡Oh! Sí, señora, sí, vuestra majestad -exclamó el duque-, sé que he sido un loco, un insensato por creer que la nieve se animaría, que el mármol se calentaría; mas, ¿qué queréis? Cuando se ama se cree fácilmente en el amor; además, no he perdido todo en este viaje, puesto que os veo.

-Sí -respondió Ana-, pero debéis saber por qué y cómo os veo, milord. Os veo por piedad hacia vos mismo; os veo porque, insensible a todas mis penas, os habéis obstinado en permanecer en una ciudad en la que, permaneciendo, corréis riesgo de la vida y me hacéis a mí correr el riesgo de mi honor; os veo para deciros que todo nos separa, las profundidades del mar, la enemistad de los reinos, la santidad de los juramentos. Es sacrilegio luchar contra tantas cosas, milord. Os veo, en fin para deciros que no tenemos que vernos más.

-Hablad, señora; hablad, reina -dijo Buckingham-; la dulzura de vuestra voz cubre la dureza de vuestras palabras. ¡Vos habláis de sacrilegio! Pero el sacrilegio está en la separación de corazones que Dios había formado el uno para el otro.

-Milord -exclamó la reina-, olvidáis que nunca os he dicho que os amaba.

-Pero jamás me habéis dicho que no me amarais; y, realmente, decirme semejantes palabras, sería por parte de vuestra majestad una ingratitud demasiado grande. Porque, decidme, ¿dónde encontraréis un amor semejante al mío, un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación pueden apagar, un amor que se contenta con una cinta extraviada, con una mirada perdida, con una palabra escapada? Hace tres años, señora, que os vi por primera vez, y desde hace tres años os amo así. ¿Queréis que os diga cómo estabais vestida la primera vez que os vi? ¿Queréis que detalle cada uno de los adornos de vuestro tocado? Mirad, aún lo veo; estabais sentada en un cojín cuadrado, a la moda de España; teníais un vestido de satén verde con brocados de oro y de plata; las mangas colgantes y anudadas sobre vuestros bellos brazos, sobre esos brazos admirables, con gruesos diamantes; teníais una gorguera cerrada, un pequeño bonete sobre vuestra cabeza del color de vuestro vestido, y sobre ese bonete una pluma de garza. ¡Oh! Mirad, mirad, cierro los ojos y os veo tal cual erais entonces; los abro y os veo cual sois ahora, es decir, ¡cien veces más bella aún!

-¡Qué locura! -murmuró Ana de Austria, que no tenía el valor de admitirle al duque haber conservado tan bien su retrato en su corazón-. ¡Qué locura alimentar una pasión inútil con semejantes recuerdos!

-¿Y con qué queréis entonces que yo viva? Yo no tengo más que recuerdos. Es mi felicidad, es mi tesoro, es mi esperanza. Cada vez que os veo, es un diamante más que guardo en el escriño de mi corazón. Este es el cuarto que vos dejáis caer y que yo recojo; porque en tres años, señora, no os he visto más que cuatro veces: esa primera de que acabo de hablaros, la segunda en casa de la señora de Chevreuse, la tercera en los jardines de Amiens.

-Duque -dijo la reina ruborizándose- no habléis de esa noche.

-¡Oh! Al contrario, hablemos, señora, hablemos de ella; es la noche feliz y resplandeciente de mi vida. ¿Os acordáis de la bella noche que hacía? ¡Cuán dulce y perfumado era el aire, cuán azul el cielo todo esmaltado de estrellas! ¡Ah! Aquella vez, señora, pude estar un instante a solas con vos; aquella vez vos estabais dispuesta a decirme todo: el aislamiento de vuestra vida, las penas de vuestro corazón. Vos estabais apoyada en mi brazo, mirad, en éste. Al inclinar mi cabeza a vuestro lado, yo sentía vuestros hermosos cabellos rozar mi rostro, y cada vez que me rozaban yo temblaba de la cabeza a los pies. ¡Oh, reina, reina! ¡Oh! No sabéis cuánta felicidad del cielo, cuánta alegría del paraíso hay encerradas en un momento semejante. Mirad, mis bienes, mi fortuna, mi gloria, ¡todos los días que me quedan por vivir a cambio de un momento semejante y de una noche parecida! Porque esa noche, señora, esa noche vos me amabais, os lo juro.

-Milord, es posible, sí, que la influencia del lugar, que el encanto de aquella hermosa noche, que la fascinación de vuestra mirada, que esas mil circunstancias, en fin, que se juntan a veces para perder a una mujer, se hayan agrupado en torno mío en aquella noche fatal; pero ya lo visteis, milord; la reina vino en ayuda de la mujer que flaqueaba: a la primera palabra que osasteis decir, a la primera osadía a la que tuve que responder, pedí ayuda.

-¡Oh! Sí, sí, eso es cierto, y cualquier otro amor distinto al mío habría sucumbido a esa prueba; pero mi amor, en mi caso, ha salido de ella ardiente y

más eterno. Creisteis huir de mí volviendo a París, creisteis que no osaría abandonar el tesoro que mi amo me había encargado vigilar. ¡Ah, qué me importan a mí todos los tesoros del mundo ni todos los reyes de la tierra! Ocho días después, yo estaba de regreso, señora. Y esa vez, nada tuvisteis que decirme: yo había arriesgado mi favor, mi vida, por veros un segundo, no toqué siquiera vuestra mano, y vos me perdonasteis al verme tan sometido y arrepentido.

-Sí, pero la calumnia se ha apoderado de todas esas locuras en las que yo no contaba para nada, y vos lo sabéis bien, milord. El rey, excitado por el señor cardenal, organizó un escándalo terrible: la señora de Vernet ha sido echada, Putange exiliado, la señora de Chevreuse ha caído en desgracia, y cuando vos quisisteis volver como embajador de Francia, recordad, milord, que el rey mismo se opuso.

-Sí, y Francia va a pagar con una guerra el rechazo de su rey. Yo no puedo veros, señora; pues bien, quiero que cada día oigáis hablar de mí. ¿Qué otro objetivo pensáis que han tenido esa expedición de Ré y esa liga con los protestantes de la Rochelle que proyecto? ¡El placer de veros!. No tengo la esperanza de penetrar a mano armada hasta Paris, lo sé de sobra; pero esta guerra podrá llevar a una paz, esa paz necesitará un negociador, ese negociador seré yo. Entonces no se atreverán a rechazarme, y volveré a Paris, y os veré, y seré feliz un instante. Cierto que miles de hombres habrán pagado mi dicha con su vida; pero ¿qué me importaría a mí, dado que os vuelvo a ver? Todo esto es quizá muy loco, quizá muy insensato; pero decidme, ¿qué mujer tiene un amante más enamorado? ¿Qué reina ha tenido un servidor más ardiente?

-Milord, milord, invocáis para vuestra defensa cosas que os acusan incluso; milord, todas esas pruebas de amor que queréis darme son casi crímenes.

-Porque vos no me amáis, señora; si me amaseis, todo esto lo veríais de otro modo; si me amaseis, ¡oh!, si vos me amaseis sería demasiada felicidad y me volvería loco. ¡Ah! La señora de Chevreuse, de la que hace un momento hablabais, la señora de Chevreuse ha sido menos cruel que vos; Holland la amó y ella respondió a su amor.

-La señora de Chevreuse no era reina -murmuró Ana de Austria, vencida a pesar suyo por la expresión de un amor tan profundo.

-¿Me amaríais entonces si no lo fuerais, señora, decid, me amaríais entonces? ¿Puedo, pues, creer que es la dignidad sola de vuestro rango la que os hace cruel para mí? ¿Puedo, pues, creer que si vos hubierais sido la señora de Chevreuse, el pobre Buckingham habría podido esperar? Gracias por esas dulces palabras, mi bella Majestad, cien veces gracias.

-¡Ah! Milord, habéis entendido mal, habéis interpretado mal; yo no he querido decir...

-¡Silencio! ¡Silencio! -dijo el duque-. Si yo soy feliz por un error, no tengáis la crueldad de quitármelo. Lo habéis dicho vos misma, se me ha atraído a una trampa, tal vez deje mi vida en ella porque, mirad, es extraño, pero desde hace algún tiempo tengo presentimientos de que voy a morir -y el duque sonrió con una sonrisa triste y encantadora a la vez.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Ana de Austria con un acento de terror que probaba que sentía por el duque un interés mayor del que quería confesar.

-No os digo esto para asustaros, señora, no; es incluso ridículo lo que os digo, y creedme que no me preocupo nada por semejantes sueños. Pero esa palabra que acabáis de decirme, esa esperanza que casi me habéis dado, lo habrá pagado todo, incluso mi vida.

-¡Y bien! -dijo Ana de Austria-. Yo también, duque, tengo presentimientos, también yo tengo sueños. He soñado que os veía tendido, sangrando, víctima de una herida.

-¿En el lado izquierdo, no es verdad, con un cuchillo? -interrumpió Buckingham.

-Sí, eso es, milord, eso es, en el lado izquierdo, con un cuchillo. ¿Quién ha podido decirnos que yo había tenido ese sueño? No lo he confiado más que a Dios, a incluso en mis plegarias.

-No quiero más, y vos me amáis, señora, está claro.

-¿Que yo os amo?

-Sí, vos. ¿Os enviaría Dios los mismos sueños que a mí si no me amaseis? ¿Tendríamos los mismos presentimientos si nuestras dos existencias no estuvieran en contacto por el corazón? Vos me amáis, oh, reina, y ¿me lloraréis?

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -exclamó Ana de Austria-. Es más de lo que puedo soportar. Mirad, duque, en el nombre del cielo, partid, retiraos; no sé si os amo o si no os amo, pero lo que sé es que no seré perjura. Tened, pues, piedad de mí y partid. ¡Oh! Si fuerais herido en Francia, si murieseis en Francia, si pudiera suponer que vuestro amor por mí fue causa de vuestra muerte, no me consolaría jamás, me volvería loca por ello. Partid, pues, partid, os lo suplico.

-¡Oh, qué bella estáis así! ¡Cuánto os amo! -dijo Buckingham.

-¡Partid, partid! Os lo suplico, y volved más tarde; volved como embajador, volved como ministro, volved rodeado de guardias que os defiendan, de servidores que vigilen por vos, y entonces no temeré más por vuestra vida y sentiré dicha en volveros a ver.

-¡Oh! ¿Es cierto lo que me decís?

-Sí...

-Pues entonces, una prenda de vuestra indulgencia, un objeto que venga de vos y que me recuerde que no he tenido un sueño; algo que vos hayáis llevado y que yo pueda llevar a mi vez, un anillo, un collar, una cadena.

-¿Y os iréis, os iréis si os doy lo que me pedís?

-Sí.

-¿En el mismo momento?

-Sí.

-¿Abandonaréis Francia, volveréis a Inglaterra?

-Sí, os lo juro.

-Esperad, entonces, esperad.

Y Ana de Austria regresó a sus habitaciones y salió casi al momento, llevando en la mano un pequeño cofre de palo de rosa con sus iniciales, incrustado de oro.

-Tomad, milord duque -dijo-, guardad esto en recuerdo mío.

Buckingham tomó el cofre y cayó por segunda vez de rodillas.

-Me habíais prometido iros -dijo la reina.

-Y mantengo mi palabra. Vuestra mano, vuestra mano, señora, y me voy.

Ana de Austria tendió su mano cerrando los ojos y apoyándose con la otra en Estefanía, porque sentía que las fuerzas iban a faltarle.

Buckingham apoyó con pasión sus labios sobre aquella bella mano; luego, al alzarse, dijo:

-Si antes de seis meses no estoy muerto, os habré visto, señora, aunque tenga que desquiciar el mundo para ello.

Y, fiel a la promesa hecha, se lanzó fuera de la habitación.

En el corredor encontró a la señora Bonacieux que lo esperaba y que, con las mismas precauciones y la misma fortuna, volvió a conducirlo fuera del Louvre.



Capítulo XIII

El señor Bonacieux

Como se ha podido observar, en todo esto había un personaje que, pese a su posición, no había parecido inquietarse más que a medias; este personaje era el señor Bonacieux, respetable mártir de las intrigas políticas y amorosas que tan bien se encadenaban unas a otras, en aquella época a la vez tan caballeresca y tan galante.

Afortunadamente -lo recuerde el lector o no lo recuerde-, afortunadamente hemos prometido no perderlo de vista.

Los esbirros que lo habían detenido lo condujeron directamente a la Bastilla, donde, todo tembloroso, se le hizo pasar por delante de un pelotón de soldados que cargaban sus mosquetes.

Allí, introducido en una galería semisubtenánea, fue objeto, por parte de quienes lo habían llevado, de las más groseras injurias y del más feroz trato. Los esbirros veían que no se las habían con un gentilhomme, y lo trataban como a verdadero patán.

Al cabo de media hora aproximadamente, un escribano vino a poner fin a sus torturas, pero no a sus inquietudes, dando la orden de conducir al señor Bonacieux a la cámara de interrogatorios. Generalmente se interrogaba a los prisioneros en sus casas, pero con el señor Bonacieux no se guardaban tantas formas.

Dos guardias se apoderaron del mercero, le hicieron atravesar un patio, le hicieron adentrarse por un corredor en el que había tres centinelas, abrieron una puerta y lo empujaron en una habitación baja, donde por todo mueble no había más que una mesa, una silla y un comisario.

El comisario estaba sentado en la silla y se hallaba ocupado escribiendo algo sobre la mesa. Los dos guardias condujeron al prisionero ante la mesa y, a una señal del comisario, se alejaron fuera del alcance de la voz.

El comisario, que hasta entonces había mantenido la cabeza inclinada sobre sus papeles, la alzó para ver con quién tenía que habérselas. Aquel comisario era un hombre de facha repelente, la nariz puntiaguda, las mejillas amarillas y salientes, los ojos pequeños pero investigadores y vivos, y la fisonomía tenía al mismo tiempo algo de garduña y de zorro. Su cabeza sostenida por un cuello largo y móvil, salía de su amplio traje negro balanceándose con un movimiento casi parecido al de la tortuga cuando saca su cabeza fuera de su caparazón.

Comenzó por preguntar al señor Bonacieux sus apellidos y su nombre, su edad, su estado y su domicilio.

El acusado respondió que se llamaba Jacques-Michel Bonacieux, que tenía cincuenta y un años, mercero retirado, y que vivía en la calle des Fossoyeurs, número 11.

Entonces el comisario, en lugar de continuar interrogándole, le soltó un largo discurso sobre el peligro que corre un burgués oscuro mezclándose en asuntos públicos.

Complicó este exordio con una exposición en la que contó el poder y los actos del señor cardenal, aquel ministro incomparable, aquel triunfador de los ministros pasados, aquel ejemplo de los ministros futuros: actos y poder a los que nadie se oponía impunemente.

Después de esta segunda parte de su discurso, fijando su mirada de gavilán sobre el pobre Bonacieux, lo invitó a reflexionar sobre la gravedad de la situación.

Las reflexiones del mercero estaban ya hechas; lanzaba pestes contra el momento en que el señor de La Porte había tenido la idea de casarlo con su ahijada, y sobre todo contra el momento en que esta ahijada había sido admitida como costurera de la reina.

El fondo del carácter de maese Bonacieux era un profundo egoísmo mezclado a una avaricia sórdida todo ello sazonado con una cobardía extrema. El amor que le había inspirado su joven mujer, por ser un sentimiento totalmente secundario, no podía luchar con los sentimientos primitivos que acabamos de enumerar.

Bonacieux reflexionó, en efecto, sobre lo que acababan de decirle.

-Pero, señor comisario -dijo tímidamente-, estad seguro de que conozco y aprecio más que nadie el mérito de la incomparable Eminencia por la que tenemos el honor de ser gobernados.

-¿De verdad? -preguntó el comisario con aire de duda-. Si realmente fuera así, ¿cómo es que estáis en la Bastilla?

-Cómo estoy, o mejor, por qué estoy -replicó el señor Bonacieux-, eso es lo que me es completamente imposible deciros, dado que yo mismo lo ignoro; pero a buen seguro no es por haber contrariado, conscientemente al menos, al señor cardenal.

-Sin embargo, es preciso que hayáis cometido un crimen, puesto que estáis aquí acusado de alta traición.

-¡De alta traición! -exclamó Bonacieux-. ¡De alta traición! ¿Y cómo queréis vos que un pobre mercero que detesta a los hugonotes y que aborrece a los españoles esté acusado de alta traición? Reflexionad, señor, es materialmente imposible.

-Señor Bonacieux -dijo el comisario mirando al acusado como si sus pequeños ojos tuvieran la facultad de leer hasta lo más profundo de los corazones-, señor Bonacieux, ¿tenéis mujer?

-Sí, señor -respondió el mercero todo temblando, sintiendo que ahí era donde el asunto iba a embrollarse-; es decir, la tenía.

-¿Cómo? ¡La teníais! ¿Pues qué habéis hecho de ella, si ya no la tenéis?

-Me la han raptado, señor.

-¿Os la han raptado? -prosiguió el comisario-. ¿Y sabéis quién es el hombre que ha cometido ese rapto?

-Creo conocerlo.

-¿Quién es?

-Pensad que yo no afirmo nada, señor comisario, y que yo sólo sospecho.

-¿De quién sospecháis? Veamos, responded con franqueza.

El señor Bonacieux se hallaba en la mayor perplejidad: ¿debía negar todo o decir todo? Negando todo, podría creerse que sabía demasiado para confesar; diciendo todo, daba prueba de buena voluntad. Se decidió por tanto a decirlo todo.

-Sospecho -dijo- de un hombre alto, moreno, de buen aspecto, que tiene todo el aire de un gran señor; nos ha seguido varias veces, según me ha parecido, cuando iba a esperar a mi mujer al postigo del Louvre para llevarla a casa.

El comisario pareció experimentar cierta inquietud.

-¿Y su nombre? -dijo.

-¡Oh! En cuanto a su nombre, no sé nada, pero si alguna vez lo vuelvo a encontrar lo reconoceré al instante, os respondo de ello, aunque fuera entre mil personas.

La frente del comisario se ensombreció.

-¿Lo reconoceríais entre mil, decís? -continuo.

-Es decir -prosiguió Bonacieux, que vio que había ido descaminado-, es decir...

-Habéis respondido que lo reconoceríais -dijo el comisario-; está bien, basta por hoy; antes de que sigamos adelante es preciso que alguien sea prevenido de que conocéis al raptor de vuestra mujer.

-Pero yo no os he dicho que le conociese -exclamó Bonacieux desesperado-. Os he dicho, por el contrario...

-Llevaos al prisionero -dijo el comisario a los dos guardias.

-¿Y dónde hay que conducirlo? -preguntó el escribano.

-A un calabozo.

-¿A cuál?

-¡Oh, Dios mío! Al primero que sea, con tal que cierre bien -respondió el comisario con una indiferencia que llenó de horror al pobre Bonacieux.

-¡Ay! ¡Ay! -se dijo-. La desgracia ha caído sobre mi cabeza; mi mujer habrá cometido algún crimen espantoso; me creen su cómplice, y me castigarán con ella; ella habrá hablado, habrá confesado que me había dicho todo; una mujer, ¡es tan débil! ¡Un calabozo, el primero que sea! ¡Eso es! Una noche pasa pronto; y mañana a la rueda, a la horca. ¡Oh, Dios mío! ¡Tened piedad de mí!

Sin escuchar para nada las lamentaciones de maese Bonacieux, lamentaciones a las que por otra parte debían estar acostumbrados, los dos

guardias cogieron al prisionero por un brazo y se lo llevaron, mientras el comisario escribía de prisa una carta que su escribano esperaba.

Bonacieux no pegó ojo, y no porque su calabozo fuera demasiado desagradable, sino porque sus inquietudes eran demasiado grandes. Permaneció toda la noche sobre su taburete, temblando al menor ruido; y cuando los primeros rayos del día se deslizaron en la habitación, la aurora le pareció haber tornado tintes fúnebres.

De golpe oyó correr los cerrojos, y tuvo un sobresalto terrible. Creía que venían a buscarlo para conducirlo al cadalso; así, cuando vio pura y simplemente aparecer, en lugar del verdugo que esperaba, a su comisario y su escribano de la víspera, estuvo a punto de saltarles al cuello.

-Vuestro asunto se ha complicado desde ayer por la noche, buen hombre -le dijo el comisario-, y os aconsejo decir toda la verdad; porque solo vuestro arrepentimiento puede aplacar la cólera del cardenal.

-Pero si yo estoy dispuesto a decir todo -exclamó Bonacieux-, al menos todo lo que sé. Interrogad, os lo suplico.

-Primero, ¿dónde está vuestra mujer?

-Pero si ya os he dicho que me la habían raptado.

-Sí, pero desde ayer a las cinco de la tarde, gracias a vos, se ha escapado.

-¡Mi mujer se ha escapado! -exclamó Bonacieux-. ¡Oh, la desgraciada! Señor si se ha escapado, no es culpa mía os lo juro.

-¿Qué fuisteis, pues, a hacer a casa del señor D'Artagnan, vuestro vecino, con el que tuvisteis una larga conferencia durante el día?

-¡Ah! Sí, señor comisario, sí, eso es cierto, y confieso que me equivoqué. Estuve en casa del señor D'Artagnan.

-¿Cuál era el objeto de esa visita?

-Pedirle que me ayudara a encontrar a mi mujer. Creía que tenía derecho a reclamarla; me equivocaba, según parece, y por eso os pido perdón .

-¿Y qué respondió el señor D'Artagnan?

-El señor D'Artagnan me prometió su ayuda; pero pronto me di cuenta de que me traicionaba.

-¡Os burláis de la justicia! El señor D'Artagnan ha hecho un pacto con vos y, en virtud de ese pacto, él ha puesto en fuga a los hombres de policía que habían detenido a vuestra mujer, y la ha sustraído a todas las investigaciones.

-¡El señor D'Artagnan ha raptado a mi mujer! ¡Vaya! Pero ¿qué me decís?

-Por suerte, D'Artagnan está en nuestras manos, y vais a ser careado con él.

-¡Ah? A fe que no pido otra cosa -exclamó Bonacieux-, no me molestará ver un rostro conocido.

-Haced entrar al señor D'Artagnan -dijo el comisario a los dos guardias.

Los dos guardias hicieron entrar a Athos.

-Señor D'Artagnan -dijo el comisario dirigiéndose a Athos-, declarad lo que ha pasado entre vos y el señor.

-¡Pero -exclamó Bonacieux- si no es el señor D'Artagnan ése que me mostráis!

-¡Cómo! ¿No es el señor D'Artagnan? -exclamó el comisario.

-En modo alguno -respondió Bonacieux.

-¿Cómo se llama el señor? -preguntó el comisario.

-No puedo decíroslo, no lo conozco.

-¡Cómo! ¿No lo conocéis?

-No.

-¿No lo habéis visto jamás?

-Sí, lo he visto, pero no sé cómo se llama.

-¿Vuestro nombre? -preguntó el comisario.

-Athos -respondió el mosquetero.

-Pero eso no es un nombre de hombre, ¡eso es un nombre de montaña!
-exclamó el pobre interrogador, que comenzaba a perder la cabeza.

-Es mi nombre -dijo tranquilamente Athos.

-Pero vos habéis dicho que os llamabais D'Artagnan.

-¿Yo?

-Sí, vos.

-Veamos, cuando me han dicho: «Vos sois el señor D'Artagnan», yo he respondido: «¿Lo creéis así?» Mis guardias han exclamado que estaban seguros. Yo no he querido contrariarlos. Además, yo podía equivocarme.

-Señor, insultáis a la majestad de la justicia.

-De ningún modo -dijo tranquilamente Athos.

-Vos sois el señor D'Artagnan.

-Como veis, sois vos el que aún me lo decís.

-Pero -exclamó a su vez el señor Bonacieux- os digo, señor comisario, que no tengo la más mínima duda. El señor D'Artagnan es mi huésped, y en consecuencia, aunque no me pague mis alquileres, y precisamente por eso, debo conocerlo. El señor D'Artagnan es un joven de diecinueve a veinte años apenas, y este señor tiene treinta por lo menos. El señor D'Artagnan está en los guardias del señor Des Essarts, y este señor está en la compañía de los mosqueteros del señor de Tréville: mirad el uniforme, señor comisario, mirad el uniforme.

-Es cierto -murmuró el comisario-; es malditamente cierto.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe, y un mensajero, introducido por uno de los carceleros de la Bastilla, entregó una carta al comisario.

-¡Oh, la desgraciada! -exclamó el comisario.

-¿Cómo? ¿Qué decís? ¿De quién habláis? ¡Espero que no sea de mi mujer!

-Al contrario, es de ella. Bonito asunto el vuestro.

-¡Vaya! -exclamó el mercero exasperado-. Haced el favor de decirme, señor, cómo ha podido empeorar por lo que mi mujer haya hecho mientras yo estoy en prisión.

-Porque lo que ha hecho es la consecuencia de un plan tramado entre vosotros, un plan infernal.

-Os juro, señor comisario, que estáis en el más profundo error; que yo no sé nada de nada de lo que debía hacer mi mujer, que soy completamente extraño a lo que ella ha hecho y, que si ella ha hecho tonterías, reniego de ella, la desmiento, la maldigo.

-¡Bueno! -dijo Athos al comisario-. Si ya no tenéis necesidad de mí aquí, enviadme a alguna parte; vuestro señor Bonacieux es irritante.

-Volved a llevar a los prisioneros a sus calabozos -dijo el comisario señalando con el mismo gesto a Athos y a Bonacieux-, que sean guardados con mayor severidad que nunca.

-Sin embargo -dijo Athos con su calma habitual-, si vos estáis buscando al señor D'Artagnan, no veo demasiado bien en qué puedo yo reemplazarlo.

-¡Haced lo que he dicho! -exclamó el comisario-. Y en el secreto más absoluto. ¡Ya habéis oído!

Athos siguió a sus guardias encogiéndose de hombros, y el señor Bonacieux lanzando lamentaciones capaces de ablandar el corazón de un tigre.

Llevaron al mercero al mismo calabozo en que había pasado la noche, y lo dejaron solo toda la jornada. Durante toda la jornada el señor Bonacieux lloró como un verdadero mercero, dado que no era un hombre de espada, tal como él mismo nos ha dicho.

Por la noche, hacia las ocho, en el momento en que iba a decidirse a meterse en la cama, oyó pasos en su corredor. Aquellos pasos se acercaron a su calabozo, su puerta se abrió y aparecieron los guardias.

-Seguidme -dijo un exento que venía tras los guardias.

-¡Que os siga! -exclamó Bonacieux-. ¿Que os siga a esta hora? ¿Y adónde, Dios mío?

-Adonde tenemos orden de llevaros.

-Pero eso no es una respuesta.

-Sin embargo, es la única que podemos daros.

-¡Ay, Dios mío, Dios mío! -murmuró el pobre mercero-. Esta vez sí que estoy perdido.

Y siguió maquinalmente y sin resistencia a los guardias que venían a buscarlo.

Tomó el mismo corredor que ya había tomado, atravesó un primer patio, luego un segundo cuerpo de edificios; finalmente, a la puerta del patio de entrada,

encontró un coche rodeado de cuatro guardias a caballo. Lo hicieron subir en aquel coche, el exento se colocó tras él, cerraron la portezuela con llave, y los dos se encontraron en una prisión rodante.

El coche se puso en movimiento, lento como un carromato fúnebre. A través de la reja cerrada con candado, el prisionero veía las casas y el camino, eso era todo; pero, como auténtico parisiense que era, Bonacieux reconocía cada calle por los guardacantones, por las muestras, por los reverberos. En el momento de llegar a Saint-Paul, lugar donde se ejecutaba a los condenados de la Bastilla, estuvo a punto de desvanecerse y se persignó dos veces. Había creído que el coche debía detenerse allí. Sin embargo, el coche siguió.

Más lejos, un gran terror lo invadió otra vez. Fue al bordear el cementerio de Saint-Jean, donde se enterraba a los criminales de Estado. Sólo una cosa lo tranquilizó algo, y es que antes de enterrarlos se les cortaba por regla general la cabeza, y su cabeza estaba aún sobre sus hombros. Pero cuando vio que el coche tomaba la ruta de la Grève, cuando vio los techos picudos del Ayuntamiento, cuando el coche se adentró bajo la arcada, creyó que todo había terminado para él, quiso confesarse con el exento, y, tras su negativa, lanzó gritos tan lastimeros que el exento le anunció que, si seguía ensordeciéndole así, le pondría una mordaza.

Aquella amenaza tranquilizó algo a Bonacieux: si hubieran tenido que ejecutarlo en Grève, no merecía la pena amordazarlo, porque estaban a punto de llegar al lugar de la ejecución. En efecto, el coche cruzó la plaza fatal sin detenerse. Ya sólo quedaba que temer la Croix-du-Trahoir: precisamente el coche tomó el camino de ella.

Esta vez no había duda, era la Croix-du-Trahoir, donde se ejecutaba a los criminales subalternos. Bonacieux se había jactado creyéndose digno de Saint-Paul o de la plaza de Grève: ¡era en la Croix-du-Trahoir donde iban a terminar su viaje y su destino! No podía ver todavía aquella maldita cruz, pero la sentía en cierto modo venir a su encuentro. Cuando no estuvo más que a una veintena de pasos, oyó un rumor y el coche se detuvo. Era más de lo que podía soportar el pobre Bonacieux, ya derrumbado por las sucesivas emociones que había experimentado; lanzó un

débil gemido, que hubiera podido tomarse por el último suspiro de un moribundo, y se desvaneció.

Capítulo XIV

El hombre de Meung

Aquella reunión era producida no por la espera de un hombre al que debían colgar, sino por la contemplación de un ahorcado.

El coche, detenido un instante, prosiguió, pues, su marcha, atravesó la multitud, continuó su camino, enfiló la calle Saint-Honoré, volvió la calle des Bons-Enfants y se detuvo ante una puerta baja.

La puerta se abrió, dos guardias recibieron en sus brazos a Bonacieux, sostenido por el exento; lo metieron por una avenida, lo hicieron subir una escalera y lo depositaron en una antecámara.

Todos estos movimientos eran realizados por él de una forma maquinal.

Había andado como se anda en sueños; había entrevisto los objetos a través de una niebla; sus oídos habían percibido los sonidos sin comprenderlos; hubieran podido ejecutarlo en aquel momento sin que él hubiera hecho un gesto para emprender su defensa, sin que hubiera lanzado un grito para implorar piedad.

Permaneció, pues, sentado de este modo en la banqueta, con la espalda apoyada en la pared y los brazos colgantes, en la misma postura en que los guardias lo habían depositado.

Sin embargo, como al mirar en torno suyo no viese ningún objeto amenazador, como nada indicase que corría un peligro real, como la banqueta estaba convenientemente blanda, como la pared estaba recubierta de hermoso cuero de Córdoba, como grandes cortinas de damasco rojo flotaban ante la ventana, retenidas por alzapaños de oro, comprendió poco a poco que su terror era exagerado, y comenzó a mover la cabeza de derecha a izquierda y de arriba abajo.

Con este movimiento, al que nadie se opuso, recuperó algo de valor y se arriesgó a encoger una pierna, luego la otra; por fin, ayudándose de sus dos manos, se levantó de la banqueta y se encontró sobre sus pies.

En aquel momento, un oficial de buen aspecto abrió una portezuela, continuó cambiando aún algunas palabras con una persona que se encontraba en la habitación vecina y, volviéndose hacia el prisionero, dijo:

-¿Sois vos quien se llama Bonacieux?

-Sí, señor oficial -balbuceó el mercero, más muerto que vivo-, para serviros.

-Entrad -dijo el oficial.

Y se echó a un lado para que el mercero pudiera pasar. Aquel obedeció sin réplica y entró en la habitación en la que parecía ser esperado.

Era un gran gabinete, de paredes adornadas con armas ofensivas y defensivas, cerrado y sofocante, y en el que ya había fuego aunque todavía apenas fuera a finales del mes de septiembre. Una mesa cuadrada, cubierta de libros y papeles sobre los que había, desenrollado, un plano inmenso de la ciudad de La Rochelle, estaba en medio de la pieza.

De pie ante la chimenea estaba un hombre de mediana talla, de aspecto altivo y orgulloso, de ojos penetrantes, de frente amplia, de rostro enteco que alargaba más incluso una perilla coronada por un par de mostachos. Aunque aquel hombre tuviera de treinta y seis a treinta y siete años apenas, pelo, mostacho y perilla iban agrisándose. Aquel hombre, menos la espada, tenía todo el aspecto de un hombre de guerra, y sus botas de búfalo, aún ligeramente cubiertas de polvo, indicaban que había montado a caballo durante el día.

Aquel hombre era Armand-Jean Duplessis, cardenal de Richelieu, no tal como nos lo representaran cascado como un viejo, sufriendo como un mártir, el cuerpo quebrado, la voz apagada, enterrado en un gran sillón como en una tumba anticipada que no viviera más que por la fuerza de un genio ni sostuviera la lucha con Europa más que con la eterna aplicación de su pensamiento sino tal cual era realmente en esa época, es decir, diestro y galante caballero débil de cuerpo ya, pero sostenido por esa potencia moral que hizo de él uno de los hombres más extraordinarios que hayan existido; preparándose, en fin, tras haber sostenido al duque de Nevers en su ducado de Mantua, tras haber tomado Nîmes, Castres y Uzès, a expulsar a los ingleses de la isla de Ré y a sitiar La Rochelle.

A primera vista, nada denotaba, pues, al cardenal y era imposible a quienes no conocían su rostro adivinar ante quién se encontraban.

El pobre mercero permaneció de pie a la puerta, mientras los ojos del personaje que acabamos de describir se fijaban en él y parecían penetrar hasta el fondo del pasado.

- Está ahí ese Bonacieux? -pregunto tras un momento de silencio.

-Sí, monseñor -contestó el oficial.

-Está bien, dadme esos papeles y dejadnos.

El oficial cogió de la mesa los papeles señalados, los entregó a quien se los pedía, se inclinó hasta el suelo y salió.

Bonacieux reconoció en aquellos papeles sus interrogatorios de la Bastilla. De vez en cuando, el hombre de la chimenea alzaba los ojos por encima de la escritura y los hundía como dos puñales hasta el fondo del corazón del pobre mercero.

Al cabo de diez minutos de lectura y de diez segundos de examen, el cardenal se había decidido.

-Esa cabeza no ha conspirado nunca -murmuró-; pero no importa, veamos de todas formas.

-Estáis acusado de alta traición -dijo lentamente el cardenal.

-Es lo que ya me han informado, monseñor -exclamó Bonacieux, dando a su interrogador el título que había oído al oficial darle-; pero yo os juro que no sabía nada de ello.

El cardenal reprimió una sonrisa.

-Habéis conspirado con vuestra mujer, con la señora de Chevreuse y con milord el duque de Buckingham.

-En realidad, monseñor -respondió el mercero-, he oído pronunciar todos esos nombres.

-¿Y en qué ocasión?

-Ella decía que el cardenal de Richelieu había atraído al duque de Buckingham a París para perderlo y para perder a la reina con él.

-¿Ella decía eso? -exclamó el cardenal con violencia.

-Sí, monseñor; pero yo le he dicho que se equivocaba por mantener tales opiniones, y que Su Eminencia era incapaz...

-Callaos, sois un imbécil -prosiguió el cardenal.

-Es precisamente eso lo que mi mujer me respondió, monseñor.

-¿Sabéis quién ha raptado a vuestra mujer?

-No, monseñor.

-Sin embargo, ¿tenéis sospechas?

-Sí, monseñor, pero esas sospechas han parecido contrariar al señor comisario y ya no las tengo.

-Vuestra mujer se ha escapado, ¿lo sabíais?

-No, monseñor, lo he sabido después de haber entrado en prisión, y siempre por la mediación del señor comisario, un hombre muy amable.

El cardenal reprimió una segunda sonrisa.

-Entonces, ¿ignoráis lo que ha sido de vuestra mujer después de su fuga?

-Completamente, monseñor; habrá debido volver al Louvre.

-A la una de la mañana no había vuelto aún.

-¡Ah Dios mío! Pero entonces ¿qué habrá sido de ella?

-Ya lo sabremos, estad tranquilo; nada se oculta al cardenal; el cardenal lo sabe todo.

-En tal caso, monseñor, ¿creéis que el cardenal consentirá en decirme qué ha ocurrido con mi mujer?

-Quizá; pero es preciso primero que confeséis todo lo que sepáis relativo a las relaciones de vuestra mujer con la señora de Chevreuse.

-Pero, monseñor, yo no sé nada; no la he visto nunca.

-Cuando ¡baís a buscar a vuestra mujer al Louvre, ¿volvía ella directamente a casa?

-Casí nunca: tenía que ver a vendedores de tela, a cuyas casas yo la llevaba.

-¿Y cuántos vendedores de telas había?

-Dos, monseñor.

-¿Dónde viven?

-Uno en la calle de Vaugirard; el otro en la calle de La Harpe.

-¿Entrasteis en sus casas con ella?

-Nunca, monseñor; la esperaba a la puerta.

-¿Y qué pretexto os daba para entrar así completamente sola?

-No me lo daba; me decía que esperase, y yo esperaba.

-Sois un marido complaciente, mi querido señor Bonacieux -dijo el cardenal.

«¡Ella me llama su querido señor! -dijo para sí mismo el mercero-. ¡Diablos, las cosas van bien!»

-¿Reconoceríais esas puertas?

-Sí.

- Sabéis los números?

-¿Cuáles son?

-Número 25 en la calle de Vaugirard; número 75 en la calle de La Harpe.

-Está bien -dijo el cardenal.

A estas palabras, cogió una campanilla de plata y llamó; el oficial volvió a entrar.

-Idme a buscar a Rochefort -dijo a media voz-, y que venga inmediatamente si ha vuelto.

-El conde está ahí -dijo el oficial-, pide hablar al instante con Vuestra Eminencia.

-¡Con Vuestra Eminencia! -murmuró Bonacieux, que sabía que tal era el título que ordinariamente se daba al señor cardenal-. ¡Con Vuestra Eminencia!

-¡Que venga entonces, que venga! -dijo vivamente Richelieu.

El oficial se lanzó fuera de la habitación con esa rapidez que ponían de ordinario todos los servidores del cardenal en obedecerle.

-¡Con Vuestra Eminencia! -murmuraba Bonacieux haciendo girar los ojos extraviados.

No habían transcurrido cinco segundos desde la desaparición del oficial, cuando la puerta se abrió y un nuevo personaje entró.

-¡Es él! -exclamó Bonacieux.

-¿Quién es él? -preguntó el cardenal.

-El que ha raptado a mi mujer.

El cardenal llamó por segunda vez. El oficial reapareció.

-Devolved este hombre a manos de sus dos guardias, y que espere a que yo lo llame ante mí.

-¡No, monseñor! ¡No, no es él! -exclamó Bonacieux-. No, me he equivocado, es otro que se le parece algo. El señor es un hombre honrado.

-Llevaos a este imbécil -dijo el cardenal.

El oficial cogió a Bonacieux por debajo del brazo y volvió a llevarlo a la antecámara donde encontró a sus dos guardias.

El nuevo personaje al que se acababa de introducir siguió con ojos de impaciencia a Bonacieux hasta que éste hubo salido, y cuando la puerta fue cerrada tras él, dijo aproximándose rápidamente al cardenal.

-Han sido vistos.

-¿Quiénes? -preguntó Su Eminencia.

-Ella y él.

-¿La reina y el duque? -exclamó Richelieu.

-Sí.

-¿Y dónde?

-En el Louvre.

-¿Estáis seguro?

-Completamente.

-¿Quién os lo ha dicho?

-La señora de Lannoy, que es completamente de Vuestra Eminencia, como sabéis.

-¿Por qué no lo ha dicho antes?

-Sea por casualidad o por desconfianza, la reina ha hecho acostarse a la señora de Fargis en su habitación, y la ha tenido allí toda la jornada.

-Está bien, hemos perdido. Tratemos de tomar nuestra revancha.

-Os ayudaré con toda mi alma, monseñor, estad tranquilo.

-¿Cuándo ha sido?

-A las doce y media de la noche, la reina estaba con sus mujeres...

-¿Dónde?

-En su cuarto de costura...

-Bien.

-Cuando han venido a entregarle un pañuelo de parte de su costurera...

-¿Después?

-Al punto la reina ha manifestado una gran emoción, y pese al rouge con que tenía el rostro cubierto, ha palidecido.

-¡Y después! ¡Después!

-Sin embargo, se ha levantado, y con voz alterada, ha dicho: «Señoras, esperadme diez minutos, luego vengo.» Y ha abierto la puerta de su alcoba, y luego ha salido.

-¿Por qué la señora de Lannoy no ha venido a preveniros al instante?

-Nada era seguro todavía; además, la reina había dicho: «Señoras, esperadme»; y no se atrevía a desobedecer a la reina.

-¿Y cuánto tiempo ha estado la reina fuera de su cuarto?

-Tres cuartos de hora.

-¿La acompañaba alguna de sus mujeres?

-Doña Estefanía solamente.

-¿Y luego ha vuelto?

-Sí, pero para coger un pequeño cofre de palo de rosa con sus iniciales y salir en seguida.

-Y cuando ha vuelto más tarde, ¿traía el cofre?

-No.

-¿La señora de Lannoy sabía qué había en ese cofre?

-Sí, los herretes de diamantes que Su Majestad ha dado a la reina.

-¿Y ha vuelto sin ese cofre?

-Sí.

-¿La opinión de la señora de Lannoy es que se los ha entregado a Buckingham?

-Está segura.

-¿Y cómo?

-Durante el día, la señora de Lannoy, en su calidad de azafata de atavío de la reina, ha buscado ese cofre, se ha mostrado inquieta al no encontrarlo y ha terminado por pedir noticias a la reina.

-¿Y entonces, la reina?...

-La reina se ha puesto muy roja y ha respondido que por haber roto la víspera uno de sus herretes lo había enviado a reparar a su orfebre.

-Hay que pasar por él y asegurarse si la cosa es cierta o no.

-Ya he pasado.

-Y bien, ¿el orfebre?

-El orfebre no ha oído hablar de nada.

-¡Bien! ¡Bien! Rochefort, no todo está perdido, y quizá..., quizá todo sea para mejor.

-El hecho es que no dudo de que el genio de Vuestra Eminencia...

-Reparará las tonterías de mi guardia, ¿no es eso?

-Es precisamente lo que iba a decir si Vuestra Eminencia me hubiera dejado acabar mi frase.

-Ahora, ¿sabéis dónde se ocultaban la duquesa de Chevreuse y el duque de Buckingham?

-No, monseñor, mis gentes no han podido decirme nada positivo al respecto.

-Yo sí lo sé.

-¿Vos, monseñor?

-Sí, o al menos lo creo. Estaban el uno en la calle de Vaugirard, número 25, y la otra en la calle de La Harpe, número 75.

-¿Quiere Vuestra Eminencia que los haga arrestar a los dos?

-Será demasiado tarde, habrán partido.

-No importa, podemos asegurarnos.

-Tomad diez hombres de mis guardias y registrad las dos casas.

-Voy monseñor.

Y Rochefort se abalanzó fuera de la habitación.

El cardenal, ya solo, reflexionó un instante y llamó por tercera vez. Apareció el mismo oficial.

-Haced entrar al prisionero -dijo el cardenal.

Maese Bonacieux fue introducido de nuevo y, a una seña del cardenal, el oficial se retiró.

-Me habéis engañado -dijo severamente el cardenal.

-¡Yo! -exclamó Bonacieux-. ¡Yo engañar a Vuestra Eminencia!

-Vuestra mujer, al ir a la calle de Vaugirard y a la calle de La Harpe, no iba a casa de vendedores de telas.

-¿Y adónde iba, santo cielo?

-Iba a casa de la duquesa de Chevreuse y a casa del duque de Buckingham.

-Sí -dijo Bonacieux echando mano de todos sus recursos-, sí, eso es, Vuestra Eminencia tiene razón. Muchas veces le he dicho a mi mujer que era sorprendente que vendedores de telas vivan en casas semejantes, en casas que no tenían siquiera muestras, y las dos veces mi mujer se ha echado a reír. ¡Ah, monseñor! -continuó Bonacieux arrojándose a los pies de la Eminencia-. ¡Ah! ¡Con cuánto motivo sois el cardenal, el gran cardenal, el hombre de genio al que todo el mundo reverencia!

El cardenal, por mediocre que fuera el triunfo alcanzado sobre un ser tan vulgar como era Bonacieux, no dejó de gozarlo durante un instante; luego, casi al punto, como si un nuevo pensamiento se presentara a su espíritu, una sonrisa frunció sus labios y, tendiendo la mano al mercero, le dijo:

-Alzaos, amigo mío, sois un buen hombre.

-¡El cardenal me ha tocado la mano! ¡Yo he tocado la mano del gran hombre!

-exclamó Bonacieux-. ¡El gran hombre me ha llamado su amigo!

-Sí, amigo mío, sí -dijo el cardenal con aquel tono paternal que sabía adoptar a veces, pero que sólo engañaba a quien no le conocía-; y como se ha sospechado

de vos injustamente, hay que daros una indemnización. ¡Tomad! Coged esa bolsa de cien pistolas, y perdonadme.

-¡Que yo os perdone, monseñor! -dijo Bonacieux dudando en tomar la bolsa, temiendo sin duda que aquel don no fuera más que una chanza-. Pero vos sois libre de hacerme arrestar, sois bien libre de hacerme torturar, sois bien libre de hacerme prender; sois el amo, y yo no tendría la más mínima palabra que decir. ¿Perdonaros, monseñor? ¡Vamos, no penséis más en ello!

-¡Ah, mi querido Bonacieux! Sois generoso ya lo veo, y os lo agradezco. Tomad, pues, esa bolsa. ¿Os vais sin estar demasiado descontento?

-Me voy encantado, monseñor.

-Adiós, entonces, o mejor, hasta la vista, porque espero que nos volvamos a ver.

-Siempre que monseñor quiera, estoy a las órdenes de Su Eminencia.

-Será a menudo, estad tranquilo, porque he hallado un gusto extremo con vuestra conversación.

-¡Oh, monseñor!

-Hasta la vista, señor Bonacieux, hasta la vista.

Y el cardenal le hizo una señal con la mano, a la que Bonacieux respondió inclinándose hasta el suelo; luego salió a reculones, y cuando estuvo en la antecámara el cardenal le oyó que en su entusiasmo, se desgañitaba a grito pelado: «¡Viva monseñor! ¡Viva Su Eminencia! ¡Viva el gran cardenal!» El cardenal escuchó sonriendo aquella brillante manifestación de sentimientos entusiastas de maese Bonacieux; luego, cuando los gritos de Bonacieux se hubieron perdido en la lejanía:

-Bien -dijo-. De ahora en adelante será un hombre que se haga matar por mí.

Y el cardenal se puso a examinar con la mayor atención el mapa de La Rochelle que, como hemos dicho, estaba extendido sobre su escritorio, trazando con un lápiz la línea por donde debía pasar el famoso dique que dieciocho meses más tarde cerraba el puerto de la ciudad sitiada.

Cuando se hallaba en lo más profundo de sus meditaciones estratégicas, la puerta volvió a abrirse y Rochefort entró.

-¿Y bien? -dijo vivamente el cardenal, levantándose con la presteza que probaba el grado de importancia que concedía a la comisión que había encargado al conde.

-¡Y bien! -dijo éste-. Una mujer de veintiséis a veintiocho años y un hombre de treinta y cinco a cuarenta años se han alojado, efectivamente, el uno cuatro días y la otra cinco, en las casas indicadas por Vuestra Eminencia; pero la mujer ha partido esta noche pasada y el hombre esta mañana.

-¡Eran ellos! -exclamó el cardenal, que miraba el péndulo-. Y ahora -continuó-, es demasiado tarde para correr tras ellos: la duquesa está en Tours y el duque en Boulogne. Es en Londres donde hay que alcanzarlos.

-¿Cuáles son las órdenes de Vuestra Eminencia?

-Ni una palabra de lo que ha pasado; que la reina permanezca totalmente segura; que ignore que sabemos su secreto, que crea que estamos a la busca de una conspiración cualquiera. Enviadme al guardasellos Séguier.

-¿Y ese hombre, ¿qué ha hecho de él Vuestra Eminencia?

-¿Qué hombre? -preguntó el cardenal.

-El tal Bonacieux.

-He hecho todo lo que se podía hacer con él. Lo he convertido en espía de su mujer.

El conde de Rochefort se inclinó como hombre que reconocía la gran superioridad del maestro, y se retiró.

Una vez que se quedó solo, el cardenal se sentó de nuevo, escribió una carta que selló con su sello particular, luego llamó. El oficial entró por cuarta vez.

-Hacedme venir a Vitray -dijo- y decidle que se apreste para un viaje.

Un instante después, el hombre que había pedido estaba de pie ante él, calzado con botas y espuelas.

-Vitray -dijo-, vais a partir inmediatamente para Londres. No os detendréis un instante en el camino. Entregaréis esta carta a milady. Aquí tenéis un vale de

doscientas pistolas, pasad por casa de mi tesorero y haceos pagar. Hay otro tanto a recoger si estáis aquí de regreso dentro de seis días y si habéis hecho bien mi comisión.

El mensajero, sin responder una sola palabra se inclinó, cogió la carta, el vale de doscientas pistolas y salió.

He aquí lo que contenía la carta:

«Milady,

Asistid al primer baile a que asista el duque de Buckingham. Tendrá en su jubón doce herretes de diamantes, acercaos a él y quitadle dos.

Tan pronto como esos herretes estén en vuestro poder, avisadme.»



Capítulo XV

Gentes de toga y gentes de espada

Al día siguiente de aquel en que estos acontecimientos tuvieron lugar, no habiendo reaparecido Athos todavía, el señor de Tréville fue avisado por D'Artagnan y por Porthos de su desaparición.

En cuanto a Aramis, había solicitado un permiso de cinco días y estaba en Rouen, según decían, por asuntos de familia.

El señor de Tréville era el padre de sus soldados. El menor y más desconocido de ellos, desde el momento en que llevaba el uniforme de la compañía, estaba tan seguro de su ayuda y de su apoyo como habría podido estarlo de su propio hermano.

Se presentó, pues, al momento ante el teniente de lo criminal. Se hizo venir al oficial que mandaba el puesto de la Croix-Rouge, y los informes sucesivos mostraron que Athos se hallaba alojado momentáneamente en Fort-l'Évêque.

Athos había pasado por todas las pruebas que hemos visto sufrir a Bonacieux.

Hemos asistido a la escena de careo entre los dos cautivos. Athos, que nada había dicho hasta entonces por miedo a que D'Artagnan, inquieto a su vez no hubiera tenido el tiempo que necesitaba, Athos declaró a partir de ese momento que se llamaba Athos y no D'Artagan .

Añadió que no conocía ni al señor ni a la señora Bonacieux, que jamás había hablado con el uno ni con la otra; que hacia las diez de la noche había ido a hacer una visita al señor D'Artagnan, su amigo, pero que hasta esa hora había estado en casa del señor de Tréville donde había cenado: veinte testigos -añadió- podían atestiguar el hecho y nombró a varios gentileshombres distinguidos, entre otros al señor duque de La Trémouille.

El segundo comisario quedó tan aturdido como el primero por la declaración simple y firme de aquel mosquetero, sobre el cual de buena gana habrían querido tomar la revancha que las gentes de toga tanto gustan de obtener sobre las gentes de espada; pero el nombre del señor de Tréville y el del señor duque de La Trémouille merecían reflexión.

También Athos fue enviado al cardenal, pero desgraciadamente el cardenal estaba en el Louvre con el rey.

Era precisamente el momento en que el señor de Tréville, al salir de casa del teniente de lo criminal y de la del gobernador del Fort-l'Évêque, sin haber podido encontrar a Athos, llegó al palacio de Su Majestad.

Como capitán de los mosqueteros, el señor de Tréville tenía a toda hora acceso al rey.

Ya se sabe cuáles eran las prevenciones del rey contra la reina, prevenciones hábilmente mantenidas por el cardenal que, en cuestión de intrigas, desconfiaba infinitamente más de las mujeres que de los hombres. Una de las grandes causas de esa prevención era sobre todo la amistad de Ana de Austria con la señora de Chevreuse. Estas dos mujeres le inquietaban más que las guerras con España, las complicaciones con Inglaterra y la penuria de las finanzas. A sus ojos y en su pensamiento, la señora de Chevreuse servía a la reina no sólo en sus intrigas políticas, sino, cosa que le atormentaba más aún, en sus intrigas amorosas.

A la primera frase que le había dicho el señor cardenal, que la señora de Chevreuse, exiliada en Tours y a la que se creía en esa ciudad, había venido a París y que durante los cinco días que había permanecido en ella había despistado a la policía, el rey se había encolerizado con furia. Caprichoso e infiel, el rey quería ser llamado Luis el Justo y Luis el Casto. La posteridad comprenderá difícilmente este carácter que la historia sólo explica por hechos y nunca por razonamientos.

Pero cuando el cardenal añadió que no solamente la señora de Chevreuse había venido a París, sino que además la reina se había relacionado con ella con ayuda de una de esas correspondencias misteriosas que en aquella época se denominaba una cábala, cuando afirmó que él, el cardenal, estaba a punto de

desenredar los hilos más oscuros de aquella intriga, cuando, en el momento de arrestar con las manos en la masa, en flagrante delito, provisto de todas las pruebas, al emisario de la reina junto a la exiliada, un mosquetero había osado interrumpir violentamente el curso de la justicia cayendo, espada en mano, sobre honradas gentes de ley encargadas de examinar con imparcialidad todo el asunto para ponerlo ante los ojos del rey, Luis XIII no se contuvo más y dio un paso hacia las habitaciones de la reina con esa pálida y muda indignación que, cuando estallaba, llevaba a ese príncipe hasta la más fría crueldad.

Y, sin embargo, en todo aquello el cardenal no había dicho aún una palabra del duque de Buckingham.

Fue entonces cuando el señor de Tréville entró, frío, cortés y con una vestimenta irreprochable.

Advertido de lo que acababa de pasar por la presencia del cardenal y por la alteración del rostro del rey, el señor de Tréville se sintió fuerte como Sansón ante los Filisteos.

Luis XIII ponía ya la mano sobre el pomo de la puerta; al ruido que hizo el señor de Tréville al entrar, se volvió.

-Llegáis en el momento justo, señor -dijo el rey que, cuando sus pasiones habían subido a cierto punto, no sabía disimular-, y me entero de cosas muy bonitas a cuenta de vuestros mosqueteros.

-Y yo -respondió fríamente el señor de Tréville- tengo muy bonitas cosas de que casa, llevar en plena calle y arrojar en el Fort-l'Evêque, y todo con una orden que se han negado a presentar, a uno de mis mosqueteros, o mejor dicho, de los vuestros, sire, de conducta irreprochable, de reputación casi ilustre y a quien Vuestra Majestad conoce favorablemente: el señor Athos.

-Athos -dijo el rey maquinalmente-. Sí, por cierto, conozco ese nombre.

-Que Vuestra Majestad lo recuerde -dijo el señor de Tréville-. El señor Athos es ese mosquetero que en el importuno duelo que sabéis tuvo la desgracia de herir gravemente al señor de Cahusac. A propósito, monseñor -continuó Tréville,

dirigiéndose al cardenal-, el señor de Cahusac está completamente restablecido, ¿no es así?

-¡Gracias! -dijo el cardenal mordiéndose los labios de cólera.

-El señor Athos había ido a hacer una visita a uno de sus amigos entonces ausente -prosiguió el señor de Tréville-. A un joven bearnés, cadete en los guardias de Su Majestad en la compañía de Des Essarts; pero apenas acababa de instalarse en casa de su amigo y de coger un libro para esperarlo, cuando una nube de corchetes y de soldados, todos juntos, sitiaron la casa, hundieron varias puertas...

El cardenal hizo una seña al rey que significaba: «Es por el asunto de que os he hablado.»

-Ya sabemos todo eso -replicó el rey- porque todo eso se ha hecho a nuestro servicio.

-Entonces -dijo Tréville-, es también por servicio de Vuestra Majestad por lo que se coge a uno de mis mosqueteros inocentes, por lo que se le pone entre dos guardias como a un malhechor, y por lo que pasea en medio de una población insolente a ese hombre galantes que ha vertido diez veces su sangre al servicio de Vuestra Majestad y que está dispuesto a verterla todavía.

-¡Bah! -dijo el rey, vacilando-. ¿Han pasado así las cosas?

-El señor de Tréville no dice -dijo el cardenal con la mayor flema- que ese mosquetero inocente, ese hombre galante una hora antes, acababa de herir a estocadas a cuatro comisarios instructores delegados por mí para instruir un asunto de la más alta importancia.

-Desafío a Vuestra Eminencia a probarlo -exclamó el señor de Tréville con su franqueza completamente gascona y su rudeza militar-. Porque una hora antes, el señor Athos, quien debo confiar a Vuestra Majestad que es un hombre de la mayor calidad, me hacía el honor, después de haber cenado conmigo, de charlar en el salón de mi palacio con el señor duque de La Trémouille y el señor conde de Chalus, que se encontraban allí.

El rey miró al cardenal.

-Un atestado da fe de ello -dijo el cardenal, respondiendo en voz alta a la interrogación muda de Su Majestad- y las gentes maltratadas han redactado el siguiente, que tengo el honor de presentar a Vuestra Majestad.

-¿Atestado de gentes de toga vale tanto como la palabra de honor de un hombre de espada? -respondió orgullosamente Tréville.

-Vamos, vamos, Tréville, callaos -dijo el rey.

-Si su Eminencia tiene alguna sospecha contra uno de mis mosqueteros -dijo Tréville-, la justicia del señor cardenal es bastante conocida como para que yo mismo pida una investigación.

-En la casa en que se ha hecho esa inspección judicial -continuó el cardenal, impasible- se aloja, según creo, un bearnés amigo del mosquetero.

-¿Vuestra Eminencia se refiere al señor D'Artagnan?

-Me refiero a un joven al que vos protegéis, señor de Tréville.

-Sí, Eminencia, es ese mismo.

-No sospecháis que ese joven haya dado malos consejos...

-¿A Athos, a un hombre que le dobla en edad? -interrumpió el señor de Tréville-. No, monseñor. Además, el señor D'Artagnan ha pasado la noche conmigo.

-¡Vaya! -dijo el cardenal-. Todo el mundo ha pasado la noche con usted.

-¿Dudaría Su Eminencia de mi palabra? -dijo Tréville, con el rubor de la cólera en la frente.

-¡No, Dios me guarde de ello! -dijo el cardenal-. Sólo que... ¿a qué hora estaba él con vos?

-¡Puedo decirlo a sabiendas a Vuestra Eminencia porque cuando él entraba me fijé que eran las nueve y media en el péndulo, aunque yo hubiera creído que era más tarde!

-¿Y a qué hora ha salido de vuestro palacio?

-A las diez y media, una hora después del suceso.

-En fin -respondió el cardenal, que no sospechaba ni por un momento de la lealtad de Tréville, y que sentía que la victoria se le escapaba-, en fin, Athos ha sido detenido en esa casa de la calle des Fossoyeurs.

-¿Le está prohibido a un amigo visitar a otro amigo? ¿A un mosquetero de mi compañía confraternizar con un guardia de la compañía del señor Des Essarts?

-Sí, cuando la casa en la que confraterniza con ese amigo es sospechosa.

-Es que esa casa es sospechosa, Tréville -dijo el rey-. Quizá no lo sabíais.

-En efecto, sire, lo ignoraba. En cualquier caso, puede ser sospechosa en cualquier parte; pero niego que lo sea en la parte que habita el señor D'Artagnan; porque puedo afirmaros, sire, que de creer en lo que ha dicho, no existe ni un servidor más fiel de Su Majestad, ni un admirador más profundo del señor cardenal.

-¿No es ese D'Artagnan el que hirió un día a Jussac en ese desafortunado encuentro que tuvo lugar junto al convento de los Carmelitas Descalzos? -preguntó el rey mirando al cardenal, que enrojeció de despecho.

-Y al día siguiente a Bernajoux. Sí, sire; sí, ése es, y Vuestra Majestad tiene buena memoria.

-Entonces, ¿qué decidimos? -dijo el rey.

-Eso atañe a Vuestra Majestad más que a mí -dijo el cardenal-. Yo afirmaré la culpabilidad.

-Y yo la niego -dijo Tréville-. Pero Su Majestad tiene jueces y sus jueces decidirán.

-Eso es -dijo el rey-. Remitamos la causa a los jueces; su misión es juzgar, y juzgarán.

-Sólo que -prosiguió Tréville- es muy triste que, en estos tiempos desgraciados que vivimos la vida más pura, la virtud más irrefutable no eximan a un hombre de la infamia y de la persecución. Y el ejército no estará demasiado contento, puedo responder de ello, de estar expuesto a tratos rigurosos por asuntos de policía.

La frase era imprudente, pero el señor de Tréville la había lanzado con conocimiento de causa. Quería una explosión, por eso de que la mina hace fuego, y el fuego ilumina.

-¡Asuntos de policía! -exclamó el rey, repitiendo las palabras del señor de Tréville-. ¡Asuntos de policía! ¿Y qué sabéis vos de eso, señor? Mezclaos con

vuestros mosqueteros y no me rompáis la cabeza. En vuestra opinión parece que si por desgracia se detiene a un mosquetero, Francia está en peligro. ¡Cuánto escándalo por un mosquetero! ¡Vive el cielo que haré detener a diez! ¡Cien, incluso; toda la compañía! Y no quiero que se oiga ni una palabra.

-Desde el momento en que son sospechosos a Vuestra Majestad -dijo Tréville-, los mosqueteros son culpables; por eso me veis, sire, dispuesto a devolveros mi espada; porque, después de haber acusado a mis soldados, no dudo que el señor cardenal terminará por acusarme a mí mismo; así, pues, es mejor que me constituya prisionero con el señor Athos, que ya está detenido, y con el señor d'Artagnan, a quien se arrestará sin duda.

-Cabezota gascón ¿terminaréis? -dijo el rey.

-Sire -respondió Tréville sin bajar ni por asomo la voz-, ordenad que se me devuelva mi mosquetero o que sea juzgado.

-Se le juzgará -dijo el cardenal.

-¡Pues bien tanto mejor! Porque en tal caso pediré a Su Majestad permiso para abogar por él.

El rey temió un estallido.

-Si Su Eminencia -dijo- no tiene personalmente motivos...

El cardenal vio venir al rey y se le adelantó.

-Perdón -dijo-, pero desde el momento en que Vuestra Majestad ve en mí un juez predisposto, me retiro.

-Veamos -dijo el rey-. ¿Me juráis vos, por mi padre, que el señor Athos estaba con vos durante el suceso y que no ha tomado parte en él?

-Por vuestro glorioso padre y por vos mismo, que sois lo que yo amo y venero más en el mundo, ¡lo juro!

-¿Queréis reflexionar, sire? -dijo el cardenal-. Si soltamos de este modo al prisionero, no podremos conocer nunca la verdad.

-El señor Athos seguirá estando ahí -prosigió el señor de Tréville-, dispuesto a responder cuando plazca a las gentes de toga interrogarlo. No escapará, señor cardenal, estad tranquilo, yo mismo respondo de él.

-Claro que no desertará -dijo el rey-. Se le encontrará siempre, como dice el señor de Tréville. Además -añadió, bajando la voz y mirando con aire suplicante a Su Eminencia-, démosle seguridad: eso es política.

Esta política de Luis XIII hizo sonreír a Richelieu.

-Ordenad, sire -dijo-. Tenéis el derecho de gracia.

-El derecho de gracia no se aplica más que a los culpables -dijo Tréville, que quería tener la última palabra- y mi mosquetero es inocente. No es, pues, gracia lo que vais a conceder, sire, es justicia.

-¿Y está en Fort-l'Evêque? -dijo el rey.

-Sí, sire, y en secreto, en un calabozo, como el último de los criminales.

-¡Diablos! ¡Diablos! -murmuró el rey-. ¿Qué hay que hacer?

-Firmar la orden de puesta en libertad y todo estará dicho -añadió el cardenal-. Yo creo, como Vuestra Majestad, que la garantía del señor de Tréville es más que suficiente.

Tréville se inclinó respetuosamente con una alegría que no estaba exenta de temor; hubiera preferido una resistencia porfiada del cardenal a aquella repentina facilidad.

El rey firmó la orden de excarcelación y Tréville se la llevó sin demora.

En el momento en que iba a salir, el cardenal le dirigió una sonrisa amistosa y dijo al rey:

-Una buena armonía reina entre los jefes y los soldados de vuestros mosqueteros, sire; eso es muy beneficioso para el servicio y muy honorable para todos.

-Me jugará alguna mala pasada de un momento a otro -decía Tréville-. Nunca se tiene la última palabra con un hombre semejante. Pero démonos prisa porque el rey puede cambiar de opinión en seguridad, y á fin de cuentas es más difícil volver a meter en la Bastilla o en Fort-l'Evêque a un hombre que ha salido de ahí que guardar un prisionero que ya se tiene.

El señor de Tréville hizo triunfalmente su entrada en el Fort-l'Évêque, donde liberó al mosquetero, a quien su apacible indiferencia no había abandonado.

Luego, la primera vez que volvió a ver a D'Artagnan, le dijo:

-Escapáis de una buena, vuestra estocada a Jussac está pagada. Queda todavía la de Bernajoux, y no debéis fiaros demasiado.

Por lo demás, el señor de Tréville tenía razón en desconfiar del cardenal y en pensar que no todo estaba terminado, porque apenas hubo cerrado el capitán de los mosqueteros la puerta tras él cuando Su Eminencia dijo al rey:

-Ahora que no estamos más que nosotros dos, vamos a hablar seriamente, si place a Vuestra Majestad. Sire, el señor de Buckingham estaba en París desde hace cinco días y hasta esta mañana no ha partido.



Capítulo XVI

Donde el señor guardasellos Séguier buscó más de una vez la campana para tocarla como lo hacía antaño

Es imposible hacerse una idea de la impresión que estas pocas palabras produjeron en Luis XIII. Enrojeció y palideció sucesivamente; y el cardenal vio en seguida que acababa de conquistar de un solo golpe todo el terreno que había perdido.

-¡El señor de Buckingham en Paris! -exclamó- ¿Y qué viene a hacer?

-Sin duda, a conspirar con vuestros enemigos los hugonotes y los españoles.

-¡No, Pardiez, no! ¡A conspirar contra mi honor con la señora de Chevreuse, la señora de Longueville y los Condé!

-¡Oh sire, qué idea! La reina es demasiado prudente y, sobre todo, ama demasiado a Vuestra Majestad.

-La mujer es débil, señor cardenal -dijo el rey-; y en cuanto a amarme mucho, tengo hecha mi opinión sobre ese amor.

-No por ello dejo de mantener -dijo el cardenal- que el duque de Buckingham ha venido a Paris por un plan completamente político.

-Y yo estoy seguro de que ha venido por otra cosa, señor cardenal; pero si la reina es culpable, ¡que tiemble!

-Por cierto -dijo el cardenal-, por más que me repugne detener mi espíritu en una traición semejante, Vuestra Majestad me da que pensar: la señora de Lannoy, a quien por orden de Vuestra Majestad he interrogado varias veces, me ha dicho esta mañana que la noche pasada Su Majestad había estado en vela hasta muy tarde, que esta mañana había llorado mucho y que durante todo el día había estado escribiendo.

-A él indudablemente -dijo el rey-. Cardenal, necesito los papeles de la reina.

-Pero ¿cómo cogerlos, sire? Me parece que no es Vuestra Majestad ni yo quienes podemos encargarnos de una misión semejante.

-¿Cómo se cogieron cuando la mariscal D'Ancre? -exclamó el rey en el más alto grado de cólera-. Se registraron sus armarios y por último se la registró a ella misma.

-La mariscal D'Ancre no era más que la mariscal D'Ancre, una aventurera florentina, sire, eso es todo, mientras que la augusta esposa de Vuestra Majestad es Ana de Austria, reina de Francia, es decir, una de las mayores princesas del mundo.

-Por eso es más culpable, señor duque. Cuanto más ha olvidado la alta posición en que estaba situada, tanto más bajo ha descendido. Además, hace tiempo que estoy decidido a terminar con todas sus pequeñas intrigas de política y de amor. A su lado tiene también a un tal La Porte...

-A quien yo creo la clave de todo esto, lo confieso -dijo el cardenal.

-Entonces, ¿vos pensáis, como yo, que ella me engaña? -dijo el rey.

-Yo creo, y lo repito a Vuestra Majestad, que la reina conspira contra el poder de su rey, pero nunca he dicho contra su honor.

-Y yo os digo que contra los dos; yo os digo que la reina no me ama; yo os digo que ama a otro; ¡os digo que ama a ese infame duque de Buckingham! ¿Por qué no lo habéis hecho arrestar mientras estaba en París?

-¡Arrestar al duque! ¡Arrestar al primer ministro del rey Carlos II! Pensad en ello, sire. ¡Qué escándalo! Y si las sospechas de Vuestra Majestad, de las que yo sigo dudando, tuvieran alguna consistencia, ¡qué escándalo terrible! ¡Qué escándalo desesperante!

-Pero puesto que se exponía como un vagabundo y un ladronzuelo, había...

Luis XIII se detuvo por sí mismo espantado de lo que iba a decir, mientras que Richelieu, estirando el cuello, esperaba inútilmente la palabra que había quedado en los labios del rey.

-¿Había?

-Nada -dijo el rey-, nada. Pero en todo el tiempo que ha estado en Paris, ¿le habéis perdido de vista?

-No, sire.

- Dónde se alojaba?

-In la calle de La Harpe, número 75.

-¿Dónde está eso?

-Junto al Luxemburgo.

-¿Y estáis seguro de que la reina y él no se han visto?

-Creo que la reina está demasiado vinculada a sus deberes, sire.

-Pero se han escrito; es a él a quien la reina ha escrito durante todo el día; señor duque, ¡necesito esas cartas!

-Pero, sire...

-Señor duque, al precio que sea las quiero.

-Haré observar, sin embargo, a Vuestra Majestad...

-¿Me traicionáis vos también, señor cardenal, para oponeros siempre así a mis deseos? ¿Estáis de acuerdo con los españoles y con los ingleses, con la señora de Chevreuse y con la reina?

-Sire -respondió suspirando el cardenal-, creía estar al abrigo de semejante sospecha.

-Señor cardenal, ya me habéis oído: quiero esas cartas.

-No habría más que un medio.

- ¿Cuál?

-Sería encargar de esta misión al señor guardasellos Séguier. La cosa entra por entero en los deberes de su cargo.

-¡Que envíen a buscarlo ahora mismo!

-Debe estar en mi casa, sire; hice que le rogasen pasarse por allí, y cuando he venido al Louvre he dejado la orden de hacerle esperar si se presentaba.

-¡Que vayan a buscarlo ahora mismo!

-Las órdenes de Vuestra Majestad serán cumplidas, pero...

-¿Pero qué?

-La reina se negará quizá a obedecer.

-¿Mis órdenes?

-Sí, si ignora que esas órdenes vienen del rey.

-Pues bien para que no lo dude, voy a prevenirla yo mismo.

-Vuestra Majestad no debe olvidar que he hecho todo cuanto he podido para prevenir una ruptura.

-Sí duque, sé que vos sois muy indulgente con la reina, demasiado indulgente quizá, y os prevengo que luego tendremos que hablar de esto.

-Cuando le plazca a Vuestra Majestad; pero siempre estaré feliz y orgulloso, sire, de sacrificarme a la buena armonía que deseo ver reinar entre vos y la reina de Francia.

-Bien, cardenal, bien; pero mientras tanto enviad en busca del señor guardasellos; yo entro en los aposentos de la reina.

Y abriendo la puerta de comunicación, Luis XIII se adentró por el corredor que conducía de sus habitaciones a las de Ana de Austria.

La reina estaba en medio de sus mujeres, la señora de Guitaut, la señora de Sablé, la señora de Montbazon y la señora de Guéménée. En un rincón estaba aquella camarista española, doña Estefanía, que la había seguido desde Madrid. La señora de Guéménée leía, y todo el mundo escuchaba con atención a la lectora, a excepción de la reina que, por el contrario, había provocado aquella lectura a fin de poder seguir el hilo de sus propios pensamientos mientras fingía escuchar.

Estos pensamientos, pese a lo dorados que estaban por un último reflejo de amor, no eran menos tristes. Ana de Austria, privada de la confianza de su marido, perseguida por el odio del cardenal, que no podía perdonarle haber rechazado un sentimiento más dulce, con los ojos puestos en el ejemplo de la reina madre, a quien aquel odio había atormentado toda su vida -aunque María de Médicis, si hay que creer las Memorias de la época, hubiera comenzado por conceder al cardenal el sentimiento que Ana de Austria terminó siempre por negarle-. Ana de Austria había visto caer a su alrededor a sus servidores más abnegados, sus confidentes más íntimos, sus favoritos más queridos. Como esos desgraciados dotados de un

don funesto, llevaba la desgracia a cuanto tocaba; su amistad era un signo fatal que apelaba a la persecución. La señora Chevreuse y la señora de Vernet estaban exiliadas; finalmente, La Porte no ocultaba a su ama que esperaba ser arrestado de un momento a otro.

Fue el instante en que estaba sumida en la más profunda y sombría de estas reflexiones cuando la puerta de la habitación se abrió y entró el rey.

La lectora se calló al momento, todas las damas se levantaron y se hizo un profundo silencio.

En cuanto al rey, no hizo ninguna demostración de cortesía; sólo, deteniéndose ante la reina, dijo con voz alterada:

-Señora, vais a recibir la visita del señor canciller, que os comunicará ciertos asuntos que le he encargado.

La desgraciada reina, a la que amenazaba constantemente con el divorcio, el exilio e incluso el juicio, palideció bajo el rouge y no pudo impedirse decir:

-Pero ¿por qué esta visita, sire? ¿Qué va a decirme el señor canciller que Vuestra Majestad no pueda decirme por sí misma?

El rey giró sobre sus talones sin responder y casi en ese mismo instante el capitán de los guardias, el señor de Guitaut, anunció la visita del señor canciller.

Cuando el canciller apareció, el rey había salido ya por otra puerta.

El canciller entró medio sonriendo, medio ruborizándose. Como probablemente volveremos a encontrarlo en el curso de esta historia, no estaría mal que nuestros lectores traben desde ahora conocimiento con él.

El tal canciller era un hombre agradable. Fue Des Roches de Masle, canónigo de Notre-Dame y que en otro tiempo había sido ayuda de cámara del cardenal, quien le propuso a Su Eminencia como un hombre totalmente adicto. El cardenal se fío y le fue bien.

Contaban de él algunas historias, entre otras ésta:

Tras una juventud tormentosa, se había retirado a un convento para expiar al menos durante algún tiempo las locuras de la adolescencia.

Pero, al entrar en aquel santo lugar, el pobre penitente no pudo cerrar la puerta con la rapidez suficiente para que las pasiones de que huía no entraran con él. Estaba obsesionado sin tregua, y el superior, a quien había confiado esa desgracia, queriendo ayudarlo en lo que pudiese, le había recomendado para conjurar al demonio tentador recurrir a la cuerda de la campana y echarla al vuelo. Al ruido delator, los monjes sabrían que la tentación asediaba a un hermano, y toda la comunidad se pondría a rezar.

El consejo pareció bueno al futuro canciller. Conjuró al espíritu maligno con gran acompañamiento de plegarias hechas por los monjes; pero el diablo no se deja desposeer fácilmente de una plaza en la que ha sentado sus reales; a medida que redoblaban los exorcismos, redoblaba él las tentaciones; de suerte que día y noche la campana repicaba anunciando el extremo deseo de mortificación que experimentaba el penitente.

Los monjes no tenían ni un instante de reposo. Por el día no hacían más que subir y bajar las escaleras que conducían a la capilla; por la noche, además de completas y maitines, estaban obligados a saltar veinte veces fuera de sus camas y a prosternarse en las baldosas de sus celdas.

Se ignora si fue el diablo quien soltó la presa o fueron los monjes quienes se cansaron; pero al cabo de tres meses, el diablo reapareció en el mundo con la reputación del más terrible poseso que jamás haya existido.

Al salir del convento entró en la magistratura, se convirtió en presidente con birrete en el puesto de su tío, abrazó el partido del cardenal, cosa que no probaba poca sagacidad; se hizo canciller, sirvió a su eminencia con celo en su odio contra la reina madre y en su venganza contra Ana de Austria; estimuló a los jueces en el asunto de Chalais, alentó los ensayos del señor de Laffemas, gran ahorcador de Francia; finalmente, investido de toda la confianza del cardenal, confianza que tan bien se había ganado, vino a recibir la singular comisión para cuya ejecución se presentaba en el aposento de la reina.

La reina estaba aún de pie cuando él entró, pero apenas lo hubo visto se volvió a sentar en su sillón a hizo seña a sus mujeres de volverse a sentar en sus cojines y taburetes, y con un tono de suprema altivez preguntó:

- Qué deseáis, señor y con qué fin os presentáis aquí?

-Para hacer en nombre del rey, señora, y salvo el respeto que tengo el honor de deber a Vuestra Majestad, una indagación completa en vuestros papeles.

-¡Cómo, señor! Una indagación en mis papeles... ¡A mil ¡Qué cosa más indigna!

-Os ruego que me perdonéis, señora, pero en esta circunstancia no soy sino el instrumento de que el rey se sirve. ¿No acaba de salir de aquí Su Majestad y no os ha invitado ella misma a prepararos para esta visita?

-Registrad, pues, señor; soy una criminal según parece: Estefanía, dadle las llaves de mis mesas y de mis secreteres.

El canciller hizo una visita por pura formalidad a los muebles, pero sabía de sobra que no era en un mueble donde la reina había debido guardar la importante carta que había escrito durante el día.

Cuando el canciller hubo abierto y cerrado veinte veces los cajones del secreter, tuvo, pese a los titubeos que experimentaba, tuvo, digo, que llegar a la conclusión del asunto, es decir, a registrar a la propia reina. El canciller avanzó, pues, hacia Ana de Austria, y con un tono muy perplejo y aire muy embarazado, dijo:

-Y ahora sólo me queda por hacer la indagación principal.

-¿Cuál? -preguntó la reina, que no comprendía o que, mejor dicho, no quería comprender.

-Su Majestad está segura de que ha sido escrita por vos una carta durante el día; sabe que aún no ha sido enviada a su destinatario. Esa carta no se encuentra ni en vuestra mesa ni en vuestro secreter y, sin embargo, esa carta está en alguna parte.

-¿Os atreveríais a poner la mano sobre vuestra reina? -dijo Ana de Austria, irguiéndose en toda su altivez y fijando sobre el canciller sus ojos, cuya expresión se había vuelto casi amenazadora.

-Yo soy un súbdito fiel del rey, señora; y todo cuanto Su Majestad ordene lo haré.

-Pues bien es cierto -dijo Ana de Austria-, y los espías del señor cardenal le han servido bien. Hoy he escrito una carta, esa carta no está en ninguna parte. La carta está aquí.

Y la reina llevó su bella mano a su blusa.

-Entonces, dadme esa carta, señora -dijo el canciller.

-No se la daré más que al rey, señor -dijo Ana.

-Si el rey hubiera querido que esa carta le hubiera sido entregada, señora, os la hubiera pedido él mismo. Pero, os lo repito, es a mí a quien ha encargado reclamárosla, y si no la entregáis...

-¿Y bien?

-También me ha encargado cogéroslo.

-Cómo, ¿qué queréis decir?

-Que mis órdenes van lejos, señora, y que estoy autorizado a buscar el papel sospechoso en la persona misma de Vuestra Majestad.

-¡Qué horror! -exclamó la reina.

-¿Queréis pues, hacer las cosas fáciles?

-Esa conducta es de una violencia infame, ¿lo sabíais, señor?

-El rey manda, señora, perdonadme.

-No lo soportaré; no, no, ¡antes morir! -exclamó la reina, en la que se revolvía la sangre imperiosa de la española y de la austríaca.

El canciller hizo una profunda reverencia, luego, con la intención bien patente de no retroceder un ápice en el cumplimiento de la comisión que se le había encargado y como hubiera podido hacerlo un ayudante de verdugo en la cámara de torturas, se acercó a Ana de Austria, de cuyos ojos se vieron en el mismo instante brotar lágrimas de rabia.

Como hemos dicho, la reina era de una gran belleza.

El cometido podía, pues, pasar por delicado, y el rey había llegado, a fuerza de celos contra Buckingham, a no estar celoso de nadie.

Sin duda el canciller Séguier buscó en ese momento con los ojos el cordón de la famosa campana; pero al no encontrarlo, tomó su decisión y tendió la mano hacia el lugar en que la reina había confesado que se encontraba el papel.

Ana de Austria dio un paso hacia atrás, tan pálida que se hubiera dicho que iba a morir; y apoyándose con la mano izquierda, para no caer, en una mesa que se encontraba tras ella, sacó con la derecha un papel de su pecho y lo tendió al guardasellos.

-Tomad, señor, ahí está la carta -exclamó la reina, con voz entrecortada y temblorosa-. Cogedla y libradme de vuestra odiosa presencia.

El canciller, que por su parte temblaba por una emoción fácil de concebir, cogió la carta, saludó hasta el suelo y se retiró.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, cuando la reina cayó semidesvanecida en brazos de sus mujeres.

El canciller fue a llevar la carta al rey sin haber leído una sola palabra. El rey la cogió con la mano temblorosa, buscó el destinatario, que faltaba; se puso muy pálido, la abrió lentamente; luego, al ver por las primeras letras que estaba dirigida al rey de España, leyó con rapidez.

Era todo un plan de ataque contra el cardenal. La reina invitaba a su hermano y al emperador de Austria a fingir, heridos como estaban por la política de Richelieu, cuya eterna preocupación fue el sometimiento de la casa de Austria, que declaraban la guerra a Francia y que imponían como condición de la paz el despido del cardenal; pero de amor no había una sola palabra en toda aquella carta.

El rey, todo contento, se informó de si el cardenal estaba aún en el Louvre. Se le dijo que Su Eminencia esperaba, en el gabinete de trabajo, las órdenes de Su Majestad.

El rey se dirigió al punto a su lado.

-Tomad, duque -le dijo-; teníais razón y era yo el que estaba equivocado; toda la intriga es política, y no había ningún asunto de amor en esta carta. En cambio se trata, y mucho, de vos.

El cardenal tomó la carta y la leyó con la mayor atención; luego, cuando hubo llegado al fin la releyó una segunda vez.

-¡Bien! -dijo-. Vuestra Majestad ya ve hasta dónde llegan mis enemigos: se os amenaza con dos guerras si no me echáis. En verdad, yo en vuestro lugar, sire, cedería a tan poderosas instancias y, por mi parte, yo me retiraría de los asuntos públicos con verdadera dicha.

-¿Qué decís, duque?

-Digo, sire, que mi salud se pierde en estas luchas excesivas y en estos trabajos eternos. Digo que lo más probable es que yo no pueda soportar las fatigas del asedio de La Rochelle, y que más valdría que nombrarais para él al señor de Condé, o al señor de Basompierre o a algún valiente que se halle en situación de dirigir la guerra, y no a mí, que soy un hombre de iglesia, al que se aleja constantemente de mi vocación para aplicarme a cosas para las que no tengo ninguna aptitud. Seréis más feliz en el interior, sire, y no dudo que seréis más grande en el extranjero.

-Señor duque -dijo el rey- comprendo, estad tranquilo; todos los que son nombrados en esa carta serán castigados como merecen, y la reina también.

-¿Qué decís, sire? Dios me guarde de que, por mí, la reina sufra la menor contrariedad. Ella siempre me ha creído su enemigo, sire, aunque Vuestra Majestad puede atestiguar que yo siempre la he apoyado calurosamente, incluso contra vos. ¡Oh, si ella traicionase a Vuestra Majestad en su honor, sería otra cosa, y yo sería el primero en decir: «¡Nada de gracia sire, nada de gracia para la culpable!» Afortunadamente no es nada de eso, y Vuestra Majestad acaba de adquirir una nueva prueba.

-Es cierto, señor cardenal -dijo el rey-, y teníais razón, como siempre; pero no por ello deja la reina de merecer toda mi cólera.

-Sois vos, sire, quien habéis incurrido en la suya; y si realmente ella hiciera ascos seriamente a Vuestra Majestad, yo lo comprendería; Vuestra Majestad la ha tratado con una severidad...

-Así es como trataré siempre a mis enemigos y a los vuestros, duque, por alto que estén colocados y sea cual sea el peligro que yo coma por actuar severamente con ellos.

-La reina es mi enemiga, pero no la vuestra, sire; al contrario, es una esposa abnegada, sumisa a irreprochable; dejadme, pues, sire, interceder por ello junto a Vuestra Majestad.

-¡Entonces que se humille, y que venga a mí la primera!

-Al contrario, sire, dad ejemplo: vos habéis cometido el primer error, puesto que sois vos quien habéis sospechado de la reina.

- ¿Que yo vaya el primero? -dijo el rey-. ¡Jamás!

-Sire, os lo suplico.

-Además, ¿cómo iría yo el primero?

-Haciendo una cosa que sabéis que le gustaría.

-¿Cuál?

-Dad un baile; ya sabéis cuánto le gusta a la reina la danza; os prometo que su rencor no resistirá ante semejante tentación.

-Señor cardenal, vos sabéis que no me gustan todos esos placeres mundanos.

-Por eso la reina os quedará más agradecida, puesto que sabe vuestra antipatía por ese placer; además, será una ocasión para ella de ponerse esos bellos herretes de diamantes que acabáis de darle por su cumpleaños el otro día, y que aún no ha tenido tiempo de ponerse.

-Ya veremos, señor cardenal, ya veremos -dijo el rey, que en su alegría por hallar a la reina culpable de un crimen que le importaba poco a inocente de una falta que temía mucho, estaba dispuesto a reconciliarse con ella-. Ya veremos; pero, por mi honor, sois demasiado indulgente.

-Sire -dijo el cardenal- dejad la severidad a los ministros, la indulgencia es la virtud real; usadla y veréis cómo os encontraréis bien.

Tras esto, el cardenal, oyendo dar en el péndulo las once, se inclinó profundamente pidiendo permiso al rey para retirarse y suplicándole que se reconciliase con la reina.

Ana de Austria, que a consecuencia de la confiscación de su carta esperaba algún reproche, quedó muy sorprendida al ver al día siguiendo al rey hacer tentativas de acercamiento hacia ella. Su primer movimiento fue de repulsa, su orgullo de mujer y su dignidad de reina habían sido, los dos, tan cruelmente ofendidos que no podía reconciliarse así, a la primera; pero, vencida por el consejo de sus mujeres, tuvo finalmente aspecto de comenzar a olvidar. El rey aprovechó aquel primer momento de retorno para decirle que contaba con dar de un momento a otro una fiesta.

Era una cosa tan rara una fiesta para la pobre Ana de Austria que, como había pensado el cardenal, ante este anuncio la última huella de sus resentimientos desapareció, si no de su corazón, al menos de su rostro. Ella preguntó qué día debía tener lugar aquella fiesta, pero el rey respondió que tenía que entenderse sobre este punto con el cardenal.

En efecto, todos los días el rey preguntaba al cardenal en qué época tendría lugar aquella fiesta, y todos los días, el cardenal, con un pretexto cualquiera, difería fijarla.

Así pasaron diez días.

El octavo día después de la escena que hemos contado, el cardenal recibió una carta, con sello de Londres, que contenía solamente estas pocas líneas:

«Los tengo; pero no puedo abandonar Londres, dado que me falta dinero; enviadme quinientas pistolas, y, cuatro o cinco días después de haberlas recibido, estaré en Paris.»

El mismo día en que el cardenal hubo recibido esta carta, el rey le dirigió su pregunta habitual.

Richelieu contó con los dedos y se dijo en voz baja:

-Ella llegará, según dice, cuatro o cinco días después de haber recibido el dinero; se necesitan cuatro o cinco días para que el dinero llegue, cuatro o cinco para que ella vuelva, lo cual hacen diez días; ahora demos su parte a los vientos contrarios, a la mala suerte, a las debilidades de mujer y pongamos doce días.

-¡Y bien, señor duque! -dijo el rey-. ¿Habéis calculado?

-Sí, siré; hoy estamos a 20 de septiembre; los regidores de la ciudad dan una fiesta el 3 de octubre. Resultará todo de maravilla, porque así no parecerá que volvéis a la reina.

Luego el cardenal añadió:

-A propósito, sire, no olvidéis decir a Su Majestad, la víspera de esa fiesta, que deseáis ver cómo le sientan sus herretes de diamantes.

Capítulo XVII

El matrimonio Bonacieux

Era la segunda vez que el cardenal insistía en ese punto de los herretes de diamantes con el rey. Luis XIII quedó sorprendido, pues, por aquella insistencia, y pensó que tal recomendación ocultaba algún misterio.

Más de una vez el rey había sido humillado porque el cardenal -cuya policía, sin haber alcanzado la perfección de la policía moderna, era excelente- estuviese mejor informado que él mismo de lo que pasaba en su propio matrimonio. Esperó, pues, sacar, de un encuentro con Ana de Austria, alguna luz de aquella conversación y volver luego junto a Su Eminencia con algún secreto que el cardenal supiese o no supiese, lo cual, tanto en un caso como en otro, le realzaba infinitamente a los ojos de su ministro.

Fue, pues, en busca de la reina y, según su costumbre, la abordó con nuevas amenazas contra quienes la rodeaban. Ana de Austria bajó la cabeza y dejó pasar el torrente sin responder, esperando que terminaría por detenerse; pero no era eso lo que quería Luis XIII; Luis XIII quería una discusión de la que saliese alguna luz nueva, convencido como estaba de que el cardenal tenía alguna segunda intención y maquinaba una sorpresa terrible como sabía hacer Su Eminencia. Y llegó a esa meta con su persistencia en acusar.

-Pero -exclamó Ana de Austria, cansada de aquellos vagos ataques-, pero sire, no me decís todo lo que tenéis en el corazón. ¿Qué he hecho yo? Veamos, ¿qué nuevo crimen he cometido? Es posible que Vuestra Majestad haga todo este escándalo por una carta escrita a mi hermano.

El rey, atacado a su vez de una manera tan directa, no supo qué responder; pensó que aquel era el momento de colocar la recomendación que no debía hacer más que la víspera de la fiesta.

-Señora -dijo con majestad-, habrá dentro de poco un baile en el Ayuntamiento; espero que para honrar a nuestros valientes regidores aparezcáis en traje de ceremonia y sobre todo adornada con los herretes de diamantes que os he dado por vuestro cumpleaños. Esa es mi respuesta.

La respuesta era terrible. Ana de Austria creyó que Luis XIII lo sabía todo, y que el cardenal había conseguido de él ese largo disimulo de siete a ocho días, que cuadraba por lo demás con su carácter. Se puso excesivamente pálida, apoyó sobre una consola su mano de admirable belleza y que parecía en ese momento una mano de cera y, mirando al rey con los ojos espantados, no respondió ni una sola sílaba.

-¿Habéis oído, señora? -dijo el rey, que gozaba con aquel embarazo en toda su extensión, pero sin adivinar la causa-. ¿Habéis oído?

-Sí, sire, he oído -balbuceó la reina.

-¿Iréis a ese baile?

-Sí.

-Con vuestros herretes?

La palidez de la reina aumentó aún más, si es que era posible; el rey se percató de ello, y lo disfrutó con esa fría crueldad que era una de las partes malas de su carácter.

-Entonces, convenido -dijo el rey-. Eso era todo lo que tenía que deciros.

-Pero ¿qué día tendrá lugar el baile? -preguntó Ana de Austria. Luis XIII sintió instintivamente que no debía responder a aquella pregunta, pues la reina la había hecho con una voz casi moribunda.

-Muy pronto, señora -dijo-; pero no me acuerdo con precisión de la fecha del día, se la preguntaré al cardenal.

-¿Ha sido el cardenal quien os ha anunciado esa fiesta? -exclamó la reina.

-Sí, señora -respondió el rey asombrado-. Pero ¿por qué?

-¿Ha sido él quien os ha dicho que me invitéis a aparecer con los herretes?

-Es decir, señora...

-¡Ha sido él, sire, ha sido él!

-¡Y bien! ¿Qué importa que haya sido él o yo? ¿Hay algún crimen en esa invitación?

-No, sire.

-Entonces, ¿os presentaréis?

-Sí, sire.

-Está bien -dijo el rey, retirándose-. Está bien, cuento con ello.

La reina hizo una reverencia, menos por etiqueta que porque sus rodillas flaqueaban bajo ella.

El rey partió encantado.

-Estoy perdida -murmuró la reina-. Perdida porque el cardenal lo sabe todo, y es él quien empuja al rey, que todavía no sabe nada, pero que sabrá todo muy pronto. ¡Estoy perdida! ¡Dios mío, Dios mío Dios mío!

Se arrodilló sobre un cojín y rezó con la cabeza hundida entre sus brazos palpitantes.

En efecto, la posición era terrible. Buckingham había vuelto a Londres, la señora de Chevreuse estaba en Tours. Más vigilada que nunca, la reina sentía sordamente que una de sus mujeres la traicionaba, sin saber decir cuál. La Porte no podía abandonar el Louvre. No tenía a nadie en el mundo en quien fiarse.

Por eso, en presencia de la desgracia que la amenazaba y del abandono que era el suyo, estalló en sollozos.

-¿No puedo yo servir para nada a Vuestra Majestad? -dijo de pronto una voz llena de dulzura y de piedad.

La reina se volvió vivamente, porque no había motivo para equivocarse en la expresión de aquella voz: era una amiga quien así hablaba.

En efecto, en una de las puertas que daban a la habitación de la reina apareció la bonita señora Bonacieux; estaba ocupada en colocar los vestidos y la ropa en un gabinete cuando el rey había entrado; no había podido salir, y había oído todo.

La reina lanzó un grito agudo al verse sorprendida, porque en su turbación no reconoció al principio a la joven que le había sido dada por La Porte.

-¡Oh, no temáis nada, señora! -dijo la joven juntando las manos y llorando ella misma las angustias de la reina-. Pertenezco a Vuestra Majestad en cuerpo y alma, y por lejos que esté de ella, por inferior que sea mi posición, creo que he encontrado un medio para librar a Vuestra Majestad de preocupaciones.

-¡Vos! ¡Oh, cielos! ¡Vos! -exclamó la reina-. Pero veamos, miradme a la cara. Me traicionan por todas partes, ¿puedo fiarme de vos?

-¡Oh, señora! -exclamó la joven cayendo de rodillas-. Por mi alma, ¡estoy dispuesta a morir por Vuestra Majestad!

Esta exclamación había salido del fondo del corazón y, como el primero, no podía engañar.

-Sí -continuó la señora Bonacieux-. Sí, aquí hay traidores; pero por el santo nombre de la Virgen, os juro que nadie es más adicta que yo a Vuestra Majestad. Esos herretes que el rey pide de nuevo se los habéis dado al duque de Buckingham, ¿no es así? ¿Esos herretes estaban guardados en una cajita de palo de rosa que él llevaba bajo el brazo? ¿Me equivoco acaso? ¿No es así?

-¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! -murmuró la reina cuyos dientes castañeaban de terror.

-Pues bien, esos herretes -prosiguió la señora Bonacieux- hay que recuperarlos.

-Sí, sin duda, hay que hacerlo -exclamó la reina-. Pero ¿cómo, cómo conseguirlo?

-Hay que enviar a alguien al duque.

-Pero ¿quién...? ¿Quién...? ¿De quién fiarme?

-Tened confianza en mí, señora; hacedme ese honor, mi reina, y yo encontraré el mensajero.

-¡Pero será preciso escribir!

-¡Oh, sí! Es indispensable. Dos palabras de mano de Vuestra Majestady vuestro sello particular.

-Pero esas dos palabras, ¡son mi condena, son el divorcio, el exilio!

-¡Sí, si caen en manos infames! Pero yo respondo de que esas dos palabras sean remitidas a su destinatario.

-¡Oh, Dios mío! ¡Es preciso, pues, que yo ponga mi vida, mi honor, mi reputación en vuestras manos!

-¡Sí, sí, señora, lo es, y yo salvaré todo esto!

-Pero ¿cómo? Decídmelo al menos.

-Mi marido ha sido puesto en libertad hace tres días; aún no he tenido tiempo de volverlo a ver. Es un hombre bueno y honesto que no tiene odio ni amor por nadie. Hará lo que yo quiera; partirá a una orden mía, sin saber lo que lleva, y entregará la carta de Vuestra Majestad, sin saber siquiera que es de Vuestra Majestad, al destinatario que se le indique.

La reina tomó las dos manos de la joven en un arrebato apasionado, la miró como para leer en el fondo de su corazón, y al no ver más que sinceridad en sus bellos ojos la abrazó tiernamente.

-¡Haz eso -exclamó-, y me habrás salvado la vida, habrás salvado mi honor!

-¡Oh! No exageréis el servicio que yo tengo la dicha de haceros; yo no tengo que salvar de nada a Vuestra Majestad, que es solamente víctima de pérfidas conspiraciones.

-Es cierto, es cierto, hija mía -dijo la reina-. Y tienes razón.

-Dadme, pues, esa carta, señora, el tiempo apremia.

La reina corrió a una pequeña mesa sobre la que había tinta, papel y plumas; escribió dos líneas, selló la carta con su sello y la entregó a la señora Bonacieux.

-Y ahora -dijo la reina-, nos olvidamos de una cosa muy necesaria. . .

-¿Cuál?

-El dinero.

La señora Bonacieux se ruborizó.

-Sí, es cierto -dijo-. Confesaré a Vuestra Majestad que mi marido. . .

-Tu marido no lo tiene, es eso lo que quieres decir.

-Claro que sí, lo tiene pero es muy avaro, es su defecto. Sin embargo que Vuestra Majestad no se inquiete, encontraremos el medio...

-Es que yo tampoco tengo -dijo la reina (quienes lean las Memorias de la señora de Motteville no se extrañarán de esta respuesta)-. Pero espera.

Ana de Austria corrió a su escriño.

-Toma -dijo-. Ahí tienes un anillo de gran precio, según aseguran; procede de mi hermano el rey de España, es mío y puedo disponer de él. Toma ese anillo y hazlo dinero, y que tu marido parta.

-Dentro de una hora seréis obedecida.

-Ya ves el destinatario -añadió la reina hablando tan bajo que apenas podía oírse lo que decía: A Milord el duque de Buckingham, en Londres.

-La carta le será entregada personalmente.

-¡Muchacha generosa! -exclamó Ana de Austria.

La señora Bonacieux besó las manos de la reina, ocultó el papel en su blusa y desapareció con la ligereza de un pájaro.

Diez minutos más tarde estaba en su casa; como le había dicho a la reina no había vuelto a ver a su marido desde su puesta en libertad; por tanto ignoraba el cambio que se había operado en él respecto del cardenal, cambio que habían logrado la lisonja y el dinero de Su Eminencia y que habían corroborado, luego, dos o tres visitas del conde de Rochefort, convertido en el mejor amigo de Bonacieux, al que había hecho creer sin mucho esfuerzo que ningún sentimiento culpable le había llevado al rapto de su mujer, sino que era solamente una precaución política.

Encontró al señor Bonacieux solo; el pobre hombre ponía a duras penas orden en la casa, cuyos muebles había encontrado casi rotos y cuyos armarios casi vacíos, pues no es la justicia ninguna de las tres cosas que el rey Salomón indica que no dejan huellas de su paso. En cuanto a la criada, había huido cuando el arresto de su amo. El terror había ganado a la pobre muchacha hasta el punto de que no había dejado de andar desde Paris hasta Bourgogne, su país natal.

El digno mercero había participado a su mujer, tan pronto como estuvo de vuelta en casa, su feliz retorno, y su mujer le había respondido para felicitarle y para decirle que el primer momento que pudiera escamotear a sus deberes sería consagrado por entero a visitarle.

Aquel primer momento se había hecho esperar cinco días, lo cual en cualquier otra circunstancia hubiera parecido algo largo a maese Bonacieux; pero en la visita que había hecho al cardenal y en las visitas que le hacía Rochefort, había amplio tema de reflexión, y como se sabe, nada hace pasar el tiempo como reflexionar.

Tanto más cuanto que las reflexiones de Bonacieux eran todas color de rosa. Rochefort le llamaba su amigo, su querido Bonacieux, y no cesaba de decirle que el cardenal le hacía el mayor caso. El mercero se veía ya en el camino de los honores y de la fortuna.

Por su parte, la señora Bonacieux había reflexionado, pero hay que decirlo, por otro motivo muy distinto que la ambición; a pesar suyo, sus pensamientos habían tenido por móvil constante aquel hermoso joven tan valiente y que parecía tan amoroso. Casada a los dieciocho años con el señor Bonacieux, habiendo vivido siempre en medio de los amigos de su marido, poco susceptibles de inspirar un sentimiento cualquiera a una joven cuyo corazón era más elevado que su posición, la señora Bonacieux había permanecido insensible a las seducciones vulgares; pero, en esa época sobre todo, el título de gentilhomme tenía gran influencia sobre la burguesía y D'Artagnan era gentil hombre; además, llevaba el uniforme de los guardias que después del uniforme de los mosqueteros era el más apreciado de las damas. Era, lo repetimos, hermoso, joven, aventurero; hablaba de amor como hombre que ama y que tiene sed de ser amado; tenía más de lo que es preciso para enloquecer a una cabeza de veintitrés años y la señora Bonacieux había llegado precisamente a esa dichosa edad de la vida.

Aunque los dos esposos no se hubieran visto desde hacía más de ocho días, y aunque graves acontecimientos habían pasado entre ellos, se abordaron, pues, con cierta preocupación; sin embargo, el señor Bonacieux manifestó una alegría real y avanzó hacia su mujer con los brazos abiertos.

La señora Bonacieux le presentó la frente.

-Hablemos un poco -dijo ella.

-¿Cómo? -dijo Bonacieux, extrañado.

-Sí, tengo una cosa de la mayor importancia que deciros.

-Por cierto, que yo también tengo que haceros algunas preguntas bastante serias. Explicadme un poco vuestro rapto, por favor.

-Por el momento no se trata de eso -dijo la señora Bonacieux.

-¿Y de qué se trata entonces? ¿De mi cautividad?

-Me enteré de ella el mismo día; pero como no erais culpable de ningún crimen, como no erais cómplice de ninguna intriga, como no sabíais nada, en fin, que pudiera comprometeros, ni a vos ni a nadie, no he dado a ese suceso más importancia de la que merecía.

-¡Habláis muy a vuestro gusto señora! -prosiguió Bonacieux, herido por el poco interés que le testimoniaba su mujer-. ¿Sabéis que he estado metido un día y una noche en un calabozo de la Bastilla?

-Un día y una noche que pasan muy pronto; dejemos, pues, vuestra cautividad, y volvamos a lo que me ha traído a vuestro lado.

-¿Cómo? ¡Lo que os trae a mi lado! ¿No es, pues, el deseo de volver a ver a un marido del que estáis separada desde hace ocho días? -pregunto el mercero picado en lo más vivo.

-Es eso en primer lugar, y además otra cosa.

-¡Hablad!

-Una cosa del mayor interés y de la que depende nuestra fortuna futura quizá.

-Nuestra fortuna ha cambiado mucho de cara desde que os vi, señora Bonacieux, y no me extrañaría que de aquí a algunos meses causara la envidia de mucha gente.

-Sí, sobre todo si queréis seguir las instrucciones que voy a daros.

- ¿A mí?

-Sí, a vos. Hay una buena y santa acción que hacer, señor, y mucho dinero que ganar al mismo tiempo.

La señora Bonacieux sabía que hablando de dinero a su marido le cogía por el lado débil.

Pero aunque un hombre sea mercero, cuando ha hablado diez minutos con el cardenal Richelieu, no es el mismo hombre.

-¡Mucho dinero que ganar! -dijo Bonacieux estirando los labios.

-Sí, mucho.

-¿Cuánto, más o menos?

-Quizá mil pistolas.

-¿Lo que vais a pedirme es, pues, muy grave?

-Sí.

-¿Qué hay que hacer?

-Saldréis inmediatamente, yo os entregaré un papel del que no os desprenderéis bajo ningún pretexto, y que pondréis en propia mano de alguien.

-¿Y adónde tengo que ir?

-A Londres.

-¡Yo a Londres! Vamos, estáis de broma, yo no tengo nada que hacer en Londres.

-Pero otros necesitan que vos vayáis.

-¿Quiénes son esos otros? Os lo advierto, no voy a hacer nada más a ciegas, y quiero saber no sólo a qué me expongo, sino también por quién me expongo.

-Una persona ilustre os envía, una persona ilustre os, espera; la recompensa superará vuestros deseos, he ahí cuanto puedo prometeros.

-¡Intrigas otra vez, siempre intrigas! Gracias, yo ahora no me fío, y el cardenal me ha instruido sobre eso.

-¡El cardenal! -exclamó la señora Bonacieux-. ¡Habéis visto al cardenal!

-El me hizo llamar -respondió orgullosamente el mercero.

-Y vos aceptasteis su invitación, ¡qué imprudente!

-Debo decir que no estaba en mi mano aceptar o no aceptar, porque yo estaba entre dos guardias. Es cierto además que, como entonces yo no conocía a Su Eminencia, si hubiera podido dispensarme de esa visita, hubiera estado muy encantado.

-¿Os ha maltratado entonces? ¿Os ha amenazado acaso?

-Me ha tendido la mano y me ha llamado su amigo, ¡su amigo! ¿Oís, señora?
¡Yo soy el amigo del gran cardenal!

-¡Del gran cardenal!

-¿Le negaríais, por casualidad ese título, señora?

-Yo no le niego nada, pero os digo que el favor de un ministro es efímero, y que hay que estar loco para vincularse a un ministro; hay poderes que están por encima del suyo, que no descansan en el capricho de un hombre o en el resultado de un acontecimiento; de esos poderes es de los que hay que burlarse.

-Lo siento, señora, pero no conozco otro poder que el del gran hombre a quien tengo el honor de servir.

-¿Vos servís al cardenal?

-Sí, señora, y como su servidor no permitiré que os dediquéis a conspiraciones contra el Estado, y que vos misma sirváis a las intrigas de una mujer que no es francesa y que tiene el corazón español. Afortunadamente el cardenal está ahí, su mirada alerta vigila y penetra hasta el fondo del corazón.

Bonacieux repetía palabra por palabra una frase que había oído decir al conde de Rochefort; pero la pobre mujer, que había contado con su marido y que, en aquella esperanza, había respondido por él a la reina, no tembló menos, tanto por el peligro en el que ella había estado a punto de arrojarse, como por la impotencia en que se encontraba. Sin embargo, conociendo la debilidad y sobre todo la codicia de su marido, no desesperaba de atraerle a sus fines.

-¡Ah! Sois cardenalista, señor -exclamó-. ¡Conque servís al partido de los que maltratan a vuestra mujer a insultan a vuestra reina!

-Los intereses particulares no son nada ante los intereses de todos. Yo estoy de parte de quienes salvan al Estado -dijo con énfasis Bonacieux.

Era otra frase del conde de Rochefort, que él había retenido y que hallaba ocasión de meter.

-¿Y sabéis lo que es el Estado de que habláis? -dijo la señora Bonacieux, encogiéndose de hombros-. Contentaos con ser un burgués sin fineza ninguna, y dad la espalda a quien os ofrece muchas ventajas.

-¡Eh eh! -dijo Bonacieux, golpeando sobre una bolsa de panza redondeada y que devolvió un sonido argentino-. ¿Qué decís vos de esto, señora predicadora?

-¿De dónde viene ese dinero?

-¿No lo adivináis?

-¿Del cardenal?

-De él y de mi amigo el conde de Rochefort.

.-¡El conde de Rochefort! ¡Pero si ha sido él quien me ha raptado!

-Puede ser, señora.

-¿Y vos recibís dinero de ese hombre?

-¿No me habéis dicho vos que ese rapto era completamente político?

-Sí; pero ese rapto tenía por objeto hacerme traicionar a mi ama, arrancarme mediante torturas confesiones que pudieran comprometer el honor y quizá la vida de mi augusta ama.

-Señora -prosiguió Bonacieux- vuestra augusta ama es una pérfida española, y lo que el cardenal hace está bien hecho.

-Señor -dijo la joven-, os sabía cobarde, avaro e imbecil, ¡pero no os sabía infame!

-Señora -dijo Bonacieux, que no había visto nunca a su mujer encolerizada y que se echaba atrás ante la ira conyugal-. Señora, ¿qué decís?

-¡Digo que sois un miserable! -continuó la señora Bonacieux, que vio que recuperaba alguna influencia sobre su marido-. ¡Ah, hacéis política vos! ¡Y encima política cardenalista! ¡Ah, os venderíais en cuerpo y alma al demonio por dinero!

-No, pero al cardenal sí.

-¡Es la misma cosa! -exclamó la joven-. Quien dice Richelieu dice Satán.

-Callaos, señora, callaos, podrían oírnos.

-Sí, tenéis razón, y sería vergonzoso para vos vuestra propia cobardía.

-Pero ¿qué exigís entonces de mí? Veamos.

-Ya os lo he dicho: que partáis al instante, señor, que cumpláis lealmente la comisión que yo me digno encargáros y, con esta condición, olvido todo, perdono; y hay más -ella le tendió la mano-: os devuelvo mi amistad.

Bonacieux era cobarde y avaro; pero amaba a su mujer: se enterneció. Un hombre de cincuenta años no guarda durante mucho tiempo rencor a una mujer de veintitrés. La señora Bonacieux vio que dudaba.

-Entonces, ¿estáis decidido? -dijo ella.

-Pero, querida amiga, reflexionad un poco en lo que exigís de mí; Londres está lejos de Paris, muy lejos, y quizá la comisión que me encarguéis no esté exenta de peligro.

-¡Qué importa si los evitáis!

-Mirad, señora Bonacieux -dijo el mercero-. Mirad, decididamente, me niego: las intrigas me dan miedo. He visto la Bastilla. ¡Brrrr! ¡La Bastilla es horrible! Nada más pensar en ella se me pone la carne de gallina. Me han amenazado con la tortura. ¿Sabéis vos lo que es la tortura? Cuñas de madera que os meten entre las piernas hasta que los huesos estallan! No, decididamente hasta ahora he estado engañado sobre vos: ¡creo que sois un hombre, y de los más rabiosos incluso!

-Y vos, vos sois una mujer, una miserable mujer, estúpida y tonta. ¡Ah, tenéis miedo! Pues bien, si no partís ahora mismo, os hago detener por orden de la reina, y os hago meter en la Bastilla que tanto teméis.

Bonacieux cayó en una reflexión profunda; pesó detenidamente las dos cóleras en su cerebro, la del cardenal y la de la reina; la del cardenal prevaleció con mucha diferencia.

-Hacedme detener de parte de la reina -dijo- y yo apelaré a Su Eminencia.

Por vez primera, la señora Bonacieux vio que había ido demasiado lejos, y quedó asustada por haber avanzado tanto. Contempló un instante con horror aquel rostro estúpido, de una resolución invencible, como el de esos tontos que tienen miedo.

-¡Pues entonces, sea! -dijo-. Quizá, a fin de cuentas, tengáis razón: un hombre sabe mucho más que las mujeres de política, y vos sobre todo, señor

Bonacieux, que habéis hablado con el cardenal. Y sin embargo, es muy duro -añadió- que mi marido, que un hombre con cuyo afecto yo creía poder contar me trate tan descortésmente y no satisfaga en nada mi fantasía.

-Es que vuestras fantasías pueden llevar muy lejos -respondió Bonacieux, triunfante- y desconfío de ellas.

-Renunciaré, pues, a ellas -dijo la joven suspirando-. Está bien, no hablemos más.

-Si al menos me dijerais qué tenía que hacer en Londres -prosiguió Bonacieux, que recordaba un poco tarde que Rochefort le había encomendado tratar de sorprender los secretos de su mujer.

-Es inútil que lo sepáis -dijo la joven, a quien una desconfianza instintiva impulsaba ahora hacia atrás-: era una bagatela de las que gustan a las mujeres, una compra con la que había mucho que ganar.

Pero cuanto más se resistía la joven, tanto más pensaba Bonacieux que el secreto que ella se negaba a confiarle era importante. Por eso decidió correr inmediatamente a casa del conde de Rochefort y decirle que la reina buscaba un mensajero para enviarlo a Londres.

-Perdonadme si os dejo, querida señora Bonacieux -dijo él-; pero por no saber que vendrías hoy he quedado citado con uno de mis amigos; vuelvo ahora mismo, y si queréis esperarme, aunque sólo sea medio minuto, tan pronto como haya terminado con ese amigo, vuelvo para recogeros y, como comienza a hacerse tarde, acompañaros al Louvre.

-Gracias, señor -respondió la señora Bonacieux-; no sois lo suficientemente valiente para serme de ninguna utilidad, y volveré al Louvre perfectamente sola.

-Como os plazca, señora Bonacieux -respondió el exmercero-. ¿Os veré pronto?

-Claro que sí; espero que la próxima semana mi servicio me deje alguna libertad, y la aprovecharé para venir a ordenar nuestras cosas, que deben estar algo desordenadas.

-Está bien; os esperaré. ¿No me guardáis rencor?

-¡Yo! Por nada del mundo.

-¿Hasta pronto entonces?

-Hasta pronto.

Bonacieux besó la mano de su mujer y se alejó rápidamente.

-¡Vaya! -dijo la señora Bonacieux cuando su marido hubo cerrado la puerta de la calle y ella se encontró sola-. ¡Sólo le faltaba a este imbécil ser cardenalista! Y yo que había asegurado a la reina, yo que había prometido a mi pobre ama... ¡Ay, Dios mío, Dios mío! Me va a tomar por una de esas miserables que pupulan por palacio y que han puesto junto a ella para espiarla. ¡Ay, señor Bonacieux! Nunca os he amado mucho, pero ahora es mucho peor: os odio, y ¡palabra que me la pagaréis!

En el momento en que decía estas palabras, un golpe en el techo la hizo alzar la cabeza, y una voz, que vino a ella a través del piso, gritó:

-Querida señora Bonacieux, abridme la puerta pequeña de la avenida y bajo junto a vos.



Capítulo XVIII

El amante y el marido

-¡Ay, señora! -dijo D'Artagnan entrando por la puerta que le abría la joven-. Permitidme decíroslo, tenéis un triste marido.

-¡Entonces habéis oído nuestra conversación! -preguntó vivamente la señora Bonacieux, mirando a D'Artagnan con inquietud.

-Toda entera.

-Dios mío, ¿cómo?

-Mediante un procedimiento conocido por mí, gracias al cual oí también la conversación más animada que tuvisteis con los esbirros del cardenal.

-¿Y qué habéis comprendido de lo que decíamos?

-Mil cosas: en primer lugar, que vuestro marido es un necio y un imbécil, afortunadamente; luego, que estáis en un apuro, cosa que me ha encantado y que me da ocasión de ponerme a vuestro servicio, y Dios sabe si estoy dispuesto a arrojarme al fuego por vos; finalmente que la reina necesita que un hombre valiente, inteligente y adicto haga por ella un viaje a Londres. Yo tengo al menos dos de las tres cualidades que necesitáis, y heme aquí.

La señora Bonacieux no respondió, pero su corazón batía de alegría y una secreta esperanza brilló en sus ojos.

-¿Y qué garantía me daréis -preguntó- si consiento en confiaros esta misión?

-Mi amor por vos. Veamos, decid, ordenad: ¿qué hay que hacer?

-¡Dios mío, Dios mío! -murmuró la joven-. Debo confiaros un secreto semejante, señor. ¡Sois casi un niño!

-Bueno, veo que os falta alguien que os responda por mí.

-Confieso que eso me tranquilizarla mucho.

-¿Conocéis a Athos?

-No.

-¿A Porthos?

-No.

-¿A Aramis?

-No. ¿Quiénes son esos señores?

-Mosqueteros del rey. ¿Conocéis al señor de Tréville, su capitán?

-¡Oh, sí, a ese lo conozco. ¡No personalmente, sino por haber oído hablar de él más de una vez a la reina como de un valiente y leal gentilhombre.

-¿No teméis que él os traicione por el cardenal, no es así?

-¡Oh, no, seguro que no!

-Pues bien, reveladle vuestro secreto y preguntadle si por importante, por precioso, por terrible que sea podéis confiármelo.

-Pero ese secreto no me pertenece y no puedo revelarlo de ese modo.

-Ibais a confiar de buena gana en el señor Bonacieux -dijo D'Artagnan con despecho.

-Como se confía una carta al hueco de un árbol, al ala de un pichón, al collar de un perro.

-Sin embargo yo, como veis, os amo.

-Vos lo decís.

-¡Soy un hombre galante!

-Lo creo.

-¡Soy valiente!

-¡Oh, de eso estoy segura!

-Entonces, ponedme a prueba.

La señora Bonacieux miró al joven, contenida por una última duda. Pero había tal ardor en sus ojos, tal persuasión en su voz, que se sintió arrastrada a fiarse de él. Además, se hallaba en una de esas circunstancias en que hay que arriesgar el todo por el todo. La reina estaba tan perdida por una exagerada discreción como por una excesiva confianza. Además, confesémoslo, el sentimiento involuntario que experimentaba por aquel joven protector la decidió a hablar.

-Escuchad -le dijo-. Me rindo a vuestras protestas y cedo ante vuestras palabras. Pero os juro ante Dios que nos oye, que si me traicionáis y mis enemigos me perdonan, me mataré acusándoos de mi muerte.

-Y yo os juro ante Dios, señora -dijo D'Artagnan-, que, si soy cogido durante el cumplimiento de las órdenes que vais a darme, moriré antes de hacer o decir nada que comprometa a alguien.

Entonces la joven le confió el terrible secreto del que el azar le había revelado ya una parte frente a la Samaritana. Esta fue su mutua declaración de amor.

D'Artagnan resplandecía de alegría y de orgullo. Aquel secreto que poseía, aquella mujer a la que amaba, la confianza y el amor hacían de él un gigante.

-Parto -dijo-. Parto al instante.

-¡Cómo! ¿Partís? -exclamó la señora Bonacieux-. ¿Y vuestro regimiento, vuestro capitán?

-Por mi alma, me habéis hecho olvidar todo eso, querida Constance. Sí, tenéis razón, necesito un permiso.

-Un obstáculo todavía -murmuró la señora Bonacieux con dolor.

-¡Oh, ese -exclamó D'Artagnan, tras un momento de reflexión- lo superaré, estad tranquila!

-¿Cómo?

-Iré a buscar esta misma noche al señor de Tréville, a quien encargaré que pida para mí este favor a su cuñado el señor des Essarts. -Ahora, otra cosa.

-¿Qué? -preguntó D'Artagnan, viendo que la señora Bonacieux dudaba en continuar.

-¿Quizá no tengáis dinero?

-Quizá demasiado -dijo D'Artagnan, sonriendo.

-Entonces -prosiguió la señora Bonacieux abriendo un armario y sacando de ese armario la bolsa que media hora antes acariciaba tan amorosamente su marido- tomad esta bolsa.

-¡El del cardenal! -exclamó estallando de risa D'Artagnan que, como se recordará, gracias a sus baldosas levantadas no se había perdido una sílaba de la conversación del mercero y de su mujer.

-El del cardenal -dijo la señora Bonacieux-. Como veis, se presenta bajo un aspecto bastante respetable.

-¡Pardiez! -exclamó D'Artagnan-. Será una cosa doblemente divertida: ¡Salvar a la reina con el dinero de Su Eminencia!

-Sois un joven amable y encantador -dijo la señora Bonacieux-. Estad seguro de que Su Majestad no será nada ingrata.

-¡Oh, yo ya estoy bien recompensado! -exclamó D'Artagnan-. Os amo, vos me permitís decíroslo: es ya más dicha de la que me atrevía a esperar.

-¡Silencio! -dijo la señora Bonacieux, estremeciéndose.

-¿Qué?

-Están hablando en la calle.

-Es la voz...

-De mi marido. ¡Sí, lo he reconocido!

D'Artagnan corrió a la puerta y pasó el cerrojo.

-Que no entre hasta que yo no haya salido, y cuando yo salga, vos le abríis.

-Pero también yo debería haberme marchado. Y la desaparición de ese dinero, ¿cómo justificarla si estoy yo aquí?

-Tenéis razón, hay que salir.

-¿Salir? ¿Y cómo? Nos verá si salimos.

-Entonces hay que subir a mi casa.

-¡Ah! -exclamó la señora Bonacieux-. Me decís eso en un tono que me da miedo.

La señora Bonacieux pronunció estas palabras con una lágrima en los ojos. D'Artagnan vio esa lágrima y, turbado, enternecido, se arrojó a sus pies.

-En mi casa -dijo- estaréis tan segura como en un templo, os doy mi palabra de gentilhombre.

-Partamos -dijo ella-. Me fío de vos, amigo mío.

D'Artagnan volvió a abrir con precaución el cerrojo y los dos juntos, ligeros como sombras, se deslizaron por la puerta interior hacia la avenida, subieron sin ruido la escalera y entraron en la habitación de D'Artagnan.

Una vez allí, para mayor seguridad, el joven atrancó la puerta; se acercaron los dos a la ventana, y por una rendija del postigo vieron al señor Bonacieux que hablaba con un hombre de capa.

A la vista del hombre de capa, D'Artagnan dio un salto y, sacando a medias la espada, se lanzó hacia la puerta.

Era el hombre de Meung.

-¿Qué vais a hacer? -exclamó la señora Bonacieux-. Nos perdéis.

-¡Pero he jurado matar a ese hombre! -dijo D'Artagnan.

-Vuestra vida está consagrada en este momento y no os pertenece. En nombre de la reina, os prohíbo meteros en ningún peligro extraño al del viaje.

-Y en vuestro nombre, ¿no ordenáis nada?

-En mi nombre -dijo la señora Bonacieux, con viva emoción-, en mi nombre, os lo suplico. Pero escuchemos, me parece que hablan de mí.

D'Artagnan se acercó a la ventana y prestó oído.

El señor Bonacieux había abierto su puerta, y al ver la habitación vacía, había vuelto junto al hombre de la capa al que había dejado solo un instante.

-Se ha marchado -dijo-. Habrá vuelto al Louvre.

-¿Estáis seguro -respondió el extranjero- de que no ha sospechado de las intenciones con que habéis salido?

-No respondió Bonacieux con suficiencia-. Es una mujer demasiado superficial.

-El cadete de los guardias, ¿está en su casa?

-No lo creo; como veis, su postigo está cerrado y no se ve brillar ninguna luz a través de las rendijas.

-Es igual, habría que asegurarse.

-¿Cómo?

-Yendo a llamar a su puerta.

-Preguntaré a su criado.

-Id.

Bonacieux regresó a su casa, pasó por la misma puerta que acababa de dar paso a los dos fugitivos, subió hasta el rellano de D'Artagnan y llamó.

Nadie respondió. Porthos, para dárselas de importante, había tomado prestado aquella tarde a Planchet. En cuanto a D'Artagnan, tenía mucho cuidado con dar la menor señal de existencia.

En el momento en que el dedo de Bonacieux resonó sobre la puerta, los dos jóvenes sintieron saltar sus corazones.

-No hay nadie en su casa -dijo Bonacieux.

-No importa, volvamos a la vuestra, estaremos más seguros que en el umbral de una puerta.

-¡Ay, Dios mío! -murmuró la señora Bonacieux-. No vamos a oír nada.

-Al contrario -dijo D'Artagnan- les oiremos mejor. D'Artagnan levantó las tres o cuatro baldosas que hacían de su habitación otra oreja de Dionisio, extendió un tapiz en el suelo, se puso de rodillas a hizo señas a la señora Bonacieux de inclinarse, como él hacía, hacia la abertura. -¿Estáis seguro de que no hay nadie? -dijo el desconcido.

-Respondo de ello -dijo Bonacieux.

-¿Y pensáis que vuestra mujer...?

-Ha vuelto al Louvre.

-¿Sin hablar con nadie más que con vos?

-Estoy seguro.

-Es un punto importante, ¿comprendéis?

-Entonces, ¿la noticia que os he llevado tiene un valor...?

-Muy grande, mi querido Bonacieux, no os lo oculto.

-Entonces, ¿el cardenal estará contento conmigo?

-No lo dudo.

-¡El gran cardenal!

-¿Estáis seguro de que en su conversación con vos vuestra mujer no ha pronunciado nombres propios?

-No lo creo.

-¿No ha nombrado ni a la señora de Chevreuse, ni al señor de Buckingham, ni a la señora de Vernel?

-No, ella me ha dicho sólo que quería enviarme a Londres para servir a los intereses de una persona ilustre.

-¡Traidor! -murmuró la señora Bonacieux.

-¡Silencio! -dijo D'Artagnan cogiéndole una mano que ella le abandonó sin pensar.

-No importa -continuó el hombre de la capa-. Sois un necio por no haber fingido aceptar el encargo, ahora tendríais la carta; el Estado al que se amenaza estaría a salvo, y vos...

-¿Y yo?

-Pues bien, vos , el cardenal os daría títulos de nobleza..

-¿Os lo ha dicho?

-Sí, yo sé que quería daros esa sorpresa.

-Estad tranquilo -prosiguió Bonacieux-. Mi mujer me adora, todavía hay tiempo.

-¡Imbécil! -murmuró la señora Bonacieux.

-¡Silencio! -dijo D'Artagnan, apretándole más fuerte la mano.

-¿Cómo que aún hay tiempo? -prosiguió el hombre de la capa.

-Vuelvo al Louvre, pregunto por la señora Bonacieux, le digo que lo he pensado, que me hago cargo del asunto, obtengo la cartas y corro adonde el cardenal.

-¡Bien! Id deprisa; yo volveré pronto para saber el resultado de vuestra gestión.

El desconocido salió.

-¡Infame! -dijo la señora Bonacieux, dirigiendo todavía este epíteto a su marido.

-¡Silencio! -repitió D'Artagnan apretándole la mano más fuertemente aún.

Un aullido terrible interrumpió entonces las reflexiones de D'Artagnan y de la señora Bonacieux. Era su marido, que se había percatado de la desaparición de su bolsa y que maldecía al ladrón.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la señora Bonacieux-. Va a alborotar a todo el barrio.

Bonacieux chilló mucho tiempo; pero como semejantes gritos, dada su frecuencia, no atraían a nadie en la calle des Fossoyeurs y, como por otra parte la casa del mercero tenía desde hacía algún tiempo mala fama al ver que nadie acudía salió gritando, y se oyó su voz que se alejaba en dirección de la calle du Bac.

-Y ahora que se ha marchado, os alejaros a vos -dijo la señora Bonacieux-. Valor, pero sobre todo prudencia, y pensad que os debéis a la reina.

-¡A ella y a vos! -exclamó D'Artagnan-. Estad tranquila, bella Constance volveré digno de su reconocimiento; pero ¿volveré tan digno de vuestro amor?

La joven no respondió más que con el vivo rubor que coloreó sus mejillas. Algunos instantes después, D'Artagnan salía a su vez, envuelto, él también, en una gran capa que alzaba caballerosamente la vaina de una larga espada.

La señora Bonacieux le siguió con los ojos, con esa larga mirada de amor con que la mujer acompaña al hombre del que se siente amar; pero cuando hubo desaparecido por la esquina de la calle, cayó de rodillas y, uniendo las manos, exclamó:

-¡Oh, Dios mío! ¡Proteged a la reina, protegedme a mí!



Capítulo XIX

Plan de campaña

D'Artagnan se dirigió directamente a casa del señor de Tréville. Había pensado que, en pocos minutos, el cardenal sería advertido por aquel maldito desconocido que parecía ser su agente, y pensaba con razón que no había un instante que perder.

El corazón del joven desbordaba de alegría. Ante él se presentaba una ocasión en la que había a la vez gloria que adquirir y dinero que ganar, y como primer aliento acababa de acercarle a una mujer a la que adoraba. Este azar, de golpe, hacía por él más que lo que hubiera osado pedir a la Providencia.

El señor de Tréville estaba en su salón con su corte habitual de gentileshombres. D'Artagnan, a quien se conocía como familiar de la casa, fue derecho a su gabinete y le avisó de que le esperaba para una cosa importante.

D'Artagnan estaba allí hacía apenas cinco minutos cuando el señor de Tréville entró. A la primera ojeada y ante la alegría que se pintó sobre su rostro, el digno capitán comprendió que efectivamente pasaba algo nuevo.

Durante todo el camino, D'Artagnan se había preguntado si se confiaría al señor de Tréville o si solamente le pediría concederle carta blanca para un asunto secreto. Pero el señor de Tréville había sido siempre tan perfecto para él, era tan adicto al rey y a la reina, odiaba tan cordialmente al cardenal, que el joven resolvió decirle todo.

-¿Me habéis hecho llamar, mi joven amigo? -dijo el señor de Tréville.

-Sí, señor -dijo D'Artagnan-, y espero que me perdonéis por haberos molestado cuando sepáis el importante asunto de que se trata.

-Decid entonces, os escucho.

-No se trata de nada menos -dijo D'Artagnan bajando la voz que del honor y quizá de la vida de la reina.

-¿Qué decís? -preguntó el señor de Tréville mirando en torno suyo si estaban completamente solos y volviendo a poner su mirada interrogadora en D'Artagnan.

-Digo, señor, que el azar me ha hecho dueño de un secreto...

-Que yo espero que guardaréis, joven, por encima de vuestra vida.

-Pero que debo confiaros a vos, señor, porque sólo vos podéis ayudarme en la misión que acabo de recibir de Su Majestad.

-¿Ese secreto es vuestro?

-No, señor, es de la reina.

-¿Estáis autorizado por Su Majestad para confiármelo?

-No, señor, porque, al contrario, se me ha recomendado el más profundo misterio.

-¿Por qué entonces ibais a traicionarlo por mí?

-Porque ya os digo que sin vos no puedo nada y porque tengo miedo de que me neguéis la gracia que vengo a pedir os si no sabéis con qué objeto os lo pido.

-Guárdad vuestro secreto, joven, y decidme lo que deseáis.

-Deseo que obtengáis para mí, del señor des Essarts, un permiso de quince días.

-¿Cuándo?

-Esta misma noche.

-¿Abandonáis Paris?

-Voy con una misión.

-¿Podéis decirme adónde?

-A Londres.

-¿Está alguien interesado en que no lleguéis a vuestra meta?

-El cardenal, según creo, daría todo el oro del mundo por impedirme alcanzarlo.

-¿Y vais solo?

-Voy solo.

-En ese caso, no pasaréis de Bondy. Os lo digo yo, palabra de Tréville.

-¿Por qué?

-Porque os asesinarán.

-Moriré cumpliendo con mi deber.

-Pero vuestra misión no será cumplida.

-Es cierto -dijo D'Artagnan.

-Creedme -continuó Tréville-, en las empresas de este género hay que ser cuatro para que llegue uno.

-¡Ah!, tenéis razón, señor! – dijo D'Artagnan-. Vos conocéis a Athos, Porthos y Aramis y vos sabéis si puedo disponer de ellos.

-¿Sin confiarles el secreto que yo no he querido saber?

-Nos hemos jurado, de una vez por todas, confianza ciega y abnegación a toda prueba; además, podéis decirles que tenéis toda vuestra confianza en mí, y ellos no serán más incrédulos que vos.

-Puedo enviarles a cada uno un permiso de quince días, eso es todo: a Athos, a quien su herida hace siempre sufrir, para ir a tomar las aguas de Forges; a Porthos y a Aramis para que acompañen a su amigo, a quien no quieren abandonar en una situación tan dolorosa. El envío de su permiso será la prueba de que autorizo su viaje.

-Gracias, señor, sois cien veces bueno.

-Id a buscarlos ahora mismo, y que se haga todo esta noche. ¡Ah!, y lo primero escribid vuestra petición al señor Des Essarts. Quizá tengáis algún espía a vuestros talones, y vuestra visita, que en tal caso ya es conocida del cardenal, será legitimada de este modo.

D'Artagnan formuló aquella solicitud, y el señor de Tréville, al recibirla en sus manos, aseguró que antes de las dos de la mañana los cuatro permisos estarían en los domicilios respectivos de los viajeros.

-Tened la bondad de enviar el mío a casa de Athos -dijo D'Artagnan-. Temo que de volver a mi casa tenga algún mal encuentro.

-Estad tranquilo. ¡Adiós, y buen viaje! A propósito -dijo el señor de Tréville llamándole.

D'Artagnan volvió sobre sus pasos.

-¿Tenéis dinero?

D'Artagnan hizo sonar la bolsa que tenía en su bolsillo.

-¿Bastante? -preguntó el señor de Tréville.

-Trescientas pistolas.

-Está bien, con eso se va al fin del mundo; id pues.

D'Artagnan saludó al señor de Tréville, que le tendió la mano; D'Artagnan la estrechó con un respeto mezclado de gratitud. Desde que había llegado a Paris, no había tenido más que motivos de elogio para aquel hombre excelente a quien siempre había encontrado digno, leal y grande.

Su primera visita fue para Aramis; no había vuelto a casa de su amigo desde la famosa noche en que había seguido a la señora Bonacieux. Hay más: apenas había visto al joven mosquetero, y cada vez que lo había vuelto a ver, había creído observar una profunda tristeza en su rostro.

Aquella noche, Aramis velaba, sombrío y soñador; D'Artagnan le hizo algunas preguntas sobre aquella melancolía profunda; Aramis se excusó alegando un comentario del capítulo dieciocho de San Agustín que tenía que escribir en latín para la semana siguiente, y que le preocupaba mucho.

Cuando los dos amigos hablaban desde hacía algunos instantes, un servidor del señor de Tréville entró llevando un sobre sellado.

-¿Qué es eso? -preguntó Aramis.

-El permiso que el señor ha pedido -respondió el lacayo.

-Yo no he pedido ningún permiso.

-Callaos y tomadlo -dijo D'Artagnan-. Y vos, amigo mío, tomad esta media pistola por la molestia; le diréis al señor de Tréville que el señor Aramis se lo agradece sinceramente. Idos.

El lacayo saludó hasta el suelo y salió.

-¿Qué significa esto? -preguntó Aramis.

-Coged lo que os hace falta para un viaje de quince días y seguidme.

-Pero no puedo dejar Paris en este momento sin saber...

Aramis se detuvo.

-Lo que ha pasado con ella, ¿no es eso? -continuó D'Artagnan.

-¿Quién? -prosiguió Aramis.

-La mujer que estaba aquí, la mujer del pañuelo bordado.

-¿Quién os ha dicho que aquí había una mujer? -replicó Aramis tornándose pálido como la muerte.

-Yo la vi.

-¿Y sabéis quién es?

-Creo sospecharlo al menos.

-Escuchad -dijo Aramis-, puesto que sabéis tantas cosas, ¿sabéis qué ha sido de esa mujer?

-Presumo que ha vuelto a Tours.

-¿A Tours? Sí, eso puede ser, la conocéis. Pero ¿cómo ha vuelto a Tours sin decirme nada?

-Porque temió ser detenida.

-¿Cómo no me ha escrito?

-Porque temió comprometeros.

-¡D'Artagnan, me devolvéis la vida! -exclamó Aramis-. Me creía despreciado, traicionado. ¡Estaba tan contento de volverla a ver! Yo no podía creer que arriesgase su libertad por mí, y sin embargo, ¿por qué causa habrá vuelto a Paris?

-Por la causa que hoy nos hace ir a Inglaterra.

-¿Y cuál es esa causa? -preguntó Aramis.

-La sabréis un día, Aramis; por el momento, yo imitaré la discreción de la nieta del doctor.

Aramis sonrió, porque se acordaba del cuento que había referido cierta noche a sus amigos.

-¡Pues bien! Dado que ella ha abandonado Paris y que vos estáis seguro de ello, D'Artagnan, nada me detiene aquí y yo estoy dispuesto a seguiros. Decís que vamos a...

-A casa de Athos por el momento, y, si queréis venir, os invito a daros prisa, porque hemos perdido ya demasiado tiempo. A propósito, avisad a Bazin.

-¿Bazin viene con nosotros? -preguntó Aramis.

-Quizá. En cualquier caso, está bien que por ahora nos siga a casa de Athos.

Aramis llamó a Bazin, y tras haberle ordenado ir a reunirse con él a casa de Athos, tomando su capa, su espada y sus tres pistolas, y abriendo inútilmente tres o cuatro cajones para ver si encontraba en ellos alguna pistola extraviada, dijo:

-Partamos, pues.

Luego, cuando estuvo bien seguro de que aquella búsqueda era superflua, siguió a D'Artagnan, preguntándose cómo era que el joven cadete de los guardias había sabido quién era la mujer a la que él había dado hospitalidad y conociese mejor que él lo que había sido de ella.

Al salir, Aramis puso su mano sobre el brazo de D'Artagnan y, mirándole fijamente, dijo:

-¿Vos no habéis hablado de esa mujer a nadie?

-A nadie en el mundo.

-¿Ni siquiera a Athos y a Porthos?

-No les he soplado ni la menor palabra.

-En buena hora.

Y tranquilo respecto a este importante punto, Aramis continuó su camino con D'Artagnan, y pronto los dos juntos llegaron a casa de Athos.

Lo encontraron con su permiso en una mano y la carta del señor de Tréville en la otra.

-¿Podéis explicarme lo que significa este permiso y esta carta que acabo de recibir? -dijo Athos asombrado.

«Mi querido Athos: Puesto que vuestra salud lo exige de modo indispensable, quiero que descanséis quince días. Id, pues, a tomar las aguas de Forges o cualquiera otra que os convenga, y restableceros pronto. Vuestro afectísimo

Tréville.»

-Pues bien, ese permiso y esa carta significan que hay que seguirme, Athos.

-¿A las aguas de Forges?

-Allí o a otra parte.

-¿Para servicio del rey?

-Del rey o de la reina. ¿No somos servidores de Sus Majestades?

En aquel momento entró Porthos.

-¡Pardiez! -dijo-. Vaya cosa más extraña. ¿Desde cuándo entre los mosqueteros se concede a la gente permisos sin que los pidan?

-Desde que tienen amigos que los piden para ellos -dijo D'Artagnan.

-¡Ah, ah! -dijo Porthos-. Parece que hay novedades.

-Sí, nos vamos -dijo Aramis.

-¿Adónde? -preguntó Porthos.

-A fe que no sé nada -dijo Athos-; pregúntaselo a D'Artagnan.

-A Londres, señores -dijo D'Artagnan.

-¡A Londres! -exclamó Porthos-. ¿Y qué vamos a hacer nosotros en Londres?

-Eso es lo que no puedo deciros, señores, y tenéis que fiaros de mí.

-Pero para ir a Londres -añadió Porthos-, se necesita dinero, y yo no lo tengo.

-Ni yo -dijo Aramis.

-Ni yo -dijo Athos.

-Yo lo tengo -prosiguió D'Artagnan sacando su tesoro de su bolso y depositándolo sobre la mesa-. En esa bolsa hay trescientas pistolas; tomemos cada uno setenta y cinco; es más de lo que se necesita para ir a Londres y volver. Además, estad tranquilos, no todos llegaremos a Londres.

-Y eso ¿por qué?

-Porque según todas las probabilidades, habrá alguno de nosotros que se quede en el camino.

-¿Es acaso una campaña lo que emprendemos?

-Y de las más peligrosas, os lo advierto.

-¡Vaya! Pero dado que corremos el riesgo de hacernos matar -dijo Porthos-, me gustaría saber por qué al menos.

-Lo sabrás más adelante -dijo Athos.

-Sin embargo -dijo Aramis-, yo soy de la opinión de Porthos.

-¿Suele el rey rendiros cuenta? No, os dice buenamente: Señores se pelea en Gascuña o en Flandes, id a batiros; y vos vais. ¿Por qué? No os preocupáis siquiera.

-D'Artagnan tiene razón -dijo Athos-, aquí están nuestros tres permisos que proceden del señor de Tréville, y ahí hay trescientas pistolas que vienen de no sé dónde. Vamos a hacernos matar allí donde se nos dice que vayamos. ¿Vale la vida la pena de hacer tantas preguntas? D'Artagnan, yo estoy dispuesto a seguirte.

-Y yo también -dijo Porthos.

-Y yo también -dijo Aramis-. Además, no me molesta dejar París. Necesito distracciones.

-¡Pues bien, tendréis distracciones, señores, estad tranquilos! -dijo D'Artagnan.

-Y ahora, ¿cuándo partimos? -dijo Athos.

-Inmediatamente -respondió D'Artagnan-; no hay un minuto que perder.

-¡Eh, Grimaud, Planchet, Mosquetón, Bazin! -gritaron los cuatro jóvenes llamando a sus lacayos-. Dad grasa a nuestras botas y traed los caballos de palacio.

En efecto, cada mosquetero dejaba en el palacio general, como en un cuartel, su caballo y el de su criado.

Planchet, Grimaud, Mosquetón y Bazin partieron a todo correr.

-Ahora, establezcamos el plan de campaña -dijo Porthos-. ¿Dónde vamos primero?

-A Calais -dijo D'Artagnan-; es la línea más recta para llegar a Londres.

-¡Bien! -dijo Porthos-. Mi opinión es ésta.

-Habla.

-Cuatro hombres que viajan juntos serían sospechosos; D'Artagnan nos dará a cada uno sus instrucciones, yo partiré delante por la ruta de Boulogne para aclarar el camino; Athos partirá dos horas después por la de Amiens; Aramis nos

seguirá por la de Noyon; en cuanto a D'Artagnan, partirá por la que quiera, con los vestidos de Planchet, mientras Planchet nos seguirá vestido de D'Artagnan y con el uniforme de los guardias.

-Señores -dijo Athos-, mi opinión es que no conviene meter para nada lacayos en un asunto semejante; un secreto puede ser traicionado por azar por gentileshombres, pero es casi siempre vendido por lacayos.

-El plan de Porthos me parece impracticable -dijo D'Artagnan-, porque yo mismo ignoro qué instrucciones puedo daros. Yo soy portador de una carta, eso es todo. No la sé y por tanto no puedo hacer tres copias de esa carta, puesto que está sellada; en mi opinión, hay que viajar en compañía. Esa carta está aquí, en mi bolsillo -y mostró el bolsillo en que estaba la carta-. Si muero, uno de vosotros la cogerá y continuaréis la ruta; si éste muere, le tocará a otro, y así sucesivamente; con tal que uno solo llegue, se habrá hecho lo que había que hacer.

-¡Bravo, D'Artagnan! Tu opinión es la mía -dijo Athos-. Además, hay que ser consecuente: voy a tomar las aguas, vosotros me acompañáis; en lugar de Forges, voy a tomar baños de mar: soy libre. Si se nos quiere detener, muestro la carta del señor de Tréville, y vosotros mostráis vuestros permisos; si se nos ataca, nosotros nos defenderemos; si se nos juzga, defenderemos erre que erre que no teníamos otra intención que meternos cierto número de veces en el mar; darían buena cuenta de cuatro hombres aislados, mientras que cuatro hombres juntos son una tropa. Armaremos a los cuatro lacayos de pistolas y mosquetones; si se envía un ejército contra nosotros, libraremos batalla, y el superviviente, como ha dicho D'Artagnan, llevará la carta.

-Bien dicho -exclamó Aramis-; no hablas con frecuencia, Athos, pero cuando hablas es como San Juan Boca de Oro. Adopto el plan de Athos. ¿Y tú, Porthos?

-Yo también -dijo Porthos-, si conviene a D'Artagnan. D'Artagnan, portador de la carta, es naturalmente el jefe de la empresa; que él decida y nosotros obedeceremos.

-Pues bien -dijo D'Artagnan-, decido que adoptemos el plan de Athos y que partamos dentro de media hora.

-¡Adoptado! -contestaron a coro los tres mosqueteros.

Y cada cual alargando la mano hacia la bolsa, cogió setenta y cinco pistolas a hizo sus preparativos para partir a la hora convenida.

Capítulo XX

El viaje

A las dos de la mañana, nuestros cuatro aventureros salieron de Paris por la puerta de Saint-Denis; mientras fue de noche, permanecieron mudos; a su pesar, sufrían la influencia de la oscuridad y veían acechanzas por todas partes.

A los primeros rayos del día, sus lenguas se soltaron; con el sol, la alegría volvió: era como en la víspera de un combate, el corazón palpitaba, los ojos reían; se sentía que la vida que quizá se iba a abandonar era, a fin de cuentas, algo bueno.

El aspecto de la caravana, por lo demás, era de lo más formidable: los caballos negros de los mosqueteros, su aspecto marcial, esa costumbre de escuadrón que hace marchar regularmente a esos nobles compañeros del soldado hubieran traicionado el incógnito más estricto.

Los seguían los criados, armados hasta los dientes.

Todo fue bien hasta Chantilly, adonde llegaron hacia las ocho de la mañana. Había que desayunar. Descendieron ante un albergue que recomendaba una muestra que representaba a San Martín dando la mitad de su capa a un pobre. Ordenaron a los lacayos no desensillar los caballos y mantenerse dispuestos para volver a partir inmediatamente.

Entraron en la sala común y se sentaron en una mesa.

Un gentilhombre que acababa de llegar por la ruta de San Martín estaba sentado en aquella misma mesa y desayunaba. El entabló conversación sobre cosas sin importancia y los viajeros respondieron; él bebió a su salud y los viajeros le devolvieron la cortesía.

Pero en el momento en que Mosquetón venía a anunciar que los caballos estaban listos y que se levantaba la mesa, el extranjero propuso a Porthos beber a la salud del cardenal. Porthos respondió que no deseaba otra cosa si el

desconocido, a su vez, quería beber a la salud del rey. El desconocido exclamó que no conocía más rey que Su Eminencia. Porthos lo llamó borracho; el desconocido saco su espada.

-Habéis hecho una tontería -dijo Athos-; no importa, ya no se puede retroceder ahora: matad a ese hombre y venid a reuniros con nosotros lo más rápido que podáis.

Y los tres volvieron a montar a caballo y partieron a rienda suelta, mientras que Porthos prometía a su adversario perforarle con todas las estocadas conocidas en la esgrima.

-¡Unol -dijo Athos al cabo de quinientos pasos.

-Pero ¿por qué ese hombre ha atacado a Porthos y no a cualquier otro?
-preguntó Aramis.

-Porque por hablar Porthos más alto que todos nosotros, le ha tomado por el jefe -dijo D'Artagnan.

-Siempre he dicho que este cadete de Gascuña era un pozo de sabiduría
-murmuró Athos.

Y los viajeros continuaron su ruta.

En Beauvais se detuvieron dos horas, tanto para dejar respirar a los caballos como para esperar a Porthos. Al cabo de dos horas, como Porthos no llegaba, ni noticia alguna de él, volvieron a ponerse en camino.

A una legua de Beauvais, en un lugar en que el camino se encontraba encajonado entre dos taludes, encontraron ocho o diez hombres que, aprovechando que la ruta estaba desempedrada en aquel lugar, fingían trabajar en ella cavando agujeros y haciendo rodadas en el fango.

Aramis, temiendo ensuciarse sus botas en aquel mortero artificial, los apostrofó duramente. Athos quiso retenerlo; era demasiado tarde. Los obreros se pusieron a insultar a los viajeros a hicieron perder con su insolencia la cabeza incluso al frío Athos, que lanzó su caballo contra uno de ellos.

Entonces, todos aquellos hombres retrocedieron hasta una zanja y cogieron mosquetes ocultos; resultó de ello que nuestros siete viajeros fueron literalmente

pasados por las armas. Aramis recibió una bala que le atravesó el hombro, y Mosquetón otra que se alojó en las partes carnosas que prolongan el bajo de los riñones. Sin embargo, Mosquetón sólo se cayó del caballo, no porque estuviera gravemente herido, sino porque como no podía ver su herida creyó sin duda estar más peligrosamente herido de lo que lo estaba.

-Es una emboscada -dijo D'Artagnan-, no piquemos el cebo, y en marcha.

Aramis, aunque herido como estaba se agarró a las crines de su caballo, que le llevó con los otros. El de Mosquetón se les había reunido y galopaba completamente solo a su lado.

-Así tendremos un caballo de recambio -dijo Athos.

-Preferiría tener un sombrero -dijo D'Artagnan-; el mío se lo ha llevado una bala. Ha sido una suerte que la carta que llevo no haya estado dentro.

-¡Vaya, van a matar al pobre Porthos cuando pase! -dijo Aramis.

-Si Porthos estuviera sobre sus piernas, ya se nos habría unido -dijo Athos-. Mi opinión es que, sobre la marcha, el borracho se ha despejado.

Y galoparon aún durante dos horas, aunque los caballos estuvieran tan fatigados que era de temer que negasen muy pronto el servicio.

Los viajeros habían cogido la trocha, esperando de esta forma ser menos inquietados; pero en Crèvecoeur, Aramis declaró que no podía seguir. En efecto, había necesitado de todo su coraje que ocultaba bajo su forma elegante y sus ademanes corteses para llegar hasta allí. A cada momento palidecía, y tenían que sostenerlo sobre su caballo; lo bajaron a la puerta de una taberna, le dejaron a Bazin que, por lo demás, en una escaramuza era más embarazoso que útil, y volvieron a partir con la esperanza de ir a dormir a Amiens.

-¡Pardiez! -dijo Athos cuando se encontraron en camino, reducidos a dos amos y a Grimaud y Planchet-. ¡Pardiez! No seré yo su víctima, y os aseguro que no me harán abrir la boca ni sacar la espada de aquí a Calais... Lo juro...

-No juremos -dijo D'Artagnan-, galopemos si nuestros caballos consienten en ello.

Y los viajeros hundieron sus espuelas en el vientre de sus caballos, que, vigorosamente estimulados, volvieron a encontrar fuerzas. Llegaron a Amiens a medianoche y descendieron en el albergue del Lis d'Or.

El hostelero tenía el aspecto del más honesto hombre de la tierra; recibió a los viajeros con su palmatoria en una mano y su bonete de algodón en la otra; quiso alojar a los dos viajeros a cada uno en una habitación encantadora, pero desgraciadamente cada una de aquellas habitaciones estaba en una punta del hotel. D'Artagnan y Athos las rechazaron; el hostelero respondió, que no había otras dignas de Sus Excelencias; pero los viajeros declararon que se acostarían en la habitación común, cada uno sobre un colchón que pondrían en el suelo. El hostelero insistió, los viajeros se obstinaron: hubo que hacer lo que querían.

Acababan de disponer el lecho y de atrancar la puerta por dentro, cuando llamaron al postigo del patio; preguntaron quién estaba allí, reconocieron la voz de sus criados y abrieron.

En efecto, eran Planchet y Grimaud.

-Grimaud bastará para guardar los caballos -dijo Planchet-; si los señores quieren, yo me acostaré atravesando la puerta; de esta forma, estarán seguros de que nadie llegará hasta ellos.

-¿Y en qué te acostarás? -dijo D'Artagnan.

-He aquí mi cama -respondió Planchet.

Y mostró un haz de paja.

-Ven entonces -dijo D'Artagnan-; tienes razón: la cara del hostelero no me gusta, es demasiado graciosa.

-Ni a mí tampoco -dijo Athos.

Planchet subió por la ventana y se instaló atravesado junto a la puerta, mientras Grimaud iba a encerrarse en la cuadra, respondiendo de que a las cinco él y los cuatro caballos estarían dispuestos.

La noche fue bastante tranquila. Hacia las dos de la mañana intentaron abrir la puerta, pero cuando Planchet se despertó sobresaltado y gritó: «¿Quién va?», le respondieron que se equivocaban, y se alejaron.

A las cuatro de la mañana, se oyó un gran escándalo en las cuadras; Grimaud había querido despertar a los mozos de cuadra, y los mozos de cuadra le golpeaban. Cuando abrieron la ventana, se vio al pobre muchacho sin conocimiento, la cabeza hendida por un golpe del mango de un horcón.

Planchet bajó entonces al patio y quiso ensillar los caballos; los caballos estaban extenuados. Sólo el de Mosquetón, que había viajado sin amo durante cinco o seis horas la víspera, habría podido continuar la ruta; pero por un error inconcebible, el veterinario al que se había mandado a buscar, según parecía, para sangrar al caballo del hostelero, había sangrado al de Mosquetón.

Aquello comenzaba a ser inquietante: todos aquellos accidentes sucesivos eran quizá resultado del azar, pero podían también ser muy bien fruto de una conspiración. Athos y D'Artagnan salieron, mientras Planchet iba a informarse de si había tres caballos en venta por los alrededores. A la puerta había dos caballos completamente equipados, fuertes y vigorosos. Aquello arreglaba el asunto. Preguntó dónde estaban los dueños; le dijeron que los dueños habían pasado la noche en el albergue y saldaban su cuenta en aquel momento con el amo.

Athos bajó para pagar el gasto, mientras D'Artagnan y Planchet estaban en la puerta de la calle el hostelero se hallaba en una habitación baja y alejada, a la que rogó a Athos que pasase.

Athos entró sin desconfianza y sacó dos pistolas para pagar: el hostelero estaba solo y sentado ante su mesa, uno de cuyos cajones estaba entreabierto. Tomó el dinero que le ofreció Athos, lo hizo dar vueltas y más vueltas en sus manos y de pronto, gritando que la moneda era falsa, declaró que iba a hacerle detener, a él y a su compañero, por monederos falsos.

-¡Bribón! -dijo Athos, avanzando hacia él-. ¡Voy a cortarte las orejas!

En aquel mismo instante, cuatro hombres armados hasta los dientes entraron por las puertas laterales y se arrojaron sobre Athos.

-¡Me han cogido! -gritó Athos con todas las fuerzas de sus pulmones-. ¡Largaos, D'Artagnan! ¡Pica espuelas, pícalas! -y soltó dos tiros de pistola.

D'Artagnan y Planchet no se lo hicieron repetir dos veces, soltaron los dos caballos que esperaban a la puerta, saltaron encima, les hundieron las espuelas en el vientre y partieron a galope tendido.

-¿Sabes qué ha sido de Athos? -preguntó D'Artagnan a Planchet mientras corrían.

-¡Ay, señor! -dijo Planchet-. He visto caer a dos por los dos disparos, y me ha parecido, a través de la vidriera, que luchaba con la espada con los otros.

-¡Bravo, Athos! -murmuró D'Artagnan-. ¡Cuando pienso que hay que abandonarlo! De todos modos, quizá nos espera otro tanto a dos pasos de aquí. ¡Adelante, Planchet, adelante! Eres un valiente.

-Ya os lo dije, señor -respondió Planchet-; en los picardos, eso se ve con el uso, estoy en mi tierra, y eso me excita.

Y los dos juntos, picando espuelas, llegaron a Saint-Omer de un solo tirón. En Saint-Omer hicieron respirar a los caballos brida en mano, por miedo a contratiempos, y comieron un bocado deprisa y de pie en la calle; tras lo cual, volvieron a partir.

A cien pasos de las puertas de Calais, el caballo de D'Artagnan cayó, y ya no hubo medio de hacerlo levantarse: la sangre le salía por la nariz y por los ojos; quedaba sólo el de Planchet, pero éste se había parado y no hubo medio de hacerle andar.

Afortunadamente, como hemos dicho, estaban a cien pasos de la ciudad; dejaron las dos monturas en la carretera y corrieron al puerto. Planchet hizo observar a su amo un gentilhomme que llegaba con su criado y que no les precedía más que en una cincuentena de pasos.

Se aproximaron rápidamente a aquel hombre que parecía muy agitado. Tenía las botas cubiertas de polvo y se informaba sobre si podría pasar en aquel mismo momento a Inglaterra.

-Nada sería más fácil -le respondió el patrón de un navío dispuesto a hacerse a la vela-; pero esta mañana ha llegado la orden de no dejar partir a nadie sin un permiso expreso del señor cardenal.

-Tengo ese permiso -dijo el gentilhombre sacando un papel de su bolso-; aquí está.

-Hacedlo visar por el gobernador del puerto -dijo el patrón y dadme preferencia.

-¿Dónde encontraré al gobernador?

-En su casa de campo.

-¿Y dónde está situada esa casa?

-A un cuarto de legua de la villa; mirad, desde aquí la veréis al pie de aquella pequeña prominencia, aquel techo de pizarra.

-¡Muy bien! -dijo el gentilhombre.

Y seguido de su lacayo, tomó el camino de la casa de campo del gobernador.

D'Artagnan y Planchet siguieron al gentilhombre a quinientos pasos de distancia.

Una vez fuera de la villa, D'Artagnan apresuró el paso y alcanzó al gentilhombre cuando éste entraba en un bosquecillo.

-Señor -le dijo D'Artagnan-, parece que tenéis mucha prisa.

-No puedo tener más, señor.

-Estoy desesperado -dijo D'Artagnan-, porque como también tengo prisa, querría pedir os un favor.

-¿Cuál?

-Que me dejéis pasar primero.

-Imposible -dijo el gentilhombre-; he hecho sesenta leguas en cuarenta y cuatro horas y es preciso que mañana a mediodía esté en Londres.

-Y yo he hecho el mismo camino en cuarenta horas y es preciso que mañana a las diez de la mañana esté en Londres.

-Caso perdido, señor; pero yo he llegado el primero y no pasaré el segundo.

-Caso perdido, señor; pero yo he llegado el segundo y pasaré el primero.

-¡Servicio del rey! -dijo el gentilhombre.

-¡Servicio mío! -dijo D'Artagnan.

-Me parece que es una mala pelea la que me buscáis.

-¡Pardiez! ¿Qué queréis que sea?

-¿Qué deseáis?

-¿Queréis saberlo?

-Por supuesto.

-Pues bien, quiero la orden de que sois portador, dado que yo no la tengo y dado que necesito una.

-¿Bromeáis, verdad?

-No bromeo nunca.

-¡Dejadme pasar!

-No pasaréis.

-Mi valiente joven, voy a romperos la cabeza. ¡Eh, Lubin, mis pistolas!

-Planchet -dijo D'Artagnan-, encárgate tú del criado, yo me encargo del amo.

Planchet, enardecido por la primera proeza, saltó sobre Lubin, y como era fuerte y vigoroso, dio con sus riñones en el suelo y le puso la rodilla en el pecho.

-Cumplid vuestro cometido, señor -dijo Planchet-, que yo ya he hecho el mío.

Al ver esto, el gentilhombre sacó su espada y se abalanzó sobre D'Artagnan; pero tenía que habérselas con un adversario terrible.

En tres segundos D'Artagnan le suministró tres estocadas, diciendo a cada una:

-Una por Athos, otra por Porthos, y otra por Aramis.

A la tercera, el gentilhombre cayó como una mole.

D'Artagnan le creyó muerto, o al menos desvanecido, y se aproximó a él para cogerle la orden, pero en el momento en que extendía el brazo para registrarlo, el herido, que no había soltado su espada, le asestó un pinchazo en el pecho diciendo:

-Una por vos.

-¡Y una por mí! ¡Para el final la buena! -exclamó D'Artagnan furioso, clavándole en tierra con una cuarta estocada en el vientre.

Aquella vez el gentilhombre cerró los ojos y se desvaneció.

D'Artagnan registró el bolsillo en que había visto poner la orden de paso y la cogió. Estaba a nombre del conde de Wardes.

Luego, lanzando una última ojeada sobre el hermoso joven, que apenas tenía veinticinco años y al que dejaba allí tendido, privado del sentido y quizá muerto, lanzó un suspiro sobre aquel extraño destino que lleva a los hombres a destruirse unos a otros por intereses de personas que les son extrañas y que a menudo no saben siquiera que existen.

Pero muy pronto fue sacado de estas cavilaciones por Lubin, que lanzaba aullidos y pedía ayuda con todas sus fuerzas.

Planchet le puso la mano en la garganta y apretó con todas sus fuerzas.

-Señor -dijo- mientras lo tenga así, no gritaré, de eso estoy seguro; pero tan pronto como lo suelte, volveré a gritar. Es, según creo, normando, y los normandos son cabezotas.

-¡Espera! -dijo D'Artagnan.

Y cogiendo su pañuelo lo amordazó.

-Ahora -dijo Planchet- atémoslo a un árbol.

La cosa fue hecha a conciencia, luego arrastraron al conde de Wardes junto a su doméstico; y como la noche comenzaba a caer y el atado y el herido estaban algunos pasos dentro del bosque, era evidente que debían quedarse allí hasta el día siguiente.

-¡Y ahora -dijo D'Artagnan-, a casa del gobernador!

-Pero estáis herido, me parece -dijo Planchet.

-No es nada; ocupémonos de lo que más urge; luego ya volveremos a mi herida que, además, no me parece muy peligrosa.

Y los dos se encaminaron de prisa hacia la casa de campo del digno funcionario.

Anunciaron al señor conde de Wardes.

D'Artagnan fue introducido.

-¿Tenéis una orden firmada del cardenal? -dijo el gobernador.

-Sí, señor -respondió D'Artagnan-, aquí está.

-¡Ah, ah! Está en regla y bien certificada -dijo el gobernador.

-Es muy simple -respondió D'Artagnan-, soy uno de sus más fieles-.

-Parece que Su Eminencia quiere impedir a alguien llegar a Inglaterra.

-Sí, a un tal D'Artagnan, un gentilhombre bearnés que ha salido de París con tres amigos suyos con la intención de llegar a Londres.

-¿Le conocéis vos personalmente? -preguntó el gobernador.

-¿A quién?

-A ese D'Artagnan.

-De maravilla.

-Dadme sus señas entonces.

-Nada más fácil.

Y D'Artagnan hizo rasgo por rasgo la descripción del conde de Wardes.

-¿Va acompañado? -preguntó el gobernador.

-Sí, de un criado llamado Lubin.

-Se tendrá cuidado con ellos y, si les ponemos la mano encima, Su Eminencia puede estar tranquilo, serán devueltos a Paris con una buena escolta.

-Y si lo hacéis, señor gobernador -dijo D'Artagnan-, habréis hecho méritos ante el cardenal.

-Lo veréis a vuestro regreso, señor conde?

-Sin ninguna duda.

-Os suplico que le digáis que soy su servidor.

-No dejaré de hacerlo.

Y contento por esta promesa, el gobernador visó el pase y lo entregó a D'Artagnan.

D'Artagnan no perdió su tiempo en cumplidos inútiles, saludó al gobernador, le dio las gracias y partió.

Una vez fuera, él y Planchet tomaron su camino y, dando un gran rodeo, evitaron el bosque y volvieron a entrar por otra puerta.

El navío continuaba dispuesto para partir, el patrón esperaba en el puerto.

-¿Y bien? -dijo al ver a D'Artagnan.

-Aquí está mi pase visado -dijo éste.

-¿Y aquel otro gentil hombre?

-No pasará hoy -dijo D'Artagnan-, pero estad tranquilo, yo pagaré el pasaje por nosotros dos.

-En tal caso, partamos -dijo el patrón.

-¡Partamos! -repitió D'Artagnan.

Y saltó con Planchet al bote; cinco minutos después estaban a bordo.

Justo a tiempo: a media legua en alta mar, D'Artagnan vio brillar una luz y oyó una detonación.

Era el cañonazo que anunciaba el cierre del puerto.

Era momento de ocuparse de su herida; afortunadamente, como D'Artagnan había pensado, no era de las más peligrosas: la punta de la espada había encontrado una costilla y se había deslizado a lo largo del hueso; además, la camisa se había pegado al punto a la herida, y apenas si había destilado algunas gotas de sangre.

D'Artagnan estaba roto de fatiga; extendieron para él un colchón en el puente, se echó encima y se durmió.

Al día siguiente, al levantar el día se encontró a tres o cuatro leguas aún de las costas de Inglaterra; la brisa había sido débil toda la noche y habían andado poco.

A las diez, el navío echaba el ancla en el puerto de Douvres.

A las diez y media, D'Artagnan ponía el pie en tierra de Inglaterra, exclamando:

-¡Por fin, heme aquí!

Pero aquello no era todo; había que ganar Londres. En Inglaterra, la posta estaba bastante bien servida. D'Artagnan y Planchet tomaron cada uno una jaca, un postillón corrió por delante de ellos; en cuatro horas se plantaron en las puertas de la capital.

D'Artagnan no conocía Londres, D'Artagnan no sabía ni una palabra de inglés; pero escribió el nombre de Buckingham en un papel, y todos le indicaron el palacio del duque.

El duque estaba cazando en Windsor, con el rey.

D'Artagnan preguntó por el ayuda de cámara de confianza del duque, el cual, por haberle acompañado en todos sus viajes, hablaba perfectamente francés; le dijo que llegaba de Paris para un asunto de vida o muerte, y que era preciso que hablase con su amo al instante.

La confianza con que hablaba D'Artagnan convenció a Patrice, que así se llamaba este ministro del ministro. Hizo ensillar dos caballos y se encargó de conducir al joven guardia. En cuanto a Planchet, le habían bajado de su montura rígido como un junco; el pobre muchacho se hallaba en el límite de sus fuerzas; D'Artagnan parecía de hierro.

Llegaron al castillo; allí se informaron: el rey y Buckingham cazaban pájaros en las marismas situadas a dos o tres leguas de allí.

A los veinte minutos estuvieron en el lugar indicado. Pronto Patrice oyó la voz de su señor que llamaba a su halcón.

-¿A quién debo anunciar a milord el duque? -preguntó Patrice.

-Al joven que una noche buscó querrela con él en el Pont-Neuf, frente a la Samaritaine.

-¡Singular recomendación!

-Ya veréis cómo vale tanto como cualquier otra.

Patrice puso su caballo al galope, alcanzó al duque y le anunció en los términos que hemos dicho que un mensajero le esperaba.

Buckingham reconoció a D'Artagnan al instante, y temiendo que en Francis pasaba algo cuya noticia se le hacía llegar, no perdió más que el tiempo de preguntar dónde estaba quien la traía; y habiendo reconocido de lejos el uniforme de los guardias puso su caballo al galope y vino derecho a D'Artagnan. Patrice, por discreción, se mantuvo aparte.

-¿No le ha ocurrido ninguna desgracia a la reina? -exclamó Buckingham, pintándose en esta pregunta todo su pensamiento y todo su amor.

-No lo creo; sin embargo, creo que corre algún gran peligro del que sólo Vuestra Gracia puede sacarla.

-¿Yo? -exclamó Buckingham-. ¡Bueno, me sentiría muy feliz de servirla para alguna cosa! ¡Hablad! ¡Hablad!

-Tomad esta carta -dijo D'Artagnan.

-¡Esta carta! ¿De quién viene esta carta?

-De Su Majestad, según pienso.

-¡De Su Majestad! -dijo Buckingham palideciendo hasta tal punto que D'Artagnan creyó que iba a marearse.

Y rompió el sello.

-¿Qué es este desgarrón? -dijo mostrando a D'Artagnan un lugar en el que se hallaba atravesada de parte a parte.

-¡Ah, ah! -dijo D'Artagnan-. No había visto eso; es la espada del conde de Wardes la que ha hecho ese hermoso agujero al agujerearme el pecho.

-¿Estáis herido? -preguntó Buckingham rompiendo el sello.

-¡Oh! ¡No es nada! -dijo D'Artagnan-. Un rasguño.

-¡Justo cielo! ¡Qué he leído! -exclamó el duque-. Patrice, quédate aquí, o mejor, reúnete con el rey donde esté, y di a Su Majestad que le suplico humildemente excusarme, pero un asunto de la más alta importancia me llama a Londres. Venid, señor, venid.

Y los dos juntos volvieron a tomar al galope el camino de la capital.



Capítulo XXI

La condesa de Winter

Durante el camino, el duque se hizo poner al corriente por D'Artagnan no de cuanto había pasado, sino de lo que D'Artagnan sabía. Al unir lo que había oído salir de la boca del joven a sus recuerdos propios, pudo, pues, hacerse una idea bastante exacta de una situación, de cuya gravedad, por lo demás, la carta de la reina, por corta y poco explícita que fuese, le daba la medida. Pero lo que le extrañaba sobre todo es que el cardenal, interesado como estaba en que aquel joven no pusiera el pie en Inglaterra, no hubiera logrado detenerlo en ruta.

Fue entonces, y ante la manifestación de esta sorpresa, cuando D'Artagnan le contó las precauciones tomadas, y cómo gracias a la abnegación de sus tres amigos, que había diseminado todo ensangrentados en el camino, había llegado a librarse, salvo la estocada que había atravesado el billete de la reina y que había devuelto al señor de Wardes en tan terrible moneda. Al escuchar este relato hecho con la mayor simplicidad, el duque miraba de vez en cuando al joven con aire asombrado, como si no hubiera podido comprender que tanta prudencia, coraje y abnegación hubieran venido a un rostro que no indicaba todavía los veinte años.

Los caballos iban como el viento y en algunos minutos estuvieron a las puertas de Londres. D'Artagnan había creído que al llegar a la ciudad el duque aminoraría la marcha del suyo, pero no fue así: continuó su camino a todo correr, inquietándose poco de si derribaba a quienes se hallaban en su camino. En efecto, al atravesar la ciudad, ocurrieron dos o tres accidentes de este género; pero Buckingham no volvió siquiera la cabeza para mirar qué había sido de aquellos a los que había volteado. D'Artagnan le seguía en medio de gritos que se parecían mucho a maldiciones.

Al entrar en el patio del palacio, Buckingham saltó de su caballo y, sin preocuparse por lo que le ocurriría, lanzó la brida sobre el cuello y se abalanzó

hacia la escalinata. D'Artagnan hizo otro tanto, con alguna inquietud más sin embargo, por aquellos nobles animales cuyo mérito había podido apreciar; pero tuvo el consuelo de ver que tres o cuatro criados se habían lanzado de las cocinas y las cuadras y se apoderaban al punto de sus monturas.

El duque caminaba tan rápidamente que D'Artagnan apenas podía seguirlo. Atravesó sucesivamente varios salones de una elegancia de la que los mayores señores de Francia no tenían siquiera idea, y llegó por fin a un dormitorio que era a la vez un milagro de gusto y de riqueza. En la alcoba de esta habitación había una puerta, oculta en la tapicería, que el duque abrió con una llavecita de oro que llevaba colgada de su cuello por una cadena del mismo metal. Por discreción, D'Artagnan se había quedado atrás; pero en el momento en que Buckingham franqueaba el umbral de aquella puerta, se volvió, y viendo la indecisión del joven:

-Venid -le dijo-, y si tenéis la dicha de ser admitido en presencia de Su Majestad, decidle lo que habéis visto.

Alentado por esta invitación, D'Artagnan siguió al duque, que cerró la puerta tras él.

Los dos se encontraron entonces en una pequeña capilla tapizada toda ella de seda de Persia y brocada de oro, ardientemente iluminada por un gran número de bujías. Encima de una especie de altar, y debajo de un dosel de terciopelo azul coronado de plumas blancas y rojas, había un retrato de tamaño natural representando a Ana de Austria, tan perfectamente parecido que D'Artagnan lanzó un grito de sorpresa: se hubiera creído que la reina iba a hablar.

Sobre el altar, y debajo del retrato, estaba el cofre que guardaba los herretes de diamantes.

El duque se acercó al altar, se arrodilló como hubiera podido hacerlo un sacerdote ante Cristo; luego abrió el cofre.

-Mirad -le dijo sacando del cofre un grueso nudo de cinta azul todo resplandeciente de diamantes-. Mirad, aquí están estos preciosos herretes con los que había hecho juramento de ser enterrado. La reina me los había dado, la reina me los pide; que en todo se haga su voluntad, como la de Dios.

Luego se puso a besar unos tras otros aquellos herretes de los que tenía que separarse. De pronto, lanzó un grito terrible.

-¿Qué pasa? -preguntó D'Artagnan con inquietud-. ¿Y qué os ocurre, milord?

-Todo está perdido -exclamó Buckingham, volviéndose pálido como un muerto-; dos de estos herretes faltan, no hay más que diez.

-Milord, ¿los ha perdido o cree que se los han robado?

-Me los han robado -repuso el duque-. Y es el cardenal quien ha dado el golpe. Mirad, las cintas que los sostenían han sido cortadas con tijeras.

-Si milord pudiera sospechar quién ha cometido el robo... Quizá esa persona los tenga aún en sus manos.

-¡Esperad, esperad! -exclamó el duque-. La única vez que me he puesto estos herretes fue en el baile del rey, hace ocho días, en Windsor. La condesa de Winter, con quien estaba enfadado, se me acercó durante ese baile. Aquella reconciliación era una venganza de mujer celosa. Desde ese día no la he vuelto a ver. Esa mujer es un agente del cardenal.

-¡Pero los tiene entonces en todo el mundo! -exclamó D'Artagnan.

-¡Oh, sí sí! -dijo Buckingham, apretando los dientes de cólera-. Sí, es un luchador terrible. Pero, no obstante, ¿cuándo ha de tener lugar ese baile?

-El próximo lunes.

-¡El próximo lunes! Todavía cinco días; es más tiempo del que necesitamos. ¡Patrice! -exclamó el duque, abriendo la puerta de la capilla-. ¡Patrice!

Su ayuda de cámara de confianza apareció.

-¡Mi joyero y mi secretario!

El ayuda de cámara salió con una presteza y un mutismo que probaban el hábito que había contraído de obedecer ciegamente y sin réplica.

Pero aunque fuera el joyero llamado en primer lugar, fue el secretario quien apareció antes. Era muy simple, vivía en palacio. Encontró a Buckingham sentado ante una mesa en su dormitorio y escribiendo algunas órdenes de su propio puño.

-Señor Jackson -le dijo-, vais a daros un paseo hasta casa del lord-canciller y decirle que le encargo la ejecución de estas órdenes. Deseo que sean promulgadas al instante.

-Pero, monseñor, si el lord-canciller me interroga por los motivos que han podido llevar a Vuestra Gracia a una medida tan extraordinaria, ¿qué responderé?

-Que tal ha sido mi capricho, y que no tengo que dar cuenta a nadie de mi voluntad.

-¿Será esa la respuesta que deberá transmitir a Su Majestad -repuso sonriendo el secretario- si por casualidad Su Majestad tuviera la curiosidad de saber por qué ningún bajel puede salir de los puertos de Gran Bretaña?

-Tenéis razón señor -respondió Buckingham- En tal caso le dirá al rey que he decidido la guerra, y que esta medida es mi primer acto de hostilidad contra Francia.

El secretario se inclinó y salió.

-Ya estamos tranquilos por ese lado -dijo Buckingham, volviéndose hacia D'Artagnan-. Si los herretes no han partido ya para Francia, no llegarán antes que vos.

-Y eso, ¿por qué?

-Acabo de embargar a todos los navíos que se encuentran en este momento en los puertos de Su Majestad, y a menos que haya un permiso particular, ni uno solo se atreverá a levar anclas.

D'Artagnan miró con estupefacción a aquel hombre que ponía el poder ilimitado de que estaba revestido por la confianza de un rey al servicio de sus amores. Buckingham vio en la expresión del rostro del joven lo que pasaba en su pensamiento y sonrió.

-Sí -dijo- sí, es que Ana de Austria es mi verdadera reina; a una palabra de ella traicionaría a mi país, traicionaría a mi rey, traicionaría a mi Dios. Ella me pidió no enviar a los protestantes de La Rochelle la ayuda que yo les había prometido, y no lo he hecho. Faltaba así a mi palabra, ¡pero no importa! Obedecía a su deseo.

¿No he sido suficientemente pagado por mi obediencia? Porque a esa obediencia debo precisamente su retrato.

D'Artagnan admiró de qué hilos frágiles y desconocidos están a veces suspendidos los destinos de un pueblo y la vida de los hombres.

Estaba él en lo más profundo de sus reflexiones, cuando entró el orfebre: era un irlandés de los más hábiles en su arte, y que confesaba él mismo ganar cien mil libras al año con el duque de Buckingham.

-Señor O'Reilly -le dijo el duque, conduciéndolo a la capilla-, ved estos herretes de diamantes y decidme cuánto vale cada pieza.

El orfebre lanzó una sola ojeada sobre la forma elegante en que estaban engastados, calculó uno con otro el valor de los diamantes y sin duda alguna:

-Mil quinientas pistolas la pieza, milord -respondió.

-¿Cuántos días se necesitarían para hacer dos herretes como estos? Como veis, faltan dos.

-Ocho días, milord.

-Los pagaré a tres mil pistolas la pieza, pero los necesito para pasado mañana.

-Los tendrá, milord.

-Sois un hombre preciso, señor O'Reilly, pero esto no es todo; esos erretes no pueden ser confiados a nadie, es preciso que sean hechos en este palacio.

-Imposible, milord, sólo yo puedo realizarlos para que no se vea la diferencia entre los nuevos y los viejos.

-Entonces, mi querido señor O'Reilly, sois mi prisionero, y aunque ahora quisierais salir de mi palacio no podríais; decidid, pues. Decidme los nombres de los ayudantes que necesitáis, y designad los utensilios que deben traer.

El orfebre conocía al duque, sabía que cualquier observación era inútil, y por eso tomó al instante su decisión.

-¿Me será permitido avisar a mi mujer? -preguntó.

-¡Oh! Os será incluso permitido verla, mi querido señor O'Reilly; vuestro cautiverio será dulce, estad tranquilo; y como toda molestia vale una compensación,

además del precio de los dos herretes, aquí tenéis un buen millar de pistolas para haceros olvidar la molestia que os causo.

D'Artagnan no volvía del asombro que le causaba aquel ministro, que movía a su placer hombres y millones.

En cuanto al orfebre, escribía a su mujer enviándole el bono de mil pistolas y encargándola devolverle a cambio su aprendiz más hábil, un surtido de diamantes cuyo peso y título le daba, y una lista de los instrumentos que le eran necesarios.

Buckingham condujo al orfebre a la habitación que le estaba destinada y que, al cabo de media hora, fue transformada en taller. Luego puso un centinela en cada puerta con prohibición de dejar entrar a quienquiera que fuese, a excepción de su ayuda de cámara Patrice. Es inútil añadir que al orfebre O'Reilly y a su ayudante les estaba absolutamente prohibido salir bajo el pretexto que fuera.

Arreglado este punto, el duque volvió a D'Artagnan.

-Ahora, joven amigo mío -dijo-, Inglaterra es nuestra. ¿Qué queréis que deseáis?

-Una cama -respondió D'Artagnan-. Os confieso que por el momento es lo que más necesito.

Buckingham dio a D'Artagnan una habitación que pegaba con la suya. Quería tener al joven bajo su mano, no porque desconfiase de él, sino para tener alguien con quien hablar constantemente de la reina.

Una hora después fue promulgada en Londres la ordenanza de no dejar salir de los puertos ningún navío cargado para Francia, ni siquiera el paquebote de las camas. A los ojos de todos, aquello era una declaración de guerra entre los dos reinos.

Dos días después, a las once, los dos herretes en diamantes estaban acabados y tan perfectamente imitados, tan perfectamente parejos que Buckingham no pudo reconocer los nuevos de los antiguos, y los más expertos en semejante materia se habrían equivocado igual que él.

Al punto hizo llamar a D'Artagnan.

-Mirad -le dijo-. Aquí están los herretes de diamantes que habéis venido a buscar, y sed mi testigo de que todo cuanto el poder humano podía hacer lo he hecho.

-Estad tranquilo, milord, diré lo que he visto; pero ¿me entrega Vuestra Gracia los herretes sin la caja?

-La caja os sería un embarazo. Además, la caja es para mí tanto más preciosa cuanto que sólo me queda ella. Diréis que la conservo yo.

-Haré vuestro encargo palabra por palabra, milord.

-Y ahora -prosiguió Buckingham, mirando fijamente al joven-, ¿cómo saldará mi deuda con vos?

D'Artagnan enrojeció hasta el blanco de los ojos. Vio que el duque buscaba un medio de hacerle aceptar algo, y aquella idea de que la sangre de sus compañeros y la suya iban a ser pagadas por el oro inglés le repugnaba extrañamente.

-Entendámonos milord -respondió D'Artagnan-, y sopesemos bien los hechos por adelantado, a fin de que no haya desprecio en ello. Estoy al servicio del rey y de la reina de Francia, y formo parte de la compañía de los guardias del señor des Essarts quien, como su cuñado el señor de Tréville, está particularmente vinculado a Sus Majestades. Por tanto, lo he hecho todo por la reina y nada por Vuestra Gracia. Es más, quizá no hubiera hecho nada de todo esto si no hubiera tratado de ser agradable a alguien que es mi dama, como la reina lo es vuestra.

-Sí -dijo el duque, sonriendo-, y creo incluso conocer a esa persona, es...

-Milord, yo no la he nombrado -interrumpió vivamente el joven.

-Es justo -dijo el duque-. Es, pues, a esa persona a quien debo estar agradecido por vuestra abnegación.

-Vos lo habéis dicho, milord, porque precisamente en este momento en que se trata de guerra, os confieso que no veo en Vuestra Gracia más que a un inglés, y por consiguiente a un enemigo al que estaría más encantado de encontrar en el campo de batalla que en el parque de Windsor o en los corredores del Louvre; lo cual, por lo demás, no me impedirá ejecutar punto por punto mi misión y hacerme

matar si es necesario para cumplirla; pero, lo repito a Vuestra Gracia, sin que tenga que agradecerme personalmente lo que por mí hago en esta segunda entrevista más de lo que hice por ella en la primera.

-Nosotros decimos: «Orgullosa como un escocés» -murmuró Buckingham.

-Y nosotros decimos: «Orgullosa como un gascón» -respondió D'Artagnan.

Los gascones son los escoceses de Francia.

D'Artagnan saludó al duque y se dispuso a partir.

-¡Y bien! ¿Os vais as? ¿Por dónde? ¿Cómo?

-Es cierto.

-¡Dios me condene! Los franceses no temen a nada.

-Había olvidado que Inglaterra era una isla y que vos erais el rey.

-Id al puerto, buscad el bricbarca Sund, entregad esta carta al capitán; él os conducirá a un pequeño puerto donde ciertamente no os esperan, y donde no atracan por regla general más que barcos de pesca.

-¿Cómo se llama ese puerto?

-Saint-Valèry; pero, esperad: llegado allí, entraréis en un mal albergue sin nombre y sin muestra, un verdadero garito de marineros; no podéis confundiros, no hay más que uno.

-¿Después?

-Preguntaréis por el hostelero, y le diréis: Forward.

-Lo cual quiere decir...

-Adelante: es la contraseña. Os dará un caballo completamente ensillado y os indicará el camino que debéis seguir; encontraréis de ese modo cuatro relevos en vuestra ruta. Si en cada uno de ellos queréis dar vuestra dirección de Paris, los cuatro caballos os seguirán; ya conocéis dos, y me ha parecido que sabéis apreciarlos como aficionado: son los que hemos montado; creedme, los otros no les son inferiores. Estos cuatro caballos están equipados para campaña. Por orgullosa que seáis, no os negaréis a aceptar uno ni hacer aceptar los otros tres a vuestros compañeros: además son para hacer la guerra. El fin excluye los medios, como vos decís, como dicen los franceses, ¿no es así?

-Sí, milord, acepto -dijo D'Artagnan-. Y si place a Dios, haremos buen uso de vuestros presentes.

-Ahora, vuestra mano, joven; quizá nos encontremos pronto en el campo de batalla; pero mientras tanto, nos dejaremos como buenos amigos, eso espero.

-Sí, milord, pero con la esperanza de convertirnos pronto en enemigos.

-Estad tranquilo, os lo prometo.

-Cuento con vuestra palabra, milord.

D'Artagnan saludó al duque y avanzó vivamente hacia el puerto.

Frente a la Torre de Londres encontró el navío designado, entregó su carta al capitán, que la hizo visar por el gobernador del puerto, y aparejó al punto.

Cincuenta navíos estaban en franquicia y esperaban.

Al pasar junto a la borda de uno de ellos, D'Artagnan creyó reconocer a la mujer de Meung, la misma a la que el gentilhombre desconocido había llamado «milady», y que él, D'Artagnan, había encontrado tan bella; pero gracias a la corriente del río y al buen viento que soplaba, su navío iba tan deprisa que al cabo de un instante estuvieron fuera del alcance de los ojos.

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, llegaron a Saint-Valèry.

D'Artagnan se dirigió al instante hacia el albergue indicado, y lo reconoció por los gritos que de él salían: se hablaba de guerra entre Inglaterra y Francia como de algo próximo a indudable, y los marineros contentos alborotaban en medio de la juerga.

D'Artagnan hendió la multitud, avanzó hacia el hostelero y pronunció la palabra Forword. Al instante el huésped le hizo seña de que le siguiese, salió con él por una puerta que daba al patio, lo condujo a la cuadra donde lo esperaba un caballo completamente ensillado, y le preguntó si necesitaba alguna otra cosa.

-Necesito conocer la ruta que debo seguir -dijo D'Artagnan.

-Id de aquí a Blangy, y de Blangy a Neufchâtel. En Neufchâtel entrad en el albergue de la Herse d'Ord, dad la contraseña al hotelero, y, como aquí, encontraréis un caballo totalmente ensillado.

-¿Debo algo? -preguntó D'Artagnan.

-Todo está pagado -dijo el hostelero-, y con largueza. Id, pues, y que Dios os guíe.

-¡Amén! -respondió el joven, partiendo al galope.

Cuatro horas después estaba en Neufchâtel.

Siguió estrictamente las instrucciones recibidas; en Neufchâtel, como en Saint-Valèry, encontró una montura totalmente ensillada y aguardándolo; quiso llevar las pistolas de la silla que acababa de dejar a la silla que iba a tomar: las guardas del arzón estaban provistas de pistolas parecidas.

- ¿Vuestra dirección en Paris?

-Palacio de los Guardias, compañía Des Essarts.

-Bien -respondió éste.

-¿Qué ruta hay que tomar? -preguntó a su vez D'Artagnan.

-La de Rouen; pero dejaréis la ciudad a vuestra derecha. En la Pequeña aldea de Ecouis os detendréis, no hay más que un albergue, el Ecu de France. No lo juzguéis por su apariencia: en sus cuabras tendrá un caballo que valdrá tanto como éste.

-¿La misma contraseña?

-Exactamente.

-¡Adiós, maese!

-¡Buen viaje, gentil hombre! ¿Tenéis necesidad de alguna cosa? D'Artagnan hizo con la cabeza señal de que no, y volvió a partir a todo galope. En Ecouis, la misma escena se repitió: encontró un hostelero tan previsor, un caballo fresco y descansado; dejó sus señas como lo había hecho y volvió a partir al mismo galope para Pontoise. En Pontoise, cambió por última vez de montura y a las nueve entraba a todo galope en el patio del palacio del señor de Tréville.

Había hecho cerca de sesenta leguas en doce horas.

El señor de Tréville lo recibió como si lo hubiera visto aquella misma mañana; sólo que, apretándole la mano un poco más vivamente que de costumbre, le anunció que la compañía del señor Des Essarts estaba de guardia en el Louvre y que podía incorporarse a su puesto.

Capítulo XXII

El ballet de la Merlaison

Al día siguiente no se hablaba en todo Paris más que del baile que los señores regidores de la villa darían al rey y a la reina, y en el cual sus Majestades debían bailar el famoso ballet de la Merlaison, que era el ballet favorito del rey.

En efecto, desde hacía ocho días se preparaba todo en el Ayuntamiento para aquella velada solemne. El carpintero de la villa había levantado los estrados sobre los que debían permanecer las damas invitadas; el tendera del Ayuntamiento había adornado las salas con doscientas velas de cera blanca, lo cual era un lujo inaudito para aquella época; en fin, veinte violines habían sido avisados, y el precio que se les daba había sido fijado en el doble del precio ordinario, dado que, según este informe, debían tocar durante toda la noche.

A las diez de la mañana, el señor de La Coste, abanderado de los guardias del rey, seguido de dos exentos y de varios arqueros del cuerpo, vino a pedir al escribano de la villa, llamado Clément, todas las llaves de puertas, habitaciones y oficinas del Ayuntamiento. Aquellas llaves le fueron entregadas al instante; cada una de ellas llevaba un billete que debía servir para hacerla reconocer, y a partir de aquel momento el señor de La Coste quedó encargado de la guardia de todas las puertas y todas las avenidas.

A las once vino a su vez Duhallier, capitán de los guardias, trayendo consigo cincuenta arqueros que se repartieron al punto por el Ayuntamiento, en las puertas que les habían sido asignadas.

A las tres llegaron dos compañías de guardias, una francesa, otra suiza. La compañía de los guardias franceses estaba compuesta: la mitad por hombres del señor Duhallier, la otra mitad por hombres del señor des Essarts.

A las seis de la tarde, los invitados comenzaron a entrar. A medida que entraban, eran colocados en el salón, sobre los estrados preparados.

A las nueve llegó la señora primera presidenta. Como era después de la reina la persona de mayor consideración de la fiesta, fue recibida por los señores del Ayuntamiento y colocada en el palco frontero al que debía ocupar la reina.

A las diez se trajo a colación de confituras para el rey en la salita del lado de la iglesia Saint-Jean, y ello frente al aparador de plata del Ayuntamiento, que era guardado por cuatro arqueros.

A medianoche se oyeron grandes gritos y numerosas aclamaciones: era el rey que avanzaba a través de las calles que conducen del Louvre al palacio del Ayuntamiento, y que estaban iluminadas con linternas de color.

Al punto los señores regidores, vestidos con sus trajes de paño y precedidos por seis sargentos, cada uno de los cuales llevaba un hachón en la mano, fueron ante el rey, a quien encontraron en las gradas, donde el preboste de los comerciantes le dio la bienvenida, cumplida la cual Su Majestad respondió excusándose de haber venido tan tarde, pero cargando la culpa sobre el señor cardenal, que lo había retenido hasta las once para hablar de los asuntos del Estado.

Su Majestad, en traje de ceremonia, estaba acompañado por S. A. R. Monsieur, por el conde de Soissons, por el gran prior, por el duque de Longueville, por el duque D'Elbeuf, por el conde D'Harcourt, por el conde de La Roche-Guyon, por el señor de Liancourt, por el señor de Baradas, por el conde de Cramail y por el caballero de Souveray.

Todos observaron que el rey tenía aire triste y preocupado.

Se había preparado para el rey un gabinete, y otro para Monsieur. En cada uno de estos gabinetes había depositados trajes de máscara. Otro tanto se había hecho para la reina y para la señora presidenta. Los señores y las damas del séquito de Sus Majestades debían vestirse de dos en dos en habitaciones preparadas a este efecto.

Antes de entrar en el gabinete, el rey ordenó que viniesen a prevenirlo tan pronto como apareciese el cardenal.

Media hora después de la entrada del rey, nuevas aclamaciones sonaron: éstas anunciaban la llegada de la reina . Los regidores hicieron lo que ya habían hecho antes y precedidos por los sargentos se adelantaron al encuentro de su ilustre invitada.

La reina entró en la sala: se advirtió que, como el rey, tenía aire triste y sobre todo fatigado.

En el momento en que entraba, la cortina de una pequeña tribuna que hasta entonces había permanecido cerrada se abrió, y se vio aparecer la cabeza pálida del cardenal vestido de caballero español. Sus ojos se fijaron sobre los de la reina, y una sonrisa de alegría terrible pasó por sus labios: la reina no tenía sus herretes de diamantes.

La reina permaneció algún tiempo recibiendo los cumplidos de los señores del Ayuntamiento y respondiendo a los saludos de las damas.

De pronto el rey apareció con el cardenal en una de las puertas de la sala. El cardenal le hablaba en voz baja y el rey estaba muy pálido.

El rey hendió la multitud y, sin máscara, con las cintas de su jubón apenas anudadas, se aproximó a la reina y con voz alterada le dijo:

-Señora, ¿por qué, si os place, no tenéis vuestros herretes de diamantes cuando sabéis que me hubiera agradado verlos?

La reina tendió su mirada en torno a ella, y vio detrás del rey al cardenal que sonreía con una sonrisa diabólica.

-Sire -respondió la reina con voz alterada-, porque en medio de esta gran muchedumbre he temido que les ocurriera alguna desgracia.

-¡Pues os habéis equivocado, señora! Si os he hecho ese regalo ha sido para que os adornarais con él. Os digo que os habéis equivocado.

Y la voz del rey estaba temblorosa de cólera; todos miraban y escuchaban con asombro, sin comprender nada de lo que pasaba.

-Sire -dijo la reina- puedo enviarlos a buscar al Louvre, donde están, y así los deseos de Vuestra Majestad serán cumplidos.

-Hacedlo, señora, hacedlo, y cuanto antes; porque dentro de una hora va a comenzar el ballet.

La reina saludó en señal de sumisión y siguió a las damas que debían conducirla a su gabinete.

Por su parte, el rey volvió al suyo.

Hubo en la sala un momento de desconcierto y confusión.

Todo el mundo había podido notar que algo había pasado entre el rey y la reina; pero los dos habían hablado tan bajo que, habiéndose alejado todos por respeto algunos pasos, nadie había oído nada. Los violines tocaban con toda su fuerza, pero no los escuchaban.

El rey salió el primero de su gabinete; iba en traje de caza de los más elegantes y Monsieur y los otros señores iban vestidos como él. Era el traje que mejor llevaba el rey, y así vestido parecía verdaderamente el primer gentilhomme de su reino.

El cardenal se acercó al rey y le entregó una caja. El rey la abrió y encontró en ella dos herretes de diamantes.

-¿Qué quiere decir esto? -preguntó al cardenal.

-Nada -respondió éste-. Sólo que si la reina tiene los herretes, cosa que dudo, contadlos, Sire, y si no encontráis más que diez, preguntad a Su Majestad quién puede haberle robado los dos herretes que hay ahí.

El rey miró al cardenal como para interrogarle; pero no tuvo tiempo de dirigirle ninguna pregunta: un grito de admiración salió de todas las bocas. Si el rey parecía el primer gentilhomme de su reino, la reina era a buen seguro la mujer más bella de Francia.

Es cierto que su tocado de cazadora le iba de maravilla; tenía un sombrero de fieltro con plumas azules, un corpiño de terciopelo gris perla unido con broches de diamantes, y una falda de satén azul toda bordada de plata. En su hombro izquierdo resplandecían los herretes sostenidos por un nudo del mismo color que las plumas y la falda.

El rey se estremecía de alegría y el cardenal de cólera; sin embargo, distantes como estaban de la reina, no podían contar los herretes; la reina los tenía, sólo que, ¿tenía diez o tenía doce?

En aquel momento, los violines hicieron sonar la señal del baile. El rey avanzó hacia la señora presidenta, con la que debía bailar, y S. A. Monsieur con la reina. Se pusieron en sus puestos y el baile comenzó.

El rey estaba en frente de la reina, y cada vez que pasaba a su lado, devoraba con la mirada aquellos herretes, cuya cuenta no podía saber. Un sudor frío cubría la frente del cardenal.

El baile duró una hora: tenía dieciséis intermedios.

El baile terminó en medio de los aplausos de toda la sala, cada cual llevó a su dama a su sitio, pero el rey aprovechó el privilegio que tenía de dejar a la suya donde se encontraba para avanzar deprisa hacia la reina.

-Os agradezco, señora -le dijo-, la deferencia que habéis mostrado hacia mis deseos, pero creo que os faltan dos herretes, y yo os los devuelvo.

Y con estas palabras, tendió a la reina los dos herretes que le había entregado el cardenal.

-¡Cómo, Sire! -exclamó la joven reina fingiendo sorpresa-. ¿Me dais aún otros dos? Entonces con éstos tendré catorce.

En efecto, el rey contó y los doce herretes se hallaron en los hombros de Su Majestad.

El rey llamó al cardenal.

-Y bien, ¿qué significa esto, monseñor cardenal? -preguntó el rey en tono severo.

-Eso significa, Sire -respondió el cardenal-, que yo deseaba que Su Majestad aceptara esos dos herretes y, no atreviéndome a ofrecérselos yo mismo, he adoptado este medio.

-Y yo quedo tanto más agradecida a Vuestra Eminencia -respondió Ana de Austria con una sonrisa que probaba que no era víctima de aquella ingeniosa

galantería-, cuanto que estoy segura de que estos dos herretes os cuestan tan caros ellos solos como los otros doce han costado a Su Majestad.

Luego, habiendo saludado al rey y al cardenal, la reina tomó el camino de la habitación en que se había vestido y en que debía desvestirse.

La atención que nos hemos visto obligados a prestar durante el comienzo de este capítulo a los personajes ilustres que en él hemos introducido, nos han alejado un instante de aquel a quien Ana de Austria debía el triunfo inaudito que acababa de obtener sobre el cardenal y que, confundido, ignorado perdido en la muchedumbre apiñada en una de las puertas, miraba desde allí esta escena sólo comprensible para cuatro personas: el rey, la reina Su Eminencia y él.

La reina acababa de ganar su habitación y D'Artagnan se aprestaba a retirarse cuando sintió que le tocaban ligeramente en el hombro; se volvió y vio a una mujer joven que le hacía señas de seguirla. Aquella joven tenía el rostro cubierto por un antifaz de terciopelo negro, mas pese a esta precaución que, por lo demás, estaba tomada más para los otros que para él, reconoció al instante mismo a su guía habitual, la ligera e ingeniosa señora Bonacieux.

La víspera apenas si se habían visto en el puesto del suizo Germain, donde D'Artagnan la había hecho llamar. La prisa que tenía la joven por llevar a la reina la excelente noticia del feliz retorno de su mensajero hizo que los dos amantes apenas cambiaran algunas palabras. D'Artagnan siguió, pues, a la señora Bonacieux movido por un doble sentimiento: el amor y la curiosidad. Durante todo el camino, y a medida que los corredores se hacían más desiertos, D'Artagnan quería detener a la joven, cogerla, contemplarla, aunque no fuera más que un instante; pero vivaz como un pájaro, se deslizaba siempre entre sus manos, y cuando él quería hablar, su dedo puesto en su boca con un leve gesto imperativo lleno de encanto le recordaba que estaba bajo el imperio de una potencia a la que debía obedecer ciegamente, y que le prohibía incluso la más ligera queja; por fin, tras un minuto o dos de vueltas y revueltas, la señora Bonacieux abrió una puerta e introdujo al joven en un gabinete completamente oscuro. Allí le hizo una nueva

señal de mutismo, y abriendo una segunda puerta oculta por una tapicería cuyas aberturas esparcieron de pronto viva luz, desapareció.

D'Artagnan permaneció un instante inmóvil y preguntándose dónde estaba, pero pronto un rayo de luz que penetraba por aquella habitación, el aire cálido y perfumado que llegaba hasta él, la conversación de dos o tres mujeres, en lenguaje a la vez respetuoso y elegante, la palabra Majestad muchas veces repetida, le indicaron claramente que estaba en un gabinete contiguo a la habitación de la reina.

El joven permaneció en la sombra y esperó.

La reina se mostraba alegre y feliz, lo cual parecía asombrar a las personas que la rodeaban y que tenían por el contrario la costumbre de verla casi siempre preocupada. La reina achacaba aquel sentimiento gozoso a la belleza de la fiesta, al placer que le había hecho experimentar el baile, y como no está permitido contradecir a una reina, sonría o llore, todos ponderaban la galantería de los señores regidores del Ayuntamiento de Paris.

Aunque D'Artagnan no conociese a la reina, distinguió su voz de las otras voces, en primer lugar por un ligero acento extranjero, luego por ese sentimiento de dominación, impreso naturalmente en todas las palabras soberanas. La oyó acercarse y alejarse de aquella puerta abierta, y dos o tres veces vio incluso la sombra de un cuerpo interceptar la luz.

Finalmente, de pronto, una mano y un brazo adorables de forma y de blancura pasaron a través de la tapicería; D'Artagnan comprendió que aquella era su recompensa: se postró de rodillas, cogió aquella mano y apoyó respetuosamente sus labios; luego aquella mano se retiró dejando en las suyas un objeto que reconoció como un anillo; al punto la puerta volvió a cerrarse y D'Artagnan se encontró de nuevo en la más completa oscuridad.

D'Artagnan puso el anillo en su dedo y esperó otra vez; era evidente que no todo había terminado aún. Después de la recompensa de su abnegación venía la recompensa de su amor. Además, el ballet había acabado, pero la noche apenas

había comenzado: se cenaba a las tres y el reloj de Saint-Jean hacía algún tiempo que había tocado ya las dos y tres cuartos.

En efecto, poco a poco el ruido de las voces disminuyó en la habitación vecina; se las oyó alejarse; luego, la puerta del gabinete donde estaba D'Artagnan se volvió a abrir y la señora Bonacieux se adelantó.

-¡Vos por fin! -exclamó D'Artagnan.

-¡Silencio! -dijo la joven, apoyando su mano sobre los labios del joven-. ¡Silencio! E idos por donde habéis venido.

-Pero ¿cuándo os volveré a ver? -exclamó D'Artagnan.

-Un billete que encontraréis al volver a vuestra casa lo dirá. ¡Marchaos, marchaos!

Y con estas palabras abrió la puerta del corredor y empujó a D'Artagnan fuera del gabinete.

D'Artagnan obedeció cómo un niño, sin resistencia y sin opción alguna, lo que prueba que estaba realmente muy enamorado.



Capítulo XXIII

La cita

D'Artagnan volvió a su casa a todo correr, y aunque eran más de las tres de la mañana y aunque tuvo que atravesar los peores barrios de París, no tuvo ningún mal encuentro. Ya se sabe que hay un dios que vela por los borrachos y los enamorados.

Encontró la puerta de su casa entreabierta, subió su escalera, y llamó suavemente y de una forma convenida entre él y su lacayo. Planchet, a quien dos horas antes había enviado del palacio del Ayuntamiento recomendándole que lo esperase, vino a abrirle la puerta.

-¿Alguien ha traído una carta para mí? -preguntó vivamente D'Artagnan.

-Nadie ha traído ninguna carta, señor -respondió Planchet-; pero hay una que ha venido totalmente sola.

-¿Qué quieres decir, imbécil?

-Quiero decir que al volver, aunque tenía la llave de vuestra casa en mi bolsillo y aunque esa llave no me haya abandonado, he encontrado una carta sobre el tapiz verde de la mesa, en vuestro dormitorio.

-¿Y dónde está esa carta?

-La he dejado donde estaba, señor. No es natural que las cartas entren así en casa de las gentes. Si la ventana estuviera abierta, o solamente entreabierta, no digo que no; pero no, todo estaba herméticamente cerrado. Señor, tened cuidado, porque a buen seguro hay alguna magia en ella.

Durante este tiempo, el joven se había lanzado a la habitación y abierto la carta; era de la señora Bonacieux y estaba concebida en estos términos:

«Hay vivos agradecimientos que hacerlos y que transmitirlos. Estad esta noche hacia las diez en Saint-Cloud, frente al pabellón que se alza en la esquina de la casa del señor D'Estrées.

Al leer aquella carta, D'Artagnan sentía su corazón dilatarse y encogerse con ese dulce espasmo que tortura y acaricia el corazón de los amantes.

Era el primer billete que recibía, era la primera cita que se le concedía. Su corazón, henchido por la embriaguez de la alegría, se sentía presto a desfallecer sobre el umbral de aquel paraíso terrestre que se llamaba el amor.

-¡Y bien, señor! -dijo Planchet, que había visto a su amo enrojecer y palidecer sucesivamente-. ¿No es justo lo que he adivinado y que se trata de algún asunto desagradable?

-Te equivocas, Planchet -respondió D'Artagnan-, y la prueba es que ahí tienes un escudo para que bebas a mi salud.

-Agradezco al señor el escudo que me da, y le prometo seguir exactamente sus instrucciones; pero no es menos cierto que las cartas que entran así en las casas cerradas...

-Caen del cielo, amigo mío, caen del cielo.

-Entonces, ¿el señor está contento? -preguntó Planchet.

-¡Mi querido Planchet, soy el más feliz de los hombres!

-¿Puedo aprovechar la felicidad del señor para irme a acostar?

-Sí, vete.

-Que todas las bendiciones del cielo caigan sobre el señor, pero no es menos cierto que esa carta...

Y Planchet se retiró moviendo la cabeza con aire de duda que no había conseguido borrar enteramente la liberalidad de D'Artagnan.

Al quedarse solo, D'Artagnan leyó y releyó su billete, luego besó y volvió a besar veinte veces aquellas líneas trazadas por la mano de, su bella amante. Finalmente se acostó, se durmió y tuvo sueños dorados.

A las siete de la mañana se levantó y llamó a Planchet, que a la segunda llamada abrió la puerta, el rostro todavía mal limpio de las inquietudes de la víspera.

-Planchet -le dijo D'Artagnan-, salgo por todo el día quizá; eres, pues, libre hasta las siete de la tarde; pero a las siete de la tarde, estate dispuesto con dos caballos.

-¡Vaya! -dijo Planchet-. Parece que todavía vamos a hacernos agujerear la piel en varios lugares.

-Cogerás tu mosquetón y tus pistolas.

-¡Bueno! ¿Qué decía yo? -exclamó Planchet-. Estaba seguro; esa maldita carta...

-Tranquilízate, imbécil, se trata simplemente de una partida de placer.

-Sí, como los viajes de recreo del otro día, en los que llovían las balas y donde había trampas.

-Además, si tenéis miedo, señor Planchet -prosiguió D'Artagnan-, iré sin vos; prefiero viajar solo antes que tener un compañero que tiembla.

-El señor me injuria -dijo Planchet-; me parece, sin embargo, que me ha visto en acción.

-Sí, pero creo que gastaste todo tu valor de una sola vez.

-El señor verá que cuando la ocasión se presente todavía me queda; sólo que ruego al señor no prodigarlo demasiado si quiere que me quede por mucho tiempo.

-¿Crees tener todavía cierta cantidad para gastar esta noche?

-Eso espero.

-Pues bien, cuento contigo.

-A la hora indicada estaré dispuesto; sólo que yo creía que el señor no tenía más que un caballo en la cuadra de los guardias.

-Quizá no haya en estos momentos más que uno, pero esta noche habrá cuatro.

-Parece que nuestro viaje fuera un viaje de remonta.

-Exactamente -dijo D'Artagnan.

Y tras hacer a Planchet un último gesto de recomendación salió.

El señor Bonacieux estaba a su puerta. La intención de D'Artagnan era pasar de largo sin hablar al digno mercero; pero éste hizo un saludo tan suave y tan benigno que su inquilino hubo por fuerza no sólo de devolvérselo, sino incluso de trabar conversación con él.

Por otra parte, ¿cómo no tener un poco de condescendencia para con un marido cuya mujer os ha dado una cita para esa misma noche en Saint-Cloud, frente al pabellón del señor D'Estrées? D'Artagnan se acercó con el aire más amable que pudo adoptar.

La conversación recayó naturalmente sobre el encarcelamiento del pobre hombre. El señor Bonacieux, que ignoraba que D'Artagnan había oído su conversación con el desconocido de Meung, contó a su joven inquilino las persecuciones de aquel monstruo del señor de Laffemas, a quien no cesó de calificar durante todo su relato de verdugo del cardenal, y se extendió largamente sobre la Bastilla, los cerrojos, los postigos, los tragaluces, las rejas y los instrumentos de tortura.

D'Artagnan lo escuchó con una complacencia ejemplar; luego, cuando hubo terminado:

-Y la señora Bonacieux -dijo por fin-, ¿sabéis quién la había raptado? Porque no olvido que gracias a esa circunstancia molesta debo la dicha de haberos conocido.

-¡Ah! -dijo el señor Bonacieux-. Se han guardado mucho de decírmelo, y mi mujer por su parte, me ha jurado por todos los dioses que ella no lo sabía. Pero y de vos -continuó el señor Bonacieux en un tono de ingenuidad perfecta-, ¿qué ha sido de vos todos estos días pasados? No os he visto ni a vos ni a vuestros amigos, y no creo que haya sido en el pavimento de París donde habéis cogido todo el polvo que Planchet quitaba ayer de vuestras botas.

-Tenéis razón, mi querido señor Bonacieux, mis amigos y yo hemos hecho un pequeño viaje.

-¿Lejos de aquí?

-¡Oh, Dios mío, no, a unas cuarenta leguas sólo! Hemos ido a llevar al señor Athos a las aguas de Forges, donde mis amigos se han quedado.

-¿Y vos habéis vuelto, verdad? -prosiguió el señor Bonacieux dando a su fisonomía su aire más maligno-. Un buen mozo como vos no consigue largos permisos de su amante, y erais impacientemente esperado en Paris, ¿no es así?

-A fe -dijo riendo el joven-, os lo confieso, mi querido señor Bonacieux, tanto más cuanto que veo que no se os puede ocultar nada. Sí, era esperado, y muy impacientemente, os respondo de ello.

Una ligera nube pasó por la frente de Bonacieux, pero tan ligera que D'Artagnan no se dio cuenta.

-¿Y vamos a ser recompensados por nuestra diligencia? -continuó el mercero con una ligera alteración en la voz, alteración que D'Artagnan no notó como tampoco había notado la nube momentánea que un instante antes había ensombrecido el rostro del digno hombre.

-¡Vaya! ¿Vais a sermonearme? -dijo riendo D'Artagnan.

-No, lo que os digo es sólo -repuso Bonacieux-, es sólo para saber si volveremos tarde.

-¿Por qué esa pregunta, querido huésped? -preguntó D'Artagnan-. ¿Es que contáis con esperarme?

-No, es que desde mi arresto y el robo que han cometido en mi casa, me asusto cada vez que oigo abrir una puerta, y sobre todo por la noche. ¡Maldita sea! ¿Qué queréis? Yo no soy un hombre de espada.

-¡Bueno! No os asustéis si regreso a la una, a las dos o a las tres de la mañana; y si no regreso, tampoco os asustéis.

Aquella vez Bonacieux se quedó tan pálido que D'Artagnan no pudo dejar de darse cuenta, y le preguntó qué tenía.

-Nada -respondió Bonacieux-, nada. Desde estas desgracias, estoy sujeto a desmayos que se apoderan de mí de pronto, y acabo de sentir pasar por mí un estremecimiento. No le hagáis caso, vos no tenéis más que ocuparos de ser feliz.

-Entonces tengo ocupación, porque lo soy.

-No todavía, esperar entonces, vos mismo lo habéis dicho: esta noche.

-¡Bueno, esta noche llegará, a Dios gracias! Y quizá la estéis esperando vos con tanta impaciencia como yo. Quizá esta noche la señora Bonacieux visite el domicilio conyugal.

-La señora Bonacieux no está libre esta noche -respondió con tono grave el marido-; está retenida en el Louvre por su servicio.

-Tanto peor para vos, mi querido huésped, tanto peor; cuando soy feliz quisiera que todo el mundo lo fuese; pero parece que no es posible.

Y el joven se alejó riéndose a carcajadas que sólo él, eso pensaba, podía comprender.

-¡Divertíos mucho! -respondió Bonacieux con un acento sepulcral.

Pero D'Artagnan estaba ya demasiado lejos para oírlo y, aunque lo hubiera oído, en la disposición de ánimo en que estaba, no lo hubiera ciertamente notado.

Se dirigió hacia el palacio del señor de Tréville; su visita de la víspera había sido como se recordará, muy corta y muy poco explicativa.

Encontró al señor de Tréville con la alegría en el alma. El rey y la reina habían estado encantadores con él en el baile. Ciertamente el cardenal había estado perfectamente desagradable.

A la una de la mañana se había retirado so pretexto de que estaba indispuesto. En cuanto a Sus Majestades, no habían vuelto al Louvre hasta las seis de la mañana.

-Ahora -dijo el señor de Tréville bajando la voz a interrogando con la mirada a todos los ángulos de la habitación para ver si estaban completamente solos-, ahora hablemos de vos, joven amigo, porque es evidente que vuestro feliz retorno tiene algo que ver con la alegría del rey, con el triunfo de la reina y con la humillación de su Eminencia. Se trata de protegeros.

-¿Qué he de temer -respondió D'Artagnan- mientras tenga la dicha de gozar del favor de Sus Majestades?

-Todo, creedme. El cardenal no es hombre que olvide una mistificación mientras no haya saldado sus cuentas con el mistificador, y el mistificador me parece ser cierto gascón de mi conocimiento.

-¿Creéis que el cardenal esté tan adelantado como vos y sepa que soy yo quien ha estado en Londres?

-¡Diablos! ¿Habéis estado en Londres? De Londres es de donde habéis traído ese hermoso diamante que brilla en vuestro dedo? Tened cuidado, mi querido D'Artagnan, no hay peor cosa que el presente de un enemigo. ¿No hay sobre esto cierto verso latino?... Esperad...

-Sí, sin duda -prosiguió D'Artagnan, que nunca había podido meterse la primera regla de los rudimentos en la cabeza y que, por ignorancia, había provocado la desesperación de su preceptor-; sí, sin duda, debe haber uno.

-Hay uno, desde luego -dijo el señor de Tréville, que tenía cierta capa de letras- y el señor de Benserade me lo citaba el otro día... Esperad, pues... Áh, ya está:

Timeo Danaos et dona ferentes

Lo cual quiere decir: «Desconfiad del enemigo que os hace presentes». -Ese diamante no proviene de un enemigo, señor -repuso D'Artagnan-, proviene de la reina.

-¡De la reina! ¡Oh, oh! -dijo el señor de Tréville-. Efectivamente es una auténtica joya real, que vale mil pistolas por lo menos. ¿Por quién os ha hecho dar este regalo?

-Me lo ha entregado ella misma.

-Y eso, ¿dónde?

-En el gabinete contiguo a la habitación en que se cambió de tocado.

-¿Cómo?

-Dándome su mano a besar.

-¡Habéis besado la mano de la reina! -exclamó el señor de Tréville mirando a D'Artagnan.

-¡Su Majestad me ha hecho el honor de concederme esa gracia!

-Y eso, ¿en presencia de testigos? Imprudente, tres veces imprudente.

-No, señor, tranquilizaos, nadie lo vio -repuso D'Artagnan. Y le contó al señor de Tréville cómo habían ocurrido las cosas.

-¡Oh, las mujeres, las mujeres! -exclamó el viejo soldado-. Las reconozco en su imaginación novelesca; todo lo que huele a misterio les encanta; así que vos habéis visto el brazo, eso es todo; os encontraríais con la reina y no la reconoceríais; ella os encontraría y no sabría quién sois vos.

-No, pero gracias a este diamante... -repuso el joven.

-Escuchad -dijo el señor de Tréville-. ¿Queréis que os dé un consejo, un buen consejo, un consejo de amigo?

-Me haréis un honor, señor -dijo D'Artagnan.

-Pues bien, id al primer orfebre que encontréis y vendedle ese diamante por el precio que os dé; por judío que sea, siempre encontraréis ochocientas pistolas. Las pistolas no tienen nombre, joven, y ese anillo tiene uno terrible, y que puede traicionar a quien lo lleve.

-¡Vender este anillo! ¡Un anillo que viene de mi soberana! ¡Jamás! -dijo D'Artagnan.

-Entonces volved el engaste hacia dentro, pobre loco, porque es de todos sabido que un cadete de Gascuña no encuentra joyas semejantes en el escriño de su madre.

-¿Pensáis, pues, que tengo algo que temer? -preguntó D'Artagnan.

-Equivale a decir, joven, que quien se duerme sobre una mina cuya mecha está encendida debe considerarse a salvo en comparación con vos.

-¡Diablo! -dijo D'Artagnan, a quien el tono de seguridad del señor de Tréville comenzaba a inquietar-. ¡Diablo! ¿Qué debo hacer?

-Estar vigilante siempre y ante cualquier cosa. El cardenal tiene la memoria tenaz y la mano larga; creedme, os jugará una mala pasada.

-Pero ¿cuál?

-¿Y qué sé yo? ¿No tiene acaso a su servicio todas las trampas del demonio? Lo menos que puede pasaros es que se os arreste.

-¡Cómo! ¿Se atreverían a arrestar a un hombre al servicio de Su Majestad?

-¡Pardiez! Mucho les ha preocupado con Athos. En cualquier caso, joven, creed a un hombre que está hace treinta años en la corte; no os durmáis en vuestra seguridad, estaréis perdido. Al contrario, y soy yo quien os lo digo, ved enemigos por todas partes. Si alguien os busca pelea, evitadla, aunque sea un niño de diez años el que la busca; si os atacan de noche o de día, batíos en retirada y sin vergüenza; si cruzáis un puente, tanted las planchas, no vaya a ser que una os falte bajo el pie; si pasáis ante una casa que están construyendo, mirad al aire, no vaya a ser que una piedra os caiga encima de la cabeza; si volvéis a casa tarde, haceos seguir por vuestro criado, y que vuestro criado esté armado, si es que estáis seguro de vuestro criado. Desconfiad de todo el mundo, de vuestro amigo, de vuestro hermano, de vuestra amante, de vuestra amante sobre todo.

D'Artagnan enrojeció.

-De mi amante -repitió él maquinalmente-. ¿Y por qué más de ella que de cualquier otro?

-Es que la amante es uno de los medios favoritos del cardenal; no lo hay más expeditivo: una mujer os vende por diez pistolas, testigo Dalila. ¿Conocéis las Escrituras, no?

D'Artagnan pensó en la cita que le había dado la señora Bonacieux para aquella misma noche; pero debemos decir, en elogio de nuestro héroe, que la mala opinión que el señor de Tréville tenía de las mujeres en general, no le inspiró la más ligera sospecha contra su preciosa huésped.

-Pero, a propósito -prosiguió el señor de Tréville-. ¿Qué ha sido de vuestros tres compañeros?

-Iba a preguntaros si vos habíais sabido alguna noticia.

-Ninguna, señor.

-Pues bien yo los dejé en mi camino: a Porthos en Chantilly, con un duelo entre las manos; a Aramis en Crévoceur, con una bala en el hombro, y a Athos en Amiens, con una acusación de falso monedero encima.

-¡Lo veis! -dijo el señor de Tréville-. Y vos, ¿cómo habéis escapado?

-Por milagro, señor, debo decirlo, con una estocada en el pecho y clavando al señor conde de Wardes en el dorso de la ruta de Calais como a una mariposa en una tapicería.

-¡Lo veis todavía! De Wardes, un hombre del cardenal, un primo de Rochefort. Mirad, amigo mío, se me ocurre una idea.

-Decid, señor.

-En vuestro lugar, yo haría una cosa.

-¿Cuál?

-Mientras Su Eminencia me hace buscar en París, yo, sin tambor ni trompeta, tomaría la ruta de Picardía, y me iría a saber noticias de mis tres compañeros. ¡Qué diablo! Bien merecen ese pequeño detalle por vuestra parte.

-El consejo es bueno, señor, y mañana partiré.

-¡Mañana! ¿Y por qué no esta noche?

-Esta noche, señor, estoy retenido en Paris por un asunto indispensable.

-¡Ah, joven, joven! ¿Algún amorcillo? Tened cuidado, os lo repito; fue la mujer la que nos perdió a todos nosotros, y la que nos perderá aún a todos nosotros. Creedme, partid esta noche.

-¡Imposible, señor!

-¿Habéis dado vuestra palabra?

-Sí, señor.

-Entonces es otra cosa; pero prometedme que, si no sois muerto esta noche, mañana partiréis.

-Os lo prometo.

-¿Necesitáis dinero?

-Tengo todavía cincuenta pistolas. Es todo lo que me hace falta, según pienso.

-Pero ¿vuestros compañeros?

-Pienso que no deben necesitarlo. Salimos de Paris cada uno con setenta y cinco pistolas en nuestros bolsillos.

-¿Os volveré a ver antes de vuestra partida?

-No, creo que no, señor, a menos que haya alguna novedad.

-¡Entonces, buen viaje!

-Gracias, señor.

Y D'Artagnan se despidió del señor de Tréville, emocionado como nunca por su solicitud completamente paternal hacia sus mosqueteros.

Pasó sucesivamente por casa de Athos, de Porthos y de Aramis. Ninguno de los tres había vuelto. Sus criados también estaban ausentes, y no había noticia ni de los unos ni de los otros.

-¡Ah, señor! -dijo Planchet al divisar a D'Artagnan-. ¡Qué contento estoy de verle!

-¿Y eso por qué, Planchet? -preguntó el oven.

-¿Confiáis en el señor Bonacieux, nuestro huésped?

-¿Yo? Lo menos del mundo.

-¡Oh, hacéis bien, señor!

-Pero ¿a qué viene esa pregunta?

-A que mientras hablabais con él, yo os observaba sin escucharos; señor, su rostro ha cambiado dos o tres veces de color.

-¡Bah!

-El señor no ha podido notarlo, preocupado como estaba por la carta que acababa de recibir; pero, por el contrario, yo, a quien la extraña forma en que esa carta había llegado a la casa había puesto en guardia no me he perdido ni un solo gesto de su fisonomía.

-¿Y cómo la has encontrado?

-Traidora señor.

-¿De verdad?

-Además, tan pronto como el señor le ha dejado y ha desaparecido por la esquina de la calle, el señor Bonacieux ha cogido su sombrero, ha cerrado su puerta y se ha puesto a correr en dirección contraria.

-En efecto, tienes razón, Planchet, todo esto me parece muy sospechoso, y estate tranquilo, no le pagaremos nuestro alquiler hasta que la cosa no haya sido categóricamente explicada.

-El señor se burla, pero ya verá.

-¿Qué quieres, Planchet? Lo que tenga que ocurrir está escrito.

-¿El señor no renuncia entonces a su paseo de esta noche?

-Al contrario, Planchet, cuanto más moleste al señor Bonacieux, tanto más iré a la cita que me ha dado esa carta que tanto lo inquieta.

-Entonces, si la resolución del señor...

-Inquebrantable, amigo mío; por tanto, a las nueve estate preparado aquí, en el palacio; yo vendré a recogerte.

Planchet, viendo que no había ninguna esperanza de hacer renunciar a su amo a su proyecto, lanzó un profundo suspiro y se puso a almohazar al tercer caballo.

En cuanto a D'Artagnan, como en el fondo era un muchacho lleno de prudencia, en lugar de volver a su casa, se fue a cenar con aquel cura gascón que, en los momentos de penuria de los cuatro amigos, les había dado un desayuno de chocolate.



Capítulo XXIV

El pabellón

A las nueve, D'Artagnan estaba en el palacio de los Guardias; encontró a Planchet armado. El cuarto caballo había llegado.

Planchet estaba armado con su mosquetón y una pistola.

D'Artagnan tenía su espada y pasó dos pistolas a su cintura, luego los dos montaron cada uno en un caballo y se alejaron sin ruido. Hacía noche cerrada, y nadie los vio salir. Planchet se puso a continuación de su amo, y marchó a diez pasos tras él.

D'Artagnan cruzó los muelles, salió por la puerta de la Conférence y siguió luego el camino, más hermoso entonces que hoy, que conduce a Saint-Cloud.

Mientras estuvieron en la ciudad, Planchet guardó respetuosamente la distancia que se había impuesto; pero cuando el camino comenzó a volverse más desierto y más oscuro, fue acercándose lentamente; de tal modo que cuando entraron en el bosque de Boulogne, se encontró andando codo a codo con su amo. En efecto, no debemos disimular que la oscilación de los corpulentos árboles y el reflejo de la luna en los sombríos matorros le causaban viva inquietud. D'Artagnan se dio cuenta de que algo extraordinario ocurría en su lacayo.

-¡Y bien, señor Planchet! -le preguntó-. ¿Nos pasa algo?

-¿No os parece, señor, que los bosques son como iglesias?

-¿Y eso por qué, Planchet?

-Porque tanto en éstas como en aquéllos nadie se atreve a hablar en voz alta.

-¿Por qué no te atreves a hablar en voz alta, Planchet? ¿Porque tienes miedo?

-Miedo a ser oído, sí, señor.

-¡Miedo a ser oído! Nuestra conversación es sin embargo moral, mi querido Planchet, y nadie encontraría nada que decir de ella.

-¡Ay, señor! -repuso Planchet volviendo a su idea madre-. Ese señor Bonacieux tiene algo de sinuoso en sus cejas y de desagradable en el juego de sus labios.

-¿Quién diablos te hace pensar en Bonacieux?

-Señor, se piensa en lo que se puede y no en lo que se quiere.

-Porque eres un cobarde, Planchet.

-Señor, no confundamos la prudencia con la cobardía; la prudencia es una virtud.

-Y tú eres virtuoso, ¿no es así, Planchet?

-Señor, ¿no es aquello el cañón de un mosquete que brilla? ¿Y si bajáramos la cabeza?

-En verdad -murmuró D'Artagnan, a quien las recomendaciones del señor de Tréville volvían a la memoria-, en verdad, este animal terminará por meterme miedo.

Y puso su caballo al trote.

Planchet siguió el movimiento de su amo, exactamente como si hubiera sido su sombra, y se encontró trotando tras él.

-¿Es que vamos a caminar así toda la noche, señor? -preguntó.

-No, Planchet, porque tú has llegado ya.

-¿Cómo que he llegado? ¿Y el señor?

-Yo voy a seguir todavía algunos pasos.

-¿Y el señor me deja aquí solo?

-¿Tienes miedo Planchet?

-No, pero sólo hago observar al señor que la noche será muy fría, que los relentes dan reumatismos y que un lacayo que tiene reumatismos es un triste servidor, sobre todo para un amo alerta como el señor.

-Bueno, si tienes frío, Planchet, entra en una de esas tabernas que ves allá abajo, y me esperas mañana a las seis delante de la puerta.

-Señor, he comido y bebido respetuosamente el escudo que me disteis esta mañana, de suerte que no me queda ni un maldito centavo en caso de que tuviera frío.

-Aquí tienes media pistola. Hasta mañana.

D'Artagnan descendió de su caballo, arrojó la brida en el brazo de Planchet y se alejó rápidamente envolviéndose en su capa.

-¡Dios, qué frío tengo! -exclamó Planchet cuando hubo perdido de vista a su amo y, apremiado como estaba por calentarse, se fue a todo correr a llamar a la puerta de una casa adornada con todos los atributos de una taberna de barrio.

Sin embargo, D'Artagnan, que se había metido por un pequeño atajo, continuaba su camino y llegaba a Saint-Cloud; pero en lugar de seguir la carretera principal, dio la vuelta por detrás del castillo, ganó una especie de calleja muy apartada y pronto se encontró frente al pabellón indicado. Estaba situado en un lugar completamente desierto. Un gran muro, en cuyo ángulo estaba aquel pabellón dominaba un lado de la calleja, y por el otro un seto defendía de los transeúntes un pequeño jardín en cuyo fondo se alzaba una pobre cabaña.

Había llegado a la cita, y como no le habían dicho anunciar su presencia con ninguna señal, esperó.

Ningún ruido se dejaba oír, se hubiera dicho que estaba a cien leguas de la capital. D'Artagnan se pegó al seto después de haber lanzado una ojeada detrás de sí. Por encima de aquel seto, aquel jardín y aquella cabaña, una niebla sombría envolvía en sus pliegues aquella inmensidad en que duerme París, vacía, abierta inmensidad donde brillaban algunos puntos luminosos, estrellas fúnebres de aquel infierno.

Pero para D'Artagnan todos los aspectos revestían una forma feliz, todas las ideas tenían una sonrisa, todas las tinieblas eran diáfanas. La hora de la cita iba a sonar.

En efecto, al cabo de algunos instantes, el campanario de Saint-Cloud dejó caer lentamente diez golpes de su larga lengua mugiente.

Había algo lúgubre en aquella voz de bronce que se lamentaba así en medio de la noche.

Pero cada una de aquellas horas que componían la hora esperada vibraba armoniosamente en el corazón del joven.

Sus ojos estaban fijos en el pequeño pabellón situado en el ángulo del muro, cuyas ventanas estaban todas cerradas con los postigos, salvo una sola del primer piso.

A través de aquella ventana brillaba una luz suave que argentaba el follaje tembloroso de dos o tres tilos que se elevaban formando grupo fuera del parque. Evidentemente, detrás de aquella ventanita, tan graciosamente iluminada, le aguardaba la señora Bonacieux.

Acunado por esta idea, D'Artagnan esperó por su parte media hora sin impaciencia alguna, con los ojos fijos sobre aquella casita de la que D'Artagnan percibía una parte del techo de molduras doradas, atestiguando la elegancia del resto del apartamento.

El campanario de Saint-Cloud hizo sonar las diez y media.

Aquella vez, sin que D'Artagnan comprendiese por qué, un temblor recorrió sus venas. Quizá también el frío comenzaba a apoderarse de él y tornaba por una sensación moral lo que sólo era una sensación completamente física.

Luego le vino la idea de que había leído mal y que la cita era para las once solamente.

Se acercó a la ventana, se situó en un rayo de luz, sacó la carta de su bolsillo y la releyó; no se había equivocado, efectivamente la cita era para las diez.

Volvió a ponerse en su sitio, empezando a inquietarse por aquel silencio y aquella soledad.

Dieron las once.

D'Artagnan comenzó a temer verdaderamente que le hubiera ocurrido algo a la señora Bonacieux.

Dio tres palmadas, señal ordinaria de los enamorados; pero nadie le respondió, ni siquiera el eco.

Entonces pensó con cierto despecho que quizá la joven se había dormido mientras lo esperaba.

Se acercó a la pared y trató de subir, pero la pared estaba recientemente revocada, y D'Artagnan se rompió inútilmente las uñas.

En aquel momento se fijó en los árboles, cuyas hojas la luz continuaba argentando, y como uno de ellos emergía sobre el camino, pensó que desde el centro de sus ramas su mirada podría penetrar en el pabellón.

El árbol era fácil. Además D'Artagnan tenía apenas veinte años, y por lo tanto se acordaba de su oficio de escolar. En un instante estuvo en el centro de las ramas, y por los vidrios transparentes sus ojos se hundieron en el interior del pabellón.

Cosa extraña, que hizo temblar a D'Artagnan de la planta de los pies a la raíz de sus cabellos, aquella suave luz, aquella tranquila lámpara iluminaba una escena de desorden espantoso; uno de los cristales de la ventana estaba roto, la puerta de la habitación había sido hundida y medio rota pendía de sus goznes; una mesa que hubiera debido estar cubierta con una elegante cena yacía por tierra; frascos en añicos, frutas aplastadas tapizaban el piso; todo en aquella habitación daba testimonio de una lucha violenta y desesperada; D'Artagnan creyó incluso reconocer en medio de aquel desorden extraño trozos de vestidos y algunas manchas de sangre maculando el mantel y las cortinas.

Se dio prisa por descender a la calle con una palpitación horrible en el corazón; quería ver si encontraba otras huellas de violencia.

Aquella breve luz suave brillaba siempre en la calma de la noche. D'Artagnan se dio cuenta entonces, cosa que él no había observado al principio, porque nada le empujaba a tal examen, que el suelo, batido aquí, pisoteado allá, presentaba huellas confusas de pasos de hombres y de pies de caballos. Además, las ruedas de un coche, que parecía venir de París, habían cavado en la tierra blanda una profunda huella que no pasaba más allá del pabellón y que volvía hacia Paris.

Finalmente, prosiguiendo sus búsquedas, D'Artagnan encontró junto al muro un guante de mujer desgarrado. Sin embargo, aquel guante, en todos aquellos

puntos en que no había tocado la tierra embarrada, era de una frescura irreprochable. Era uno de esos guantes perfumados que los amantes gustan quitar de una hermosa mano.

A medida que D'Artagnan proseguía sus investigaciones, un sudor más abundante y más helado perlaba su frente, su corazón estaba oprimido por una horrible angustia, su respiración era palpitante; y sin embargo se decía a sí mismo para tranquilizarse que aquel pabellón no tenía nada en común con la señora Bonacieux; que la joven le había dado cita ante aquel pabellón y no en el pabellón, que podía estar retenida en Paris por su servicio, quizá por los celos de su marido.

Pero todos estos razonamientos eran severamente criticados, destruidos, arrollados por aquel sentimiento de dolor íntimo que, en ciertas ocasiones, se apodera de todo nuestro ser y nos grita, para todo cuanto en nosotros está destinado a oírnos, que una gran desgracia planea sobre nosotros.

Entonces D'Artagnan enloqueció casi: corrió por la carretera, tomó el mismo camino que ya había andado, avanzó hasta la barca e interrogó al barquero.

Hacia las siete de la tarde el barquero había cruzado el río con una mujer envuelta en un mantón negro, que parecía tener el mayor interés en no ser reconocida; pero precisamente debido a esas precauciones que tomaba, el barquero le había prestado una atención mayor, y había visto que la mujer era joven y hermosa.

Entonces, como hoy, había gran cantidad de mujeres jóvenes y hermosas que iban a Saint-Cloud y que tenían interés en no ser vistas, y sin embargo D'Artagnan no dudó un solo instante que no fuera la señora Bonacieux la que el barquero había visto.

D'Artagnan aprovechó la lámpara que brillaba en la cabaña del barquero para volver a leer una vez más el billete de la señora Bonacieux y asegurarse de que no se había engañado, que la cita era en Saint-Cloud y no en otra parte, ante el pabellón del señor D'Estrées y no en otra calle.

Todo ayudaba a probar a D'Artagnan que sus presentimientos no lo engañaban y que una gran desgracia había ocurrido.

Volvió a tomar el camino del castillo a todo correr; le parecía que en su ausencia algo nuevo había podido pasar en el pabellón y que las informaciones lo esperaban allí.

La calleja continuaba desierta, y la misma luz suave y calma salía desde la ventana.

D'Artagnan pensó entonces en aquella casucha muda y ciega, pero que sin duda había visto y que quizá podía hablar.

La puerta de la cerca estaba cerrada, pero saltó por encima del seto, y pese a los ladridos del perro encadenado, se acercó a la cabaña.

A los primeros golpes que dio, no respondió nadie.

Un silencio de muerte reinaba tanto en la cabaña como en el pabellón; no obstante, como aquella cabaña era su último recurso, insistió.

Pronto le pareció oír un ligero ruido interior, ruido temeroso, y que parecía temblar él mismo de ser oído.

Entonces D'Artagnan dejó de golpear y rogó con un acento tan lleno de inquietud y de promesas, de terror y zalamería, que su voz era capaz por naturaleza de tranquilizar al más miedoso. Por fin, un viejo postigo carcomido se abrió, o mejor se entreabrió, y se volvió a cerrar cuando la claridad de una miserable lámpara que ardía en un rincón hubo iluminado el tahalí, el puño de la espada y la empuñadura de las pistolas de D'Artagnan. Sin embargo, por rápido que fuera el movimiento, D'Artagnan había tenido tiempo de vislumbrar una cabeza de anciano.

-¡En nombre del cielo, escuchadme! Yo esperaba a alguien que no viene, me muero de inquietud. ¿No habrá ocurrido alguna desgracia por los alrededores? Hablad.

La ventana volvió a abrirse lentamente, y el mismo rostro apareció de nuevo, sólo que ahora más pálido aún que la primera vez.

D'Artagnan contó ingenuamente su historia, nombres excluidos; dijo cómo tenía una cita con una joven ante aquel pabellón, y cómo, al no verla venir, se había subido al tilo y, a la luz de la lámpara, había visto el desorden de la habitación.

El viejo lo escuchó atentamente, al tiempo que hacía señas de que estaba bien todo aquello; luego, cuando D'Artagnan hubo terminado, movió la cabeza con un aire que no anunciaba nada bueno.

-¿Qué queréis decir? -exclamó D'Artagnan-. ¡En nombre del cielo, explicaos!

-¡Oh, señor -dijo el viejo-, no me pidáis nada! Porque si os dijera lo que he visto, a buen seguro que no me ocurrirá nada bueno.

-¿Habéis visto entonces algo? -repuso D'Artagnan-. En tal caso, en nombre del cielo -continuó, entregándole una pistola-, decid, decid lo que habéis visto, y os doy mi palabra de gentilhombre de que ninguna de vuestras palabras saldrá de mi corazón.

El viejo leyó tanta franqueza y dolor en el rostro de D'Artagnan que le hizo seña de escuchar y le dijo en voz baja:

-Serán las nueve poco más o menos, había oído yo algún ruido en la calle y quería saber qué podía ser, cuando al acercarme a mi puerta me di cuenta de que alguien trataba de entrar. Como soy pobre y no tengo miedo a que me roben, fui a abrir y vi a tres hombres a algunos pasos de allí. En la sombra había una carroza con caballos enganchados y caballos de mano. Esos caballos de mano pertenecían evidentemente a los tres hombres que estaban vestidos de caballeros. «Ah, mis buenos señores -exclamé yo-, ¿qué queréis?» «Debes tener una escalera», me dijo aquel que parecía el jefe del séquito. «Sí, señor; una con la que recojo la fruta.» «Dánosla, y vuelve a tu casa. Ahí tienes un escudo por la molestia que te causamos. Recuerda solamente que si dices una palabra de lo que vas a ver y de lo que vas a oír (porque mirarás y escucharás pese a las amenazas que te hagamos, estoy seguro), estás perdido.» A estas palabras, me lanzó un escudo que yo recogí, y él tomó mi escalera. Efectivamente, después de haber cerrado la puerta del seto tras ellos hice ademán de volver a la casa; pero salí en seguida por la puerta de atrás y deslizándome en la sombra llegué hasta esa mata de saúco, desde cuyo centro podía ver todo sin ser visto. Los tres hombres habían hecho avanzar el coche sin ningún ruido, sacaron de él a un hombrecito grueso, pequeño, de pelo gris, mezquinamente vestido de color oscuro, el cual se subió con

precaución a la escalera miró disimuladamente en el interior del cuarto, volvió a bajar a paso de lobo y murmuró en voz baja: «¡Ella es!» Al punto aquel que me había hablado se acercó a la puerta del pabellón, la abrió con una llave que llevaba encima, volvió a cerrar la puerta y desapareció; al mismo tiempo los otros dos subieron a la escalera. El viejo permanecía en la portezuela el cochero sostenía a los caballos del coche y un lacayo los caballos de silla. De pronto resonaron grandes gritos en el pabellón, una mujer corrió a la ventana y la abrió como para precipitarse por ella. Pero tan pronto como se dio cuenta de los dos hombres, retrocedió; los dos hombres se lanzaron tras ella dentro de la habitación. Entonces ya no vi nada más; pero oía ruido de muebles que se rompen. La mujer gritaba y pedía ayuda. Pero pronto sus gritos fueron ahogados; los tres hombres se acercaron a la ventana, llevando a la mujer en sus brazos; dos descendieron por la escalera y la transportaron al coche, donde el viejo entró junto a ella. El que se había quedado en el pabellón volvió a cerrar la ventana, salió un instante después por la puerta y se aseguró de que la mujer estaba en el coche: sus dos compañeros le esperaban ya a caballo, saltó él a su vez a la silla; el lacayo ocupó su puesto junto al cochero; la carroza se alejó al galope escoltada por los tres caballeros, y todo terminó. A partir de ese momento, yo no he visto nada ni he oído nada.

D'Artagnan, abrumado por una noticia tan terrible, quedó inmóvil y mudo, mientras todos los demonios de la cólera y los celos aullaban en su corazón.

-Pero, señor gentil hombre -prosiguió el viejo, en el que aquella muda desesperación producía ciertamente más afecto del que hubieran producido los gritos y las lágrimas-; vamos, no os aflijáis, no os la han matado, eso es lo esencial.

-¿Sabéis aproximadamente -dijo D'Artagnan- quién era el hombre que dirigía esa infernal expedición?

-No lo conozco.

-Pero, puesto que os ha hablado, habéis podido verlo.

-¡Ah! ¿Son sus señas lo que me pedís?

-Sí.

-Un hombre alto, enjuto, moreno, de bigotes negros, la mirada oscura, con aire de gentilhombre.

-¡Él es! -exclamó D'Artagnan-. ¡Otra vez él! ¡Siempre él! Es mi demonio, según parece. ¿Y el otro?

-¿Cuál?

-El pequeño.

-¡Oh, ese no era un señor, os lo aseguro! Además, no llevaba espada, y los otros le trataban sin ninguna consideración.

-Algún lacayo -murmuró D'Artagnan-. ¡Ah, pobre mujer! ¡Pobre mujer! ¿Qué te han hecho?

-Me habéis prometido el secreto -dijo el viejo.

-Y os renuevo mi promesa, estad tranquilo, yo soy gentilhombre. Un gentilhombre no tiene más que una palabra, y yo os he dado la mía.

D'Artagnan volvió a tomar, con el alma afligida, el camino de la barca. Tan pronto se resistía a creer que se tratara de la señora Bonacieux, y esperaba encontrarla al día siguiente en el Louvre, como temía que ella tuviera una intriga con algún otro y que un celoso la hubiera sorprendido y raptado. Vacilaba, se desolaba, se desesperaba.

-¡Oh, si tuviese aquí a mis amigos! -exclamó-. Tendría al menos alguna esperanza de volverla a encontrar; pero ¿quién sabe qué habrá sido de ellos?

Era medianoche poco más o menos; se trataba de encontrar a Planchet. D'Artagnan se hizo abrir sucesivamente todas las tabernas en las que percibió algo de luz; en ninguna de ellas encontró a Planchet.

En la sexta, comenzó a pensar que la búsqueda era un poco aventurada. D'Artagnan no había citado a su lacayo más que a las seis de la mañana y, estuviese donde estuviese, estaba en su derecho.

Además al joven le vino la idea de que, quedándose en los alrededores del lugar en que había ocurrido el suceso, quizá obtendría algún esclarecimiento sobre aquel misterioso asunto. En la sexta taberna, como hemos dicho, D'Artagnan se detuvo, pidió una botella de vino de primera calidad, se acodó en el ángulo más

oscuro y se decidió a esperar el día de este modo; pero también esta vez su esperanza quedó frustrada, y aunque escuchaba con los oídos abiertos, no oyó, en medio de los juramentos, las burlas y las injurias que entre sí cambiaban los obreros, los lacayos y los carreteros que componían la honorable sociedad de que formaba parte, nada que pudiera ponerle sobre las huellas de la pobre mujer raptada. Así pues, tras haber tragado su botella por ociosidad y para no despertar sospechas, trató de buscar en su rincón la postura más satisfactoria posible y de dormirse mal que bien. D'Artagnan tenía veinte años, como se recordará, y a esa edad el sueño tiene derechos imprescriptibles que reclaman imperiosamente incluso en los corazones más desesperados.

Hacia las seis de la mañana, D'Artagnan se despertó con ese malestar que acompaña ordinariamente al alba tras una mala noche. No era muy largo de hacer su aseo; se tanteó para saber si no se habían aprovechado de su sueño para robarle, y habiendo encontrado su diamante en su dedo, su bolsa en su bolsillo y sus pistolas en su cintura, se levantó, pagó su botella y salió para ver si tenía más suerte en la búsqueda de su lacayo por la mañana que por la noche. En efecto, lo primero que percibió a través de la niebla húmeda y grisácea fue al honrado Planchet, que con los dos caballos de la mano esperaba a la puerta de una pequeña taberna miserable ante la cual D'Artagnan había pasado sin sospechar siquiera su existencia.



Capítulo XXV

Porthos

En lugar de regresar a su casa directamente, D'Artagnan puso pie en tierra ante la puerta del señor de Tréville y subió rápidamente la escalera. Aquella vez estaba decidido a contarle todo lo que acababa de pasar. Sin duda, él daría buenos consejos en todo aquel asunto; además, como el señor de Tréville veía casi a diario a la reina, quizá podría sacar a Su Majestad alguna información sobre la pobre mujer a quien sin duda se hacía pagar su adhesión a su señora.

El señor de Tréville escuchó el relato del joven con una gravedad que probaba que había algo más en toda aquella aventura que una intriga de amor; luego, cuando D'Artagnan hubo acabado:

-¡Hum! -dijo-. Todo esto huele a Su Eminencia a una legua.

-Pero ¿qué hacer? -dijo D'Artagnan.

-Nada, absolutamente nada ahora sólo abandonar Paris como os he dicho, lo antes posible. Yo veré a la reina, le contaré los detalles de la desaparición de esa pobre mujer, que ella sin duda ignora; estos detalles la orientarán por su lado, y a vuestro regreso, quizá tenga yo alguna buena nueva que deciros. Dejadlo en mis manos.

D'Artagnan sabía que, aunque gascón el señor de Tréville no tenía la costumbre de prometer, y que cuando por azar prometía, mantenía, y con creces, lo que había prometido. Saludó, pues, lleno de agradecimiento por el pasado y por el futuro, y el digno capitán, que por su lado sentía vivo interés por aquel joven tan valiente y tan resuelto, le apretó afectuosamente la mano deseándole un buen viaje.

Decidido a poner los consejos del señor de Tréville en práctica en aquel mismo instante, D'Artagnan se encaminó hacia la calle des Fossoyeurs, a fin de velar por la preparación de su equipaje. Al acercarse a su casa, reconoció al señor Bonacieux en traje de mañana, de pie ante el umbral de su puerta. Todo lo que le

había dicho la víspera el prudente Planchet sobre el carácter siniestro de su huésped volvió entonces a la memoria de D'Artagnan que lo miró más atentamente de lo que hasta entonces había hecho. En efecto, además de aquella palidez amarillenta y enfermiza que indica la filtración de la bilis en la sangre y que por el otro lado podía ser sólo accidental, D'Artagnan observó algo de sinuosamente pérfido en la tendencia a las arrugas de su cara. Un bribón no ríe de igual forma que un hombre honesto, un hipócrita no llora con las lágrimas que un hombre de buena fe. Toda falsedad es una máscara, y por bien hecha que esté la máscara, siempre se llega, con un poco de atención, a distinguirla del rostro.

Le pareció pues, a D'Artagnan que el señor Bonacieux llevaba una máscara, a incluso que aquella máscara era de las más desagradables de ver.

En consecuencia, vencido por su repugnancia hacia aquel hombre, iba a pasar por delante de él sin hablarle cuando, como la víspera, el señor Bonacieux lo interpelló:

-¡Y bien, joven -le dijo-, parece que andamos de juerga! ¡Diablos, las siete de la mañana! Me parece que os apartáis de las costumbres recibidas y que volvéis a la hora en que los demás salen.

-No se os hará a vos el mismo reproche, maese Bonacieux -dijo el joven-, y sois modelo de las gentes ordenadas. Es cierto que cuando se pone una mujer joven y bonita, no hay necesidad de correr detrás de la felicidad; es la felicidad la que viene a buscaros, ¿no es así, señor Bonacieux?

Bonacieux se puso pálido como la muerte y muestro una sonrisa.

-¡Ah, ah! -dijo Bonacieux-. Sois un compañero bromista. Pero ¿dónde diablos habéis andado de correría esta noche, mi joven amigo? Parece que no hacía muy buen tiempo en los atajos.

D'Artagnan bajó los ojos hacia sus botas todas cubiertas de barro; pero en aquel movimiento sus miradas se dirigieron al mismo tiempo hacia los zapatos y las medias del mercero; se hubiera dicho que los había mojado en el mismo cenegal; unos y otros tenían manchas completamente semejantes.

Entonces una idea súbita cruzó la mente de D'Artagnan. Aquel hombrecito grueso, rechoncho, cuyos cabellos agrisaban ya, aquella especie de lacayo vestido con un traje oscuro, tratado sin consideración por las gentes de espada que componían la escolta, era el mismo Bonacieux. El marido había presidido el rapto de su mujer.

Le entraron a D'Artagnan unas terribles ganas de saltar a la garganta del mercero y de estrangularlo; pero ya hemos dicho que era un muchacho muy prudente y se contuvo. Sin embargo, la revolución que se había operado en su rostro era tan visible que Bonacieux quedó espantado y trató de retroceder un paso; pero precisamente se encontraba delante del batiente de la puerta, que estaba cerrada, y el obstáculo que encontró le forzó a quedarse en el mismo sitio.

-¡Vaya, sois vos quien bromeáis, mi valiente amigo! -dijo D'Artagnan-. Me parece que si mis botas necesitan una buena esponja, vuestras medias y vuestros zapatos también reclaman un buen cepillado. ¿Es que también vos os habéis corrido una juerga, maese Bonaceux? ¡Diablos! Eso sería imperdonable en un hombre de vuestra edad y que además tiene una mujer joven y bonita como la vuestra.

-¡Oh, Dios mío, no! -dijo Bonacieux-. Ayer estuve en Saint-Mandé para informarme de una sirvienta de la que no puedo prescindir, y como los caminos estaban en malas condiciones he traído todo ese fango que aún no he tenido tiempo de hacer desaparecer.

El lugar que designaba Bonacieux como meta de correría fue una nueva prueba en apoyo de las sospechas que había concebido D'Artagnan. Bonacieux había dicho Saint-Mandé porque Saint-Mandé es el punto completamente opuesto a Saint-Cloud.

Aquella probabilidad fue para él un primer consuelo. Si Bonacieux sabía dónde estaba su mujer, siempre se podría, empleando medios extremos, forzar al mercero a soltar la lengua y dejar escapar su secreto. Se trataba sólo de convertir esta probabilidad en certidumbre.

-Perdón, mi querido señor Bonacieux, si prescindo con vos de los modales -dijo D'Artagnan-; pero nada me altera más que no dormir, tengo una sed implacable; permitidme tomar un vaso de agua de vuestra casa; ya lo sabéis, eso no se niega entre vecinos.

Y sin esperar el permiso de su huésped, D'Artagnan entró rápidamente en la casa y lanzó una rápida ojeada sobre la cama. La cama no estaba deshecha. Bonacieux no se había acostado. Acababa de volver hacía una o dos horas; había acompañado a su mujer hasta el lugar al que la habían conducido, o por lo menos hasta el primer relevo.

-Gracias, maese Bonacieux -dijo D'Artagnan vaciando su vaso-, eso es todo cuanto quería de vos. Ahora vuelvo a mi casa, voy a ver si Planchet me limpia las botas y, cuando haya terminado, os lo mandaré por si queréis limpiaros vuestros zapatos.

Y dejó al mercero todo pasmado por aquel singular adiós y preguntándose si no había caído en su propia trampa.

En lo alto de la escalera encontró a Planchet todo estupefacto.

-¡Ah, señor! -exclamó Planchet cuando divisó a su amo-. Ya tenemos otra, y esperaba con impaciencia que regresaseis.

-Pues, ¿qué pasa? -preguntó D'Artagnan.

-¡Oh, os apuesto cien, señor, os apuesto mil si adivináis la visita que he recibido para vos en vuestra ausencia!

-¿Y eso cuándo?

-Hará una media hora, mientras vos estabais con el señor de Tréville.

-¿Y quién ha venido? Vamos, habla.

-El señor de Cavois.

-¿El señor de Cavois?

-En persona.

-¿El capitán de los guardias de Su Eminencia?

-El mismo.

-¿Venía a arrestarme?

-Es lo que me temo, señor, y eso pese a su aire zalamero.

-¿Tenía el aire zalamero, dices?

-Quiero decir que era todo mieles, señor.

-¿De verdad?

-Venía, según dijo, de parte de Su Eminencia, que os quería mucho, a rogaros seguirle al Palais Royal.

-Y tú, ¿qué le has contestado?

-Que era imposible, dado que estabais fuera de casa, como podía él mismo ver.

-¿Y entonces qué ha dicho?

-Que no dejaseis de pasar por allí durante el día; luego ha añadido en voz baja: «Dile a tu amo que Su Eminencia está completamente dispuesto hacia él, y que su fortuna depende quizá de esa entrevista».

-La trampa es bastante torpe para ser del cardenal -repuso sonriendo el joven.

-También yo he visto la trampa y he respondido que os desesperaríais a vuestro regreso. «¿Dónde ha ido?», ha preguntado el señor de Cavois. «A Troyes, en Champagne», le he respondido. «¿Y cuándo se ha marchado?» «Ayer tarde».

-Planchet, amigo mío -interrumpió D'Artagnan-, eres realmente un hombre precioso.

-¿Comprendéis, señor? He pensado que siempre habría tiempo, si deseáis ver al señor de Cavois, de desmentirme diciendo que no os habíais marchado; sería yo en tal caso quien habría mentido, y como no soy gentilhomme, puedo mentir.

-Tranquilízate, Planchet, tu conservarás tu reputación de hombre verdadero: dentro de un cuarto de hora partimos.

-Es el consejo que iba a dar al señor; y, ¿adónde vamos, si se puede saber?

-¡Pardiez! Hacia el lado contrario del que tú has dicho que había ido. Además, ¿no tienes prisa por tener nuevas con Grimaud, de Mosquetón y de Bazin, como las tengo yo de saber qué ha pasado de Athos, Porthos y Aramis?

-Claro que sí, señor -dijo Planchet-, y yo partiré cuando queráis; el aire de la provincia nos va mejor, según creo, en este momento que el aire de Paris. Por eso, pues...

-Por eso, pues, hagamos nuestro petate, Planchet y partamos; yo iré delante, con las manos en los bolsillos para que nadie sospeche nada. Tú te reunirás conmigo en el palacio de los Guardias. A propósito, Planchet, creo que tienes razón respecto a nuestro huésped, y que decididamente es un horrible canalla.

-¡Ah!, creedme, señor, cuando os digo algo; yo soy fisonomista, y bueno.

D'Artagnan descendió el primero, como había convenido; luego, para no tener nada que reprocharse, se dirigió una vez más al domicilio de sus tres amigos: no se había recibido ninguna noticia de ellos; sólo una carta toda perfumada y de una escritura elegante y menuda había llegado para Aramis. D'Artagnan se hizo cargo de ella. Diez minutos después, Planchet se reunió en las cuadras del palacio de los Guardias. D'Artagnan, para no perder tiempo, ya había ensillado su caballo él mismo.

-Está bien -le dijo a Planchet cuando éste tuvo unido el maletín de grupa al equipo-; ahora ensilla los otros tres, y partamos.

-¿Creéis que iremos más deprisa con dos caballos cada uno? -preguntó Planchet con aire burlón.

-No, señor bromista -respondió D'Artagnan-, pero con nuestros cuatro caballos podremos volver a traer a nuestros tres amigos, si es que todavía los encontramos vivos.

-Lo cual será una gran suerte -respondió Planchet-, pero en fin, no hay que desesperar de la misericordia de Dios.

-Amén -dijo D'Artagnan, montando a horcajadas en su caballo.

Y los dos salieron del palacio de los Guardias, alejándose cada uno por una punta de la calle, debiendo el uno dejar Paris por la barrera de La Villette y el otro por la barrera de Montmartre, para reunirse más allá de Saint-Denis, maniobra estratégica que ejecutada con igual puntualidad fue coronada por los más felices resultados. D'Artagnan y Planchet entraron juntos en Pierrefitte.

Planchet estaba más animado, todo hay que decirlo, por el día que por la noche.

Sin embargo, su prudencia natural no le abandonaba un solo instante; no había olvidado ninguno de los incidentes del primer viaje, y tenía por enemigos a todos los que encontraba en camino. Resultaba de ello que sin cesar tenía el sombrero en la mano, lo que le valía severas reprimendas de parte de D'Artagnan, quien temía que, debido a tal exceso de cortesía, se le tomase por un criado de un hombre de poco valer.

Sin embargo, sea que efectivamente los viandantes quedaran conmovidos por la urbanidad de Planchet, sea que aquella vez ninguno fue apostado en la ruta del joven, nuestros dos viajeros llegaron a Chantilly sin accidente alguno y se apearon ante el hostel del Grand Saint Martin, el mismo en el que se habían detenido durante su primer viaje.

El hostelero, al ver al joven seguido de su lacayo y de dos caballos de mano, se adelantó respetuosamente hasta el umbral de la puerta. Ahora bien, como ya había hecho once leguas, D'Artagnan juzgó a propósito detenerse, estuviera o no estuviera Porthos en el hostel. Además, quizá no fuera prudente informarse a la primera de lo que había sido del mosquetero. Resultó de estas reflexiones que D'Artagnan, sin pedir ninguna noticia de lo que había ocurrido, se apeó, encomendó los caballos a su lacayo, entró en una pequeña habitación destinada a recibir a quienes deseaban estar solos, y pidió a su hostelero una botella de su mejor vino y el mejor desayuno posible, petición que corroboró más aún la buena opinión que el alberguista se había hecho de su viajero a la primera ojeada.

Por eso D'Artagnan fue servido con una celeridad milagrosa.

El regimiento de los guardias se reclutaba entre los primeros gentilhombres del reino, y D'Artagnan, seguido de un lacayo y viajando con cuatro magníficos caballos, no podía, pese a la sencillez de su uniforme, dejar de causar sensación. El hostelero quiso servirle en persona; al ver lo cual, D'Artagnan hizo traer dos vasos y entabló la siguiente conversación:

-A fe mía, mi querido hostelero -dijo D'Artagnan llenando los dos vasos-, os he pedido vuestro mejor vino, y si me habéis engañado vais a ser castigado por donde pecasteis, dado que como detesto beber solo, vos vais a beber conmigo. Tomad, pues, ese vaso y bebamos. ¿Por qué brindaremos, para no herir ninguna susceptibilidad? ¡Bebamos por la prosperidad de vuestro establecimiento!

-Vuestra señoría me hace un honor -dijo el hostelero-, y le agradezco sinceramente su buen deseo.

-Pero no os engañéis -dijo D'Artagnan-, hay quizá más egoísmo de lo que pensáis en mi brindis: sólo en los establecimientos que prosperan le reciben bien a uno; en los hostales en decadencia todo va manga por hombro, y el viajero es víctima de los apuros de su huésped; pero yo que viajo mucho y sobre todo por esta ruta, quisiera ver a todos los alberguistas hacer fortuna.

-En efecto -dijo el hostelero-, me parece que no es la primera vez que tengo el honor de ver al señor.

-Bueno, he pasado diez veces quizá por Chantilly, y de las diez veces tres o cuatro por lo menos me he detenido en vuestra casa. Mirad, la última vez hará diez o doce días aproximadamente; yo acompañaba a unos amigos, mosqueteros, y la prueba es que uno de ellos se vio envuelto en una disputa con un extraño, con un desconocido, un hombre que le buscó no sé qué querella.

-¡Ah! ¡Sí, es cierto! -dijo el hostelero-. Y me acuerdo perfectamente. ¿No es del señor Parthos de quien Vuestra Señoría quiere hablarme?

-Ese es precisamente el nombre de mi compañero de viaje. ¡Dios mío! Querido huésped, decidme, ¿le ha ocurrido alguna desgracia?

-Pero Vuestra Señoría tuvo que darse cuenta de que no pudo continuar su viaje.

-En efecto, nos había prometido reunirse con nosotros, y no lo hemos vuelto a ver.

-Él nos ha hecho el honor de quedarse aquí.

- ¿Cómo? ¿Os ha hecho el honor de quedarse aquí?

- Sí, señor, en el hostal; incluso estamos muy inquietos.

-¿Y por qué?

-Por ciertos gastos que ha hecho.

-¡Bueno, los gastos que ha hecho él los pagará!

-¡Ay, señor, realmente me ponéis bálsamo en la sangre! Hemos hecho fuertes adelantos, y esta mañana incluso el cirujano nos declaraba que, si el señor Porthos no le pagaba, sería yo quien tendría que hacerse cargo de la cuenta, dado que era yo quien le había enviado a buscar.

-Pero, entonces, ¿Porthos está herido?

-No sabría decíroslo, señor.

-¿Cómo que no sabríais decírmelo? Sin embargo, vos deberíais estar mejor informado que nadie.

-Sí, pero en nuestra situación no decimos todo lo que sabemos, señor, sobre todo porque nos ha prevenido que nuestras orejas responderán por nuestra lengua.

-¡Y bien! ¿Puedo ver a Porthos?

-Desde luego, señor. Tomad la escalera, subid al primero y llamad en el número uno. Sólo que prevenidle que sois vos.

-¡Cómo! ¿Que le prevenga que soy yo?

-Sí porque os podría ocurrir alguna desgracia.

-¿Y qué desgracia queréis que me ocurra?

-El señor Porthos puede tomaros por alguien de la casa y en un movimiento de cólera pasaros su espada a través del cuerpo o saltaros la tapa de los sesos.

-¿Qué le habéis hecho, pues?

-Le hemos pedido el dinero.

-¡Ah, diablos! Ya comprendo; es una petición que Porthos recibe muy mal cuando no tiene fondos; pero yo sé que debía tenerlos.

-Es lo que nosotros hemos pensado, señor; como la casa es muy regular y nosotros hacemos nuestras cuentas todas las semanas, al cabo de ocho días le hemos presentado nuestra nota; pero parece que hemos llegado en un mal momento, porque a la primera palabra que hemos pronunciado sobre el tema, nos ha enviado al diablo; es cierto que la víspera había jugado.

-¿Cómo que había jugado la víspera? ¿Y con quién?

-¡Oh, Dios mío! Eso, ¿quién lo sabe? Con un señor que estaba de paso y al que propuso una partida de sacanete.

-Ya está, el desgraciado lo habrá perdido todo.

-Hasta su caballo, señor, porque cuando el extraño iba a partir, nos hemos dado cuenta de que su lacayo ensillaba el caballo del señor Porthos. Entonces nosotros le hemos hecho la observación, pero nos ha respondido que nos metiésemos en lo que nos importaba y que aquel caballo era suyo. En seguida hemos informado al señor Porthos de lo que pasaba, pero él nos ha dicho que éramos unos bellacos por dudar de la palabra de un gentilhomme, y que, dado que él había dicho que el caballo era suyo, era necesario que así fuese.

-Lo reconozco perfectamente en eso -murmuró D'Artagnan.

-Entonces -continuó el hostelero-, le hice saber que, desde el momento en que parecíamos destinados a no entendernos en el asunto del pago, esperaba que al menos tuviera la bondad de conceder el honor de su trato a mi colega el dueño del Aigle d'Or; pero el señor Porthos me respondió que mi hostel era el mejor y que deseaba quedarse en él. Tal respuesta era demasiado halagadora para que yo insistiese en su partida. Me limité, pues, a rogarle que me devolviera su habitación, que era la más hermosa del hotel, y se contentase con un precioso gabinetito en el tercer piso. Pero a esto el señor Porthos respondió que como esperaba de un momento a otro a su amante, que era una de las mayores damas de la corte yo debía comprender que la habitación que él me hacía el honor de habitar en mi casa era todavía mediocre para semejante persona. Sin embargo, reconociendo y todo la verdad de lo que decía, creí mi deber insistir; pero sin tomarse siquiera la molestia de entrar en discusión conmigo, cogió su pistola, la puso sobre su mesilla de noche y declaró que a la primera palabra que se le dijera de una mudanza cualquiera, fuera o dentro del hostel, abriría la tapa de los sesos a quien fuese lo bastante imprudente para meterse en una cosa que no le importaba más que él. Por eso, señor, desde ese momento nadie entra ya en su habitación, a no ser su doméstico.

-¿Mosquetón está, pues, aquí?

-Sí, señor; cinco días después de su partida ha vuelto del peor humor posible; parece que él también ha tenido sinsabores durante su viaje. Por desgracia, es más ligero de piernas que su amo, lo cual hace que por su amo ponga todo patas arriba, dado que, pensando que podría negársele lo que pide, coge cuanto necesita sin pedirlo.

-El hecho es -respondió D'Artagnan- que siempre he observado en Mosquetón una adhesión y una inteligencia muy superiores.

-Es posible, señor; pero suponed que tengo la oportunidad de ponerme en contacto, sólo cuatro veces al año, con una inteligencia y una adhesión semejantes, y soy un hombre arruinado.

-No, porque Porthos os pagará.

-¡Hum! -dijo el hostelero en tono de duda.

-Es el favorito de una gran dama que no lo dejará en el apuro por una miseria como la que os debe...

-Si yo me atreviera a decir lo que creo sobre eso...

-¿Qué creéis vos?

-Yo diría incluso más: lo que sé.

-¿Qué sabéis?

-E incluso aquello de que estoy seguro.

-Veamos, ¿y de qué estáis seguro?

-Yo diría que conozco a esa gran dama.

-¿Vos?

-Sí, yo.

-¿Y cómo la conocéis?

-¡Oh, señor! Si yo creyera poder confiarme a vuestra discreción . . .

-Hablad, y a fe de gentilhomme que no tendréis que arrepentiros de vuestra confianza.

-Pues bien, señor, ya sabéis, la inquietud hace hacer muchas cosas.

-¿Qué habéis hecho?

-¡Oh! Nada que no esté en el derecho de un acreedor.

- Y...?

- El señor Porthos nos ha entregado un billete para esa duquesa, encargándonos echarlo al correo. Su doméstico no había llegado todavía. Como no podía dejar su habitación, era preciso que nos hiciéramos cargo de sus recados.

-¿Y después?

-En lugar de echar la carta a la posta, cosa que nunca es segura, aproveché la ocasión de uno de mis mozos que iba a Paris y le ordené entregársela a la duquesa en persona. Era cumplir con las intenciones del señor Porthos, que nos había encomendado encarecidamente aquella carta, ¿no es así?

-Más o menos.

-Pues bien, señor, ¿sabéis lo que es esa gran dama?

-No; yo he oído hablar a Porthos de ella, eso es todo.

-¿Sabéis lo que es esa presunta duquesa?

-Os repito, no la conozco.

-Es una vieja procuradora del Châtelet, señor, llamada señora Coquenard, la cual tiene por lo menos cincuenta años y se da incluso aires de estar celosa. Ya me parecía demasiado singular una princesa viviendo en la calle aux Ours.

-¿Cómo sabéis eso?

-Porque montó en gran cólera al recibir la carta, diciendo que el señor Porthos era un veleta y que además habría recibido la estocada por alguna mujer.

-Pero entonces, ¿ha recibido una estocada?

-¡Ah Dios mío! ¿Qué he dicho?

-Habéis dicho que Porthos había recibido una estocada.

-Sí, pero él me había prohibido terminantemente decirlo.

-Y eso, ¿por qué?

-¡Maldita sea! Señor, porque se había vanagloriado de perforar a aquel extraño con el que vos lo dejasteis peleando, y fue por el contrario el extranjero el que, pese a todas sus baladronadas, le hizo morder el polvo. Pero como el señor Porthos es un hombre muy glorioso, excepto para la duquesa, a la que él había

creído interesar haciéndole el relato de su aventura, no quiere confesar a nadie que es una estocada lo que ha recibido.

-Entonces, ¿es una estocada lo que le retiene en su cama?

-Y una estocada magistral, os lo aseguro. Es preciso que vuestro amigo tenga siete vidas como los gatos.

-¿Estabais vos allí?

-Señor, yo los seguí por curiosidad, de suerte que vi el combate sin que los combatientes me viesen.

-¿Y cómo pasaron las cosas?

-Oh la cosa no fue muy larga, os lo aseguro; se pusieron en guardia; el extranjero hizo una finta y se lanzó a fondo; todo esto tan rápidamente que cuando el señor Porthos llegó a la parada, tenía ya tres pulgadas de hierro en el pecho. Cayó hacia atrás. El desconocido le puso al punto la punta de su espada en la garganta, y el señor Porthos, viéndose a merced de su adversario, se declaró vencido. A lo cual el desconocido le pidió su nombre, y al enterarse de que se llamaba Porthos y no señor D'Artagnan, le ofreció su brazo, le trajo al hostel, montó a caballo y desapareció.

-¿Así que era al señor D'Artagnan al que quería ese desconocido?

-Parece que sí.

-¿Y sabéis vos qué ha sido de él?

-No, no lo había visto hasta entonces y no lo hemos vuelto a ver después.

-Muy bien; sé lo que quería saber. Ahora, ¿decís que la habitación de Porthos está en el primer piso, número uno?

-Sí, señor, la habitación más hermosa del albergue, una habitación que ya habría tenido diez ocasiones de alquilar.

-¡Bah! Tranquilizaos -dijo D'Artagnan riendo-. Porthos os pagará con el dinero de la duquesa Coquenard.

-¡Oh, señor! Procuradora o duquesa si soltara los cordones de su bolsa, nada importaría; pero ha respondido taxativamente que estaba harta de las exigencias y de las infidelidades del señor Porthos, y que no le enviaría ni un denario.

-¿Y vos habéis dado esa respuesta a vuestro huésped?

-Nos hemos guardado mucho de ello: se habría dado cuenta de la forma en que habíamos hecho el encargo.

-Es decir, que sigue esperando su dinero.

-¡Oh, Dios mío, claro que sí! Ayer incluso escribió; pero esta vez ha sido su doméstico el que ha puesto la carta en la posta.

-¿Y decís que la procuradora es vieja y fea?

-Unos cincuenta años por lo menos, señor, no muy bella, según lo que ha dicho Pathaud.

-En tal caso, estad tranquilo, se dejará enternecer; además Porthos no puede deberos gran cosa.

-¡Cómo que no gran cosa! Una veintena de pistolas ya, sin contar el médico. No se priva de nada; se ve que está acostumbrado a vivir bien.

-Bueno, si su amante le abandona, encontrará amigos, os lo aseguro. Por eso, mi querido hostelero, no tengáis ninguna inquietud, y continuad teniendo con él todos los cuidados que exige su estado.

-El señor me ha prometido no hablar de la procuradora y no decir una palabra de la herida.

-Está convenido; tenéis mi palabra.

-¡Oh, es que me mataría!

-No tengáis miedo; no es tan malo como parece.

Al decir estas palabras, D'Artagnan subió la escalera, dejando a su huésped un poco más tranquilo respecto a dos cosas que parecían preocuparle: su deuda y su vida.

En lo alto de la escalera, sobre la puerta más aparente del corredor, había trazado, con tinta negra, un número uno gigantesco; D'Artagnan llamó con un golpe y, tras la invitación a pasar adelante que le vino del interior, entró.

Porthos estaba acostado y jugaba una partida de sacanete con Mosquetón para entretener la mano, mientras un asador cargado con perdices giraba ante el fuego y en cada rincón de una gran chimenea hervían sobre dos hornillos dos

cacerolas de las que salía doble olor a estofado de conejo y a caldereta de pescado que alegraba el olfato. Además, lo alto de un secreter y el mármol de una cómoda estaban cubiertos de botellas vacías.

A la vista de su amigo Porthos lanzó un gran grito de alegría y Mosquetón, levantándose respetuosamente, le cedió el sitio y fue a echar una ojeada a las cacerolas de las que parecía encargarse particularmente.

-¡Ah! Pardiez sois vos -dijo Porthos a D'Artagnan-; sed bienvenidos, y excusadme si no voy hasta vos. Pero -añadió mirando a D'Artagnan con cierta inquietud- vos sabéis lo que me ha pasado.

-No.

-¿El hostelero no os ha dicho nada?

-Le he preguntado por vos y he subido inmediatamente.

Porthos pareció respirar con mayor libertad.

-¿Y qué os ha pasado, mi querido Porthos? -continuó D'Artagnan.

-Lo que me ha pasado fue que al lanzarme a fondo sobre mi adversario, a quien ya había dado tres estocadas, y con el que quería acabar de una cuarta, mi pie fue a chocar con una piedra y me torcí una rodilla.

-¿De verdad?

-¡Palabra de honor! Afortunadamente para el tunante, porque no lo habría dejado sino muerto en el sitio, os lo garantizo.

-¿Y qué fue de él?

-¡Oh, no sé nada! Ya tenía bastante, y se marchó sin pedir lo que faltaba; pero a vos, mi querido D'Artagnan, ¿qué os ha pasado?

-¿De modo, mi querido Porthos -continuó D'Artagnan-, que ese esguince os retiene en el lecho?

-¡Ah, Dios mío, sí, eso es todo! Por lo demás, dentro de pocos días ya estaré en pie.

-Entonces, ¿por qué no habéis hecho que os lleven a París? Debéis aburriros cruelmente aquí.

-Era mi intención, pero, querido amigo, es preciso que os confiese una cosa.

- ¿Cuál?

- Es que, como me aburría cruelmente, como vos decís, y tenía en mi bolsillo las sesenta y cinco pistolas que vos me habéis dado, para distraerme hice subir a mi cuarto a un gentilhombre que estaba de paso y al cual propuse jugar una partidita de dados. El aceptó y, por mi honor, mis sesenta y cinco pistolas pasaron de mi bolso al suyo, además de mi caballo, que encima se llevó por añadidura. Pero ¿y vos, mi querido D'Artagnan?

-¿Qué queréis, mi querido Porthos? No se puede ser afortunado en todo -dijo D'Artagnan-; ya sabéis el proverbio: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores.» Sois demasiado afortunado en amores para que el juego no se venga; pero ¡qué os importan a vos los reveses de la fortuna! ¿No tenéis, maldito pillo que sois, no tenéis a vuestra duquesa, que no puede dejar de venir en vuestra ayuda?

-Pues bien, mi querido D'Artagnan, para que veáis mi mala suerte -respondió Porthos con el aire más desenvuelto del mundo-, le escribí que me enviase cincuenta lises, de los que estaba absolutamente necesitado dada la posición en que me hallaba...

-¿Y?

-Y... no debe estar en sus tierras, porque no me ha contestado.

-¿De veras?

-Sí. Ayer incluso le dirigí una segunda epístola, más apremiante aún que la primera. Pero estáis vos aquí, querido amigo, hablemos de vos. Os confieso que comenzaba a tener cierta inquietud por culpa vuestra.

-Pero vuestro hostelero se ha comportado bien con vos, según parece, mi querido Porthos -dijo D'Artagnan señalando al enfermo las cacerolas llenas y las botellas vacías.

-¡Así, así! -respondió Porthos-. Hace tres o cuatro días que el impertinente me ha subido su cuenta, y yo les he puesto en la puerta, a su cuenta y a él, de suerte que estoy aquí como una especie de vencedor, como una especie de conquistador. Por eso, como veis, temiendo a cada momento ser violentado en mi posición, estoy armado hasta los dientes.

-Sin embargo -dijo riendo D'Artagnan-, me parece que de vez en cuando hacéis salidas.

Y señalaba con el dedo las botellas y las cacerolas.

-¡No yo, por desgracia! -dijo Porthos-. Este miserable esguince me retiene en el lecho; es Mosquetón quien bate el campo y trae víveres. Mosquetón, amigo mío -continuó Porthos-, ya veis que nos han llegado refuerzos, necesitaremos un suplemento de vituallas.

-Mosquetón -dijo D'Artagnan-, tendréis que hacerme un favor.

-¿Cuál, señor?

-Dad vuestra receta a Planchet; yo también podría encontrarme sitiado, y no me molestaría que me hicieran gozar de las mismas ventajas con que vos gratificáis a vuestro amo.

-¡Ay, Dios mío, señor! -dijo Mosquetón con aire modesto-. Nada más fácil. Se trata de ser diestro, eso es todo. He sido educado en el campo, y mi padre, en sus momentos de apuro, era algo furtivo.

-Y el resto del tiempo, ¿qué hacía?

-Señor, practicaba una industria que a mí siempre me ha parecido bastante afortunada.

-¿Cuál?

-Como era en los tiempos de las guerras de los católicos y de los hugonotes, y como él veía a los católicos exterminar a los hugonotes, y a los hugonotes exterminar a los católicos, y todo en nombre de la religión, se había hecho una creencia mixta, lo que le permitía ser tan pronto católico como hugonote. Se paseaba habitualmente, con la escopeta al hombro, detrás de los setos que bordean los caminos, y cuando veía venir a un católico solo, la religión protestante dominaba en su espíritu al punto. Bajaba su escopeta en dirección del viajero; luego, cuando estaba a diez pasos de él, entablaba un diálogo que terminaba casi siempre por el abandono que el viajero hacía de su bolsa para salvar la vida. Por supuesto, cuando veía venir a un hugonote, se sentía arrebatado por un celo católico tan ardiente que no comprendía cómo un cuarto de hora antes había

podido tener dudas sobre la superioridad de nuestra santa religión. Porque yo, señor, soy católico; mi padre, fiel a sus principios, hizo a mi hermano mayor hugonote.

-¿Y cómo acabó ese digno hombre? -preguntó D'Artagnan.

-¡Oh! De la forma más desgraciada, señor. Un día se encontró cogido en una encrucijada entre un hugonote y un católico con quienes ya había tenido que vérselas y le reconocieron los dos, de suerte que se unieron contra él y lo colgaron de un árbol; luego vinieron a vanagloriarse del hermoso desatino que habían hecho en la taberna de la primera aldea, donde estábamos bebiendo nosotros, mi hermano y yo.

-¿Y qué hicisteis? -dijo D'Artagnan.

-Les dejamos decir -prosiguió Mosquetón-. Luego, como al salir de la taberna cada uno tomó un camino opuesto, mi hermano fue a emboscarse en el camino del católico, y yo en el del protestante. Dos horas después todo había acabado, nosotros les habíamos arreglado el asunto a cada uno, admirándonos al mismo tiempo de la previsión de nuestro pobre padre, que había tomado la precaución de educarnos a cada uno en una religión diferente.

-En efecto, como decís, Mosquetón, vuestro padre me parece que fue un mozo muy inteligente. ¿Y decís que, en sus ratos perdidos, el buen hombre era furtivo?

-Sí, señor, y fue él quien me enseñó a anudar un lazo y a colocar una caña. Por eso, cuando yo vi que nuestro bribón de hostelero nos alimentaba con un montón de viandas bastas, buenas sólo para patanes, y que no le iban a dos estómagos tan debilitados como los nuestros, me puse a recordar algo mi antiguo oficio. Al pasearme por los bosques del señor Príncipe, he tendido lazos en las pasadas; y si me tumbaba junto a los estanques de Su Alteza, he dejado deslizar sedas en sus aguas. De suerte que ahora, gracias a Dios, no nos faltan, como el señor puede asegurarse, perdices y conejos, carpas y anguilas, alimentos todos ligeros y sanos, adecuados para los enfermos.

-Pero ¿y el vino? -dijo D'Artagnan-. ¿Quién proporciona el vino? ¿Vuestro hostelero?

-Es decir, sí y no.

-¿Cómo sí y no?

-Lo proporciona él, es cierto, pero ignora que tiene ese honor.

-Explicaos, Mosquetón, vuestra conversación está llena de cosas instructivas.

-Mirad, señor. El azar hizo que yo encontrara en mis peregrinaciones a un español que había visto muchos países, y entre otros el Nuevo Mundo.

-¿Qué relación puede tener el Nuevo Mundo con las botellas que están sobre el secreter y sobre esa cómoda?

-Paciencia, señor, cada cosa a su tiempo.

-Es justo, Mosquetón; a vos me remito y escucho.

-Ese español tenía a su servicio un lacayo que le había acompañado en su viaje a México. El tal lacayo era compatriota mío, de suerte que pronto nos hicimos amigos, tanto más rápidamente cuanto que entre nosotros había grandes semejanzas de carácter. Los dos amamos la caza por encima de todo, de suerte que me contaba cómo, en las llanuras de las pampas, los naturales del país cazan al tigre y los toros con simples nudos corredizos que lanzan al cuello de esos terribles animales. Al principio yo no podía creer que se llegase a tal grado de destreza, de lanzar a veinte o treinta pasos el extremo de una cuerda donde se quiere; pero ante las pruebas había que admitir la verdad del relato. Mi amigo colocaba una botella a treinta pasos, y a cada golpe, cogía el gollete en un nudo corredizo. Yo me dediqué a este ejercicio, y como la naturaleza me ha dotado de algunas facultades, hoy lanzo el lazo tan bien como cualquier hombre del mundo. ¿Comprendéis ahora? Nuestro hostelero tiene una cava muy bien surtida, pero no deja un momento la llave; sólo que esa cava tiene un tragaluz. Y por ese tragaluz yo lanzo el lazo, y como ahora ya sé dónde está el buen rincón, lo voy sacando. Así es, señor, como el Nuevo Mundo se encuentra en relación con las botellas que hay sobre esa cómoda y sobre ese secreter. Ahora, gustad nuestro vino y sin prevención decidnos lo que pensáis de él.

-Gracias, amigo mío, gracias; desgraciadamente acabo de desayunar.

-¡Y bien! -dijo Porthos-. Ponte a la mesa, Mosquetón, y mientras nosotros desayunamos, D'Artagnan nos contará lo que ha sido de él desde hace ocho días que nos dejó.

-De buena gana -dijo D'Artagnan.

Mientras Porthos y Mosquetón desayunaban con apetito de convalecientes y con esa cordialidad de hermanos que acerca a los hombres en la desgracia, D'Artagnan contó cómo Aramis, herido, había sido obligado a detenerse en Crèvecœur, cómo había dejado a Athos debatirse en Amiens entre las manos de cuatro hombres que lo acusaban de monedero falso, y cómo él, D'Artagnan, se había visto obligado a pasar por encima del vientre del conde de Wardes para llegar a Inglaterra.

Pero ahí se detuvo la confidencia de D'Artagnan; anunció solamente que a su regreso de Gran Bretaña había traído cuatro caballos magníficos, uno para él y otro para cada uno de sus tres compañeros; luego terminó anunciando a Porthos que el que le estaba destinado se hallaba instalado en las cuadras del hostel.

En aquel momento entró Planchet; avisaba a su amo de que los caballos habían descansado suficientemente y que sería posible ir a dormir a Clermont.

Como D'Artagnan se hallaba más o menos tranquilo respecto a Porthos, y como esperaba con impaciencia tener noticias de sus otros dos amigos, tendió la mano al enfermo y le previno de que se pusiera en ruta para continuar sus búsquedas. Por lo demás, como contaba con volver por el mismo camino, si en siete a ocho días Porthos estaba aún en el hostel del Grand Saint Martin, lo recogería al pasar.

Porthos respondió que con toda probabilidad su esguince no le permitiría alejarse de allí. Además, tenía que quedarse en Chantilly para esperar una respuesta de su duquesa.

D'Artagnan le deseó una recuperación pronta y buena; y después de haber recomendado de nuevo Porthos a Mosquetón, y pagado su gasto al hostelero se puso en ruta con Planchet, ya desembarazado de uno de los caballos de mano.

Capítulo XXVI

La tesis de Aramis

D'Artagnan no había dicho a Porthos nada de su herida ni de su procuradora. Era nuestro bearnés un muchacho muy prudente, aunque fuera joven. En consecuencia, había fingido creer todo lo que le había contado el glorioso mosquetero, convencido de que no hay amistad que soporte un secreto sorprendido, sobre todo cuando este secreto afecta al orgullo; además, siempre se tiene cierta superioridad moral sobre aquellos cuya vida se sabe.

Y D'Artagnan, en sus proyectos de intriga futuros, y decidido como estaba a hacer de sus tres compañeros los instrumentos de su fortuna, D'Artagnan no estaba molesto por reunir de antemano en su mano los hilos invisibles con cuya ayuda contaba dirigirlos.

Sin embargo, a lo largo del camino, una profunda tristeza le oprimía el corazón; pensaba en aquella joven y bonita señora Bonacieux, que debía pagarle el precio de su adhesión; pero, apresurémonos a decirlo, aquella tristeza en el joven provenía no tanto del pesar de su felicidad perdida cuanto de la inquietud que experimentaba porque le pasase algo a aquella pobre mujer. Para él no había ninguna duda: era víctima de una venganza del cardenal y, como se sabe, las venganzas de Su Eminencia eran terribles. Cómo había encontrado él gracia a los ojos del ministro, es lo que él mismo ignoraba y sin duda lo que le hubiese revelado el señor de Cavois si el capitán de los guardias le hubiera encontrado en su casa.

Nada hace marchar al tiempo ni abrevia el camino como un pensamiento que absorbe en sí mismo todas las facultades del organismo de quien piensa. La existencia exterior parece entonces un sueño cuya ensoñación es ese pensamiento. Gracias a su influencia, el tiempo no tiene medida, el espacio no tiene distancia. Se parte de un lugar y se llega a otro, eso es todo. Del intervalo recorrido nada queda presente a vuestro recuerdo más que una niebla vaga en la que se

borran mil imágenes confusas de árboles, de montañas y de paisajes. Fue así, presa de una alucinación, como D'Artagnan franqueó, al trote que quiso tomar su caballo, las seis a ocho leguas que separan Chantilly de Crèveceur, sin que al llegar a esta ciudad se acordase de nada de lo que había encontrado en su camino.

Sólo allí le volvió la memoria, movió la cabeza, divisó la taberna en que había dejado a Aramis y, poniendo su caballo al trote, se detuvo en la puerta.

Aquella vez no fue un hostelero, sino una hostelera quien lo recibió; D'Artagnan era fisonomista, envolvió de una ojeada la gruesa cara alegre del ama del lugar, y comprendió que no había necesidad de disimular con ella ni había nada que temer de parte de una fisonomía tan alegre.

-Mi buena señora -le preguntó D'Artagnan-, ¿podrías decirme qué ha sido de uno de mis amigos, a quien nos vimos forzados a dejar aquí hace una docena de días?

-¿Un guapo joven de veintitrés a veinticuatro años, dulce, amable, bien hecho?

-¿Y además herido en un hombro?

-Eso es.

-Precisamente.

-Pues bien, señor sigue estando aquí.

-¡Bien, mi querida señora! -dijo D'Artagnan poniendo pie en tierra y lanzando la brida de su caballo al brazo de Planchet-. Me devolvéis la vida. ¿Dónde está mi querido Aramis, para que lo abrace? Porque, lo confieso, tengo prisa por volverlo a ver.

-Perdón, señor, pero dudo de que pueda recibirlos en este momento.

-¿Y eso por qué? ¿Es que está con una mujer?

-¡Jesús! ¡No digáis eso! ¡El pobre muchacho! No, señor, no está con una mujer.

-Pues, ¿con quién entonces?

-Con el cura de Montdidier y el superior de los jesuitas de Amiens.

-¡Dios mío! -exclamó D'Artagnan-. El pobre muchacho está peor.

-No, señor, al contrario; pero a consecuencia de su enfermedad, la gracia le ha tocado y está decidido a entrar en religión.

-Es justo -dijo D'Artagnan-, había olvidado que no era mosquetero más que por ínterin.

-¿El señor insiste en verlo?

-Más que nunca.

-Pues bien, el señor no tiene más que tomar la escalera de la derecha en el patio, en el segundo, número cinco.

D'Artagnan se lanzó en la dirección indicada y encontró una de esas escaleras exteriores como las que todavía vemos hoy en los patios de los antiguos albergues. Pero no se llegaba así donde el futuro abad; el paso a la habitación de Aramis estaba guardado ni más ni menos que como los jardines de Armida; Bazin estaba en el corredor y le impidió el paso con tanta mayor intrepidez cuanto que, tras muchos años de pruebas, Bazin se veía por fin a punto de llegar al resultado que eternamente había ambicionado.

En efecto, el sueño del pobre Bazin había sido siempre el de servir a un hombre de iglesia, y esperaba con impaciencia el momento siempre entrevisto en el futuro en que Aramis tiraría por fin la casaca a las ortigas para tomar la sotana. La promesa renovada cada día por el joven de que el momento no podía tardar era lo único que lo había retenido al servicio del mosquetero, servicio en el cual, según decía, no podía dejar de perder su alma.

Bazin estaba, pues, en el colmo de la alegría. Según toda probabilidad, aquella vez su maestro no se desdiría. La reunión del dolor físico con el dolor moral había producido el efecto tanto tiempo deseado: Aramis, sufriendo a la vez del cuerpo y del alma, había posado por fin sus ojos y su pensamiento en la religión, y había considerado como una advertencia del cielo el doble accidente que le había ocurrido, es decir, la desaparición súbita de su amante y su herida en el hombro.

Se comprende que en la disposición en que se encontraba nada podía ser más desagradable para Bazin que la llegada de D'Artagnan, que podía volver a arrojar a su amo en el torbellino de las ideas mundanas que lo habían arrastrado

durante tanto tiempo. Resolvió, pues, defender bravamente la puerta; y como, traicionado por la dueña del albergue, no podía decir que Aramis estaba ausente, trato de probar al recién llegado que sería el colmo de la indiscreción molestar a su amo durante la piadosa conferencia que había entablado desde la mañana y que, a decir de Bazin, no podía terminar antes de la noche.

Pero D'Artagnan no tuvo en cuenta para nada el elocuente discurso de maese Bazin, y como no se preocupaba de entablar polémica con el criado de su amigo, lo apartó simplemente con una mano y con la otra giró el pomo de la puerta número cinco.

La puerta se abrió y D'Artagnan penetró en la habitación.

Aramis, con un gabán negro, con la cabeza aderezada con una especie de tocado redondo y plano que no se parecía demasiado a un gorro estaba sentado ante una mesa oblonga cubierta de rollos de papel y de enormes infolios; a su derecha estaba sentado el superior de los jesuitas y a su izquierda el cura de Montdidier. Las cortinas estaban echadas a medias y no dejaban penetrar más que una luz misteriosa, aprovechada para una plácida ensoñación. Todos los objetos mundanos que pueden sorprender a la vista cuando se entra en la habitación de un joven, y sobre todo cuando ese joven es mosquetero, habían desaparecido como por encanto; y por miedo, sin duda, a que su vista no volviese a llevar a su amo a las ideas de este mundo, Bazin se había apoderado de la espada, las pistolas, el sombrero de pluma, los brocados y las puntillas de todo género y toda especie.

En su lugar y sitio D'Artagnan creyó vislumbrar en un rincón oscuro como una forma de disciplina colgada de un clavo de la pared.

Al ruido que hizo D'Artagnan al abrir la puerta, Aramis alzó la cabeza y reconoció a su amigo. Pero para gran asombro del joven, su vista no pareció producir gran impresión en el mosquetero, tan apartado estaba su espíritu de las cosas de la tierra.

-Buenos días, querido D'Artagnan -dijo Aramis-; creed que me alegro de veros.

-Y yo también -dijo D'Artagnan-, aunque todavía no esté muy seguro de que sea a Aramis a quien hablo.

-Al mismo, amigo mío, al mismo; pero ¿qué os ha podido hacer dudar?

-Tenía miedo de equivocarme de habitación, y he creído entrar en la habitación de algún hombre de iglesia; luego, otro error se ha apoderado de mí al encontraros en compañía de estos señores: que estuviéseis gravemente enfermo.

Los dos hombres negros lanzaron sobre D'Artagnan, cuya intención comprendieron, una mirada casi amenazadora; pero D'Artagnan no se inquietó por ella.

-Quizá os molesto, mi querido Aramis -continuó D'Artagnan- porque, por lo que veo, estoy tentado de creer que os confesáis a estos señores.

Aramis enrojeció perceptiblemente.

-¿Vos molestarme? ¡Oh! Todo lo contrario, querido amigo, os lo juro; y como prueba de lo que digo, permitidme que me alegre de veros sano y salvo.

«¡Ah, por fin se acuerda! -pensó D'Artagnan-. No va mal la cosa.»

-Porque el señor, que es mi amigo, acaba de escapar a un rudo peligro -continuó Aramis con unción, señalando con la mano a D'Artagnan a los dos eclesiásticos.

-Alabad a Dios, señor -respondieron éstos inclinándose al unísono.

-No he dejado de hacerlo, reverendos -respondió el joven devolviéndoles a su vez el saludo.

-Llegáis a propósito, querido D'Artagnan -dijo Aramis-, y vos vais a iluminarnos, tomando parte en la discusión, con vuestras dotes. El señor principal de Amiens, el señor cura de Montdidier y yo, argumentamos sobre ciertas cuestiones teológicas cuyo interés nos cautiva desde hace tiempo; yo estaría encantado de contar con vuestra opinión.

-La opinión de un hombre de espada carece de peso -respondió D'Artagnan, que comenzaba a inquietarse por el giro que tomaban las cosas-, y vos podéis ateneros, creo yo, a la ciencia de estos señores.

Los dos hombres negros saludaron a su vez.

-Al contrario -prosiguió Aramis-, y vuestra opinión nos será preciosa. He aquí de lo que se trata: el señor principal cree que mi tesis debe ser sobre todo dogmática y didáctica.

-¡Vuestra tesis! ¿Hacéis, pues, una tesis?

-Por supuesto -respondió el jesuita-; para el examen que precede a la ordenación, es de rigor una tesis.

-¡La ordenación! -exclamó D'Artagnan, que no podía creer en lo que le habían dicho sucesivamente la hostelera y Bazin-. ¡La ordenación!

Y paseaba sus ojos estupefactos sobre los tres personajes que tenía delante de sí.

-Ahora bien -continuó Aramis tomando en su butaca la misma pose graciosa que hubiera tornado de estar en una callejuela, y examinando con complacencia su mano Blanca y regordeta como mano de mujer, que tenía en el aire para hacer bajar la sangre-; ahora bien, como habéis oído, D'Artagnan, el señor principal quisiera que mi tesis fuera dogmática, mientras que yo querría que fuese ideal. Por eso es por lo que el señor principal me proponía ese punto que no ha sido aún tratado, en el cual reconozco que hay materia para desarrollos magníficos:

«Utraque manus in benedicendo clericis inferioribus necessaria est.»

D'Artagnan, cuya erudición conocemos, no parpadeó ante esta cita más de lo que había hecho el señor de Tréville a propósito de los presentes que pretendía D'Artagnan haber recibido del señor de Buckingham.

-Lo cual quiere decir -prosiguió Aramis para facilitarle las cosas-: las dos manos son indispensables a los sacerdotes de órdenes inferiores cuando dan la bendición.

-¡Admirable tema! -exclamó el jesuita.

-¡Admirable y dogmático! -repitió el cura, que de igual fuerza aproximadamente que D'Artagnan en latín, vigilaba cuidadosamente al jesuita para pisarle los talones y repetir sus palabras como un eco.

En cuanto a D'Artagnan, permaneció completamente indiferente al entusiasmo de los dos hombres negros.

-¡Sí, admirable! ¡Prorsus admirabile! -continuó Aramis-. Pero exige un estudio en profundidad de los Padres de la Iglesia y de las Escrituras. Ahora bien, yo he confesado a estos sabios eclesiásticos, y ello con toda humildad, que las vigiliias de los cuerpos de guardia y el servicio del rey me habían hecho descuidar algo el estudio. Me encontraría, pues, más a mi gusto, *facilius natans*, en un tema de mi elección, que sería a esas rudas cuestiones teológicas lo que la moral es a la metafísica en filosofía.

D'Artagnan se aburría profundamente, el cura también.

-¡Ved qué exordio! -exclamó el jesuita.

-Exordium -repitió el cura por decir algo.

- *Quemadmodum inter coelorum immensitatem* .

Aramis lanzó una ojeada hacia el lado de D'Artagnan y vio que su amigo bostezaba hasta desencajarse la mandíbula.

-Hablemos francés, padre mío -le dijo al jesuita-. El señor D'Artagnan gustará con más viveza de nuestras palabras.

-Sí, yo estoy cansado de la ruta -dijo D'Artagnan-, y todo ese latín se me escapa.

-De acuerdo -dijo el jesuita un poco despechado, mientras el cura, transportado de gozo, volvía hacia D'Artagnan una mirada llena de agradecimiento-; bien, ved el partido que se sacaría de esa glosa.

-Moisés, servidor de Dios... no es más que servidor, oídlo bien. Moisés bendice con las manos; se hace sostener los dos brazos, mientras los hebreos baten a sus enemigos; por tanto, bendice con las dos manos. Además que el Evangelio dice: *Imponite manus*, y no *monum*; *imponed las manos*, y no *la mano*.

-*Imponed las manos* -repitió el cura haciendo un gesto.

-Por el contrario, a San Pedro, de quien los papas son sucesores -continuó el jesuita-, *Porrigitte digitos*. Presentad los dedos, ¿estáis ahora?

-Ciertamente -respondió Aramis lleno de delectación-, pero el asunto es sutil.

-¡Los dedos! -prosiguió el jesuita- San Pedro bendice con los dedos. El papa bendice por tanto con los dedos también. Y ¿con cuántos dedos bendice? Con tres dedos: uno para el Padre, otro para el Hijo y otro para el Espíritu Santo.

Todo el mundo se persignó; D'Artagnan se creyó obligado a imitar aquel ejemplo.

-El papa es sucesor de San Pedro y representa los tres poderes divinos; el resto, ordines inferiores de la jerarquía eclesiástica, bendice en el nombre de los santos arcángeles y ángeles. Los clérigos más humildes, como nuestros diáconos y sacristanes, bendicen con los hisopos, que simulan un número indefinido de dedos bendiciendo. Ahí tenéis el tema simplificado, argumentum omni denudatum ornamento. Con eso yo haría -continuó el jesuita- dos volúmenes del tamaño de éste.

Y en su entusiasmo, golpeaba sobre el San Crisóstomo infolio que hacía doblarse la mesa bajo su peso.

D'Artagnan se estremeció.

-Por supuesto -dijo Aramis-, hago justicia a las bellezas de semejante tesis, pero al mismo tiempo admito que es abrumadora para mí. Yo había escogido este texto: decidme, querido D'Artagnan, si no es de vuestro gusto: Non inutile est desiderium in oblatione, o mejor aún: Un poco de pesadumbre no viene mal en una ofrenda al Señor.

-¡Alto ahí! -exclamó el jesuita-. Esa tesis roza la herejía; hay una proposición casi semejante en el Augustinus del heresiarca Jansenius, cuyo libro antes o después será quemado por manos del verdugo. Tened cuidado, mi joven amigo; os inclináis, mi joven amigo, hacia las falsas doctrinas; os perderéis.

-Os perderéis -dijo el cura moviendo dolorosamente la cabeza.

-Tocáis en ese famoso punto del libre arbitrio que es un escollo mortal. Abordáis de frente las insinuaciones de los pelagianos y de los semipelagianos.

-Pero, reverendo... -repuso Aramis algo atarullado por la lluvia de argumentos que se le venía encima.

-¿Cómo probaréis -continuó el jesuita sin darle tiempo a hablar que se debe echar de menos el mundo que se ofrece a Dios? Escuchad este dilema: Dios es Dios, y el mundo es el diablo. Echar de menos al mundo es echar de menos al diablo; ahí tenéis mi conclusión.

-Es la mía también -dijo el cura.

-Pero, por favor... -dijo Aramis.

-¡Desideras diabolium, desgraciado! -exclamó el jesuita.

-¡Echa de menos al diablo! Ah, mi joven amigo -prosiguió el cura gimiendo-, no echéis de menos al diablo, soy yo quien os lo suplica.

D'Artagnan creía volverse idiota; le parecía estar en una casa de locos y que iba a terminar loco como los que veía. Sólo que estaba forzado a callarse por no comprender nada de la lengua que se hablaba ante él.

-Pero escuchadme -prosiguió Aramis con una cortesía bajo la que comenzaba a apuntar un poco de impaciencia-; yo no digo que eche de menos; no, yo no pronunciaría jamás esa frase, que no sería ortodoxa. . .

El jesuita levantó los brazos al cielo y el cura hizo otro tanto.

-No, pero convenid al menos que no admite perdón ofrecer al Señor aquello de lo que uno está completamente harto. ¿Tengo yo razón, D'Artagnan?

-¡Yo así lo creo! -exclamó éste.

El cura y el jesuita dieron un salto sobre sus sillas.

-Aquí tenéis mi punto de partida, es un silogismo: el mundo no carece de atractivos, dejo el mundo; por tanto hago un sacrificio; ahora bien, la Escritura dice positivamente: Haced un sacrificio al Señor.

-Eso es cierto -dijeron los antagonistas.

-Y además -continuó Aramis pellizcándose la oreja para volverla roja, de igual modo que agitaba las manos para volverlas blancas-, además he hecho cierto rondel que le comuniqué al señor Voiture el año pasado, y sobre el cual ese gran hombre me hizo mil cumplidos.

-¡Un rondel! -dijo desdeñosamente el jesuita.

-¡Un rondel! -dijo maquinalmente el cura.

-Decidlo, decidlo -exclamó D'Artagnan-; cambiará un poco las cosas.

-No, porque es religioso -respondió Aramis-, y es teología en verso.

-¡Diablos! -exclamó D'Artagnan.

-Helo aquí -dijo Aramis con aire modesto que no estaba exento de cierto tinte de hipocresía:

Los que un pasado lleno de encantos lloráis,
y pasáis días desgraciados,
todas nuestras desgracias habrán terminado
cuando sólo a Dios vuestras lágrimas ofrezcáis,
vosotros, los que lloráis.

D'Artagnan y el cura parecieron halagados. El jesuita persistió en su opinión.

-Guardaos del gusto profano en el estilo teológico. ¿Qué dice en efecto San Agustín? Severus sit clericorum sermo.

-¡Sí, que el sermón sea claro! -dijo el cura.

-Pero -se apresuró a añadir el jesuita viendo que su acólito se desviaba-, vuestra tesis agradará a las damas, eso es todo; tendrá el éxito de un alegato de maese Patru.

-¡Plega a Dios! -exclamó Aramis transportado.

-Ya lo veis -exclamó el jesuita-, el mundo habla todavía en vos en voz alta, altissima voce. Seguí al mundo, mi joven amigo, y tiemblo porque la gracia no sea eficaz.

-Tranquilizaos, reverendo, respondo de mí.

-¡Presunción mundana!

-¡Me conozco, padre mío, mi resolución es irrevocable!

-Entonces, ¿os obstináis en seguir con esa tesis,

-Me siento llamado a tratar esa tesis, y no otra; voy, pues, a continuarla, y mañana espero que estaréis satisfecho de las correcciones que haré según vuestros consejos.

-Trabajad lentamente -dijo el cura-, os dejamos en disposiciones excelentes.

-Sí, el terreno está completamente sembrado -dijo el jesuita-, y no tenemos que temer que una parte del grano haya caído sobre la piedra, otra al lado del camino, y que los pájaros del cielo hayan comido el resto, aves coeli comederunt illam.

-¡Que la peste lo ahogue con tu latín! -dijo D'Artagnan, que se sentía en el límite de sus fuerzas.

-Adiós, hijo mío -dijo el cura-, hasta mañana.

-Hasta mañana, joven temerario -dijo el jesuita-; prometéis ser una de las lumbreras de la Iglesia; ¡quiera el cielo que esa luz no sea un fuego devorador!

D'Artagnan, que durante una hora se había mordido las uñas de impaciencia, empezaba a atacar la carne.

Los dos hombres negros se levantaron, saludaron a Aramis y a D'Artagnan, y avanzaron hacia la puerta. Bazin, que se había quedado de pie y que había escuchado toda aquella controversia con un piadoso júbilo, se lanzó hacia ellos, tomó el breviario del cura, el misal del jesuita y caminó respetuosamente delante de ellos para abrirles paso.

Aramis los condujo hasta el comienzo de la escalera y volvió a subir junto a D'Artagnan, que seguía pensando.

Una vez solos, los dos amigos guardaron primero un silencio embarazoso; sin embargo era preciso que uno de ellos rompiese a hablar, y como D'Artagnan parecía decidido a dejar este honor a su amigo:

-Ya lo veis -dijo Aramis-, me encontráis vuelto a mis ideas fundamentales.

-Sí, la gracia eficaz os ha tocado, como decía ese señor hace un momento.

-¡Oh! Estos planes de retiro están hechos hace mucho tiempo; y vos ya me habíais oído hablar, ¿no es eso, amigo mío?

-Claro, pero confieso que creí que bromeabais.

-¡Con esa clase de cosas! ¡Vamos, D'Artagnan!

-¡Maldita sea! También se bromea con la muerte.

-Y se comete un error, D'Artagnan, porque la muerte es la puerta que conduce a la perdición o a la salvación.

-De acuerdo, pero si os place, no teologicemos, Aramis; debéis tener bastante para el resto del día; en cuanto a mí, yo he olvidado el poco latín que jamás supe; además debo confesaros que no he comido nada desde esta mañana a las diez, y que tengo un hambre de todos los diablos.

-Ahora mismo comeremos, querido amigo; sólo que, como sabéis, es viernes, y en un día así yo no puedo ver ni comer carne. Si queréis contentaros con mi comida... se compone de tetrágonos cocidos y fruta.

-¿Qué entendéis con tetrágonos? -preguntó D'Artagnan con inquietud.

-Entiendo espinacas -repuso Aramis-; pero para vos añadiré huevos, y es una grave infracción de la regla, porque los huevos son carne, dado que engendran el pollo.

-Ese festín no es suculento, pero no importa; por estar con vos, lo sufriré.

-Os quedo agradecido por el sacrificio -dijo Aramis-; pero si no aprovecha a nuestro cuerpo, aprovechará, estad seguro, a vuestra alma.

-O sea que, decididamente, Aramis, entráis en religión. ¿Qué van a decir nuestros amigos, qué va a decir el señor de Tréville? Os tratarán de desertor, os prevengo.

-Yo no entro en religión, vuelvo a ella. Es de la iglesia de la que había desertado por el mundo, porque como sabéis tuve que violentarme para tomar la casaca de mosquetero.

-Yo no sé nada.

-¿Ignoráis vos cómo dejé el seminario?

-Completamente.

-Aquí tenéis mi historia; por otra parte las Escrituras dicen: «Confesaos los unos a los otros», y yo me confieso a vos, D'Artagnan.

-Y yo os doy la absolución de antemano, ya veis que soy bueno.

-No os burléis de las cosas santas, amigo mío.

-Vamos hablad, hablad, os escucho.

-Yo estaba en el seminario desde la edad de nueve años, y dentro de tres días iba a cumplir veinte, iba a ser abate y todo estaba dicho. Una tarde en que estaba, según mi costumbre, en una casa que frecuentaba con placer (uno es joven, ¡qué queréis, somos débiles!), un oficial que me miraba con ojos celosos leer las Vidas de los santos a la dueña de la casa, entró de pronto y sin ser anunciado. Precisamente aquella tarde yo había traducido un episodio de Judith y acababa de comunicar mis versos a la dama que me hacía toda clase de cumplidos e, inclinada sobre mi hombro, los releía conmigo. La postura, que quizá era algo abandonada, lo confieso, molestó al oficial; no dijo nada, pero cuando yo salí, salió detrás de mí y al alcanzarme dijo: «Señor abate, ¿os gustan los bastonazos?» «No puedo decirlo, señor, respondí, porque nadie ha osado nunca dármelos.» «Pues bien, escuchadme, señor abate, si volvéis a la casa en que os he encontrado esta tarde, yo osaré.» Creo que tuve miedo, me puse muy pálido, sentí que las piernas me abandonaban, busqué una respuesta que no encontré, me callé. El oficial esperaba aquella respuesta y, viendo que tardaba, se puso a reír, me volvió la espalda y volvió a entrar en la casa. Yo volví al seminario. Soy buen gentilhomme y tengo la sangre ardiente, como habéis podido observar, mi querido D'Artagnan; el insulto era terrible, y por desconocido que hubiera quedado para el resto del mundo, yo lo sentía vivir y removerse en el fondo de mi corazón. Declaré a mis superiores que no me sentía suficientemente preparado para la ordenación, y a petición mía se pospuso la ceremonia por un año. Fui en busca del mejor maestro de armas de Paris, quedé de acuerdo con él para tomar una lección de esgrima cada día, y durante un año tome aquella lección. Luego, el aniversario de aquél en que había sido insultado, colgué mi sotana de un clavo, me puse un traje completo de caballero y me dirigí a un baile que daba una dama amiga mía, donde yo sabía que debía encontrarse mi hombre. Era en la calle des Francs-Burgeois, al lado de la Force. En efecto, mi oficial estaba allí, me acerqué a él, que cantaba un lai de amor mirando tiernamente a una mujer, y le interrumpí en medio de la segunda estrofa. «Señor, ¿os sigue desagradando que yo vuelva a cierta casa de la calle Payenne, y volveréis a darme una paliza si me entra el capricho de desobedeceros?» El oficial

me miró con asombro, luego me dijo: «¿Qué queréis, señor? No os conozco.» «Soy -le respondí- el pequeño abate que lee las Vidas de santos y que traduce Judith en verso.» «¡Ah, ah! Ya me acuerdo -dijo el oficial con sorna-. ¿Qué queréis?» «Quisiera que tuvierais tiempo suficiente para dar una vuelta paseando conmigo.» «Mañana por la mañana, si queréis, y será con el mayor placer.» «Mañana por la mañana, no; si os place, ahora mismo.» «Si lo exigís...» «Pues sí, lo exijo.» «Entonces, salgamos. Señoras -dijo el oficial-, no os molestéis. El tiempo de matar al señor solamente y vuelvo para acabaros la última estrofa. » Salimos. Yo le llevé a la calle Payenne justo al lugar en que un año antes a aquella misma hora me había hecho el cumplido que os he relatado. Hacía un clara de luna soberbio. Sacamos las espadas y, al primer encuentro, le deje en el sitio.

-¡Diablos! -exclamó D'Artagnan.

-Pero -continuó Aramis- como las damas no vieron volver a su cantor y se le encontró en la calle Payenne con una gran estocada atravesándole el cuerpo, se pensó que había sido yo porque lo había aderezado así, y el asunto terminó en escándalo. Me vi obligado a renunciar por algún tiempo a la sotana. Athos, con quien hice conocimiento en esa época, y Porthos, que me había enseñado, además de algunas lecciones de esgrima, algunas estocadas airosas, me decidieron a pedir una casaca de mosquetero. El rey había apreciado mucho a mi padre, muerto en el sitio de Arras, y me concedieron esta casaca. Como comprenderéis hoy ha llegado para mí el momento de volver al seno de la Iglesia.

-¿Y por qué hoy en vez de ayer o de mañana? ¿Qué os ha pasado hoy que os da tan malas ideas?

-Esta herida, mi querido D'Artagnan, ha sido para mí un aviso del cielo.

-¿Está herida? ¡Bah, está casi curada y estoy seguro de que no es ella la que más os hace sufrir!

-¿Cuál entonces? -preguntó Aramis enrojeciendo.

-Tenéis una en el corazón, Aramis, unas más viva y más sangrante, una herida hecha por una mujer.

Los ojos de Aramis destellaron a pesar suyo.

-¡Ah! -dijo disimulando su emoción bajo una fingida negligencia-. No habléis de esas cosas. ¡Pensar yo en eso! ¡Tener yo penas de amor! ; ¡Vanitas vanitatum! Me habría vuelto loco, en vuestra opinión. ¿Y por quién? Por alguna costurerilla, por alguna doncella a quien habría hecho la corte en alguna guarnición. ¡Fuera!

-Perdón, mi querido Aramis, pero yo creía que apuntabais más alto.

-¿Más alto? ¿Y quién soy yo para tener tanta ambición? ¡Un pobre mosquetero muy bribón y muy oscuro que odia las servidumbres y se encuentra muy desplazado en el mundo!

-¡Aramis, Aramis! -exclamó D'Artagnan mirando a su amigo con aire de duda.

-Polvo, vuelvo al polvo. La vida está llena de humillaciones y de dolores -continuó ensombreciéndose-; todos los hilos que la atan a la felicidad se rompen una vez tras otra en la mano del hombre, sobre todo los hilos de oro. ¡Oh, mi querido D'Artagnan! -prosiguió Aramis dando a su vez un ligero tinte de amargura-. Creedme, ocultad bien vuestras heridas cuando las tengáis. El silencio es la última alegría de los desgraciados; guardaos de poner a alguien, quienquiera que sea, tras la huella de vuestros dolores; los curiosos empapan nuestras lágrimas como las moscas sacan sangre de un gamo herido.

-¡Ay, mi querido Aramis! -dijo D'Artagnan lanzando a su vez un profundo suspiro-. Es mi propia historia la que aquí resumís.

-¿Cómo?,

-Sí, una mujer a la que amaba, a la que adoraba, acaba de serme raptada a la fuerza. Yo no sé dónde está, dónde la han llevado; quizá esté prisionera, quizá esté muerta.

-Pero vos al menos tenéis el consuelo de decirnos que no os ha abandonado voluntariamente; que si no tenéis noticias tuyas es porque toda comunicación con vos le está prohibida, mientras que...

-Mientras que...

-Nada -respondió Aramis-, nada.

-De modo que renunciáis al mundo; ¿es una decisión tomada, una resolución firme?

-Para siempre. Vos sois mi amigo, mañana no seréis para mí más que una sombra; o mejor aún, no existiréis. En cuanto al mundo, es un sepulcro y nada más.

-¡Diablos! Es muy triste lo que me decís.

-¿Qué queréis? Mi vocación me atrae, ella me lleva.

D'Artagnan sonrió y no respondió nada. Aramis continuó:

-Y sin embargo, mientras permanezco en la tierra, habría querido hablar de vos, de nuestros amigos.

-Y yo -dijo D'Artagnan- habría querido hablaros de vos mismo, pero os veo tan separado de todo; los amores los habéis despechado; los amigos, son sombras; el mundo es un sepulcro.

-¡Ay! Vos mismo podréis verlo -dijo Aramis con un suspiro.

-No hablemos, pues, más -dijo D'Artagnan-, y quememos esta carta que, sin duda, os anunciaba alguna nueva infelicidad de vuestra costurerilla o de vuestra doncella.

-¿Qué carta? -exclamó vivamente Aramis.

-Una carta que había llegado a vuestra casa en vuestra ausencia y que me han entregado para vos.

-¿Pero de quién es la carta?

-¡Ah! De alguna doncella afligida, de alguna costurerilla desesperada; la doncella de la señora de Chevreuse quizá, que se habrá visto obligada a volver a Tours con su ama y que para dárselas de peripuesta habrá cogido papel perfumado y habrá sellado su carta con una corona de duquesa.

-¿Qué decís?

-¡Vaya, la habré perdido! -dijo hipócritamente el joven fingiendo buscarla-. Afortunadamente el mundo es un sepulcro y por tanto las mujeres son sombras, y el amor un sentimiento al que decís ¡fuera!

-¡Ah, D'Artagnan, D'Artagnan! -exclamó Aramis-. Me haces morir.

-Bueno, aquí está -dijo D'Artagnan.

Y sacó la carta de su bolsillo.

Aramis dio un salto, cogió la carta, la leyó o, mejor, la devoró; su rostro resplandecía.

-Parece que la doncella tiene un hermoso estilo -dijo indolentemente el mensajero.

-Gracias, D'Artagnan -exclamó Aramis casi en delirio-. Se ha visto obligada a volver a Tours; no me es infiel, me ama todavía. Ven, amigo mío, ven que te abrace; ¡la dicha me ahoga!

Y los dos amigos se pusieron a bailar en torno del venerable San Crisóstomo, pisoteando buenamente las hojas de la tesis que habían rodado sobre el suelo.

En aquel momento entró Bazin con las espinacas y la tortilla.

-¡Huye, desgraciado! -exclamó Aramis arrojándole su gorra al rostro-. Vuélvete al sitio de dónde vienes, llévate esas horribles legumbres y esos horrorosos entremeses. Pide una liebre mechada, un capón gordo, una pierna de cordero al ajo y cuatro botellas de viejo borgoña.

Bazin, que miraba a su amo y que no comprendía nada de aquel cambio, dejó deslizarse melancólicamente la tortilla en las espinacas, y las espinacas en el suelo.

-Este es el momento de consagrar vuestra existencia al Rey de Reyes -dijo D'Artagnan-, si es que tenéis que hacerle una cortesía: Non inutile desiderium in oblatione.

-¡Idos al diablo con vuestro latín! Mi querido D'Artagnan, bebamos, maldita sea, bebamos mucho, y contadme algo de lo que pasa por ahí.

Capítulo XXVII

La mujer de Athos

-Ahora sólo queda saber nuevas de Athos -dijo D'Artagnan al fogoso Aramis, una vez que lo hubo puesto al corriente de lo que había pasado en la capital después de su partida, y mientras una excelente comida hacía olvidar a uno su tesis y al otro su fatiga.

-¿Creéis, pues, que le habrá ocurrido alguna desgracia? –preguntó Aramis-. Athos es tan frío, tan valiente y maneja tan hábilmente su espada...

-Sí, sin duda, y nadie reconoce más que yo el valor y la habilidad de Athos; pero yo prefiero sobre mi espada el choque de las lanzas al de los bastones; temo que Athos haya sido zurrado por el hatajo de lacayos, los criados son gentes que golpean fuerte y que no terminan pronto. Por eso, os lo confieso, quisiera partir lo antes posible.

-Yo trataré de acompañaros -dijo Aramis-, aunque aún no me siento en condiciones de montar a caballo. Ayer ensayé la disciplina que veis sobre ese muro, y el dolor me impidió continuar ese piadoso ejercicio.

-Es que, amigo mío, nunca se ha visto intentar curar un escopetazo a golpes de disciplina; pero estabais enfermo, y la enfermedad debilita la cabeza, lo que hace que os excuse.

-¿Y cuándo partís?

-Mañana, al despuntar el alba; reposad lo mejor que podáis esta noche y mañana, si podéis, partiremos juntos.

-Hasta mañana, pues -dijo Aramis-; porque por muy de hierro que seáis, debéis tener necesidad de reposo.

Al día siguiente, cuando D'Artagnan entró en la habitación de Aramis, lo encontró en su ventana.

-¿Qué miráis ahí? -preguntó D'Artagnan.

-¡A fe mía! Admiro esos tres magníficos caballos que los mozos de cuadra tienen de la brida; es un placer de príncipe viajar en semejantes monturas.

-Pues bien, mi querido Aramis, os daréis ese placer, porque uno de esos caballos es para vos.

-¡Huy! ¿Cuál?

-El que queráis de los tres, yo no tengo preferencia.

-¿Y el rico caparazón que te cubre es mío también?

-Claro.

-¿Queréis reiros, D'Artagnan?

-Yo no río desde que vos habláis francés.

-¿Son para mí esas fundas doradas, esa gualdrapa de terciopelo, esa silla claveteada de plata?

-Para vos, como el caballo que piafa es para mí, y como ese otro caballo que caracolea es para Athos.

-¡Peste! Son tres animales soberbios.

-Me halaga que sean de vuestro gusto.

-¿Es el rey quien os ha hecho ese regalo?

-A buen seguro que no ha sido el cardenal; pero no os preocupéis de dónde vienen, y pensad sólo que uno de los tres es de vuestra propiedad.

-Me quedo con el que lleva el mozo de cuadra pelirrojo.

-¡De maravilla!

-¡Vive Dios! -exclamó Aramis-. Eso hace que se me pase lo que quedaba de mi dolor; me montaría en él con treinta balas en el cuerpo. ¡Ah, por mi alma, qué bellos estribos! ¡Hola! Bazin, ven acá ahora mismo.

Bazin apareció, sombrío y lánguido, en el umbral de la puerta.

-¡Bruñid mi espada enderezad mi sombrero de fieltro, cepillad mi capa y cargad mis pistolas! -dijo Aramis.

-Esta última recomendación es inútil -interrumpió D'Artagnan-; hay pistolas cargadas en vuestras fundas.

Bazin suspiró.

-Vamos, maese Bazin, tranquilizaos -dijo D'Artagnan-; se gana el reino de los cielos en todos los estados.

-¡El señor era ya tan buen teólogo! -dijo Bazin casi llorando-. Hubiera llegado a obispo y quizá a cardenal.

-Y bien, mi pobre Bazin, veamos, reflexiona un poco: ¿para qué sirve ser hombre de iglesia, por favor? No se evita con ello ir a hacer la guerra; como puedes ver, el cardenal va a hacer la primera campaña con el casco en la cabeza y la partesana al puño; y el señor de Nagret de La Valette, ¿qué me dices? También es cardenal; pregúntale a su lacayo cuántas veces tiene que venderle.

-¡Ay! -suspiró Bazin-. Ya lo sé, señor, todo está revuelto en este mundo de hoy.

Durante este tiempo, los dos jóvenes y el pobre lacayo habían descendido.

-Tenme el estribo, Bazin -dijo Aramis.

Y Aramis se lanzó a la silla con su gracia y su ligereza ordinarias; pero tras algunas vueltas y algunas corvetas del noble animal, su caballero se resintió de dolores tan insoportables que palideció y se tambaleó. D'Artagnan, que en previsión de este accidente no lo había perdido de vista, se lanzó hacia él, lo retuvo en sus brazos y lo condujo a su habitación.

-Está bien, mi querido Aramis, cuidaos -dijo-, iré sólo en busca de Athos.

-Sois un hombre de bronce -le dijo Aramis.

-No, tengo suerte, eso es todo; pero ¿cómo vais a vivir mientras me esperáis? Nada de tesis, nada de glosas sobre los dedos y las bendiciones, ¿eh?

Aramis sonrió.

-Haré versos -dijo.

-Sí, versos perfumados al olor del billete de la doncella de la señora de Chevreuse. Enseñad, pues, prosodia a Bazin, eso le consolará. En cuanto al caballo, montadlo todos los días un poco, y eso os habituará a las maniobras.

-¡Oh, por eso estad tranquilo! -dijo Aramis-. Me encontraréis dispuesto a seguiros.

Se dijeron adiós y, diez minutos después, D'Artagnan, tras haber recomendado su amigo a Bazin y a la hostelera, trotaba en dirección de Amiens.

¿Cómo iba a encontrar a Athos? ¿Lo encontraría acaso?

La posición en la que lo había dejado era crítica; bien podía haber sucumbido. Aquella idea, ensombreciendo su frente, le arrancó algunos suspiros y le hizo formular en voz baja algunos juramentos de venganza. De todos sus amigos, Athos era el mayor y por tanto el menos cercano en apariencia en cuanto a gustos y simpatías.

Sin embargo, tenía por aquel gentilhomme una preferencia notable. El aire noble y distinguido de Athos, aquellos destellos de grandeza que brotaban de vez en cuando de la sombra en que se encerraba voluntariamente, aquella inalterable igualdad de humor que le hacía el compañero más fácil de la tierra, aquella alegría forzada y mordaz, aquel valor que se hubiera llamado ciego si no fuera resultado de la más rara sangre fría, tantas cualidades cautivaban más que la estima, más que la amistad de D'Artagnan, cautivaban su admiración.

En efecto, considerado incluso al lado del señor de Tréville, el elegante cortesano Athos, en sus días de buen humor podía sostener con ventaja la comparación; era de talla mediana, pero esa talla estaba tan admirablemente cuajada y tan bien proporcionada que más de una vez, en sus luchas con Porthos, había hecho doblar la rodilla al gigante cuya fuerza física se había vuelto proverbial entre los mosqueteros; su cabeza, de ojos penetrantes, de nariz recta, de mentón dibujado como el de Bruto, tenía un carácter indefinible de grandeza y de gracia; sus manos, de las que no tenía cuidado alguno, causaban la desesperación de Aramis, que cultivaba las suyas con gran cantidad de pastas de almendras y de aceite perfumado; el sonido de su voz era penetrante y melodioso a la vez, y además, lo que había de indefinible en Athos, que se hacía siempre oscuro y pequeño, era esa ciencia delicada del mundo y de los usos de la más brillante sociedad, esos hábitos de buena casa que apuntaba como sin querer en sus menores acciones.

Si se trataba de una comida, Athos la ordenaba mejor que nadie en el mundo, colocando a cada invitado en el sitio y en el rango que le habían conseguido sus antepasados o que se había conseguido él mismo. Si se trataba de la ciencia heráldica, Athos conocía todas las familias nobles del reino, su genealogía, sus alianzas, sus armas y el origen de sus armas. La etiqueta no tenía minucias que le fuesen extrañas, sabía cuáles eran los derechos de los grandes propietarios, conocía a fondo la montería y la halconería y cierto día, hablando de ese gran arte, había asombrado al rey Luis XIII mismo, que, sin embargo, pasaba por maestro de la materia.

Como todos los grandes señores de esa época, montaba a caballo y practicaba la esgrima a la perfección. Hay más: su educación había sido tan poco descuidada, incluso desde el punto de vista de los estudios escolásticos, tan raros en aquella época entre los gentileshombres, que sonreía a los fragmentos de latín que soltaba Aramis y que Porthos fingía comprender; dos o tres veces incluso, para gran asombro de sus amigos, le había ocurrido, cuando Aramis dejaba escapar algún error de rudimento, volver a poner un verbo en su tiempo o un nombre en su caso. Además, su probidad era inatacable en ese siglo en que los hombres de guerra transigían tan fácilmente con su religión o su conciencia, los amantes con la delicadeza rigurosa de nuestros días y los pobres con el séptimo mandamiento de Dios. Era, pues, Athos un hombre muy extraordinario.

Y sin embargo, se veía a esta naturaleza tan distinguida, a esta criatura tan bella, a esta esencia tan fina, volverse insensiblemente hacia la vida material, como los viejos se vuelven hacia la imbecilidad física y moral. Athos, en sus horas de privación, y esas horas eran frecuentes, se apagaba en toda su parte luminosa, y su lado brillante desaparecía como en una profunda noche.

Entonces, desvanecido el semidiós, se convertía apenas en un hombre. Con la cabeza baja, los ojos sin brillo, la palabra pesada y penosa, Athos miraba durante largas horas bien su botella y su vaso, bien a Grimaud que, habituado a obedecerle por señas, leía en la mirada átona de su señor hasta el menor deseo, que satisfacía al punto. La reunión de los cuatro amigos había tenido lugar en uno de estos

momentos: una palabra, escapada con un violento esfuerzo, era todo el contingente que Athos proporcionaba a la conversación. A cambio, Athos solo bebía por cuatro, y esto sin que se notase salvo por un fruncido del ceño más acusado y por una tristeza más profunda.

D'Artagnan, de quien conocemos el espíritu investigador y penetrante, por interés que tuviese en satisfacer su curiosidad sobre el tema, no había podido aún asignar ninguna causa a aquel marasmo, ni anotar las ocasiones. Jamás Athos recibía cartas, jamás Athos daba un paso que no fuera conocido por todos sus amigos.

No se podía decir que fuera el vino lo que le daba aquella tristeza, porque, al contrario, sólo bebía para olvidar esta tristeza, que este remedio, como hemos dicho, volvía más sombría aún. No se podía atribuir aquel exceso de humor negro al juego, porque al contrario de Porthos, quien acompañaba con sus cantos o con sus juramentos todas las variaciones de la suerte, Athos, cuando había ganado, permanecía tan impasible como cuando había perdido. Se le había visto, en el círculo de los mosqueteros, ganar una tarde tres mil pistolas y perder hasta el cinturón brocado de oro de los días de gala; volver a ganar todo esto además de cien luises más, sin que su hermosa ceja negra se hubiese levantado o bajado media línea, sin que sus manos perdiesen su matiz nacarado, sin que su conversación, que era agradable aquella tarde, cesase de ser tranquila y agradable.

No era tampoco, como en nuestros vecinos los ingleses, una influencia atmosférica la que ensombrecía su rostro, porque esa tristeza se hacía más intensa por regla general en los días calurosos del año; junio y julio eran los meses terribles de Athos.

Al presente no tenía penas, y se encogía de hombros cuando le hablaban del porvenir; su secreto estaba, pues, en el pasado, como le había dicho vagamente a D'Artagnan.

Aquel tinte misterioso esparcido por toda su persona volvía aún más interesante al hombre cuyos ojos y cuya boca, en la embriaguez más completa,

jamás habían revelado nada, sea cual fuere la astucia de las preguntas dirigidas a él.

-¡Y bien! -pensaba D'Artagnan-. El pobre Athos está quizá muerto en este momento, y muerto por culpa mía, porque soy yo quien lo metió en este asunto, cuyo origen él ignoraba, y cuyo resultado ignorará y del que ningún provecho debía sacar.

-Sin contar, señor -respondió Panchet-, que probablemente le debemos la vida. Acordaos cuando gritó: «¡Largaos, D'Artagnan! Me han cogido»

Y después de haber descargado sus dos pistolas, ¡qué ruido terrible hacía con su espada! Se hubiera dicho que eran veinte hombres, o mejor, veinte diablos rabiosos.

Y estas palabras redoblaban el ardor de D'Artagnan, que aguijoneaba a su caballo, el cual sin necesidad de ser aguijoneado llevaba a su caballero al galope.

Hacia las once de la mañana divisaron Amiens; a las once y media estaban a la puerta del albergue maldito.

D'Artagnan había meditado contra el hostelero pérfido en una de esas buenas venganzas que consuelan, aunque no sea más que a la esperanza. Entró, pues, en la hostería, con el sombrero sobre los ojos, la mano izquierda en el puño de la espada y haciendo silbar la fusta con la mano derecha.

-¿Me conocéis? -dijo al hostelero, que avanzaba para saludarle.

-No tengo ese honor, monseñor -respondió aquél con los ojos todavía deslumbrados por el brillante equipo con que D'Artagnan se presentaba.

-¡Ah, conque no me conocéis!

-No, monseñor.

-Bueno, dos palabras os devolverán la memoria. ¿Qué habéis hecho del gentilhombre al que tuvisteis la audacia, hace quince días poco más o menos, de intentar acusarlo de moneda falsa?

El hostelero palideció, porque D'Artagnan había adoptado la actitud más amenazadora, y Panchet hacía lo mismo que su dueño.

-¡Ah, monseñor, no me habléis de ello! -exclamó el hostelero con su tono de voz más lacrimoso-. Ah, señor, cómo he pagado esa falta. ¡Desgraciado de mí!

-Y el gentilhombre, os digo, ¿qué ha sido de él?

-Dignaos escucharme, monseñor, y sed clemente. Veamos, sentaos, por favor.

D'Artagnan, mudo de cólera y de inquietud, se sentó amenazador como un juez. Planchet se pegó orgullosamente a su butaca.

-Esta es la historia, Monseñor -prosiguió el hostelero todo tembloroso-, porque os he reconocido ahora: fuisteis vos el que partió cuando yo tuve aquella desgraciada pelea con ese gentilhombre de que vos habláis.

-Sí, fui yo; así que, como veis, no tenéis gracias que esperar si no decís toda la verdad.

-Hacedme el favor de escucharme y la sabréis toda entera.

-Escucho.

-Yo había sido prevenido por las autoridades de que un falso monedero célebre llegaría a mi albergue con varios de sus compañeros, todos disfrazados con el traje de guardia o de mosqueteros. Vuestros caballos, vuestros lacayos, vuestra figura, señores, todo me lo habían pintado.

-¿Después, después? -dijo D'Artagnan, que reconoció en seguida de dónde procedían aquellas señas tan exactamente dadas.

-Tomé entonces, según las órdenes de la autoridad que me envió un refuerzo de seis hombres, las medidas que creí urgentes a fin de detener a los presuntos monederos falsos.

-¡Todavía! -dijo D'Artagnan a quien esta palabra de monedero falso calentaba terriblemente las orejas.

-Perdonadme, monseñor, por decir tales cosas, pero precisamente son mi excusa. La autoridad me había metido miedo, y vos sabéis que un alberguista debe tener cuidado con la autoridad.

-Pero una vez más, ese gentilhombre ¿dónde está? ¿Qué ha sido de él? ¿Está muerto? ¿Está vivo?

-Paciencia, monseñor, que ya llegamos. Sucedió, pues, lo que vos sabéis, y vuestra precipitada marcha -añadió el hostelero con una fineza que no escapó a D'Artagnan- parecía autorizar el desenlace. Ese gentilhombre amigo vuestro se defendió a la desesperada. Su criado, que por una desgracia imprevista había buscado pelea a los agentes de la autoridad, disfrazados de mozos de cuadra...

-¡Ah, miserable! -exclamó D'Artagnan-. Estabais todos de acuerdo, y no sé cómo me contengo y no os mato a todos.

-¡Ay! No, monseñor, no todos estábamos de acuerdo, y vais a verlo en seguida. El señor vuestro amigo (perdón por no llamarlo por el nombre honorable que sin duda lleva, pero nosotros ignoramos ese nombre), el señor vuestro amigo, después de haber puesto de combate a dos hombres de dos pistoletazos, se batió en retirada defendiéndose con su espada, con la que lisió incluso a uno de mis hombres, y con un cintarazo que me dejó aturdido.

-Pero, verdugo, ¿acabarás? -dijo D'Artagnan-. Athos, ¿qué ha sido de Athos?

-Al batirse en retirada, como he dicho, señor, encontró tras él la escalera de la bodega, y como la puerta estaba abierta, sacó la llave y se encerró dentro. Como estaban seguros de encontrarlo allí, lo dejaron en paz.

-Sí -dijo D'Artagnan-, no se trataba de matarlo, sólo querían hacerlo prisionero.

-¡Santo Dios! ¿Hacerlo prisionero, monseñor? El mismo se aprisionó, os lo juro. En primer lugar, había trabajado rudamente: un hombre estaba muerto de un golpe y otros dos heridos de gravedad. El muerto y los dos heridos fueron llevados por sus camaradas, y no he oído hablar nunca más de ellos, ni de unos ni de otros. Yo mismo, cuando recuperé el conocimiento, fui a buscar al señor gobernador, al que conté todo lo que había pasado, y al que pregunté qué debía hacer con el prisionero. Pero el señor gobernador fingió caer de las nubes; me dijo que ignoraba por completo a qué me refería, que las órdenes que habían llegado no procedían de él, y que si tenía la desgracia de decir a quienquiera que fuese que él estaba metido en toda aquella escaramuza, me haría prender. Parece que yo me había

equivocado, señor, que había arrestado a uno por otro, y que al que debía arrestar estaba a salvo.

-Pero ¿Athos? -exclamó D'Artagnan, cuya impaciencia aumentaba por el abandono en que la autoridad dejaba el asunto-. ¿Qué ha sido de Athos?

-Como yo tenía prisa por reparar mis errores hacia el prisionero -prosiguió el alberguista-, me encaminé hacia la bodega a fin de devolverle la libertad. ¡Ay, señor, aquello no era un hombre, era un diablo! A la proposición de libertad, declaró que era una trampa que se le tendía y que antes de salir debía imponer sus condiciones. Le dije muy humildemente, porque ante sí mismo yo no disimulaba la mala situación en que me había colocado poniéndole la mano encima a un mosquetero de Su Majestad, le dije que yo estaba dispuesto a someterme a sus condiciones. «En primer lugar -dijo-, quiero que se me devuelva a mi criado completamente armado.» Nos dimos prisa por obedecer aquella orden porque, como comprenderá el señor, nosotros estábamos dispuestos a hacer todo lo que quisiera vuestro amigo. El señor Grimaud (él sí ha dicho su nombre, aunque no habla mucho), el señor Grimaud fue, pues, bajado a la bodega, herido como estaba; entonces su amo, tras haberlo recibido, volvió a atrancar la puerta y nos ordenó quedarnos en nuestra tienda.

-Pero ¿dónde está? -exclamó D'Artagnan-. ¿Dónde está Athos?

-En la bodega, señor.

-¿Cómo desgraciado, lo retenéis en la bodega desde entonces?

-¡Bondad divina! No señor. ¡Nosotros retenerlo en la bodega! ¡No sabéis lo que está haciendo en la bodega! ¡Ay si pudieseis hacerlo salir, señor, os quedaría agradecido toda mi vida, os adoraría como a un amo!

-Entonces, ¿está allí, allí lo encontraré?

-Sin duda, señor, se ha obstinado en quedarse. Todos los días se le pasa por el tragaluz pan en la punta de un horcón y carne cuando la pide, pero ¡ay!, no es de pan y de carne de lo que hace el mayor consumo. Una vez he tratado de bajar con dos de mis mozos, pero se ha encolerizado de forma terrible. He oído el ruido de sus pistolas, que cargaba, y de su mosquetón, que cargaba su criado. Luego, cuan-

do le hemos preguntado cuáles eran sus intenciones, el amo ha respondido que tenía cuarenta disparos para disparar él y su criado, y que dispararían hasta el último antes de permitir que uno solo de nosotros pusiera el pie en la bodega. Entonces, señor, yo fui a quejarme al gobernador, el cual me respondió que no tenía sino lo que me merecía, y que esto me enseñaría a no insultar a los honorables señores que tomaban albergue en mi casa.

-¿De suerte que desde entonces?... -prosiguió D'Artagnan no pudiendo impedirse reír de la cara lamentable de su hostelero.

-De suerte que desde entonces, señor -continuó éste-, llevamos la vida más triste que se pueda ver; porque, señor, es preciso que sepáis que nuestras provisiones están en la bodega; allí está nuestro vino embotellado y nuestro vino en cubas, la cerveza, el aceite y las especias, el tocino y las salchichas; y como nos han prohibido bajar, nos hemos visto obligados a negar comida y bebida a los viajeros que nos llegan, de suerte que todos los días nuestra hostería se pierde. Una semana más con vuestro amigo en la bodega y estaremos arruinados.

-Y sería de justicia, bribón. ¿No se ve en nuestra cara que éramos gente de calidad y no falsarios, decid?

-Sí, señor, sí, tenéis razón -dijo el hostelero-, pero mirad, mirad cómo se cobra.

-Sin duda lo habrán molestado -dijo D'Artagnan.

-Pero tenemos que molestarlo -exclamó el hostelero-; acaban de llegarnos dos gentileshombres ingleses.

-¿Y?

-Pues que los ingleses gustan del buen vino, como vos sabéis, señor, y han pedido del mejor. Mi mujer habrá solicitado al señor Athos permiso para entrar y satisfacer a estos señores; y como de costumbre él se habrá negado. ¡Ay, bondad divina! ¡Ya tenemos otra vez escandalera!

En efecto, D'Artagnan oyó un gran ruido venir del lado de la bodega; se levantó, precedido por el hostelero, que se retorció las manos, y seguido de Planchet, que llevaba su mosquetón cargado, se acercó al lugar de la escena.

Los dos gentileshombres estaban exasperados, habían hecho un largo viaje y se morían de hambre y de sed.

-Pero esto es una tiranía -exclamaban ellos en muy buen francés, aunque con acento extranjero-, que ese loco no quiera dejar a estas buenas gentes usar su vino. Vamos a hundir la puerta y, si está demasiado colérico, pues lo matamos.

-¡Mucho cuidado, señores! -dijo D'Artagnan sacando sus pistolas de su cintura-. Si os place, no mataréis a nadie.

-Bueno, bueno -decía detrás de la puerta la voz tranquila de Athos-, que los dejen entrar un poco a esos traganiños, y ya veremos.

Por muy valientes que parecían ser, los dos gentileshombres se miraron dudando; se hubiera dicho que había en aquella bodega uno de esos ogros famélicos, gigantescos héroes de las leyendas populares, cuya caverna nadie fuerza impunemente.

Hubo un momento de silencio, pero al fin los dos ingleses sintieron vergüenza de volverse atrás y el más osado de ellos descendió los cinco o seis peldaños de que estaba formada la escalera y dio a la puerta una patada como para hundir el muro.

-Planchet -dijo D'Artagnan cargando sus pistolas-, yo me encargo del que está arriba, encárgate tú del que está abajo. ¡Ah, señores, queréis batalla! Pues bien, vamos a dároslo.

-¡Dios mío! -exclamó la voz hueca de Athos-. Oigo a D'Artagnan, según me parece.

-En efecto -dijo D'Artagnan alzando la voz a su vez-, soy yo, amigo mío.

-¡Ah, bueno! Entonces -dijo Athos-, vamos a trabajar a esos derribapuertas.

Los gentileshombres habían puesto la espada en la mano, pero se encontraban cogidos entre dos fuegos; dudaron un instante todavía; pero, como en la primera ocasión, venció el orgullo y una segunda patada hizo tambalearse la puerta en toda su altura.

-Apártate, D'Artagnan, apártate -gritó Athos-, apártate, voy a disparar.

-Señores -dijo D'Artagnan, a quien la reflexión no abandonaba nunca-, señores, pensadlo. Paciencia, Athos. Os vais a meter en un mal asunto y vais a ser acribillados. Aquí, mi criado y yo que os soltaremos tres disparos; y otros tantos os llegarán de la bodega; además, todavía tenemos nuestras espadas, que mi amigo y yo, os lo aseguro, manejamos pasablemente. Dejadme que me ocupe de mis asuntos y los vuestros. Dentro de poco tendréis de beber, os doy mi palabra.

-Si es que queda -gruñó la voz burlona de Athos.

El hostelero sintió un sudor frío correr a lo largo de su espina.

-¿Cómo que si queda? -murmuró.

-¡Qué diablos! Quedará -prosiguió D'Artagnan-, estad tranquilo, entre dos no se habrán bebido toda la bodega. Señores, devolved vuestras espadas a sus vainas.

-Bien. Y vos volved a poner vuestras pistolas en vuestro cinto.

-De buen grado.

Y D'Artagnan dio ejemplo. Luego, volviéndose hacia Planchet, le hizo señal de desarmar su mosquetón.

Los ingleses, convencidos, devolvieron gruñendo sus espadas a la vaina. Se les contó la historia del apasionamiento de Athos. Y como eran buenos gentileshombres, le quitaron la razón al hostelero.

-Ahora, señores -dijo D'Artagnan-, volved a vuestras habitaciones, y dentro de diez minutos os prometo que os llevarán cuanto podáis desear.

Los ingleses saludaron y salieron.

-Ahora estoy solo, mi querido Athos -dijo D'Artagnan-, abridme la puerta, por favor.

-Ahora mismo -dijo Athos.

Entonces se oyó un gran ruido de haces entrechocando y de vigas gimiendo: eran las contraescarpas y los bastiones de Athos que el sitiado demolía por sí mismo.

Un instante después, la puerta se tambaleó y se vio aparecer la cabeza pálida de Athos, quien con una ojeada rápida exploró los alrededores.

D'Artagnan se lanzó a su cuello y lo abrazó con ternura; luego quiso llevárselo fuera de aquel lugar húmedo; entonces se dio cuenta de que Athos vacilaba.

-¿Estáis herido? -le dijo.

-¡Yo, nada de eso! Estoy totalmente borracho eso es todo, y jamás hombre alguno ha tenido tanto como se necesitaba para ello. ¡Vive Dios! Hostelero, me parece que por lo menos yo solo me he bebido ciento cincuenta botellas.

-¡Misericordia! -exclamó el hostelero-. Si el criado ha bebido la mitad sólo del amo, estoy arruinado.

-Grimaud es un lacayo de buena casa, que no se habría permitido lo mismo que yo; él ha bebido de la tuba; vaya, creo que se ha olvidado de poner la espita. ¿Oís? Está corriendo.

D'Artagnan estalló en una carcajada que cambió el temblor del hostelero en fiebre ardiente.

Al mismo tiempo Grimaud apareció detrás de su amo, con el mosquetón al hombro la cabeza temblando como esos sátiros ebrios de los cuadros de Rubens. Estaba rociado por delante y por detrás de un licor pringoso que el hostelero reconoció en seguida por su mejor aceite de oliva.

El cortejo atravesó el salón y fue a instalarse en la mejor habitación del albergue, que D'Artagnan ocupó de manera imperativa.

Mientras tanto, el hostelero y su mujer se precipitaron con lámparas en la bodega, que les había sido prohibida durante tanto tiempo y donde un horroroso espectáculo los esperaba.

Más allá de las fortificaciones en las que Athos había hecho brecha para salir y que componían haces, tablonés y toneles vacíos amontonados según todas las reglas del arte estratégico, se veían aquí y allá, nadando en mares de aceite y de vino, las osamentas de todos los jamones comidos, mientras que un montón de botellas rotas tapizaba todo el ángulo izquierdo de la bodega, y un tonel, cuya espita había quedado abierta, perdía por aquella abertura las últimas gotas de su sangre. La imagen de la devastación y de la muerte, como dice el poeta de la antigüedad, reinaba allí como en un campo de batalla.

De las cincuenta salchichas, apenas diez quedaban colgadas de las vigas.

Entonces los aullidos del hostelero y de la hostelera taladraron la bóveda de la bodega; hasta el mismo D'Artagnan quedó conmovido. Athos ni siquiera volvió la cabeza.

Pero al dolor sucedió la rabia. El hostelero se armó de una rama y, en su desesperación, se lanzó a la habitación donde los dos amigos se habían retirado.

-¡Vino! -dijo Athos al ver al hostelero.

-¿Vino? -exclamó el hostelero estupefacto-. ¿Vino? Os habéis bebido por valor de más de cien pistolas; soy un hombre arruinado, perdido aniquilado.

-¡Bah! -dijo Athos-. Nosotros seguimos con sed.

-Si os hubierais contentado con beber, todavía; pero habéis roto todas las botellas.

-Me habéis empujado sobre un montón que se ha venido abajo. Vuestra es la culpa.

- Todo mi aceite perdido!

-Él aceite es un bálsamo soberano para las heridas, y era preciso que el pobre Grimaud se curase las que vos le habéis hecho.

-¡Todos mis salchichones roídos!

-Hay muchas ratas en esa bodega.

-Vais a pagarme todo eso -exclamó el hostelero exasperado.

-¡Triple bribón! -dijo Athos levantándose. Pero volvió a caer en seguida; acababa de dar la medida de sus fuerzas. D'Artagnan vino en su ayuda alzando su fusta.

El hostelero retrocedió un paso y se puso a llorar a mares.

-Esto os enseñará -dijo D'Artagnan- a tratar de una forma más cortés a los huéspedes que Dios os envía...

-¿Dios? ¡Mejor diréis el diablo!

-Mi querido amigo -dijo D'Artagnan-, si seguís dándonos la murga, vamos a encerrarnos los cuatro en vuestra bodega a ver si el estropicio ha sido tan grande como decís.

-Bueno, señores -dijo el hostelero-, me he equivocado, lo confieso, pero todo pecado tiene su misericordia; vosotros sois señores, y yo soy un pobre alberguista, tened piedad de mí.

-Ah, si hablas así -dijo Athos-, vas a ablandarme el corazón, y las lágrimas van a correr de mis ojos como el vino corría de tus toneles. No era tan malo el diablo como lo pintan. Veamos, ven aquí y hablaremos.

El hostelero se acercó con inquietud.

-Ven, lo digo, y no tengas miedo -continuó Athos-. En el momento que iba a pagarte, puse mi bolsa sobre la mesa.

-Sí, monseñor.

-Aquella bolsa contenía sesenta pistolas, ¿dónde está?

-Depositada en la escribanía, monseñor; habían dicho que era moneda falsa.

-Pues bien, haz que te devuelvan mi bolsa, y quédate con las sesenta pistolas.

-Pero monseñor sabe bien que el escribano no suelta lo que coge. Si era moneda falsa todavía quedaría la esperanza; pero desgraciadamente son piezas buenas.

-Arréglatelas, mi buen hombre, eso no me afecta, tanto más cuanto que no me queda una libra.

-Veamos -dijo D'Artagnan-, el viejo caballo de Athos, ¿dónde está?

-En la cuadra.

- ¿Cuánto vale?

-Cincuenta pistolas a lo sumo.

-Vale ochenta; quédatelo, y no hay más que hablar.

-¡Cómo! ¿Tú vendes mi caballo? -dijo Athos-. ¿Tú vendes mi Bayaceto? Y ¿en qué haré la guerra? ¿Encima de Grimaud?

-Te he traído otro -dijo D'Artagnan.

-¿Otro?

-¡Y magnífico! -exclamó el hostelero.

-Entonces, si hay otro más hermoso y más joven, quédate con el viejo y a beber.

-¿De qué? -preguntó el hostelero completamente sosegado.

-De lo que hay al fondo, junto a las traviesas; todavía quedan veinticinco botellas; todas las demás se rompieron con mi caída. Sube seis.

-¡Este hombre es una cuba! -dijo el hostelero para sí mismo-. Si se queda aquí quince días y paga lo que bebe, sacaré a flote nuestros asuntos.

-Y no olvides -continuó D'Artagnan- de subir cuatro botellas semejantes para los dos señores ingleses.

-Ahora -dijo Athos-, mientras esperamos a que nos traigan el vino, cuéntame, D'Artagnan, qué ha sido de los otros; veamos.

D'Artagnan le contó cómo había encontrado a Porthos en su lecho con un esguince y a Aramis en su mesa con dos teólogos. Cuando acababa, el hostelero volvió con las botellas pedidas y un jamón que, afortunadamente para él, había quedado fuera de la bodega.

-Está bien -dijo Athos llenando su vaso y el de D'Artagnan por lo que se refiere a Porthos y Aramis; pero vos, amigo mío, ¿qué habéis hecho y qué os ha ocurrido a vos? Encuentro que tenéis un aire siniestro.

-¡Ay! -dijo D'Artagnan-. Es que soy el más desgraciado de todos nosotros.

-¡Tú desgraciado, D'Artagnan! -dijo Athos-. Veamos, ¿cómo eres desgraciado? Dime eso.

-Más tarde -dijo D'Artagnan.

-¡Más tarde! Y ¿por qué más tarde? ¿Porque crees que estoy borracho, D'Artagnan? Acuérdate siempre de esto: nunca tengo las ideas más claras que con el vino. Habla, pues, soy todo oídos.

D'Artagnan contó su aventura con la señora Bonacieux.

Athos escuchó sin pestañear; luego, cuando hubo acabado:

-Miserias todo eso -dijo Athos-, miserias.

Era la expresión de Athos.

-¡Siempre decís miserias, mi querido Athos! -dijo D'Artagnan-. Eso os sienta muy mal a vos, que nunca habéis amado.

El ojo muerto de Athos se inflamó de pronto, pero no fue más que un destello; en seguida se volvió apagado y vacío como antes.

-Es cierto -dijo tranquilamente-, nunca he amado.

-¿Veis, corazón de piedra -dijo D'Artagnan-, que os equivocáis siendo duro con nuestros corazones tiernos?

-Corazones tiernos, corazones rotos -dijo Athos.

-¿Qué decís?

-Digo que el amor es una lotería en la que el que gana, gana la muerte. Sois muy afortunado por haber perdido, creedme, mi querido D'Artagnan. Y si tengo algún consejo que daros, es perder siempre.

-Ella parecía amarme mucho.

-Ella parecía.

-¡Oh, me amaba!

-¡Infantil! No hay un hombre que no haya creído como vos que su amante lo amaba y no hay ningún hombre que no haya sido engañado por su amante.

-Excepto vos, Athos, que nunca la habéis tenido.

-Es cierto -dijo Athos tras un momento de silencio-, yo nunca la he tenido.
¡Bebamos!

-Pero ya que estáis filósofo -dijo D'Artagnan-, instruidme, ayudadme; necesito saber y ser consolado.

-Consolado ¿de qué?

-De mi desgracia.

-Vuestra desgracia da risa -dijo Athos encogiéndose de hombros-; me gustaría saber lo que diríais si yo os contase una historia de amor.

-¿Sucedida a vos?

-O a uno de mis amigos, qué importa.

-Hablad, Athos, hablad.

-Bebamos, haremos mejor.

-Bebed y contad.

-Cierto que es posible -dijo Athos vaciando y volviendo a llenar su vaso-, las dos cosas van juntas de maravilla.

-Escucho -dijo D'Artagnan.

Athos se recogió y, a medida que se recogía, D'Artagnan lo veía palidecer; estaba en ese período de la embriaguez en que los bebedores vulgares caen y duermen. El, él soñaba en voz alta sin dormir. Aquel sonambulismo de la borrachera tenía algo de espantoso.

-¿Lo queréis? -preguntó.

-Os lo ruego -dijo D'Artagnan.

-Sea como deseáis. Uno de mis amigos, uno de mis amigos, oís bien, no yo -dijo Athos interrumpiéndose con una sonrisa sombría-; uno de los condes de mi provincia, es decir, del Berry, noble como un Dándolo o un Montmorency, se enamoró a los veinticinco años de una joven de dieciséis, bella como el amor. A través de la ingenuidad de su edad apuntaba un espíritu ardiente, un espíritu no de mujer, sino de poeta; ella no gustaba embriagaba; vivía en una aldea, junto a su hermano, que era cura. Los dos habían llegado a la región, venían no se sabía de dónde; pero al verla tan hermosa y al ver a su hermano tan piadoso nadie pensó en preguntarles de dónde venían. Por lo demás se los suponía de buena extracción. Mi amigo, que era el señor de la región, hubiera podido seducirla o tomarla por la fuerza, a su gusto, era el amo: ¿quién habría venido en ayuda de dos extraños, de dos desconocidos? Por desgracia era un hombre honesto, la desposó. ¡El tonto, el necio, el imbécil!

-Pero ¿por qué, si la amaba? -preguntó D'Artagnan.

-Esperad -dijo Athos-. La llevó a su castillo y la hizo la primera dama de su provincia; y hay que hacerle justicia, cumplía perfectamente con su rango.

-¿Y? -preguntó D'Artagnan.

-Y un día que ella estaba de caza con su marido -continuó Athos en voz baja y hablando muy deprisa-, ella se cayó del caballo y se desvaneció: el conde se lanzó en su ayuda, y como se ahogaba en sus vestidos, los hendió con su puñal y

quedó al descubierto el hombro. ¿Adivináis lo que tenía en el hombro, D'Artagnan?
-dijo Athos con un gran estallido de risa.

-¿Puedo saberlo? -preguntó D'Artagnan.

-Una flor de lis -dijo Athos-. ¡Estaba marcada!

Y Athos vació de un solo trago el vaso que tenía en la mano.

-¡Horror! -exclamó D'Artagnan-. ¿Qué me decís?

-La verdad. Querido, el ángel era un demonio. La pobre joven había robado.

-¿Y qué hizo el conde?

-El conde era un gran señor, tenía sobre sus tierras derecho de horca y cuchillo: acabó de desgarrar los vestidos de la condesa, le ató las manos a la espalda y la colgó de un árbol.

-¡Cielos! ¡Athos! ¡Un asesinato! -exclamó D'Artagnan.

-Sí, un asesinato, nada más -dijo Athos pálido como la muerte-. Pero me parece que me están dejando sin vino.

Y Athos cogió por el gollete la última botella que quedaba, la acercó a su boca y la vació de un solo trago, como si fuera un vaso normal.

Luego se dejó caer con la cabeza entre sus dos manos; D'Artagnan permaneció ante él, parado de espanto.

-Eso me ha curado de las mujeres hermosas, poéticas y amorosas -dijo Athos levantándose y sin continuar el apólogo del conde-. ¡Dios os conceda otro tanto! ¡Bebamos!

-¿Así que ella murió? -balbuceó D'Artagnan.

-¡Pardiez! -dijo Athos-. Pero tended vuestro vaso. ¡Jamón, pícaro! -gritó Athos-. No podemos beber más.

-¿Y su hermano? -añadió tímidamente D'Artagnan.

- Su hermano? -repuso Athos.

-Sí, el cura.

-¡Ah! Me informé para colgarlo también; pero había puesto pies en polvorosa, había dejado su curato la víspera.

-¿Se supo al menos lo que era aquel miserable?

-Era sin duda el primer amante y el cómplice de la hermosa, un digno hombre que había fingido ser cura quizá para casar a su amante y asegurarse una fortuna. Espero que haya sido descuartizado.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -dijo D'Artagnan, completamente aturdido por aquella horrible aventura.

-Comed ese jamón, D'Artagnan, es exquisito -dijo Athos cortando una loncha que puso en el plato del joven-. ¡Qué pena que sólo hubiera cuatro como éste en la bodega!

D'Artagnan no podía seguir soportando aquella conversación, que lo enloquecía; dejó caer su cabeza entre sus dos manos y fingió dormirse.

-Los jóvenes no saben beber -dijo Athos mirándolo con piedad-. ¡Y sin embargo éste es de los mejores..!



Capítulo XXVIII

El regreso

D'Artagnan había quedado aturdido por la horrible confesión de Athos; sin embargo, muchas de las cosas parecían oscuras en aquella semirrevelación; en primer lugar, había sido hecha por un hombre completamente ebrio a un hombre que lo estaba a medias, y no obstante, pese a esa ola que hace subir al cerebro el vaho de dos o tres botellas de borgoña, D'Artagnan, al despertarse al día siguiente, tenía cada palabra de Athos tan presente en su espíritu como si a medida que habían caído de su boca se hubieran impreso en su espíritu. Toda aquella duda no hizo sino darle un deseo más vivo de llegar a una certidumbre, y pasó a la habitación de su amigo con la intención bien meditada de reanudar su conversación de la víspera; pero encontró a Athos con la cabeza completamente sentada, es decir, el más fino y más impenetrable de los hombres.

Por lo demás, el mosquetero, después de haber cambiado con él un apretón de manos, se le adelantó con el pensamiento.

-Estaba muy borracho ayer, mi querido D'Artagnan -dijo-; me he dado cuenta esta mañana por mi lengua, que estaba todavía muy espesa y por mi pulso, que aún estaba muy agitado; apuesto a que dije mil extravagancias.

Y al decir estas palabras miró a su amigo con una fijeza que lo embarazó.

-No -replicó D'Artagnan-, y si no recuerdo mal, no habéis dicho nada muy extraordinario.

-¡Ah, me asombráis! Creía haberos contado una historia de las más lamentables.

Y miraba al joven como si hubiera querido leer en lo más profundo de su corazón.

-A fe mía -dijo D'Artagnan-, parece que yo estaba aún más borracho que vos, puesto que no me acuerdo de nada.

Athos no se fió de esta palabra y prosiguió:

-No habréis dejado de notar, mi querido amigo, que cada cual tiene su clase de borrachera: triste o alegre; yo tengo la borrachera triste, y cuando alguna vez me emborracho, mi manía es contar todas las historias lúgubres que la tonta de mi nodriza me metió en el cerebro. Ese es mi defecto, defecto capital, lo admito; pero, dejando eso a un lado, soy buen bebedor.

Athos decía esto de una forma tan natural que D'Artagnan quedó confuso en su convicción.

-Oh, de algo así me acuerdo, en efecto -prosiguió el joven tratando de volver a coger la verdad-, me acuerdo de algo así como que hablamos de ahorcados, pero como se acuerda uno de un sueño.

-¡Ah, lo veis! -dijo Athos palideciendo y, sin embargo, tratando de reír-. Estaba seguro, los ahorcados son mi pesadilla.

-Sí, sí -prosiguió D'Artagnan-, y, ya está, la memoria me vuelve: sí, se trataba..., esperad..., se trataba de una mujer.

-¿Lo veis? -respondió Athos volviéndose casi lívido-. Es mi famosa historia de la mujer rubia, y cuando la cuento es que estoy borracho perdido.

-Sí, eso es -dijo D'Artagnan-, la historia de la mujer rubia, alta y hermosa, de ojos azules. ;

-Sí, y colgada. 1

-Por su marido, que era un señor de vuestro conocimiento continuó D'Artagnan mirando fijamente a Athos.

-¡Y bien! Ya veis cómo se compromete un hombre cuando no sabe lo que se dice -prosiguió Athos encogiéndose de hombros como si tuviera piedad de sí mismo-. Decididamente, no quiero emborracharme más, D'Artagnan, es una mala costumbre.

D'Artagnan guardó silencio.

Luego Athos, cambiando de pronto de conversación:

-A propósito -dijo-, os agradezco el caballo que me habéis traído.

-¿Es de vuestro gusto? -preguntó D'Artagnan.

-Sí, pero no es un caballo de aguante.

-Os equivocáis; he hecho con él diez leguas en menos de hora y media, y no parecía más cansado que si hubiera dado una vuelta a la plaza Saint-Sulpice.

-Pues me dais un gran disgusto.

-¿Un gran disgusto?

-Sí, porque me he deshecho de él.

-¿Cómo?

-Estos son los hechos: esta mañana me he despertado a las seis, vos dormíais como un tronco, y yo no sabía qué hacer; estaba todavía completamente atontado de nuestra juerga de ayer; bajé al salón y vi a uno de nuestros ingleses que ajustaba un caballo con un tratante por haber muerto ayer el suyo a consecuencia de un vómito de sangre. Me acerqué a él, y como vi que ofrecía cien pistolas por un alazán tostado: «Por Dios -le dije-, gentilhomme, también yo tengo un caballo que vender.» «Y muy bueno incluso -dijo él-. Lo vi ayer, el criado de vuestro amigo lo llevaba de la mano.» «¿Os parece que vale cien pistolas?» «Sí.» «¿Y queréis dármele por ese precio?» «No, pero os lo juego.» «¿Me lo jugáis?» «Sí.» «¿A qué?» «A los dados.» Y dicho y hecho; y he perdido el caballo. ¡Ah, pero también -continuó Athos- he vuelto a ganar la montura.

D'Artagnan hizo un gesto bastante disgustado.

-¿Os contraría? -dijo Athos.

-Pues sí, os lo confieso -prosiguió D'Artagnan-. Ese caballo debía servirnos para hacernos reconocer un día de batalla; era una prenda, un recuerdo. Athos, habéis cometido un error.

-Ay, amigo mío, poneos en mi lugar -prosiguió el mosquetero-; me aburría de muerte, y además, palabra de honor, no me gustan los caballos ingleses. Veamos, si no se trata más que de ser reconocido por alguien, pues bien, la silla bastará; es bastante notable. En cuanto al caballo, ya encontraremos alguna excusa para justificar su desaparición. ¡Qué diablos! Un caballo es mortal; digamos que el mío ha tenido el muermo.

D'Artagnan no desfruncía el ceño.

-Me contraría -continuó Athos- que tengáis en tanto a esos animales, porque no he acabado mi historia.

-¿Pues qué habéis hecho además?

-Después de haber perdido mi caballo (nueve contra diez, ved qué suerte), me vino la idea de jugar el vuestro.

-Sí, pero espero que os hayáis quedado en la idea.

-No, la puse en práctica en aquel mismo instante.

-¡Vaya! -exclamó D'Artagnan inquieto.

-Jugué y perdí.

-¿Mi caballo?

-Vuestro caballo; siete contra ocho, a falta de un punto..., ya conocéis el proverbio.

-Athos no estáis en vuestro sano juicio, ¡os lo juro!

-Querido, ayer, cuando os contaba mis tontas historias, era cuando tenáis que decirme eso, y no esta mañana. Los he perdido, pues, con todos los equipos y todos los arneses posibles.

-¡Pero es horrible!

-Esperad, no sabéis todo; yo sería un jugador excelente si no me obstinara; pero me obstino, es como cuando bebo; me encabezoné entonces. . .

-Pero ¿qué pudisteis jugar si no os quedaba nada?

-Sí quedaba, amigo mío, sí quedaba; nos quedaba ese diamante que brilla en vuestro dedo, y en el que me fijé ayer.

-¡Este diamante! -exclamó D'Artagnan llevando con presteza la mano a su anillo.

-Y como entiendo, por haber tenido algunos propios, lo estimé en mil pistolas.

-Espero -dijo seriamente D'Artagnan medio muerto de espanto que no hayáis hecho mención alguna de mi diamante.

-Al contrario, querido amigo; comprended, ese diamante era nuestro único recurso; con él yo podía volver a ganar nuestros arneses y nuestros caballos, y además dinero para el camino.

-¡Athos, me hacéis temblar! -exclamó D'Artagnan.

-Hablé, pues, de vuestro diamante a mi contrincante, que también había reparado en él. ¡Qué diablos, querido, lleváis en vuestro dedo una estrella del cielo, y queréis que no le presten atención! ¡Imposible!

-¡Acabad, querido, acabad -dijo D'Artagnan-, porque, por mi honor, con vuestra sangre fría me hacéis morir!

-Dividimos, pues, ese diamante en diez partes de cien pistolas cada una.

-¡Ah! ¿Queréis reiros y probarme? -dijo D'Artagnan a quien la cólera comenzaba a cogerle por los cabellos como Minerva coge a Aquiles en la Ilíada.

-No, no bromeo, por todos los diablos. ¡Me hubiera gustado veros a vos! Hacía quince días que no había visto un rostro humano y que estaba allí embruteciéndome empalmando una botella tras otra.

-Esa no es razón para jugar un diamante -respondió D'Artagnan apretando su mano con una crispación nerviosa.

-Escuchad, pues, el final: diez partes de cien pistolas cada una, en diez tiradas sin revancha. En trece tiradas perdí todo. ¡En trece tiradas! El número trece me ha sido siempre fatal, era el trece del mes de julio cuando...

-¡Maldita sea! -exclamó D'Artagnan levantándose de la mesa-. La historia del día hace olvidar la de la noche.

-Paciencia -dijo Athos- y tenía un plan. El inglés era un extravagante, yo lo había visto por la mañana hablar con Grimaud y Grimaud me había advertido que le había hecho proposiciones para entrar a su servicio. Me jugué a Grimaud, el silencioso Grimaud dividido en diez porciones.

-¡Ah, vaya golpe! -dijo D'Artagnan estallando de risa a pesa suyo.

-¡El mismo Grimaud! ¿Oís esto? Y con las diez partes de Grimaud que no vale en total un ducado de plata, recuperé el diamante. Ahora decid si la persistencia no es una virtud.

-¡Y a fe que bien rara! -exclamó D'Artagnan consolado y sosteniéndose los hijares de risa.

-Como comprenderéis, sintiéndome en vena, me puse al punto a jugar el diamante.

-¡Ah, diablos! -dijo D'Artagnan ensombreciéndose de nuevo.

-Volví a ganar vuestros arneses, después vuestro caballo, luego mis arneses, luego mi caballo, luego lo volví a perder. En resumen, conseguí vuestro arnés, luego el mío. Ahí estamos. Una tirada soberbia; y ahí me he quedado.

D'Artagnan respiró como si le hubieran quitado la hostería de encima del pecho.

-En fin, que me queda el diamante -dijo tímidamente.

-¡Intacto, querido amigo! Además de los arneses de vuestro bucéfalo y del mío.

-Pero ¿qué haremos de nuestros arneses sin caballos?

-Tengo una idea sobre ellos.

-Athos, me hacéis temblar.

-Escuchad, vos no habéis jugado hace mucho tiempo, D'Artagnan.

-Y no tengo ganas de jugar.

-No juremos. No habéis jugado hace tiempo, decía yo, y por eso debéis tener buena mano.

- ¿Y después?

-Pues que el inglés y su acompañante están todavía ahí. He observado que lamentaban mucho los arneses. Vos parecéis tener en mucho vuestro caballo. En vuestro lugar, yo jugaría vuestros arneses contra vuestro caballo.

-Pero él no querrá un solo arnés.

-Jugad los dos, Pardiez. Yo no soy tan egoísta como vos.

-¿Haríais eso? -dijo D'Artagnan indeciso, tanto comenzaba a ganarle la confianza, a su costa, de Athos.

-Palabra de honor, de una sola tirada.

-Pero es que, después de haber perdido los caballos, quisiera conservar los arneses.

-Jugad entonces vuestro diamante.

-Oh, esto es otra cosa; nunca, nunca.

-¡Diablos! -dijo Athos-. Yo os propondría jugaros a Planchet; pero como eso ya está hecho, quizá el inglés no quiera.

-Decididamente, mi querido Athos -dijo D'Artagnan-, prefiero no arriesgar nada.

-¡Es una lástima! -dijo fríamente Athos-. El inglés está forrado de pistolas. ¡Ay, Dios mío! Ensayad una tirada, una tirada se juega

-¿Y si pierdo?

-Ganaréis.

-Pero ¿y si pierdo?

-Pues entonces le daréis los arneses.

-Vaya entonces una tirada -dijo D'Artagnan.

Athos se puso a buscar al inglés y lo encontró en la cuadra, donde examinaba los arneses con ojos ambiciosos. La ocasión era buena. Puso sus condiciones: los dos arneses contra un caballo o cien pistolas a escoger. El inglés calculó rápido: los dos arneses valían trescientos: pistolas los dos; aceptó.

D'Artagnan echó los dados temblando, y sacó un número tres; su palidez espantó a Athos, que se contentó con decir:

-Qué mala tirada, compañero; tendréis caballos con arneses señor.

El inglés, triunfante, no se molestó siquiera en hacer rodar los dados, los lanzó sobre la mesa sin mirarlos, tan seguro estaba de su victoria; D'Artagnan se había vuelto para ocultar su mal humor.

-Vaya, vaya, vaya -dijo Athos con su voz tranquila, esta tirado de dados es extraordinaria, no la he visto más que cuatro veces en mi vida: dos ases.

El inglés miró y quedó asombrado; D'Artagnan miró y quedó encantado.

-Sí -continuó Athos-, solamente cuatro veces: una vez con el señor de Créquy; otra vez en mi casa, en el campo, en mi castillo de... cuando yo tenía un castillo; una tercera vez con el señor de Tréville donde nos sorprendió a todos; y finalmente, una cuarta vez en la taberna, donde me tocó a mí y donde yo perdí por ella cien luises y una cena.

-Entonces el señor recupera su caballo -dijo el inglés.

-Cierto -dijo D'Artagnan

-¿Entonces no hay revancha?

-Nuestras condiciones estipulaban que nada de revancha, ¿lo recordáis?

-Es cierto; el caballo va a ser devuelto a vuestro criado, señor

-Un momento -dijo Athos-; con vuestro permiso, señor, solicito decir unas palabras a mi amigo.

-Decídselas.

Athos llevó a parte a D'Artagnan.

-¿Y bien? -le dijo D'Artagnan-. ¿Qué quieres ahora, tentador? Quieres que juegue, ¿no es eso?

-No, quiero que reflexionéis.

-¿En qué?

-¿Vais a tomar el caballo, no es así?

-Claro.

-Os equivocáis, yo tomaría las cien pistolas; vos sabéis que os habéis jugado los arneses contra el caballo o cien pistolas, a vuestra elección.

-Sí.

-Yo tomaría las cien pistolas.

-Pero yo, yo me quedo con el caballo.

-Os equivocáis, os lo repito. ¿Qué haríamos con un caballo para nosotros dos? Yo no pienso montar en la grupa, tendríamos la pinta de los dos hijos de Aymón, que han perdido a sus hermanos; no podéis humillarme cabalgando a mi lado, cabalgando sobre ese magnífico destbrero. Yo, sin dudar un solo instante, cogería las cien pistolas, necesitamos dinero para volver a Paris.

-Yo me quedo con el caballo, Athos.

-Pues os equivocáis, amigo mío: un caballo tiene un extraño, un caballo tropieza y se rompe las patas, un caballo come en un pesebre donde ha comido un caballo con muermo: eso es un caballo o cien pistolas perdidas; hace falta que el

amo alimento a su caballo, mientras que, por el contrario, cien pistolas alimentan a su amo.

-Pero ¿cómo volveremos?

-En los caballos de nuestros lacayos, pardiez. Siempre se verá en el aire de nuestras figuras que somos gentes de condición.

-Vaya figura que vamos a hacer sobre jacas, mientras Aramis y Porthos caracolean sobre sus caballos.

-¡Aramis! ¡Porthos! -exclamó Athos, y se echó a reír.

-¿Qué? -preguntó D'Artagnan, que no comprendía nada la hilaridad de su amigo.

-Bien, bien, sigamos -dijo Athos.

-O sea, que vuestra opinión...

-Es coger las cien pistolas, D'Artagnan; con las cien pistolas vamos a banquetear hasta fin de mes: hemos enjugado fatigas y estará bien que descansemos un poco.

-¡Yo reposar! Oh, no, Athos; tan pronto como esté en Paris me pongo a buscar a esa pobre mujer.

-Y bien, ¿creéis que vuestro caballo os será tan útil para eso como buenos luises de oro? Tomad las cien pistolas, amigo mío, tomad las cien pistolas.

D'Artagnan sólo necesitaba una razón para rendirse. Esta le pareció excelente. Además, resistiendo tanto tiempo, temía parecer egoísta a los ojos de Athos; accedió, pues, y eligió las cien pistolas que el inglés le entregó en el acto.

Luego no se pensó más que en partir. Además, hechas las paces con el alberguista, el viejo caballo de Athos costó seis pistolas; D'Artagnan y Athos cogieron los caballos de Planchet y de Grimaud, y los dos criados se pusieron en camino a pie, llevando las sillas sobre sus cabezas.

Por mal montados que fueran los dos amigos, pronto tomaron la delantera a sus criados y llegaron a Crèvecoeur. De lejos divisaron a Aramis melancólicamente apoyado en su ventana, y mirando como mi hermana Anne levantarse polvaredas en el horizonte.

-¡Hola! ¡Eh, Aramis! ¿Qué diablos hacéis ahí? -gritaron los dos amigos.

-¡Ah, sois vos, D'Artagnan; sois vos, Athos! -dijo el joven-. Pensaba con qué rapidez se van los bienes de este mundo, y mi caballo inglés, que se aleja y que acaba de aparecer en medio de un torbellino de polvo, era una imagen viva de la fragilidad de las cosas de la tierra.

La vida misma puede resolverse en tres palabras: Erat, est, fuit.

-¿Y eso qué quiere decir en el fondo? -preguntó D'Artagnan, que comenzaba a sospechar la verdad.

-Esto quiere decir que acaba de hacer un negocio de tontos: sesenta lises por un caballo que, por la manera en que se va, puede hacer al trote cinco leguas por hora.

D'Artagnan y Athos estallaron en carcajadas.

-Mi querido Athos -dijo Aramis-: no me echéis la culpa, os lo suplico; la necesidad no tiene ley; además yo soy el primer castigado, puesto que este infame chalán me ha robado por lo menos cincuenta lises. Vosotros sí que tenéis buen cuidado; venís sobre los caballos de vuestros lacayos y hacéis que os lleven vuestros caballos de lujo de la mano, despacio y a pequeñas jornadas.

En aquel mismo instante, un furgón que desde hacía unos momentos venía por la ruta de Amiens, se detuvo y se vio salir a Grimaud y a Planchet con sus sillas sobre la cabeza. El furgón volvía de vacío hacia París y los dos lacayos se habían comprometido, a cambio de su transporte, a aplacar la sed del cochero durante el camino.

-¿Cómo? -dijo Aramis, viendo lo que pasaba-. ¿Nada más que las sillas?

-¿Comprendéis ahora? -dijo Athos.

-Amigos míos, exactamente igual que yo. Yo he conservado el arnés por instinto. ¡Hola, Bazin! Llevad mi arnés nuevo junto al de esos señores.

-¿Y qué habéis hecho de vuestros curas? -preguntó D'Artagnan.

-Querido, los invité a comer al día siguiente -dijo Aramis-; hay aquí un vino exquisito, dicho sea de paso; los emborraché lo mejor que pude; entonces el cura me prohibió dejar la casaca y el jesuita me rogó que le haga recibir de mosquetero.

-¡Sin tesis! -exclamó D'Artagnan-. Sin tesis. Pido la supresión de la tesis.

-Desde entonces -continuó Aramis-, vivo agradablemente. He comenzado un poema en versos de una sílaba; es bastante difícil, pero el mérito en todo está en la dificultad. La materia es galante, os leeré el primer canto, tiene cuatrocientos versos y dura un minuto.

-¡A fe mía, mi querido Aramis! -dijo D'Artagnan, que detestaba casi tanto los versos como el latín-. Añadid al mérito de la dificultad el de la brevedad, y al menos seguro que vuestro poema tiene dos méritos.

-Además -continuó Aramis-, respira pasiones, ya veréis. ¡Ah!, amigos míos, ¿volveremos a París? Bravo, yo estoy dispuesto; vamos, pues, a volver a ver a ese bueno de Porthos tanto mejor. ¿Creeríais que echo en falta a ese gran necio? Él no hubiera vendido su caballo, ni siquiera a cambio de un reino. Quería verlo ya sobre su animal y su silla. Estoy seguro de que tendrá pinta de Gran Mogol.

Se hizo un alto de una hora para dar respiro a los caballos; Aramis saldó sus cuentas, colocó a Bazin en el furgón con sus camaradas y se pusieron en ruta para ir en busca de Porthos.

Lo encontraron de pie, menos pálido de lo que lo había visto D'Artagnan durante su primera visita, y sentado a una mesa en la que, aunque estuviese solo, había comida para cuatro personas; aquella comida se componía de viandas galanamente aderezadas, de vinos escogidos y de frutos soberbios.

-¡Ah, Pardiez! -dijo levantándose-. Llegáis a punto, señores, estaba precisamente en la sopa y vais a comer conmigo.

-¡Oh, oh! -dijo D'Artagnan-. No es Mosquetón quien ha cogido a lazo tales botellas; además, aquí hay un fricandó mechado y un filete de buey...

-Me voy recuperando -dijo Porthos-, me voy recuperando; nada debilita tanto como esos malditos esguinces. ¿Habéis tenido vos esguinces, Athos?

-Jamás; sólo recuerdo que en nuestra escaramuza de la calle de Férou recibí una estocada que al cabo de quince o dieciocho días me produjo exactamente el mismo efecto.

-Pero esta comida no era sólo para vos, mi querido Porthos -dijo Aramis.

-No -dijo Porthos-; esperaba a algunos gentileshombres de la vecindad que acaban de comunicarme que no vendrán; vos los reemplazaréis, y yo no perderé en el cambio. ¡Hola, Mosquetón! ¡Sillas, y que se doblen las botellas!

-¿Sabéis lo que estamos comiendo? -dijo Athos al cabo de diez minutos.

-Pardiez -respondió D'Artagnan-; yo como carne de buey mechada con cardos y con tuétanos.

-Y yo chuletas de cordero -dijo Porthos.

-Y yo una pechuga de ave -dijo Aramis.

-Todos os equivocáis, señores -respondió Athos-; coméis caballo.

-¡Vamos! -dijo D'Artagnan.

-¿Caballo? -preguntó Aramis con una mueca de disgusto.

Sólo Porthos no respondió.

-Sí, caballo, ¿no es cierto, Porthos, que comemos caballo? Quizá incluso con arreos y todo.

-No, señores; he guardado el arnés -dijo Porthos.

-A fe que todos somos iguales -dijo Aramis-; se diría que estábamos de acuerdo.

-¡Qué queréis! -dijo Porthos-. Este caballo causaba vergüenza a mis visitantes y no he querido humillarlos.

-Y en cuanto a vuestra duquesa, sigue en las aguas, ¿no es cierto? -prosiguió D'Artagnan.

-Allí sigue -respondió Porthos-. Palabra que el gobernador de la provincia, uno de los gentileshombres que esperaba a cenar hoy, parecía desearlo tanto que se lo he dado.

-¡Dado! -exclamó D'Artagnan.

-¡Oh, Dios mío! ¡Sí, dado! Esa es la palabra -dijo Porthos-; porque ciertamente valía ciento cincuenta lises, y el ladrón no ha querido pagármelo más que en ochenta.

-¿Sin la silla? -dijo Aramis.

-Sí, sin la silla.

-Observaréis, señores -dijo Athos-, que, pese a todo, Porthos ha sido el que mejor negocio ha hecho de todos nosotros.

Se produjo entonces un hurra de risas que dejaron al pobre Porthos completamente atónito; pero pronto se le explicó la razón de aquella hilaridad, que él compartió ruidosamente, según su costumbre.

-¿De modo que todos tenemos dinero? -dijo D'Artagnan.

-No por lo que mí toca -dijo Athos-; me ha parecido tan bueno el vino español de Aramis que he hecho cargar sesenta botellas en el furgón de los lacayos; eso me ha dejado sin nada.

-En cuanto a mí -dijo Aramis-, imaginaos que di hasta mi último céntimo a la iglesia de Montdidier y a los jesuitas de Amiens, he tenido que hacerme cargo de los compromisos que había contraído, misas encargadas por mí y para vos, señores; que se dirán, señores, y que no dudo que nos han de servir de maravilla.

-Y yo -dijo Porthos-, ¿creéis que mi esguince no me ha costado nada? Sin contar la herida de Mosquetón, por la que he tenido que hacer venir al cirujano dos veces al día, el cual me ha hecho pagar doble sus visitas, so pretexto de que ese imbécil de Mosquetón había ido a recibir una bala en un lugar que no se enseña generalmente más que a los boticarios; por eso le he recomendado encarecidamente no volver a dejarse herir ahí.

-Vamos, vamos -dijo Athos, cambiando una sonrisa con D'Artagnan y Aramis-, veo que os habéis comportado a lo grande con vuestro pobre mozo; es propio de un buen amo.

-En resumen -continuó Porthos-: pagados mis gastos, me quedará una treintena de escudos.

-Y a mí una decena de pistolas -dijo Aramis.

-Vamos -dijo Athos-, parece que nosotros somos los Cresos de la sociedad. De vuestras cien pistolas, ¿cuánto os queda, D'Artagnan?

-¿De mis cien pistolas? En primer lugar, os he dado cincuenta.

-¿Eso creéis?

-¡Pardiez!

-Ah, es cierto, ahora me acuerdo.

-Luego he pagado seis al hostelero.

-¡Qué animal de hostelero! ¿Por qué le habéis dado seis pistolas?

-Es lo que vos me dijisteis que le diese.

-Es cierto que soy demasiado bueno. En resumen, ¿qué queda?

-Veinticinco pistolas -dijo D'Artagnan.

-Y yo -dijo Athos, sacando algo de calderilla de su bolsillo-, yo...

-Vos, nada.

-A fe que es tan poco que no merece la pena juntarlo en el montón.

-Ahora calculemos cuánto poseemos en total. ¿Porthos?

-Treinta escudos.

-¿Aramis?

-Diez pistolas.

-¿Y vos, D'Artagnan?

-Veinticinco.

-Eso hace un total... -dijo Athos.

-Cuatrocientas setenta y cinco libras -dijo D'Artagnan, que contaba como Arquímedes.

-Llegados a Paris, tendremos todavía cuatrocientas -dijo Porthos-, además de los arneses.

-Pero ¿nuestros caballos de escuadrón? -dijo Aramis.

-Bueno, los cuatro caballos de los lacayos nos servirán como dos de amo, que echaremos a suertes; con las cuatrocientas libras se hará una mitad para uno de los desmontados, luego dejaremos las migajas de nuestros bolsillos a D'Artagnan, que tiene buena mano y que irá a jugarlas al primer garito.

-Cenemos entonces -dijo Porthos-; esto se enfría.

Los cuatro amigos, más tranquilos desde entonces por su futuro, hicieron honor a la comida, cuyas sobras fueron abandonadas a los señores Mosquetón, Bazin, Planchet y Grimaud.

Al llegar a París, D'Artagnan encontró una carta del señor de Tréville, quien le prevenía de que, a petición suya, el rey acababa de concederle el favor de ingresar en los mosqueteros.

Como esto era todo lo que D'Artagnan ambicionaba en el mundo, aparte por supuesto, de volver a encontrar a la señora Bonacieux, corrió todo contento en busca de sus camaradas, a los que acababa de dejar hacía media hora, y a los que encontró muy tristes y muy preocupados. Estaban reunidos todos en consejo en casa de Athos, cosa que indicaba siempre circunstancias de cierta gravedad.

El señor de Tréville acababa de hacerles avisar que la intención muy meditada de Su Majestad era iniciar la campaña el primero de mayo, y tenían que preparar de inmediato los equipos.

Los cuatro filósofos se miraron todo pasmados: el señor de Tréville no bromeaba en materia de disciplina.

-¿Y en cuánto estimáis esos esquijos? -dijo D'Artagnan.

-¡Oh! No hay más que decirlo -prosiguió Aramis-, acabamos de hacer nuestras cuentas con una cicatería de espartanos y necesitamos cada uno de nosotros mil quinientas libras.

-Cuatro por quinientas son dos mil; o sea, en total seis mil libras -dijo Athos.

-Yo creo -dijo D'Artagnan- que bastará con mil libras cada uno; cierto que no hablo como espartano, sino como procurador...

Esta palabra de procurador despertó a Porthos.

-¡Vaya, tengo una idea! -dijo.

-Algo es algo; yo no tengo siquiera ni la sombra de una -dijo fríamente Athos-; en cuanto a D'Artagnan, señores, la felicidad de ser en adelante uno de nosotros le ha vuelto loco. ¡Mil libras! Declaro que para mí sólo necesito dos mil.

-Cuatro o dos son ocho -dijo entonces Aramis-; por tanto, son ocho mil libras las que necesitamos para nuestros equipos, equipos de los que, es cierto, tenemos ya las sillas.

-Además -dijo Athos, esperando a que D'Artagnan, que iba a dar las gracias al señor de Tréville, hubiese cerrado la puerta-; además de ese hermoso diamante

que brilla en el dedo de nuestro amigo. ¡Qué diablo! D'Artagnan es demasiado buen camarada para dejar a sus hermanos en el apuro cuando lleva en su dedo corazón el rescate de un rey.



Capítulo XXIX

La caza del equipo

El más preocupado de los cuatro amigos era, por supuesto, D'Artagnan, aunque D'Artagnan, en su calidad de guardia, fuera más fácil de equipar que los señores mosqueteros, que eran señores; pero nuestro cadete de Gascuña era, como se habrá podido ver, de un carácter previsor y casi avaro, aunque también fantasioso hasta el punto (explicad los contrarios) de poderse comparar con Porthos. A aquella preocupación de su vanidad D'Artagnan unía en aquel momento una inquietud menos egoísta. Pese a algunas informaciones que había podido recibir sobre la señora Bonacieux, no le había llegado ninguna noticia. El señor de Tréville había hablado de ello a la reina: la reina ignoraba dónde estaba la joven mercera y habría prometido hacerla buscar. Pero esta promesa era muy vaga y apenas tranquilizadora para D'Artagnan.

Athos no salía de su habitación: había decidido no arriesgar una zancada para equiparse.

-Nos quedan quince días -les decía a sus amigos-; pues bien, si al cabo de quince días no he encontrado nada mejor, si nada ha venido a encontrarme, como soy buen católico para romperme la cabeza de un disparo, buscaré una buena pelea a cuatro guardias de su Eminencia o a ocho ingleses y me batiré hasta que haya uno que me mate, lo cual, con esa cantidad, no puede dejar de ocurrir. Se dirá entonces que he muerto por el rey, de modo que habré cumplido con mi deber sin tener necesidad de equiparme.

Porthos seguía paseándose con las manos a la espalda, moviendo la cabeza de arriba abajo y diciendo:

-Sigo en mi idea.

Aramis, inquieto y despeinado, no decía nada.

Por estos detalles desastrosos puede verse que la desolación reinaba en la comunidad.

Los lacayos, por su parte, como los corceles de Hipólito, compartían la triste pena de sus amos. Mosquetón hacía provisiones de mendrugos de pan; Bazin, que siempre se había dado a la devoción, no dejaba las iglesias; Planchet miraba volar las moscas, y Grimaud, al que la penuria general no podía decidir a romper el silencio impuesto por su amo, lanzaba suspiros como para enternecer a las piedras.

Los tres amigos, porque, como hemos dicho, Athos había jurado no dar un paso para equiparse, los tres amigos salían, pues, al alba y volvían muy tarde. Erraban por las calles mirando al suelo para saber si las personas que habían pasado antes que ellos no habían dejado alguna bolsa. Se hubiera dicho que seguían pistas, tan atentos estaban por donde quiera que iban. Cuando se encontraban, tenían miradas desoladas que querían decir: ¿Has encontrado algo?

Sin embargo como Porthos había sido el primero en dar con su idea y como había persistido en ella, fue el primero en actuar. Era un hombre de acción aquel digno Porthos. D'Artagnan lo vio un día encaminarse hacia la iglesia de Saint-Leu, y lo siguió instintivamente: entró en el lugar santo después de haberse atusado el mostacho y estirado su perilla, lo cual anunciaba de su parte las intenciones más conquistadoras. Como D'Artagnan tomaba algunas precauciones para esconderse, Porthos creyó no haber sido visto. D'Artagnan entró tras él; Porthos fue a situarse al lado de un pilar; D'Artagnan, siempre sin ser visto, se apoyó en otro.

Precisamente había sermón, lo cual hacía que la iglesia estuviera abarrotada. Porthos aprovechó la circunstancia para echar una ojeada a las mujeres; gracias a los buenos cuidados de Mosquetón, el, exterior estaba lejos de anunciar las penurias del interior: su sombrero estaba ciertamente algo pelado, su pluma descolorida, sus brocados algo deslustrados, sus puntillas bastante raídas, pero a media luz todas estas bagatelas desaparecían y Porthos seguía siendo el bello Porthos.

D'Artagnan observó en el banco más cercano al pilar donde Porthos y él estaban adosados una especie de beldad madura, algo amarillenta, algo seca, pero

tiesa y altiva bajo sus cofias negras. Los ojos de Porthos se dirigían furtivamente hacia aquella dama, luego mariposeaban a lo lejos por la nave.

Por su parte, la dama, que de vez en cuando se ruborizaba, lanzaba con la rapidez del rayo una mirada sobre el voluble Porthos, y al punto los ojos de Porthos se ponían a mariposear con furor. Era claro que se trataba de un manejo que hería vivamente a la dama de las cofias negras, porque se mordía los labios hasta hacerse sangre, se arañaba la punta de la nariz y se agitaba desesperadamente en su asiento.

Al verlo, Porthos se atusó de nuevo su mostacho, estiró una segunda vez su perilla y se puso a hacer señales a una bella dama que estaba junto al coro, y que no solamente era una bella dama, sino que sin duda se trataba de una gran dama, porque tenía tras ella un negrito que había llevado el cojín sobre el que estaba arrodillada, y una doncella que sostenía el bolso bordado con escudo de armas en que se guardaba el libro con que seguía la misa.

La dama de las cofias negras siguió a través de sus vueltas la mirada de Porthos, y comprobó que se detenía sobre la dama del cojín de terciopelo, del negrito y de la doncella.

Mientras tanto, Porthos jugaba fuerte: guiños de ojos, dedos puestos sobre los labios, sonrisitas asesinas que realmente asesinaban a la hermosa desdeñada.

Por eso, en forma de mea culpa y golpeándose el pecho, ella lanzó un ¡hum! tan vigoroso que todo el mundo, incluso la dama del cojín rojo, se volvió hacia su lado; Porthos permaneció impasible, aunque había comprendido bien, pero se hizo el sordo.

La dama del cojín rojo causó gran efecto, porque era muy bella, en la dama de las cofias negras, que vio en ella una rival realmente peligrosa: un gran efecto sobre Porthos, que la encontró más hermosa que la dama de las cofias negras; un gran efecto sobre D'Artagnan, que reconoció a la dama de Meung, de Calais y de Douvres, a la que su perseguidor, el hombre de la cicatriz, había saludado con el nombre de milady.

D'Artagnan, sin perder de vista a la dama del cojín rojo, continuó siguiendo los manejos de Porthos, que le divertían mucho; creyó adivinar que la dama de las cofias negras era la procuradora de la calle Aux Ours, tanto más cuanto que la iglesia de Saint-Leu no estaba muy alejada de la citada calle.

Adivinó entonces por inducción que Porthos trataba de tomarse la revancha por la derrota de Chantilly, cuando la procuradora se había mostrado tan recalcitrante respecto a la bolsa.

Pero en medio de todo aquello, D'Artagnan notó también que su rostro no correspondía a las galanterías de Porthos. Aquello no eran más que quimeras ilusiones; pero para un amor real, para unos celos verdaderos, ¿hay otra realidad que las ilusiones y las quimeras?

El sermón acabó; la procuradora avanzó hacia la pila de agua bendita; Porthos se adelantó y, en lugar de un dedo, metió toda la mano. La procuradora sonrió, creyendo que era para ella, por lo que Porthos hacía aquel extraordinario, pero pronto y cruelmente fue desengañada: cuando sólo estaba a tres pasos de él, éste volvió la cabeza, fijando de modo invariable los ojos sobre la dama del cojín rojo, que se había levantado y que se acercaba seguida de su negrito y de su doncella.

Cuando la dama del cojín rojo estuvo junto a Porthos, Porthos sacó su mano toda chorreante de la pila; la bella devota tocó con su mano afilada la gruesa mano de Porthos, hizo, sonriendo, la señal de la cruz y salió de la iglesia.

Aquello fue demasiado para la procuradora; no dudó de que aquella dama y Porthos estaban requebrándose. Si hubiera sido una gran dama, se habría desmayado; pero como no era más que una procuradora, se contentó con decir al mosquetero con un furor concentrado:

-¡Eh, señor Porthos! ¿No me vais a ofrecer a mí agua bendita?

Al oír aquella voz, Porthos se sobresaltó como lo haría un hombre que se despierta tras un sueño de cien años.

-Se..., señora -exclamó él-. ¿Sois vos? ¿Cómo va vuestro marido, mi querido señor Coquenard? ¿Sigue tan pícaro como siempre? ¿Dónde tenía yo los ojos, que no os he visto siquiera en las dos horas que ha durado ese sermón?

-Estaba a dos pasos de vos, señor -respondió la procuradora-, y no me habéis visto porque no teníais ojos más que para la hermosa dama a quien acabáis de dar agua bendita.

Porthos fingió estar apurado.

-¡Ah! -dijo-. Habéis notado...

-Hay que estar ciego para no verlo.

-Sí -dijo displicentemente Porthos-; es una duquesa amiga mía con la que tengo muchos problemas para encontrarme por los celos de su marido, y que me había avisado que vendría hoy, sólo para verme, a esta por iglesia, en este barrio perdido.

-Señor Porthos -dijo la procuradora- ¿tendríais la bondad de ofrecerme el brazo durante cinco minutos? Hablaría de buena gana con vos.

-Por supuesto, señora -dijo Porthos, guiñándose un ojo a sí mismo como un jugador que ríe de la víctima que va a hacer.

En aquel momento, D'Artagnan pasaba persiguiendo a milady; lanzó una ojeada hacia Porthos y vio aquella mirada triunfante.

-¡Vaya, vaya! -se dijo a sí mismo, razonando sobre el sentido de la moral extrañamente fácil de aquella época galante-. Ahí hay uno que fácilmente podrá equiparse en el plazo previsto.

Porthos, cediendo a la presión del brazo de su procuradora como una barca cede al gobernalle, llegó al claustro de Saint-Magloire, pasaje poco frecuentado, encerrado por molinetes en sus dos extremos. No se veía, por el día, más que mendigos comiendo o niños jugando.

-¡Ah, señor Porthos! -exclamó la procuradora cuando se hubo tranquilizado de que nadie extraño a la población habitual de la localidad podía verlos ni oírlos-. Vaya, señor Porthos, estáis hecho un conquistador, según parece.

-¿Yo, señora? -dijo Porthos engallándose-. ¿Y eso por qué?

-¿Y las señas de hace un momento, y el agua bendita? Pero por lo menos es una princesa esa dama, con su negrito y su doncella.

-Os equivocáis. Dios mío, no -respondió Porthos-, es simplemente una duquesa.

-¿Y ese recadero que la esperaba en la puerta, y esa carroza con un cochero de lujosa librea que esperaba en su pescante?

Porthos no había visto ni el recadero ni la carroza; pero con su mirada de mujer celosa, la señora Coquenard lo había visto todo.

Porthos lamentó no haber hecho a la dama del cojín rojo princesa a la primera.

-¡Ah, sois un muchacho amado por las hermosas, señor Porthos! -prosiguió suspirando la procuradora.

-Pero -respondió Porthos- comprenderéis que con un físico como el que la naturaleza me ha dotado, no dejo de tener aventuras.

-¡Dios mío! ¡Qué pronto olvidan los hombres! -exclamó la procuradora alzando los ojos al cielo.

-Menos pronto que las mujeres -respondió Porthos-; porque, en fin, señora, yo puedo decir que he sido víctima, cuando herido, moribundo, me he visto abandonado a los cirujanos; yo, el vástago de una familia ilustre, que me había fiado de vuestra amistad, he estado a punto de morir de mis heridas, primero; y de hambre después, en un mal albergue de Chantilly, y eso sin que vos os hayáis dignado responder una sola vez a las ardientes cartas que os he escrito.

-Pero, señor Porthos... -murmuró la procuradora, que se daba cuenta de que, a juzgar por la conducta de las mayores damas de su tiempo, había cometido un error.

-Yo, que había sacrificado por vos a la condesa de Peñaflo...

-Lo sé.

-A la baronesa de...

-Señor Porthos, no me abruméis.

-A la duquesa de...

-Señor Porthos, sed generoso.

-Tenéis razón, señora; además, no acabaría.

-Pero es que mi marido no quiere oír hablar de prestar.

-Señora Coquenard -dijo Porthos-, acordaos de la primera carta que me escribisteis y que conservo grabada en mi memoria.

La procuradora lanzó un gemido.

-Pero es que, además -dijo ella-, la suma que pedíais prestada era algo fuerte.

-Señora Coquenard, os daba preferencia. No he tenido más que escribir a la duquesa de... No quiero decir su nombre, porque no sé lo que es comprometer a una mujer; pero lo que sí sé es que yo no he tenido más que escribirle para que me enviase mil quinientos.

La procuradora derramó una lágrima.

-Señor Porthos -dijo-, os juro que me habéis castigado de sobra y que si en el futuro os encontráis en semejante paso, no tendréis más que dirigiros a mí.

-Dejémoslo, señora -dijo Porthos, como sublevado-; no hablemos de dinero, por favor, es humillante.

-¡Así que no me amáis ya! -dijo lenta y tristemente la procuradora.

Porthos guardó un silencio majestuoso.

-¿Así es como me respondéis? ¡Ay, comprendo!

-Pensad en la ofensa que me habéis hecho, señora; se me ha quedado aquí -dijo Porthos, poniendo la mano en su corazón y apretando con fuerza.

-¡Yo la repararé, mi querido Porthos!

-Además, ¿qué os pedía? -prosiguió Porthos con un movimiento de hombros lleno de sencillez-. Un préstamo, nada más. Después de todo, no soy un hombre poco razonable. Sé que no sois rica, señora Coquenard, que vuestro marido está obligado a sangrar a los pobres litigantes para sacar unos pobres escudos. Si fueseis condesa, marquesa o duquesa, sería distinto, y en tal caso no podría perdonaros.

La procuradora se picó.

-Sabed, señor Porthos -dijo ella-, que mi caja fuerte, por muy caja fuerte de procuradora que sea, está quizá mejor provista que la de todas vuestras remilgadas arruinadas.

-Doble ofensa la que me hacéis entonces -dijo Porthos soltando el brazo de la procuradora de debajo del suyo-; porque si vos sois rica, señora Coquenard, entonces no hay excusa que valga en vuestra negativa.

-Cuando digo rica -prosiguió la procuradora, que vio que se había dejado arrastrar demasiado lejos-, no hay que tomar la palabra al pie de la letra. No soy lo que se dice rica, pero vivo holgada.

-Mirad, señora -dijo Porthos-, no hablemos más de todo eso, os lo suplico. Me habéis despreciado; entre nosotros la simpatía se apagó.

-¡Qué ingrato sois!

-¡Ah, encima podéis quejaros! -dijo Porthos.

-¡Idos, pues, con vuestra bella duquesa! Yo no os retengo.

-¡Vaya, por lo menos no está tan seca como creo!

-Veamos, señor Porthos, una vez más, la última: ¿Aún me amáis?

-¡Ah, señora! -dijo Porthos con el tono más melancólico que pudo adoptar-. Justo cuando vamos a entrar en campaña, en una campaña en que mis presentimientos me dicen que seré muerto...

-¡Oh, no digáis esas cosas! -exclamó la procuradora estallando en sollozos.

-Algo me lo dice -continuó Porthos, poniéndose más y más melancólico.

-Decid mejor que tenéis un nuevo amor.

-No, os hablo sinceramente. Ningún nuevo amor me conmueve, e incluso siento aquí, en el fondo de mi corazón, algo que habla por vos. Pero dentro de quince días, como sabéis o como quizá no sepáis, esa fatal campaña empieza: voy a estar muy preocupado por mi equipo. Luego voy a hacer un viaje para ver a mi familia, en el fondo de Bretaña, para conseguir la suma necesaria para mi partida.

Porthos notó un último combate entre el amor y la avaricia.

-Y como -continuó- la duquesa que acabáis de ver en la iglesia tiene sus tierras junto a las mías, haremos el viaje juntos. Los viajes, como sabéis, parecen mucho menos largos cuando se hacen acompañado.

-¿No tenéis ningún amigo en París, señor Porthos? -dijo la procuradora.

-Creía tenerlo -dijo Porthos adoptando su aire melancólico-, pero he visto claramente que me equivocaba.

-Lo tenéis, señor Porthos, lo tenéis -prosiguió la procuradora en un transporte que le sorprendió a ella misma-; venid mañana a casa. Vos sois hijo de mi tía, por tanto mi primo; venís de Noyon, en Picardía; tenéis varios procesos en París y estáis sin procurador. ¿Habéis retenido todo esto?

-Perfectamente, señora.

-Venid a la hora de la comida.

-Muy bien.

-Y manteneos firme ante mi marido, que es marrullero pese a sus setenta y seis años.

-¡Setenta y seis años! ¡Diablo! ¡Hermosa edad! -repuso Porthos. -La edad madura, querréis decir, señor Porthos. Por eso el pobre hombre puede dejarme viuda de un momento a otro -continuó la procuradora lanzando una mirada significativa a Porthos-. Afortunadamente, por contrato de matrimonio, nos hemos pasado todo al último que viva.

-¿Todo? -dijo Porthos.

-Todo.

-Ya veo que sois una mujer precavida, mi querida señora Coquenard -dijo Porthos apretando tiernamente la mano de la procuradora.

-¿Estamos, pues, reconciliados, querido señor Porthos? -dijo ella haciendo melindres.

=Para toda la vida -replicó Porthos con el mismo aire.

-Hasta la vista entonces, traidor mío.

-Hasta la vista, olvidadiza mía.

-¡Hasta mañana, angel mío!

-¡Hasta mañana, llama de mi vida!



Capítulo XXX

Milady

D'Artagnan había seguido a Milady sin ser notado por ella; la vio subir a su carroza y la oyó dar a su cochero la orden de ir a Saint-Germain.

Era inútil tratar de seguir a pie un coche llevado al trote por dos vigorosos caballos. D'Artagnan volvió, por tanto, a la calle Férou.

En la calle de Seine encontró a Planchet que se hallaba parado ante la tienda de un pastelero y que parecía extasiado ante un brioche de la forma más apetecible.

Le dio orden de ir a ensillar dos caballos a las cuadras del señor de Tréville, uno para él, D'Artagnan, y otro para Planchet, y venir a reunírsele a casa de Athos, porque el señor de Tréville había puesto sus cuadras de una vez por todas al servicio de D'Artagnan.

Planchet se encaminó hacia la calle del Colombier y D'Artagnan hacia la calle Férou. Athos estaba en su casa vaciando tristemente una de las botellas de aquel famoso vino español que había traído de su viaje a Picardía. Hizo señas a Grimaud de traer un vaso para d'Artagnan y Grimaud obedeció como de costumbre.

D'Artagnan contó entonces a Athos todo cuanto había pasado en la iglesia entre Porthos y la procuradora, y cómo para aquella hora su compañero estaba probablemente en camino de equiparse.

-Pues yo estoy muy tranquilo -respondió Athos a todo este relato-; no serán las mujeres las que hagan los gastos de mi arnés.

-Y, sin embargo, hermoso, cortés, gran señor como sois, mi querido Athos, no habría ni princesa ni reina a salvo de vuestros dardos amorosos.

-¡Qué joven es este D'Artagnan! -dijo Athos, encogiéndose de hombros.

E hizo señas a Grimaud para que trajera una segunda botella.

En aquel momento Planchet pasó humildemente la cabeza por la puerta entreabierta y anunció a su señor que los dos caballos estaban allí.

-¿Qué caballos? -preguntó Athos.

-Dos que el señor de Tréville me presta para el paseo y con los que voy a dar una vuelta por Saint-Germain.

-¿Y qué vais a hacer a Saint-Germain? -preguntó aún Athos.

Entonces D'Artagnan le contó el encuentro que había tenido en la iglesia, y cómo había vuelto a encontrar a aquella mujer que, con el señor de la capa negra y la cicatriz junto a la sien, era su eterna preocupación.

-Es decir, que estáis enamorado de ella, como lo estáis de la señora Bonacieux -dijo Athos encogiéndose desdeñosamente de hombros como si se compadeciese de la debilidad humana.

-¿Yo? ¡Nada de eso! -exclamó D'Artagnan-. Sólo tengo curiosidad por aclarar el misterio con el que está relacionada. No sé por qué, pero me imagino que esa mujer, por más desconocida que me sea y por más desconocido que yo sea para ella, tiene una influencia en mi vida.

-De hecho, tenéis razón -dijo Athos-. No conozco una mujer que merezca la pena que se la busque cuando está perdida. La señora Bonacieux está perdida, ¡tanto peor para ella! ¡Que ella misma se encuentre!

-No, Athos, no, os engañáis -dijo D'Artagnan-; amo a mi pobre Costance más que nunca, y si supiese el lugar en que está, aunque fuera en el fin del mundo, partiría para sacarla de las manos de sus verdugos; pero lo ignoro, todas mis búsquedas han sido inútiles. ¿Qué queréis? Hay que distraerse.

-Distraeos, pues, con Milady, mi querido D'Artagnan; lo deseo de todo corazón, si es que eso puede divertirlos.

-Escuchad, Athos -dijo D'Artagnan-; en lugar de estaros encerrado aquí como si estuvierais en la cárcel, montad a caballo y venid conmigo a pasearos por Saint-Germain.

-Querido -replicó Athos-, monto mis caballos cuando los tengo; si no, voy a pie.

Pues bien yo -respondió D'Artagnan sonriendo ante la misantropía de Athos, que en otro le hubiera ciertamente herido-, yo soy menos orgulloso que vos, yo monto lo que encuentro. Por eso, hasta luego, mi querido Athos.

-Hasta luego -dijo el mosquetero haciendo a Grimaud seña de descorchar la botella que acababa de traer.

D'Artagnan y Planchet montaron y tomaron el camino de Saint-Germain.

A lo largo del camino, lo que Athos había dicho al joven de la señora Bonacieux le venía a la mente. Aunque D'Artagnan no fuera de carácter muy sentimental, la linda mercera había causado una impresión real en su corazón; como decía, estaba dispuesto a ir al fin del mundo para buscarla. Pero el mundo tiene muchos fines por eso de que es redondo; de suerte que no sabía hacia qué lado volverse.

Mientras tanto, iba a tratar de saber lo que Milady era. Milady había hablado con el hombre de la capa negra, luego lo conocía. Ahora bien, en la mente de D'Artagnan era el hombre de la capa negra el que había raptado a la señora Bonacieux la segunda vez, como la había raptado la primera. D'Artagnan, pues, sólo mentía a medias, lo cual es mentir bien poco, cuando decía que dedicándose a la busca de Milady se ponía al mismo tiempo a la busca de Costance.

Mientras pensaba así y mientras daba de vez en cuando un golpe de espuela a su caballo, D'Artagnan había recorrido el camino y llegado a Saint-Germain. Acababa de bordear el pabellón en que diez años más tarde debía nacer Luis XIV. Atravesaba una calle muy desierta, mirando a izquierda y derecha por si reconocía algún vestigio de su bella inglesa, cuando en la planta baja de una bonita casa que según la costumbre de la época no tenía ninguna ventana que diese a la calle, vio aparecer una figura conocida. Esta figura paseaba por una especie de terraza adornada de flores. Planchet fue el primero en reconocerla.

-¡Eh, señor! -dijo dirigiéndose a D'Artagnan-. ¿No os acordáis de esa cara de papamoscas?

-No -dijo D'Artagnan-; y, sin embargo, estoy seguro de que no es la primera vez que veo esa cara.

-Ya lo creo, rediez -dijo Planchet-: es el pobre Lubin, el lacayo del conde Wardes, al que tan bien dejasteis apañado hace un mes, en Calais en el camino hacia la casa de campo del gobernador.

-¡Ah, claro -dijo D'Artagnan-, y ahora lo reconozco! ¿Crees que él te reconocerá a ti?

-A fe, señor, que estaba tan confuso que dudo que haya guardado de mí un recuerdo muy claro.

-Pues bien, vete entonces a hablar con ese muchacho -dijo D'Artagnan- a infórmate en la conversación si su amo ha muerto.

Planchet se bajó del caballo, se dirigió directamente a Lubin que, en efecto, no lo reconoció, y los dos lacayos se pusieron a hablar con el mejor entendimiento del mundo, mientras D'Artagnan empujaba los dos caballos a una calleja y dando la vuelta a una casa volvía para asistir a la conferencia tras un seto de avellanos.

Al cabo de un instante de observación detrás del seto oyó el ruido de un coche y vio detenerse frente a él la carroza de Milady. No podía equivocarse, Milady estaba dentro. D'Artagnan se tendió sobre el cuerpo de su caballo para ver todo sin ser visto.

Milady sacó su encantadora cabeza rubia por la portezuela y dio órdenes a su doncella.

Esta última, joven de veinte a veintidós años, despierta y viva, verdadera doncella de gran dama, saltó del estribo en el que estaba sentada según la costumbre de la época y se dirigió a la terraza en la que D'Artagnan había visto a Lubin.

D'Artagnan siguió a la doncella con los ojos y la vio encaminarse hacia la terraza. Pero, por azar, una orden del interior había llamado a Lubin, de modo que Planchet se había quedado solo, mirando por todas partes por qué camino había desaparecido D'Artagnan.

La doncella se aproximó a Planchet, al que tomó por Lubin, y tendiéndole un billete dijo:

-Para vuestro amo.

-¿Para mi amo? -repuso Planchet extrañado.

-Sí, y es urgente. Daos prisa.

Dicho esto ella huyó hacia la carroza, vuelta de antemano hacia el sitio por el que había venido; se lanzó sobre el estribo y la carroza partió de nuevo.

Planchet dio vueltas y más vueltas al billete y luego, acostumbrado a la obediencia pasiva, saltó de la terraza, se metió en la callejuela y al cabo de veinte pasos encontró a D'Artagnan, quien habiéndolo visto todo, iba a su encuentro.

-Para vos, señor -dijo Planchet presentando el billete al joven.

-¿Para mí? -dijo D'Artagnan-. ¿Estás seguro de ello?

-Claro que estoy seguro; la doncella ha dicho: «Para tu amo.» Y yo no tengo más amo que vos, así que... ¡Vaya real moza! A fe que...

D'Artagnan abrió la carta y leyó estas palabras:

«Una persona que se interesa por vos más de lo que puede decir, quisiera saber qué día podríais pasear por el bosque. Mañana, en el hostel del Champ du Drap d'Or, un lacayo de negro y rojo esperará vuestra respuesta.»

-¡Oh, oh, esto sí que va rápido! -se dijo D'Artagnan-. Parece que Milady y yo nos preocupamos por la salud de la misma persona. Y bien, Planchet, ¿cómo va ese buen señor Wardes? Entonces, ¿no ha muerto?

-No, señor; va todo lo bien que se puede ir con cuatro estocadas en el cuerpo, porque, sin que yo os lo reproche, le largasteis cuatro a ese buen gentilhomme, y aún está débil, porque perdió casi toda su sangre. Como le había dicho al señor, Lubin no me ha reconocido, y me ha contado de cabo a rabo nuestra aventura.

-Muy bien, Planchet, eres el rey de los lacayos; ahora vuelve a subir al caballo y alcancemos la carroza.

No costó mucho; al cabo de cinco minutos divisaron la carroza detenida al otro lado de la carretera; un caballero ricamente vestido estaba a la portezuela.

La conversación entre Milady y el caballero era tan animada que D'Artagnan se detuvo al otro lado de la carroza sin que nadie, salvo la linda doncella, se diera cuenta de su presencia.

La conversación transcurría en inglés, lengua que D'Artagnan no comprendía; pero por el acento el joven creyó adivinar que la bella inglesa estaba encolerizada; terminó con un gesto que no dejó lugar a dudas sobre la naturaleza de aquella conversación: un golpe de abanico aplicado con tal fuerza que el pequeño adorno femenino voló en mil pedazos.

El caballero lanzó una carcajada que pareció exasperar a Milady.

D'Artagnan pensó que aquél era el momento de intervenir; de modo que se aproximó a la otra portezuela, descubriéndose respetuosamente, y dijo:

-Señora, ¿me permitís ofreceros mis servicios? Parece que este caballero os ha encolerizado. Decid una palabra, señora, y yo me encargo de castigarlo por su falta de cortesía.

A las primeras palabras Milady se había vuelto, mirando al joven con extrañeza, y cuando él hubo terminado:

-Señor -dijo ella, en muy buen francés-, de todo corazón me pondría bajo vuestra protección si la persona que me molesta no fuera mi hermano.

-¡Ah! Excusadme entonces -dijo D'Artagnan-; como comprenderéis, lo ignoraba, señora.

-¿Por qué se mezcla ese atolondrado -exclamó agachándose hasta la altura de la portezuela el caballero al que Milady había designado como pariente suyo- y por qué no sigue su camino?

-El atolondrado lo seréis vos -dijo D'Artagnan, agachándose a su vez sobre el cuello de su caballo y respondiendo por su lado por la portezuela-; no sigo mi camino porque me apetece detenerme aquí.

El caballero dirigió algunas palabras en inglés a su hermana.

-Yo os hablo en francés -dijo D'Artagnan-; hacedme, pues, el placer, por favor, de responderme en la misma lengua. Sois el hermano de la señora, de acuerdo, pero por suerte no lo sois mío.

Podría creerse que Milady, temerosa como lo es de ordinario cualquier mujer, iría a interponerse en aquel inicio de provocación, a fin de impedir que la querella siguiese adelante; pero, por el contrario, se lanzó al fondo de su carroza y gritó fríamente al cochero.

-¡De prisa, al palacio!

La linda doncella lanzó una mirada de inquietud sobre D'Artagnan, cuyo buen aspecto parecía haber producido su efecto sobre ella.

La carroza partió dejando a los dos hombres uno frente al otro, sin ningún obstáculo material que los separase.

El caballero hizo un movimiento para seguir al coche, pero D'Artagnan, cuya cólera ya en efervescencia había aumentado todavía más al reconocer en él al inglés que en Amiens le había ganado su caballo y había estado a punto de ganar a Athos su diamante, saltó a la brida y lo detuvo.

-¡Eh, señor! -dijo-. Me parecéis todavía más atolondrado que yo, porque me da la impresión de que olvidáis que entre nosotros hay una pequeña querella.

-¡Ah, ah! -dijo en inglés-. Sois vos, mi señor. ¿Pero es que tonéis siempre que jugar un juego a otro!

-Sí, y eso me recuerda que tengo una revancha que tomar. Nos veremos, señor, si manejáis tan diestramente el estoque como el cubilete.

-Veis de sobra que no llevo espada -dijo el inglés-. ¿Queréis haceros el valiente contra un hombre sin armas?

-Espero que la tengáis en casa -replicó D'Artagnan-. En cualquier caso, yo tengo dos y, si queréis, os prestaré una.

-Inútil -dijo el inglés-, estoy provisto de sobra de esa clase de utensilios.

-Pues bien, mi digno gentilhomme -prosiguió D'Artagnan-, elegid la más larga y venid a enseñármela esta tarde.

-¿Dónde, si os place?

-Detrás del Luxemburgo, es un barrio encantador para paseos del género del que os propongo.

-De acuerdo, allí estaré.

-¿Vuestra hora?

-La seis.

-A propósito, probablemente tendréis también uno o dos amigos.

-Tengo tres que estarán muy honrados de jugar la misma partida que yo.

-¿Tres? Perfecto. ¡Qué coincidencia! -dijo D'Artagnan-. ¡Justo mi cuenta!

-Y ahora, ¿quién sois? -preguntó el inglés.

-Soy el señor D'Artagnan, gentilhombre gascón, que sirve en los guardias, compañía del señor Des Essarts. ¿Y vos?

-Yo soy lord de Winter, barón de Sheffield.

-Muy bien, soy vuestro servidor, señor barón -dijo D'Artagnan-, aunque tengáis nombres difíciles de retener.

Y espoleando a su caballo, lo puso al galope y tomó el camino de Paris.

Como solía hacer en semejantes ocasiones, D'Artagnan bajó derecho a casa de Athos.

Encontró a Athos acostado sobre un gran canapé en el que, como había dicho, esperaba que su equipo viniese a encontrarlo.

Contó a Athos todo lo que acababa de pasar, menos la carta del señor de Wardes.

Athos quedó encantado cuando supo que iba a batirse contra un inglés. Ya hemos dicho que era su sueño.

Enviaron a buscar al instante a Porthos y a Aramis por los lacayos, y se los puso al corriente de la situación.

Porthos sacó su espada fuera de la funda y se puso a espaldonar contra el muro retrocediendo de vez en cuando y haciendo flexiones como un bailarín. Aramis, que seguía trabajando en su poema se encerró en el gabinete de Athos y pidió que no lo molestaran hasta el momento de desenvainar.

Athos pidió por señas a Grimaud una botella.

En cuanto a D'Artagnan, preparó para sus adentros un pequeño plan cuya ejecución veremos más tarde, y que le prometía alguna aventura graciosa, como

podía verse por las sonrisas que de vez en cuando cruzaban su rostro cuya ensoñación iluminaban.



Capítulo XXXI

Ingleses y franceses

Llegada la hora, se dirigieron con los cuatro lacayos hacia el Luxemburgo, a un recinto abandonado a las cabras. Athos dio una moneda al cabrero para que se alejase. Los lacayos fueron encargados de hacer de centinelas.

Inmediatamente una tropa silenciosa se aproximó al mismo recinto, penetró en él y se unió a los mosqueteros; luego tuvieron lugar las presentaciones según las costumbres de ultramar.

Los ingleses eran todas personas de la mayor calidad, los nombres extraños de sus adversarios fueron, pues, para ellos tema no sólo de sorpresa sino aun de inquietud.

-Pero a todo esto -dijo lord de Winter cuando los tres amigos hubieron dado sus nombres-, no sabemos quiénes sois, y nosotros no nos batiremos con nombres semejantes; son nombres de pastores.

-Como bien suponéis, milord, son nombres falsos -dijo Athos.

-Lo cual nos da aún mayor deseo de conocer los nombres verdaderos -respondió el inglés.

-Habéis jugado de buena gana contra nosotros sin conocerlos -dijo Athos-, y con ese distintivo nos habéis ganado nuestros dos caballos.

-Cierto, pero no arriesgábamos más que nuestras pistolas; esta vez arriesgamos nuestra sangre: se juega con todo el mundo, pero uno sólo se bate con sus iguales.

-Eso es justo -dijo Athos. Y llevó aparte a aquel de los cuatro ingleses con el que debía batirse y le dijo su nombre en voz baja.

Porthos y Aramis hicieron otro tanto por su lado.

- ¿Os basta eso -dijo Athos a su adversario-, y me creéis tan gran señor como para hacerme la gracia de cruzar la espada conmigo?

-Sí, señor -dijo el inglés inclinándose.

-Y bien, ahora, ¿queréis que os diga una cosa? -repuso fríamente Athos.

- ¿Cuál? -preguntó el inglés.

-Nunca deberíais haberme exigido que me diese a conocer.

-¿Por qué?

-Porque se me cree muerto, porque tengo razones para desear que no se sepa que vivo, y porque voy a verme obligado a mataros, para que mi secreto no corra por ahí.

El inglés miró a Athos, creyendo que éste bromeaba; pero Athos no bromeaba por nada del mundo.

-Señores -dijo dirigiéndose al mismo tiempo a sus compañeros y a sus adversarios-, ¿estamos?

-Sí -respondieron todos a una, ingleses y franceses.

-Entonces, en guardia -dijo Athos.

Y al punto, ocho espadas brillaron a los rayos del crepúsculo, y el combate comenzó con un encarnizamiento muy natural entre gentes dos veces enemigas.

Athos luchaba con tanta calma y método como si estuviera en una sala de armas.

Porthos, corregido sin duda de su excesiva confianza por su aventura de Chantilly, hacía un juego lleno de sutileza y prudencia.

Aramis, que tenía que terminar el tercer canto de su poema, se apresuraba como hombre muy ocupado.

Athos fue el primero en matar a su adversario: no le había lanzado más que una estocada, pero como había avisado, el golpe había sido mortal, la espada le atravesó el corazón.

Porthos fue el segundo en tender al suyo sobre la hierba: le había atravesado el muslo. Entonces, como el inglés le entregaba su espada sin hacer más resistencia, Porthos lo tomó en brazos y lo llevó a su carroza.

Aramis presionó al suyo con tanto vigor que, después de haber cedido una cincuentena de pasos, terminó por emprender la huida a todo correr y desapareció entre el abucheo de los lacayos.

En cuanto a D'Artagnan, había jugado pura y simplemente un juego defensivo; luego, cuando hubo visto a su adversario muy cansado, de un ataque de cuarta al flanco le había hecho soltar la espada. El barón, viéndose desarmado, dio dos o tres pasos hacia atrás; pero en este movimiento, su pie resbaló y cayó boca arriba.

D'Artagnan estuvo sobre él de un salto y poniéndole la espada en la garganta le dijo:

-Podría mataros, señor, y estáis entre mis manos, pero os concedo la vida por amor a vuestra hermana.

D'Artagnan se hallaba en el colmo de la alegría; acababa de realizar el plan que había proyectado de antemano, y cuyo desarrollo había hecho aflorar a su rostro las sonrisas de que hemos hablado.

El inglés, encantado con habérselas con un gentilhomme tan acomodaticio, estrechó a D'Artagnan entre sus brazos, hizo mil carantoñas a los tres mosqueteros y, como el adversario de Porthos ya estaba instalado en el coche y el de Aramis había puesto pies en polvorosa, no hubo que pensar más que en el difunto.

Cuando Porthos y Aramis lo desnudaban con la esperanza de que su herida no fuera mortal, una gruesa bolsa escapó de su cintura. D'Artagnan la recogió y se la tendió a lord de Winter.

-¿Y qué diablos queréis que haga yo con esto? -dijo el inglés.

-Entregádsela a su familia -dijo D'Artagnan.

-A su familia no le preocupa esa miseria: tiene más de quince mil lises de renta; guardaos esa bolsa para vuestros lacayos.

D'Artagnan metió la bolsa en su bolsillo.

-Y ahora, joven amigo, porque espero que me permitiréis daros ese nombre -dijo lord de Winter-, desde esta noche, si lo deseáis, os presentaré a mi hermana, lady Clarick; porque quiero que ella os conceda sus favores, y como no está mal

vista en la come, quizá en el futuro una palabra dicha por ella no os fuera del todo inútil.

D'Artagnan se ruborizó de placer y se inclinó en señal de asentimiento.

Mientras tanto, Athos se había acercado a D'Artagnan.

-¿Qué pensáis hacer con esa bolsa? -le dijo en voz baja al oído

-Contaba con entregárosla, mi querido Athos.

-¿A mí? ¿Y eso por qué?

-¡Toma! Vos lo habéis matado: son los despojos opimos.

-¡Yo heredero de un enemigo! -dijo Athos-. ¿Por quién me tomáis entonces?

-Es costumbre de guerra -dijo D'Artagnan-. ¿Por qué no habría de ser costumbre de un duelo?

-Ni siquiera he hecho eso en el campo de batalla -dijo Athos.

Porthos se encogió de hombros. Aramis, con un movimiento de labios, aprobó a Athos.

-Entonces -dijo D'Artagnan-, demos este dinero a los lacayos, como lord de Winter nos ha dicho que hagamos.

-Sí -dijo Athos-, demos esa bolsa no a nuestros lacayos, sino a los lacayos ingleses.

Athos cogió la bolsa y la lanzó a las manos del cochero.

-Para vos y vuestros compañeros.

Esta grandeza de modales en un hombre completamente privado de todo, sorprendió al mismo Porthos, y esta generosidad francesa, contada por lord de Winter y su amigo, tuvo gran éxito en todas partes salvo entre los señores Grimaud, Mosquetón Planchet y Bazin.

Lord de Winter dio a D'Artagnan, al despedirse, la dirección de su hermana; vivía en la Place Royale, que era entonces el barrio de moda, en el número 6. Además, se comprometía a ir a recogerlo para presentarlo. D'Artagnan lo citó a las ocho, en casa de Athos.

Aquella presentación a Milady preocupaba mucho la cabeza de nuestro gascón. Recordaba de qué extraña manera se había mezclado aquella mujer hasta

entonces en su destino. Estaba convencido de que era alguna criatura del cardenal y, sin embargo, se sentía invenciblemente arrastrado hacia ella por uno de esos sentimientos de que uno no se da cuenta. Su único temor era que Milady reconociese en él al hombre de Meung y de Douvres. En ese caso, ella sabría que era uno de los amigos del señor de Tréville, y, por consiguiente, que pertenecía en cuerpo y alma al rey, lo cual, desde ese momento, le haría perder parte de sus ventajas, porque conocido de Milady como él la conocía a ella, jugaría con ella el mismo juego. En cuanto a aquel principio de intriga entre ella y el conde de Wardes, nuestro presuntuoso se preocupaba más bien poco, aunque el marqués fuera joven, guapo, rico y fuerte en el favor del cardenal. No en balde se tiene veinte años, y, sobre todo, ¡no en balde ha nacido uno en Tarbes!

D'Artagnan comenzó por ir a su casa para hacerse un aseo esplendente; luego se dirigió a la de Athos, y, según su costumbre, se lo contó todo. Athos escuchó sus proyectos; luego movió la cabeza y le recomendó prudencia con algo de amargura.

-¡Vaya! -le dijo-. Acabáis de perder a una mujer que decís que es buena, encantadora y perfecta, y ya estáis corriendo detrás de otra.

D'Artagnan se dio cuenta de la verdad de este reproche.

-Yo amaba a la señora Bonacieux de corazón, mientras que a Milady la amo con la cabeza; al hacerme llevar a su casa, busco sobre todo conocer el papel que juega en la corte.

-¡Diantre, el papel que juega! No es difícil de adivinar después de todo cuanto me habéis dicho. Es un emisario del cardenal: una mujer que os atraerá a una trampa en la que dejaréis sencillamente la cabeza.

-¡Diablos, mi querido Athos! Veis las cosas muy negras, en mi opinión.

-Querido, desconfío de las mujeres, ¿qué queréis? Estoy pagando por ello, y sobre todo de las mujeres rubias. Según me habéis dicho, Milady es rubia.

-Tiene el pelo del rubio más hermoso que se pueda hallar.

-¡Ay, mi pobre D'Artagnan! -exclamó Athos.

-Escuchad, quiero saber; luego, cuando sepa lo que deseo saber me alejaré.

-Ilustraos, pues -dijo flemáticamente Athos.

Lord de Winter llegó a la hora indicada, pero Athos, prevenido a tiempo, pasó a la segunda habitación. Encontró, pues, a D'Artagnao solo, y como eran cerca de las ocho llevó consigo al joven.

Una elegante carroza esperaba abajo, y como estaba enjaezada con dos excelentes caballos, en un instante estuvieron en la Place Royale.

Milady Clarick recibió graciosamente a D'Artagnan. Su palacete era de una suntuosidad notable; y aunque la mayoría de los ingleses, expulsados por la guerra, abandonaban Francia o estaban a punto de abandonarla, Milady acababa de hacer en su casa nuevos gastos: lo cual probaba que la medida general que despedía a los ingleses no la afectaba.

-Veis aquí -dijo lord de Winter presentando a D'Artagnan a su hermana- a un joven gentilhomme que ha tenido mi vida entre sus manos, y que no ha querido abusar de su ventaja, aunque fuésemos dos veces enemigos, por ser yo quien lo insultó, y por ser inglés. Agradecédselo, pues, señora, si sentís alguna amistad por mí.

Milady frunció ligeramente el entrecejo; una nube apenas visible pasó por su frente, y en sus labios apareció una sonrisa tan extraña que el joven, que vio ese triple matiz, tuvo como un escalofrío.

El hermano no vio nada; se había vuelto para jugar con el mono favorito de Milady, al que había tirado por el jubón.

-Sed bienvenido, señor -dijo Milady con una voz cuya dulzura singular contrastaba con los síntomas de mal humor que acababa de observar D'Artagnan-, hoy habéis adquirido derechos eternos para mi gratitud.

El inglés se volvió entonces y contó el combate sin omitir detalle. Milady escuchó con la mayor atención; sin embargo, se veía fácilmente, por más esfuerzo que hiciese por ocultar sus impresiones, que el relato no le resultaba agradable. La sangre subía a su cabeza, y su pequeño pie se agitaba impacientemente bajo la falda.

Lord de Winter no se dio cuenta de nada. Luego, cuando hubo terminado, se acercó a una mesa donde estaban servidos, sobre una bandeja, una botella de vino español y vasos. Llenó dos vasos y con un gesto invitó a D'Artagnan a beber.

D'Artagnan sabía que era contrariar mucho a un inglés negarse a brindar con él. Se acercó, pues, a la mesa y cogió el segundo vaso. Sin embargo, no había perdido de vista a Milady, y en el cristal vislumbró el cambio que acababa de operarse en su rostro. Ahora que ella no creía ser mirada, un sentimiento que se parecía a la ferocidad animaba su fisonomía. Mordía su pañuelo a dentelladas.

Aquella linda criadita a la que D'Artagnan ya había visto entró entonces; dijo en inglés algunas palabras a lord de Winter, que pidió al punto a D'Artagnan permiso para retirarse, excusándose con la urgencia del asunto que le llamaba, y encargando a su hermana obtener su perdón.

D'Artagnan cambió un apretón de manos con lord de Winter y volvió junto a Milady. El rostro de aquella mujer, con movilidad sorprendente, había recuperado su expresión llena de gracia, y sólo algunas pequeñas manchas rojas sobre su pañuelo indicaban que se había mordido los labios hasta hacerse sangre.

Sus labios eran magníficos, hubiérase dicho de coral.

La conversación tomó un giro jovial. Milady parecía haberse repuesto enteramente. Contó que lord de Winter no era más que su cuñado, y no su hermano: se había casado con el segundón de la familia, que a había dejado viuda con un hijo. Ese hijo era el único heredero de lord de Winter, si lord de Winter no se casaba. Todo esto dejaba ver a D'Artagnan un velo que envolvía algo, pero no distinguía aún nada bajo ese velo.

Por lo demás, al cabo de media hora de conversación D'Artagnan estaba convencido de que Milady era compatriota suya: hablaba francés con una pureza y una elegancia que no dejaban duda alguna al respecto.

D'Artagnan se deshizo en palabras galantes y en protestas de afecto. A todas las sandeces que se le escaparon a nuestro gascón, Milady sonrió con benevolencia. Llegó la hora de retirarse. D'Artagnan se despidió de Milady y salió del salón como el más feliz de los hombres.

En la escalera encontró a la linda doncella, que le rozó suavemente al pasar y, ruborizándose hasta el blanco de los ojos, le pidió perdón por haberle tocado con una voz tan dulce que el perdón le fue concedido al instante.

D'Artagnan volvió al día siguiente y fue recibido mejor aún que la víspera. Lord de Winter no estaba, y fue Milady quien esta vez le hizo todos los honores de la velada. Pareció interesarse mucho por él, le preguntó de dónde era, quiénes eran sus amigos, y si no había pensado alguna vez en vincularse al servicio del señor cardenal.

D'Artagnan que, como sabemos, era muy prudente para un gascón de veinte años, se acordó entonces de sus sospechas sobre Milady; le hizo un gran elogio de Su Eminencia, le dijo que no habría dejado de entrar en los guardias del cardenal en lugar de entrar en los guardias del rey si hubiera conocido al señor de Cavois en lugar de conocer al señor de Tréville.

Milady cambió de conversación sin afectación alguna, y preguntó a D'Artagnan de la forma más descuidada del mundo si había estado alguna vez en Inglaterra.

D'Artagnan respondió que había sido enviado por el señor de Tréville para tratar de una remonta de caballos, y que incluso se había traído cuatro como muestra.

En el curso de esta conversación, Milady se pellizcó dos o tres veces los labios: tenía que vérselas con un gascón que jugaba fuerte.

A la misma hora que la víspera D'Artagnan se retiró. En el corredor volvió a encontrar a la linda Ketty, tal era el nombre de la doncella, Esta lo miró con una expresión de misteriosa benevolencia en la que no podía equivocarse. Pero D'Artagnan estaba tan preocupado por el ama que no se fijaba más que en lo que venía de ella.

D'Artagnan volvió a la casa de Milady al día siguiente, y al siguiente, y cada vez Milady le brindó una acogida más graciosa.

Cada vez también, bien en la antecámara, bien en el corredor, bien en la escalinata, volvía a encontrar a la linda doncella.

Pero como ya hemos dicho, D'Artagnan no prestaba ninguna atención a esta persistencia de la pobre Ketty.

